



Estudios del Hombre

Número 9
1999

Hacia una historia para el siglo XXI
Homenaje a Lothar Knauth

*Lothar Knauth • Alfredo de la Lama • Ricardo Ávila
Jan Patulař • Vera Valdés • Martha Ortega • Ma. Cristina Barrón
Brian F. Connaughton • Carlos Marichal • Norma Zubirán*

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA / IZTAPALAPA

Estudios del Hombre 9

Lothar Knauth
Ricardo Ávila
Norma Zubirán
Coordinadores

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
IZTAPALAPA

Consejo Editorial

| | |
|-------------------------------|--|
| <i>Patricia Arias</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Ricardo Ávila</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Maurice Aymard</i> | Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París |
| <i>Francisco Barbosa</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Roque de Barros Laraña</i> | Universidad de Brasilia, Brasil |
| <i>Pierre Beaucage</i> | Universidad de Montreal, Canadá |
| <i>Bruce Benz</i> | Instituto Botánico de Texas, EUA |
| <i>Gerardo Bernache</i> | CIESAS/Occidente, México |
| <i>Avital Bloch</i> | Universidad de Colima, México |
| <i>Tomás Calvo Buezas</i> | Universidad Complutense de Madrid, España |
| <i>Daria E. Deraga</i> | Instituto Nacional de Antropología e Historia, México |
| <i>Andrés Fábregas</i> | El Colegio de Jalisco, A. C., México |
| <i>Rodolfo Fernández</i> | Instituto Nacional de Antropología e Historia, México |
| <i>Dominique Fournier</i> | Centro Nacional de Investigación Científica, Francia |
| <i>Enrique Jardel Peláez</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Lothar Knauth</i> | Universidad Nacional Autónoma, México |
| <i>Daniel Lévine</i> | Museo del Hombre, Francia |
| <i>Carmen Llerenas</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Eduardo López Moreno</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Carlos Martínez Assad</i> | Universidad Autónoma de México |
| <i>Claude Morin</i> | Universidad de Montreal, Canadá |
| <i>Joseph B. Mounjoy</i> | Universidad de Carolina del Norte, EUA |
| <i>América Peraza</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Carmen Ramos</i> | CIESAS/Occidente, México |
| <i>Aurelio Rigoli</i> | Centro Internacional de Etnohistoria, Italia |
| <i>Pedro Romero de Solís</i> | Universidad de Sevilla, España |
| <i>Otto Schöndube</i> | Instituto Nacional de Antropología e Historia, México |
| <i>Gabriela Uruiwaju</i> | Universidad de las Américas, México |
| <i>Francisco Vázquez</i> | Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD), Francia |
| <i>Wolfgang Vogl</i> | Universidad de Guadalajara, México |
| <i>Rosa H. Yáñez</i> | Universidad de Guadalajara, México |

Editor Ricardo Ávila

Portada: Máscara para armadura de Samurai, Japón. Periodo Edo.

D.R. 1999, Universidad de Guadalajara
Departamento de Estudios del Hombre
Apartado postal 1-1814, CP 44101
Guadalajara, Jalisco, México
Tel. y fax (3) 613-90-16
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
ISSN 1405-1117

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Presentación | 9 |
| Artículos | |
| Una historia para el siglo XXI <i>Lothar Knauth</i> | 15 |
| Valores, teorías, leyes y aptitudes científicas <i>Alfredo de la Lama</i> | 27 |
| ¿Para qué enseñar historia en el siglo XXI? <i>Ricardo Ávila</i> | 47 |
| Una teoría de la transición para Europa centro-oriental <i>Jan Patulač</i> | 63 |
| Trayectoria histórica de México en la Cuenca del Pacífico <i>Vera Valdés</i> | 81 |
| De Siberia a Alaska. Los rusos en el norte del Pacífico <i>Martha Ortega</i> | 99 |
| Filipinas: una historia común a Latinoamérica <i>Ma. Cristina Barrón</i> | 111 |
| Fronteras nuevas y viejas en la historiografía colonial <i>Brian F. Connaughton</i> | 125 |
| Reflexiones sobre el concepto de América Latina <i>Carlos Marichal</i> | 141 |
| La “guerra chica” en el Sotavento durante la intervención francesa <i>Norma Zubirán</i> | 153 |
| Documentos/Semblanza | |
| Una larga trayectoria para una fructífera labor académica <i>Daniel Toledo</i> | 173 |

| | |
|--|-----|
| Lothar Knauth: presencia historiográfica <i>Vera Valdés</i> | 183 |
| Dos vetas señaladas por Lothar Knauth <i>Erasmó Sáenz</i> | 195 |
| Reseñas | |
| Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico-1512-1639 <i>Lothar Knauth</i> | 205 |
| Inventario Antropológico. Anuario de la Revista Alteridades <i>Esteban Krotz</i> (director) | 211 |
| Exordio | |
| Una ruptura epistemológica que no acaba de cuajar: 'Ensayos sobre saber, conocimiento y verdad' <i>Fernando Leal Carretero</i> | 217 |

Presentación

Los homenajes *post mortem* siempre resultan extemporáneos y no dejan de tener algo de falso; es mejor homenajear en vida a quien lo merece, puesto que no sabemos si en “la otra...” el ofrendado se enterará de que se le celebra. Bajo esta consideración, amigos, alumnos y compañeros Lothar Knauth, decidimos reconocer públicamente su importante labor académica y trayectoria intelectual, por medio de un coloquio que realizamos en el plantel Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana. Escogimos ese lugar no sólo porque Lothar ejerció ahí como profesor, sino porque esa misma institución, hacía poco, le había concedido un merecido doctorado *Honoris causa*.

Quienes rendimos homenaje al profesor Knauth en aquella ocasión, lo hicimos convencidos de sus varias cualidades, entre la que destacan su sólida formación; rigor científico; perspectiva transcultural; enfoque holístico, que le ha permitido captar la complejidad de lo social; amplia visión global de la historia universal –rara en un ambiente historicista pleno de visiones de campanario–; cualidades pedagógicas; así como su preocupación por reflexionar sobre el futuro, a partir de las indagaciones y razonamientos relativos al pasado –esto es, la historia misma–, considerando que el presente se caracteriza por una complejización creciente de los procesos sociales y por la generación de una masa de información prácticamente ilimitada.

Así, bajo el título *Una historia para el siglo xxi*, varios historiadores nos reunimos para ofrecer a Lothar nuestras reflexiones, aunque no todos, desafortunadamente, lo hicimos sobre el tipo de historia que se tendría que hacer y practicar en el futuro. Tampoco, lamentablemente, todos tuvieron oportunidad de presentar para este número de *Estudios del Hombre* sus intervenciones.

El contenido de este volumen está integrado, para empezar, por la conferencia de apertura de aquel coloquio, dictada por el propio Lothar Knauth, bajo el título “Una historia para el siglo xxi”, mediante la cual, a partir de

su sólida experiencia académica, plantea con claridad y síntesis cómo debería estar formado el historiador de los años venideros. Esa formación, señala el autor, debe ser holística e inclusiva, vinculando con destreza los diferentes niveles de la enseñanza de la historia como disciplina académica profesional y como parte de la formación humanística de los alumnos en los diversos niveles educativos. Asimismo, considera que en la formación histórica del futuro inmediato, deben afinarse y ampliarse las técnicas de análisis y difusión. Sólo bajo tal perspectiva se lograrían formar historiadores sólidos, rigurosos y universalistas.

Luego vienen dos trabajos cuyo núcleo trata el problema de la práctica histórica para el porvenir. El primero es de Alfredo de la Lama y se titula "Valores, teorías, leyes y aptitudes científicas", donde se plantea la necesidad de una reconciliación entre la práctica del historiador como científico social y la capacidad de crítica y rigor analítico propios del paradigma científico del conocimiento. El segundo trabajo llamado "¿Para qué enseñar historia en el siglo XXI?" es de Ricardo Ávila y por medio de él su autor aborda el sentido de la enseñanza de la historia, la función social del historiador y el indisoluble nexo entre historia y filosofía. Ambos trabajos se inscriben con mayor precisión en el tema del coloquio en homenaje al profesor Knauth.

A continuación y siguiendo reflexiones del homenajeado sobre el papel del historiador, es decir, la necesidad de ocuparse de la historia inmediata, el finado Jan Patula elaboró un trabajo que podría considerarse seminal, llamado "Una teoría de la transición para Europa centro-oriental". Por medio de él, Patula intentó aclarar que los eventos ocurridos en las últimas décadas en esa área del planeta, fueron algo más que el abandono de la economía de mando y la aceptación *-tutti quanti-* de las reglas del mercado, sino que intervenía también una crisis en la "ontología del socialismo". Para tal complejidad social, señala Patula, se requiere de un enfoque multidisciplinario que se apoye en paradigmas provenientes de las diversas disciplinas sociales; sólo así será posible comprender ese proceso inaudito de la historia reciente de la humanidad.

Enseguida se presentan tres trabajos que están estrechamente relacionados con uno de los campos de trabajo más cultivado por Lothar Knauth, es decir, el de las proyecciones transpacíficas de la expansión de Occiden-

te, luego de que, gracias a los viajes de Colón, los europeos se enteraron de la existencia de una vía alterna a las Indias, así como de la existencia de otro enorme continente, América, y otro descomunal océano, el Pacífico. Estos trabajos son, el de Vera Valdés, titulado “Trayectoria histórica de México en la Cuenca del Pacífico”, el cual se ocupa de reseñar en forma panorámica la expansión geopolítica europea sobre el pacífico y su estrecha relación con la cronometría. A este texto le sigue el de Martha Ortega, “De Siberia a Alaska. Los rusos en el norte del Pacífico”, que presenta la expansión realizada desde “el otro lado”, es decir, la de los rusos sobre los territorios de Siberia, el Pacífico septentrional y América del Norte, que complementan el panorama ofrecido por el artículo anterior sobre la expansión europea transpacífica. Completa este grupo de trabajos el artículo de Ma. Cristina Barrón, “Filipinas: una historia común a Latinoamérica”, el cual muestra la existencia de enormes similitudes entre el Archipiélago Filipino –aun en su historia reciente– y los países de América Latina, específicamente en relación con las formas institucionales y las maneras de hacer política.

Los tres textos restantes no están plenamente ligados a las áreas de trabajo del homenajeado, lo que no les resta interés y pertinencia, pues presentan otras problemáticas historiográficas muy frecuentadas por los historiadores. Esos ensayos son, primero, el de Brian F. Connaughton, “Fronteras nuevas y viejas en la historiografía colonial”, en el cual discute de manera panorámica los muy interesantes derroteros que ha seguido la historiografía colonial de México, así como sus alcances heurísticos. El segundo lleva la firma de Carlos Marichal, y se llama “Reflexiones sobre el concepto de América Latina”; en él su autor realiza una breve discusión sobre la aparición del concepto de América Latina, el cual ha sido utilizado a veces con muy poco sentido crítico por parte de los historiadores mismos y otros científicos sociales. Por último, el trabajo de Norma Zubirán, “La ‘guerra chica’ en el Sotavento durante la intervención francesa”, presenta sucintamente el impacto de esa intervención extranjera en el área de Sotavento, poniendo de relieve la actitud de resistencia de la población local frente al invasor.

Luego de estos diez textos, alumnos de Lothar Knauth formulan tres semblanzas académico-científicas de su profesor, las cuales aparecen en la

sección de documentos. La primera es de Daniel Toledo y se llama "Una larga trayectoria para una fructífera labor académica"; la segunda es de Vera Valdés, titulada "Lothar Knauth: presencia historiográfica"; y la tercera es de Erasmo Sáenz, bajo el nombre de "Dos vetas señaladas por Lothar Knauth".

Por último, en la sección de reseñas reproducimos una que hizo Elías Trabulse, sobre uno de los mejores libros del homenajeado, es decir, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico-1512-1639*. Acompaña a esta reseña otra, que presenta el *Inventario Antropológico*, anuario de la revista *Alteridades*, así como el Exordio, que reseña el número anterior de nuestra revista.

Esperamos que estos materiales sean de interés para los lectores de *Estudios del Hombre*.

Norma Zubirán
Ricardo Ávila

ARTÍCULOS

Una historia para el siglo XXI

Lothar Knauth

RESUMEN

Al educarse, el historiador del futuro logrará una conciencia acerca del propio proceso de formación y, al combinar una posible imparcialidad con la empatía por lo desconocido, desarrollará la capacidad de poder indagar cualquier proceso que ha involucrado al hombre. Utilizará los nuevos conocimientos de otras disciplinas, aprovechará los avances tecnológicos y afirmará la historicidad innata y potencialmente analizable de cada experiencia.

Al ponderar un adecuado papel para la historia —en todas sus dimensiones— y para sus practicantes, vale empezar con unas especificaciones para los historiadores de las próximas décadas. En el caso de México, la tarea primordial dentro de una nueva cultura académica debe ser la formación de profesionales capaces de convertirse en agentes difusores del análisis de procesos históricos. Si así fuera, la educación histórica se convertirá en un elemento de formación personal imprescindible y dejará de ser un mero requisito burocrático para obtener un certificado de escolaridad o estudios. Enfatizará una enseñanza que potencialmente capacite a cualquier educando para enfrentar lo que casi seguramente será una época de impresionantes innovaciones, lleno de retos no siempre previsibles. Además, este entrenamiento en la capacidad de analizar procesos pasados abre un panorama a posibles estrategias para encarar futuros escenarios —que serían otra vez procesos— y exige otro presupuesto: hoy en día una educación histórica debe insistir en la importancia de la investigación para crear nuevos conocimientos, so pena de perder legitimación.

Una educación histórica para el siglo XXI debe preocuparse también de la articulación entre los diferentes niveles en la adquisición de un conoci-

miento histórico. No se pueden enseñar mitos en los niveles bajos de la educación formal con la esperanza de que la propensión de aceptarlos puede ser remediado por la creciente ilustración, por medio de nuevos "datos y conceptos" en etapas posteriores o superiores. En la historia y en la ciencias sociales lo enseñado al principio nunca debe contradecir los resultados ya logrados en las investigaciones en los más altos niveles del esfuerzo académico.

En las ciencias naturales ello equivaldría a enseñar la validez eterna del concepto geocéntrico de Tolomeo en la escuela primaria, el modelo heliocéntrico de Copérnico en la secundaria, el concepto de un universo mecánico newtoniano como indiscutible en la escuela preparatoria, para llegar a las formulaciones de Einstein y Planck en la universidad. Situación tan incoherente como la de un profesor de matemáticas de la enseñanza media superior que tendría que averiguar si sus estudiantes tienen conocimientos de suma y resta, de multiplicación y división.

Los estudiosos comprometidos con la historia como disciplina académica deben preocuparse de los contenidos curriculares en cada etapa de la educación histórica y, de preferencia, asegurar una adecuada validez académica en cada uno de sus niveles, intervenir en la formulación de planes de estudio y la edición de libros de texto, ya sea como individuos o como miembros de cuerpos colegiados. Sólo así se logrará que los resultados avanzados de la investigación se plasmen en el *curriculum*, aun de las primeras etapas de la enseñanza-aprendizaje.

Además, como la problemática del futuro abarcará a toda la humanidad: cualquier problema de análisis histórico requiere la capacidad de poder indagar, al menos potencialmente, cualquier proceso que haya involucrado al hombre. Lo que significa que tenemos que tomar muy en serio las lecciones derivadas de la investigación y del estudio de los procesos de la historia mundial. Aquí las diferentes micro y macroperspectivas y los enfoques hacia procesos de variadas duraciones establecerán desde luego requisitos precisos de especialización.

Los *procesos históricos europeos* son significativos por haberse dado, en su contexto, la síntesis entre herencia mediterránea e innovación y experiencias en el norte de Europa y América, lo que en el siglo XIX nos llevó al moderno concepto de *Estado-nación* que todavía nos provee con uno de los

componentes principales de los sistemas políticos y económicos del orden internacional. Con anterioridad, también en Europa, nuevos espacios para la liberación de la capacidad de innovación y creatividad humana se presentaron, durante la Ilustración. Allí se encontraron los sitios donde se dieron los primeros pasos de la Revolución Industrial cuyo nuevo modo de producción se está ahora extendiendo hasta los últimos rincones del globo.

Sin embargo, privilegiar sólo los procesos europeos para elaborar conclusiones generales, resulta en última instancia un impedimento para entender la historia en sí y no sólo la extraeuropea de Asia, Africa y de Oceanía, sino aún la mexicana como parte de la experiencia americana. Limita, si no imposibilita, la formación de novedosos juicios acerca del propio pasado, y como resultado exotizamos fácilmente los fenómenos sociales, culturales y políticos del otro por ser desconocidos o insuficientemente analizados. Como corolario, muchas veces partes esenciales de cualquier proceso histórico, se reducen a imágenes fragmentarias con las cuales se han acostumbrado a bombardearnos diariamente los —a su vez subinformados— medios de difusión masiva, tanto impresos como electrónicos.

Hablando de imágenes —de audio y video, ideadas y escritas—, ahora que los multimedia hicieron su aparición, su análisis y utilización como documentos históricos se convierten en novedoso campo de investigación y difusión, y formarán parte de una capacidad necesaria para que uno pueda considerarse educado.

Desde las primeras etapas de la formación histórica, durante la instrucción en el trabajo bibliográfico, se debe enfatizar la disponibilidad de modernos métodos de recuperación de información que ha resultado de los esfuerzos de investigaciones propias y ajenas, en la actualidad y en el pasado; capacitación a partir de la cual el manejo de bases de datos digitalizados será sólo una prolongación. No obstante, como subrayó recientemente un profesor de letras: “Ser profundamente ‘letrado’ en el mundo digital significa la capacidad para descifrar también las imágenes”.¹

El historiador del futuro que se limite al testimonio escrito —de preferencia en letras latinas y en la lengua materna— e ignora las demás formas de comunicación y testimonio de la actividad humana, tendrá dificultades

¹ Richard A. Lanham, “Digital Literacy: Multimedia will require equal fertility in word, image and sound”, *Scientific American*, Nueva York, W. H. Freeman, septiembre, 1995, pp. 160-161.

para producir trabajos de vanguardia. Lo mismo pasará con aquél que en sus análisis no recurra a los resultados de las investigaciones de otras disciplinas o ignore o desdeñe los avances tecnológicos. Sin embargo, tales problemas tienen que ser ponderados en consideración de las posibilidades y los límites del mundo académico mexicano, con sus propias trayectorias y marcos institucionales.

LO QUE CUENTA ES EL ANÁLISIS DE PROCESOS

La historia nos relata los procesos de cambio que el hombre desencadena y de los cuales puede ser tanto beneficiario como víctima. Tales procesos afectan su bienestar material y su estado de ánimo, y se expresan en las variadas manifestaciones de la creatividad cultural, e inciden en el potencial de reformas y transformaciones de su organización social y política. No obstante, cualquier proyecto viable para iniciar un cambio institucional, debe empezar con el análisis de los procesos históricos que han resultado de la situación que exige el cambio.

La historia que se nos ha transmitido, y que nos siguen transmitiendo, depende del enfoque que dan a la información sus formulantes, ya sean historiadores o no. Sin embargo, son de manera destacada los historiadores quienes en sus lineamientos de análisis o al escribir sus narraciones, conforman nuestra conciencia histórica a través de la selección de los elementos de su discurso académico y al enfatizar algunos de ellos en detrimento de otros.

Nunca se puede tener, ni abarcar si se tuviese, toda la información acerca de un proceso del pasado. Además, la calidad del manejo de la información disponible –casi siempre accesible, sólo después de considerables esfuerzos de investigación y análisis documental– determina la selección de los datos. De tal selección resulta un cierto énfasis que entronca con un proceso de interpretación, que a su vez está informado, si no determinado, por los presupuestos que el historiógrafo, de forma consciente o inconsciente, ha asumido. Esto significa que la objetividad que se puede lograr en el análisis histórico es muy problemática, especialmente por el hecho de que los “objetos” examinados son en su mayoría productos de procesos que todavía inciden en la existencia, o por lo menos en los sentimientos del

observador. Lo óptimo que podemos exigir del historiador es una mayor conciencia acerca del propio proceso de formación —o deformación— que pudiera interferir en su percepción de una “realidad histórica”. La imparcialidad será siempre relativa, y mayor si se combina con una sensibilidad que implique cierta empatía con lo desconocido. Ello significa luchar, en todo momento, contra estereotipos y prejuicios. Asimismo, denota confiar en la inteligibilidad de los productos de un análisis riguroso: los datos verificables.

Esto lleva al problema de las generalizaciones que con frecuencia son expresadas en periodizaciones, conceptos y aun “leyes”. De preferencia se dan a partir de los resultados de investigaciones realizadas por especialistas que en sus limitados universos de investigación, muchas veces altamente enfocados, manejan informaciones de primera mano. Partimos del hecho de que cualquier generalización simplifica y fuerza la complejidad de lo analizado, pero estamos también conscientes de que en la comunicación de los hechos históricos, como en cualquier otro discurso, académico o no, tenemos que recurrir a generalizaciones en un intento de definir y de comunicar situaciones complejas. Ello produce otro requisito: las generalizaciones deberían ser elaboradas *ex post facto* ya que es arriesgado aceptar y partir de formulaciones apriorísticas sin el concienzudo examen de su validez.

DATOS, CONCEPTOS, GENERALIZACIONES Y FECHAS

Una educación en historia y desde luego una formación profesional para historiadores de cara al siglo XXI, debe contar entre sus metas principales el desarrollo de la capacidad de convertir conjuntos de datos dispersos en formulaciones generalizadoras. Capacidad especialmente importante en una época en la cual el problema no es la falta de información sino su disponibilidad excesiva en Internet, por ejemplo, oferta que muchas veces aturde. Vivimos en un periodo en que una red optoelectrónica puede “mover” *en un segundo* todo el contenido de la *Enciclopedia Británica*, y es de preverse que en un futuro próximo una red totalmente óptica pueda manejar *on-line* todos los archivos —texto, imágenes y audio— de la Biblioteca del Congreso en Washington, la más grande del mundo.

Existen otros elementos constantes que cualquier historiador tendrá que cuidar en sus interpretaciones. Uno es el *concepto de tiempo* como trasfondo de cualquier proceso por relatar. No como factor determinante sino como parámetro, marco y referencia conformadora que proporciona la posibilidad de ubicación y medición de intervalos que nos permiten situar cada suceso en su secuencia del acontecer. De los resultados que derivan de la constelación de diferentes datos y situaciones dentro de este marco temporal se producen conceptos como ruptura, continuidad, causas y consecuencias. Dentro de esta determinación de los conceptos temporales, la educación histórica del futuro tendría que cuidar también la definición de edades, épocas y periodos, como un ejercicio para lograr generalizaciones de intervalos a partir del insumo de muchas informaciones fragmentadas. Asimismo, al establecer micro y macroperspectivas temporales, de generaciones y épocas, aparecerá algo que complementará y enriquecerá las formulaciones de corta, mediana y larga duración enfatizados por Braudel.

Hay que impugnar el culto a las fechas —contadas como afirmaciones numéricas pero de dudosa certidumbre— que aun puede llevar a equiparar el número de un año con la duración de un proceso.² La fecha del 14 de julio de 1789 nos informa muy poco sobre los procesos de la Revolución Francesa, como tampoco los datos del 20 de noviembre de 1910 o del 10 de octubre de 1911 nos ayudan a definir la complejidad de los respectivos trastornos revolucionarios en México y China.

Es fundamental, también, el desarrollo de una conciencia de la importancia de las relaciones espaciales que muchas veces se nos presentan en la forma más simple como desorientación geográfica. Exige también una sensibilidad en cuanto a jerarquías. No cabe la pregunta ¿dónde estamos?, que fácilmente se puede concebir como ontológica; sino que, como ya la había formulado el filósofo Alfred North Whitehead,³ hay que empezar por preguntarse: ¿Dónde están las demás entidades? El *concepto de proceso* nos ayuda a ubicarnos en el tiempo, mientras que el *concepto del espacio* (geográfico) nos facilita la determinación de relaciones, tanto verticales —básicamente de jerarquías —, como horizontales de dirección y extensión, tanto

² Leí recientemente un libro de Historia Universal para la Secundaria en uno de cuyos apartados cronológicos titulado "Cultura Universal", se leía bajo el encabezado de columna "Después de Cristo", el número "50" y luego, bajo "Acontecimiento", "Época de oro de la literatura latina".

³ Alfred North Whitehead. *Adventures of Ideas*. Cambridge, University Press, 1933.

en sus micro como macroperspectivas. El *espacio geográfico*, concepto descriptivo potencialmente complejo, nos ayuda a categorizar factores naturales y culturales, y a determinar el grado de cambio que sus conjuntos sufren a través de la intervención de las acciones humanas, lo que sensibiliza en cuanto al hábitat *ecológico*.⁴

Es de suma importancia poder estimar el impacto —o en su caso la tenuidad— de las acciones humanas en las relaciones simbióticas y dialécticas dentro de los procesos históricos. En este caso son útiles los conceptos acerca de influencias mutuas y dominaciones jerárquicas que resultan en redes de creciente interdependencia. Acontecen dentro de vastos sistemas, producto del quehacer humano; además, se desenvuelven frente a factores determinados en otros procesos naturales y humanos precedentes. En los procesos de esta índole importan desde luego los *actores*, sean hombres o mujeres, grupos configurados por simples dúos —a veces élfimeros— hasta macroformaciones duraderas como países y regiones; por cierto, también expresados en *formas institucionales* más rígidas, formales y aun potencialmente coercitivas, como los estados y naciones. Mientras que tales *redes de relaciones* tienen sus entornos materiales, lo que trasciende a ellos son los conceptos que sus miembros tienen acerca de sí mismos. Esto también decide *quién se considera sujeto* y *quién es objeto* de la historia. ¿Quién hereda qué de quién? ¿Quién se concibe como *dominador* y quién acepta o rechaza el papel de *dominado*? ¿Qué significa diversidad? ¿A qué realidad se refiere la globalidad?

Lo que persistirá como presencia duradera será el concepto de complejidad, presente en cualquier momento histórico. No obstante, sus verdaderas dimensiones se pueden determinar sólo al emprender el análisis de sus componentes por medio de datos concretos. Por ejemplo, el nacionalismo, producto de los procesos históricos en la vuelta al siglo XIX, probó ser

una de aquellas ideologías que atan grupos grandes y que los deslindan de su entorno, que les designan un lugar y un papel en la historia de la humanidad o dentro su contexto cultural, que incitan a la consagración y a veces al fanatismo de sus miembros, que comprometen a ellos con un orden de valores y bien les otorga el sentido de su vida.⁵

⁴ Del griego *oikos* casa, y *logos*, conocimiento verbal.

⁵ Eugen Lemberg, *Nationalismus*, [Reinbek bei Hamburg], Rowohlt, 1964; [Rowohlts deutsche Enzyklopädie] y Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, cit. por Anthony Giddens, *The Nation State and Violence*, Cambridge, Polity Press, 1985, p. 212.

En tal contexto Karl Marx, el genio que al analizar procesos históricos percibió el potencial de productividad y violencia del proletariado en el nuevo sistema industrial, potencial útil para la realización de un novedoso proyecto la activación organizativa: la lucha de clases. Asimismo, otro profeta para el inherente existencialismo de nuestro tiempo, Soren Kierkegaard, situó la identidad y responsabilidad del individuo –en última instancia producto del proceso histórico– en el centro de sus pensamientos filosóficos. Para él sería el ser humano solitario –históricamente consciente– y no el ser anónimo de la masa el que aseguraría espacios de libertad e identidad.

HABLANDO EN PRIMERA PERSONA

Como representante de mi época, con derecho de seleccionar de los anales recientes de la humanidad lo que parece de relevancia particular en el siglo que llega a su fin, considero imperativo analizar los papeles jugados por individuos e instituciones en el surgimiento de los fenómenos que generalizamos conceptualmente como fascismo y leninismo-stalinismo, que enfatizaron en sus formulaciones identidades forjadas en las luchas de nación, raza o clase, al considerarlos transmutaciones de las metas del cambio social, del estado y de la nación heredadas del siglo XIX.

Lucha del pueblo-nación y lucha del pueblo-clase determinaron en gran parte los desenlaces violentos de nuestro siglo e influyeron en las formas de interpretación histórica. También nos trajeron fáciles legitimaciones para dos guerras mundiales, una “fría” y decenas de liberación nacional y étnica, así como para represiones inauditas, campos de concentración y genocidio. Pero también los conceptos de la libertad del individuo “civilizado” y de los mercados han podido movilizar, tanto la productividad como la violencia de grandes conglomerados de seres humanos al promover a ultranza sus respectivas “imágenes del enemigo”.

En las tareas de análisis entra en juego el desarrollo de habilidades intelectuales para distinguir en forma concreta datos de cualquier índole como elementos básicos inherentes en cada situación histórica. Datos que se pueden utilizar para explicar situaciones específicas, sin que nunca se olvide que sirven también, por implicación, para hacer inteligible el devenir del hombre en su totalidad.

Si utilizamos el término “totalidad” en asuntos humanos, cabe enfatizar que ésta no debe concebirse como algo homogéneo sino siempre como una suma de existencias individuales. Erik Erikson, psiquiatra y pionero en el estudio de los ciclos históricos en la vida del individuo, hace años definió la historia mundial como el gigantesco metabolismo de historias individuales para luego dirigirse a los casos particulares de un Martín Lutero y un Mahatma Gandhi en las crisis históricas.⁶ Ello, forzosamente, nos lleva a intentar la superación de enfoques demasiado parroquianos. Estar conscientes de las dimensiones históricas de cada problema en cualquier parte del mundo, en sus micro y macroperspectivas —que siempre son potencialmente inteligibles—, fortalece nuestra capacidad para resistir los esfuerzos de transmutación y manipulación. Las fáciles invocaciones de eventos históricos como antecedentes, al evadir y aun desdeñar su análisis profundo, sólo preparan nuestras mentes para aceptar pseudoexplicaciones del acontecer histórico como elemento de persuasión demagógica en vez de insistir en un entendimiento profundo.

Acogiendo y ampliando la tesis de Erik Erikson, podemos postular que la historia mundial es también la sucesión en el tiempo de conglomerados de instituciones, de valores, predilecciones y fantasías de miríadas de individuos y grupos de hombres, de miles de tribus, cientos de naciones y decenas de imperios. Cada aglomeración tiene su propia historicidad, sus características específicas, pero también comparte muchos componentes, reconocibles como elementos —cada uno de ellos único por estar bien anclado en su proceso singular con su especificidad temporal y espacial—, pero difícilmente reproducibles en toda su compleja y específica totalidad. Un cuidadoso inventario y riguroso análisis del acontecer histórico nos proporcionará, cada vez más, resultados de investigaciones particulares que nos ayudarán a completar nuestro conocimiento de la faena humana, con la promesa inherente de proporcionarnos nuevas y tal vez más significativas interpretaciones. Esto nos conduce casi forzosamente a otra conclusión: la necesidad de un intento de desideologización de las investigaciones efectuadas en el ámbito de la Historia y las Ciencias Sociales. Muchas veces la ideologización deformante nos ha llevado a postular relaciones que quisiéramos que existieran, en vez de ver las cosas como son, en toda su crudeza.

⁶ Erik H. Erikson, *Childhood and society*, Nueva York, Norton, 1950; *Young man Luther: a study in psychoanalysis and history*, Nueva York, Norton, c1958, pp. 269-277. (Austen Riggs monograph, núm. 4). *Gandhi's truth on the origins of militant nonviolence*, Nueva York, Norton, 1969.

Hace treinta años, Robert J. Lifton, uno de los colegas y discípulos de Erikson, publicó en *Partisan Review* un artículo seminal: "Protean Man". Para ello utilizó al dios marino de la *Odisea* homérica como símbolo del hombre del futuro. Éste no podía mantener su apariencia a menos que estuviera atado, acto que lo forzaría también a cumplir su destino de profeta. Para Lifton, uno de los pioneros de la psicohistoria, tal hombre sería polifacético, producto de una ruptura histórica de la relación de los hombres con los "símbolos nutrientes y vitales de la tradición cultural". Símbolos que se volverían irrelevantes, onerosos y aun desactivantes, pero que él consideraba necesarios para que no se dañara el proceso de autorealización.

Otro elemento histórico que conspiraba en la creación de tal *hombre proteico* era su inundación debido a las imágenes que acarrearaban los medios de comunicación masiva. Afirmaba Lifton:

Dicho de otra manera, como individuos no podemos mantener deslindes claros y alternativas comprendidos en el mismo flujo interminable de imágenes universalmente compartidas si no como vías de acción, por lo menos como formas de significantes posibilidades inherentes.⁷

Como tercer elemento también histórico, mencionaba la presencia del potencial de destrucción total inherente a la bomba atómica. No obstante, al hablar de proyectos para el futuro vale la pena releer las palabras que escribió uno de los innovadores del concepto de *historia intelectual*, James Harvey Robinson, al principio de la segunda década de nuestro siglo:

Ya es tiempo que emprendamos, con audacia y sin reservas tímidas, la tarea de llevar nuestra educación a la más íntima relación con la vida actual y con los futuros deberes de la gran mayoría de aquéllos que llenan nuestras escuelas públicas... La *historia* es lo que sabemos del pasado... ajustamos nuestra memoria de acuerdo con nuestras necesidades y aspiraciones, y a ella pedimos iluminación sobre los problemas particulares que encaramos. Así mismo, la historia en este sentido no es algo fijo e inmutable, sino que se encuentra en constante transformación.

⁷ In other words, as an individual one can maintain no clear boundaries. And the alternatives contained in the endless flow of images are universally and simultaneously shared, if not as courses of action, at least in the form of significant inner possibilities. Robert Jay Lifton, "Protean Man", en *Partisan Review* en *Boundaries: Psychological Man in Revolution*, Random House-Vintage Books, Nueva York, 1969, pp. 43-44.

Cada época tiene el perfecto derecho de seleccionar de los anales de la humanidad aquellos hechos que parecen tener una relevancia particular con los asuntos que más le importan.⁸

Queda como otra exhortación uno de los consejos de Kierkegaard: “La vida se puede entender sólo viendo hacia atrás, pero hay que vivirla mirando hacia delante”. Tal vez nos puede servir como punto de consenso al emprender discusiones acerca de un concepto de historia, útil para una vida en el siglo XXI. Asimismo, nuestra concepción del mundo debe afirmar la historicidad innata y potencialmente analizable de cada experiencia humana, por ello hacemos nuestra la aseveración de José Ortega y Gasset de que “el hombre no tiene carácter sino lo que tiene es historia”.⁹

Así como es histórico el recinto en que actuamos y el acontecer que vivimos, cuya matriz situacional podemos relatar en cuanto a lo material y lo humano, al dejar testimonio de sus elementos y dimensiones, también lo es cualquier otro conjunto de relaciones humanas y espaciales en cualquier parte del mundo en el pasado, ahora y siempre; de ellas tenemos datos como huellas de un proceso, y perennemente existe la posibilidad de que otros seres humanos estén interesados en su significado. Convencido de ello, queda por añadir mi credo de historicidad total:

Histórico es cualquier instante: el momento que experimentamos, el que apenas pasó, aquél de hace dos o dos millones de años, como histórico también será el instante que aún no llega y que sucederá. Hoy como ayer, y sobre todo en el futuro, nuestra concepción del mundo deberá firmar la historicidad innata de cada experiencia humana. El hombre es su historia.

⁸ It is high time that we set to work boldly and without any timid reservations to bring our education into the closest possible relation with the actual life and future duties of the great majority of those who fill our public schools... *History is what we know of the past... We adjust our recollection to our needs and aspirations, and ask from it light on the particular problems that face us. History, too, is in this sense not fixed and immutable, but everchanging. Each age has a perfect right to select from the annals of mankind those facts that seem to have a particular bearing on the matters it has at heart.* James Harvey Robinson, *The new history: essays illustrating the modern historical outlook*, Nueva York, The Macmillan Company, 1912, p. 134.

⁹ José Ortega y Gasset, “Historia como sistema”, *Revista de Occidente*, Madrid, [1942].

Valores, teorías, leyes y aptitudes científicas

Alfredo de la Lama G.

RESUMEN

Esta lectura discute la fuerza de los argumentos que han dado motivo para que se ponga en duda la capacidad científica de las disciplinas sociales para lograr acercamientos válidos y consistentes a los procesos sociales. La investigación científica es el sistema que promete las mayores posibilidades de éxito, si se hace con imaginación, compromiso, disciplina académica y rigor analítico.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los cuatro últimos siglos, la investigación científica se ha mostrado como el método de acercamiento más eficaz para enfrentar y resolver problemas complejos. Esta se encuentra muy por encima de otros métodos de conocimiento practicados por la humanidad. Sin embargo, algunos miembros de la comunidad científica y ciertos filósofos manifiestan rechazo a que los fenómenos sociales sean tratados de manera científica. Además, para aumentar las dudas, algunos practicantes de las disciplinas sociales tienen resistencias marcadas para abordar el análisis de los fenómenos sociales bajo el amparo de la ciencia empírica.¹ Discutir la fuerza de los argumentos de estas personas y mostrar las ventajas que aporta la investigación científica al conocimiento de los problemas sociales es el objetivo de este artículo.

¹ La ciencia empírica busca lograr generalizaciones que sean corroboradas por hechos que se producen constantemente y que pueden ser observados, directa o indirectamente.

LA APTITUD CIENTÍFICA, NÚCLEO DE LAS DISCIPLINAS QUE ASPIRAN A ELABORAR CIENCIA

Con independencia de la disciplina científica que haya escogido y el tipo de problemas que aborda un científico, tiene en común con otros investigadores el desafío de probar, mediante métodos universales, la vigencia de las generalizaciones que planteó originalmente, es decir, mediante procedimientos que puedan ser replicados por profesionales con similares habilidades y aptitudes a las de él. No importa si el científico es químico, físico, geólogo, meteorólogo, biólogo, botánico, paleontólogo o neurólogo. Si ha sido capaz de formular una generalización científica y desea comunicarla al resto de la comunidad científica, antes de difundirla, deberá probar, mediante hechos pertinentes, el valor explicativo de su conjetura.²

Esto nos permite observar cierto grado de similitud entre los científicos naturales en un tema fundamental: la aptitud científica, que trata de aquellas capacidades para: 1) Plantear de la mejor manera el objetivo de la investigación. 2) Formular objetiva y racionalmente aquellos supuestos que prometen ampliar y mejorar las explicaciones anteriores. 3) Encontrar el enfoque adecuado que verifique el contenido de las hipótesis. 4) Diseñar o adecuar y practicar las técnicas, los instrumentos y las habilidades que se derivan de los procedimientos propuestos. 5) Ejercer la imaginación disciplinada con el fin de encontrar la mejor conclusión posible a partir de los resultados encontrados.

Sin embargo, si ahondamos en el tema de la aptitud científica encontraremos que los métodos, los procedimientos, las técnicas y los instrumentos pueden ser tan diferentes entre, digamos la física del estado sólido y las investigaciones sobre biodiversidad, que para un observador poco capacitado sería imposible encontrar la unidad manifiesta en lo que se conoce como la aptitud científica. Encontramos disciplinas como la meteorología, la geología, la paleontología, la astronomía, entre otras, que no han realizado experimento alguno o que rara vez lo han hecho, desde su aparición. Por ello, la solución de algunos problemas de esas ciencias no han requerido de

² Isaac Newton, por ejemplo, presentó a la comunidad científica su ley de la gravedad 20 años después de haber sido formulada, debido a que las medidas de la Tierra hasta entonces conocidas, no le permitían corroborar su supuesto. Posteriormente, una nueva medición, más exacta, verificó a la hipótesis y entonces Newton procedió a comunicar su hallazgo al resto de sus colegas.

ayuda matemática para verificar sus descubrimientos. En el ámbito de los médicos, por ejemplo, encontramos que en sus indagaciones deben recurrir, en la mayor parte de los casos, a teorías y métodos facilitados por otras disciplinas.³ A pesar de esas diferencias o limitaciones, a veces notables, probablemente a nadie se le ocurriría afirmar que las disciplinas que hemos mencionado no son científicas. Los científicos aceptarían, en todo caso, que la prueba de las hipótesis verificadas bajo esas condiciones tienen un grado de control menor que las de un experimento hecho en física, en química o en biología.

Desde esta plataforma, es factible preguntarse ¿por qué las disciplinas sociales, entre ellas la historia, sufren el embate de críticos que pretextan la incompetencia de esas disciplinas para tener estatus científico? Con base en esas diferencias me parece pertinente reflexionar sobre: a) su limitación para realizar experimentos;⁴ b) su incapacidad para servirse de las matemáticas para probar sus hipótesis; c) tener que recurrir a otras disciplinas para probar sus teorías.

El hecho de que las conclusiones alcanzadas en ciencias sociales no siempre logren un grado de certidumbre probabilístico o no puedan reproducirse en una experiencia controlada, sólo señalarían la complejidad de la materia estudiada y no la imposibilidad de probar en los hechos la validez de sus hipótesis. En referencia a este problema Wright Mills, señalaba: "Quizás seamos con frecuencia capaces de hacer [una] exposición detallada en la manera abstracta y más precisa de la investigación estadística. Para otros problemas y conceptos, nuestra verificación será como la del historiador"; y aclaraba, "es el problema de la prueba".⁵

Existen, en el otro extremo, inhibiciones metodológicas generadas por la propia comunidad practicante de las disciplinas sociales. Ello es resultado de escuelas miopes y rígidas que no se percatan que limitan la imagina-

³ No debe perderse de vista que la investigación para la salud vive de una tecnología prestada...", afirmación hecha por Ignacio Mulrao y Silvestre Frenk. "La investigación científica en el Instituto Mexicano del Seguro Social", *Ciencia. Revista de la Academia de la Investigación Científica*, vol. 45, núm. 4, diciembre de 1994, p. 335.

⁴ Paul Samuelson y W. Nordhaus reconocidos expertos afirman: "Al igual que los astrónomos y meteorólogos, generalmente los economistas deben conformarse en gran medida con observar", *Economía*, 12ª ed., México, Me-Graw Hill, 1986, p. 9. Carlos Rama opina que la historia es una ciencia, ya que, su método es semejante a otras ciencias no experimentales, "con las limitaciones que impone su particular tipo de realidad". *Teoría de la historia. Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Tecnos, 1974, pp. 41-42.

⁵ C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, 3ª ed., México, FCE, 1969, p. 141.

ción científica de sus discípulos, cuando restringen el tipo de prueba que debe servir para verificar las hipótesis. Ya sea porque rechazan todo ensayo que no sea cuantitativo, como es el caso de la sociología empiricista o porque rechazan pruebas y hechos que no se ajustan a un patrón estereotipado y limitado. Lynn White, un reconocido innovador en métodos, calificaba a estas opiniones como prejuicios que frenaban el desarrollo de la investigación histórica:

“Los humanistas se enorgullecen de su libertad espiritual; raras veces piensan que están subyugados por la tradición. Sobre todo a la palabra escrita. Los textos lo son todo, y los otros medios por los cuales los hombres han dejado testimonio de sus pensamientos y pasiones, logros y fracasos, son descartados...”, y advertía, “El humanismo no madurará mientras no sean consideradas y aprovechadas todas las posibles fuentes de comunicación”.⁶

Otro cuestionamiento a la historia, en el ámbito de las aptitudes científicas, se basa en la idea de que ella resulta incapaz de lograr la generalización de los hechos. Para demostrar esto se afirma que la historia está compuesta de elementos singulares imposibles de replicarse. ¿Cuándo se ha visto —dicen ellos, no sin cierta sorna— que los hechos históricos se repitan? ¿Acaso podemos reproducir a nuestro gusto los hechos históricos? Esta crítica olvida que todo hecho tiene componentes singulares y generales. Ningún fenómeno, aun los naturales, es idéntico entre sí.⁸ Al respecto José Ortega y Gasset decía:

La más humilde y previa de las técnicas historeográficas, por ejemplo, ‘Crítica de fuentes’, involucra ya toda una ontología de lo histórico, es decir, un sistema de definiciones sobre la estructura genérica humana. [Generalizaciones sin las cuales sería imposible entender los procesos históricos]. Lo que es humanamente imposible, lo que es imposible en cierta época, en cierto pueblo, en cierto hombre...⁹

Otro argumento a que se recurre para impugnar el esfuerzo de aplicar métodos, procedimientos, instrumentos y técnicas científicas, nació en la

⁶ Lynn White, “Historia de clavos y herraduras”, en L. P. Curtis (comp.), *El taller del historiador*, México, FCE, 1975, pp. 75-76.

⁷ “El hombre produce sus relaciones sociales (intencionalidad) en una situación histórica específica e irrepetible” argumenta Antonio Alonso, *Metodología*, México, Edicol, 1983, p. 113.

⁸ Eso es la razón por la que la teoría de la probabilidad no sólo es un instrumento de la ciencia, sino que forma parte de su cimentación filosófica. Hans Reichenbach, *La filosofía científica*, México, FCE, 1983, p. 169.

⁹ José Ortega y Gasset, “La ‘Filosofía de la historia’ de Hegel y la historeología”, en *Obras completas*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, t. 8, p. 534.

sociología y se aplica por extensión al resto de las ciencias sociales, incluida la historia. El razonamiento señala que mientras la observación en ciencias naturales es pasiva —no modifica al objeto de estudio— en cambio, la observación sociológica es activa o, en otras palabras, la sola presencia del observador afecta el comportamiento de los entes sociales y por ende al objeto de estudio.¹⁰ Si fuera cierta esta afirmación, querría decir que deberíamos tener sistemas de observación diferenciados, unos para tratar hechos sociales, otros para operar los naturales. En consecuencia, el principio estratégico de observación de la ciencia empírica resultaría ineficaz para observar la realidad social.

Este obstáculo epistemológico¹¹ resulta interesante de abordar, por cuanto que efectivamente el paradigma de la física newtoniana planteó, entre otros valores, la neutralidad de las observaciones de los fenómenos naturales. La física clásica tenía como uno de sus principios que los fenómenos naturales no eran afectados por el observador. En consecuencia, si los procesos sociales se ajustan a este principio podrían considerarse dentro de dicho modelo de conocimiento, de otra manera deberían ser ignorados y sus métodos no deberían ser aplicados a esos fenómenos. Paradójicamente, el descubrimiento y verificación de nuevas hipótesis que ayudaron a entender mejor ciertos fenómenos físicos, como la de la curvatura del universo, en 1919 y la de la relación de incertidumbre para las partículas más pequeñas que el átomo, formulada por la física cuántica en la década de los veinte, dejaron en claro que el científico por el simple hecho de observar fenómenos físicos modificaba indefectiblemente el comportamiento del fenómeno estudiado. Estos descubrimientos invalidaron el papel pasivo de la observación en las ciencias naturales e inclusive dieron pauta para la impugnación del paradigma clásico de las ciencias naturales dando paso al modelo de conocimiento contemporáneo,¹² el cual reconoció el papel activo del observador. Como afirmó el físico León Bruillón: “Cualquier obser-

¹⁰ Michel Lowy, “Objetividad y punto de vista de clase en las ciencias sociales”, en *Sobre el método marxista*, México, Grijalbo, 1975.

¹¹ El concepto —obstáculo epistemológico— lo empleó con éxito el filósofo Gastón Bachelard. Aquí lo usamos en el mismo sentido que él: “La noción de obstáculo epistemológico”, en Mario Casanueva y León Olivé (comps.), *La ciencia y sus métodos*, México, COSNET, 1986, p. 31.

¹² “El azar ha sido admitido, no meramente como una herramienta matemática para la física, sino como parte fundamental de la estructura de ésta... se acabó el realismo ingenuo en la física”. Norbert Wiener, *Cibernética y sociedad*, 2ª ed., México, CONACYT, 1981, pp. 14-15 y 21-22.

vación representa una perturbación y tiene influencia sobre el curso de los hechos. Esto es particularmente importante cuando tratamos de las partículas más pequeñas".¹³

No deja de ser asombroso que quienes cambiaron su paradigma de conocimiento fueran los físicos y no los estudiosos de lo social. Pero debemos recordar que en las ciencias naturales el papel de la prueba o verificación permite consolidar una actitud crítica entre sus practicantes.¹⁴ Lo anterior nos lleva a afirmar que tanto en las ciencias sociales como en las naturales, el observador por el simple hecho de realizar su función afecta a los fenómenos observados. Ello no cancela los métodos de la ciencia empírica en el estudio de los fenómenos naturales ni en los sociales. Si dicha limitación ha sido enfrentada y resuelta con éxito en las disciplinas naturales, por medio de la medición y el intento de control del grado de alteración que la observación provoca, ¿por qué habría de ser un obstáculo al conocimiento de lo social? Afirmamos que también está dentro de la imaginación del científico social la posibilidad de evadir eficazmente este obstáculo, o de tomarlo en cuenta al momento de estudiar los hechos. Ejemplo de estos esfuerzos ya existían desde mediados del siglo XIX. La investigación a que nos referimos la realizó un joven burgués adinerado que deseaba comprar una fábrica de hilados. La resistencia de un buen número de administradores a mostrar el interior de sus fábricas, se vino abajo frente a la posibilidad de hacer un buen negocio.¹⁵

En síntesis, si lo expuesto hasta ahora tiene fuerza persuasiva para el lector, es posible afirmar que la historia y por extensión las otras disciplinas sociales, no tienen impedimento para considerar que el conocimiento alcanzado por ellas es de carácter científico, si ha sido logrado por métodos de prueba, diferentes al experimento o la aplicación de las matemáticas. Tampoco lo sería porque los resultados analizados no pudieran ser generalizados, ni mucho menos porque la observación perturbara al fenómeno analizado. La condición para que ese conocimiento sea considerado científico es que siempre se utilicen medios y procedimientos que permitan la

¹³ León Bruillón, *La información y la incertidumbre en la ciencia*, México, UNAM, 1969, p. 24.

¹⁴ Es una lástima que sean algunos estudiosos sociales quienes sigan sosteniendo una controversia que se zanjó hace ya 70 años.

¹⁵ Esa fue la estrategia seguida por Federico Engels para escribir *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974, p. 29; "tuve, por veintidós meses, la ocasión de conocer de cerca, por observaciones y vinculaciones personales, al proletariado inglés".

verificación de los resultados encontrados, a través de observaciones sistemáticas, directas o indirectas, de los procesos involucrados. Es decir, a través del ejercicio eficaz de las aptitudes científicas.

LOS VALORES DE LA CIENCIA, OTRA PRUEBA DE CIENTIFICIDAD DE LAS DISCIPLINAS SOCIALES

Las disciplinas que aspiran a generar conocimientos científicos recurren en su elaboración a ciertos valores humanos que se consolidaron en el transcurso de los siglos xvii al xx, gracias a que estas normas o reglas se mostraron útiles en la resolución de problemas de enorme complejidad, planteados por la propia comunidad científica. Los valores científicos a que hacemos referencia son la racionalidad, la sistematización, la objetividad, la verificación y la generalización, principalmente.¹⁶ De esas normas, la objetividad ha sido puesta en duda cuando se aplica al caso de las disciplinas sociales, en particular la sociología. Inclusive, muchos sociólogos afirman que al observar a su objeto de estudio —al hombre social— se pierde la ecuanimidad y neutralidad que priva. En cambio, en las ciencias naturales, creen ellos ilusamente, que el encono, los intereses particulares, la envidia, la involucración y los sentimientos encontrados, se pueden controlar fácilmente o sencillamente no existen. Por ejemplo, si reflexionamos un poco, encontraremos que en la medicina, una disciplina catalogada dentro de las ciencias naturales, la observación resulta mucho más comprometida que en la sociología o cualesquiera de las otras ciencias sociales. No olvidemos que el médico tiene en sus manos la vida del paciente y una equivocación puede resultar fatal. Tan cercano es este problema que existe un código ético que impide al médico tratar a sus parientes, ante la posibilidad, en este caso muy alta, de perder la objetividad.¹⁷ A pesar del alto riesgo latente de perder la objetividad, la comunidad médica no ha tenido dudas en considerarla un valor al cual sus miembros deben y pueden aspirar. Cabe preguntarse: ¿Qué misteriosa incapacidad moral, ética o actitudinal tienen los estudiosos sociales para que resulten incapaces de hacer un esfuerzo similar?

¹⁶ Existen, por supuesto, otros valores que pertenecen a otros modelos científicos desarrollados antes y durante la consolidación del paradigma científico contemporáneo. Tales como la belleza, la pertinencia, la certeza, la verdad, la completez, entre otros.

¹⁷ Sólo conozco un caso semejante en ciencia social y se aplica a la psicología.

La ciencia contemporánea es consciente de que el científico también es un ser humano y por ello no ignora sus limitaciones y debilidades, más bien las asume. Para la ciencia, la objetividad, es la capacidad que el individuo puede llegar a adquirir para someter sus intereses particulares y sus pasiones a los resultados que ofrecen las pruebas aportadas. En otras palabras, el científico debe aprender a tener el coraje para aceptar la fuerza de los hechos. Por ello, para la ciencia la objetividad es un valor humano al cual el científico debe aspirar si desea realizar investigaciones científicas. En otras palabras, es un compromiso existencial que asume el científico y no una condición de la materia estudiada. La incapacidad del individuo para cumplir con este valor pondrá a prueba la actitud crítica del científico, y ello será independiente de la disciplina científica que practique, sea natural o social. Los casos de fraudes, hurtos y pruebas conscientemente adulteradas,¹⁸ así como de omisiones inconscientes son riesgos siempre posibles en la ciencia.

Otro caso destacado de resistencia a la verificación en las ciencias sociales lo ha presentado otra corriente sociológica que se apoya en la teoría dialéctica y cuyos representantes más conocidos, pero no los únicos, autodenominan a su postura "teoría crítica", cuyos antecedentes se hayan en Hegel y Dilthey,¹⁹ aunque se consolidó en Francfort, Alemania, a finales de la década de los veinte de este siglo. Esta partida de estudiosos afirma sintéticamente, que el cúmulo de hechos que sirven para poner a prueba una hipótesis en el área socio-histórica no son relevantes para extraer una inferencia válida. Es decir, que la verificación, un valor fundamental del paradigma científico contemporáneo, no puede aplicarse al conocimiento de lo social.²⁰ En palabras menos precisas, los hechos sociales esconden la verdad, por tanto cualquier aproximación por la vía de los hechos será fallida. La verdad social sólo sería asequible a los hermenéuticos, gracias a su capacidad crítica de un razonar holístico.²¹

¹⁸ Recuérdese los casos del arqueólogo Dawson y su famoso eslabón perdido, y el del proestalinista Lisenko en la biología.

¹⁹ Dilthey aboga por dos clases de ciencias, las de la naturaleza y las humanas. Marisela Connely, *Cambios del análisis histórico*. México, Edicol, 1977, p. 49. Esta corriente tiene sus seguidores en México. Antonio Alonso afirma: "El mundo humano y social (a diferencia del físico) sólo puede ser comprendido desde el interior, porque las relaciones de los hombres son de valor o intención", en *op. cit.*, p. 34.

²⁰ Theodor W. Adorno y Jürgen Habermas son sus representantes más relevantes. Véase a Gabriel Gutiérrez, *Metadología de las ciencias sociales*, México, Harla Harper & Row Latinoamericana, 1986, pp. 296 y 306.

²¹ "Una teoría dialéctica de la sociedad afirma la dependencia de los fenómenos particulares respecto de la totalidad", J. Habermas, "Teoría analítica de la ciencia dialéctica", en G. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 307.

Este modelo de conocimiento parte de que lo social forma un todo estructurado y dialéctico,²² y que su estudio debe reflejar esos aspectos en sus conceptos: la dialéctica y la crítica. Ambos conceptos se consideran insertos en la categoría de totalidad (holista), lo que permite formular una teoría dialéctica de la ciencia. Dice Jürgen Habermas: “El concepto dialéctico de totalidad exige que los instrumentos analíticos y las estructuras sociales se entrecrucen como engranes”.²³ Dentro de esta teoría existen otras condiciones de lo social que norman su propio estudio. Según T. W. Adorno, las teorías sociales son *telos* –intencionales– no vehículos (sic) de la sociología.²⁴ Ello significa que existen ciertas especificidades de los hombres que los hace diferentes al resto de la naturaleza. Estas cualidades son su voluntad consciente y la unicidad del proceso histórico,²⁵ es decir, su no repetibilidad. Debido a estas diferencias se hace indispensable construir una teoría y un método diferente a los empleados por la ciencia empírica.

Habermas y Adorno coinciden en afirmar que no todos los teoremas sociológicos son hipótesis,²⁶ por lo que ciertas afirmaciones de la realidad tienen validez analítica, aunque de ninguna manera ella debe ser identificada con la verificación. Asegura Habermas: “Aun sin resultar susceptibles, ni siquiera indirectamente, de falsación estricta, un determinado pensamiento puede seguir conservando su legitimación estricta”,²⁷ y Adorno lo ratifica: “Hay teoremas sociológicos que en la medida que dan cuenta de los mecanismos operantes al otro lado de la fachada contradicen los fenómenos de tal manera, que a partir de ellos no pueden ni siquiera ser suficientemente criticados”.²⁸

Si las explicaciones dialécticas no pueden ser probadas, ¿cómo, entonces, serían verdaderas? La teoría crítica-dialéctica responde a este reto de la siguiente manera: “La totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho (clase y/o conjunto de hechos)”.²⁹ Al respecto, Habermas se-

²² Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1967, p. 55.

²³ J. Habermas, *op. cit.*, p. 306.

²⁴ T. W. Adorno, “Sobre la lógica de las ciencias sociales”, en G. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 296.

²⁵ *Ibid.*, pp. 166 y 173; y también Habermas, en *op. cit.*, p. 307.

²⁶ *Ibid.*, p. 296.

²⁷ *Ibid.*, pp. 306 y 307.

²⁸ T. W. Adorno, *op. cit.*, p. 296.

²⁹ K. Kosik, *op. cit.*, p. 55.

ñala que: "Una teoría dialéctica de la sociedad afirma la dependencia de los fenómenos particulares respecto a la totalidad".³⁰

A la teoría dialéctica le sigue un método peculiar de enfrentar los problemas sociales, el cual se denomina hermenéutico. Éste sería algo así como el arte de interpretar a la sociedad para darle su verdadero sentido. La pretensión de la hermenéutica es establecer un razonamiento por medio del cual se haga una interpretación en torno al sentido de cualquier fenómeno y después se realice la comprensión del mismo.³¹ Ello se hace a través de un discurso argumentativo³² que ayuda a la propia clarificación "hermenéutica de la autointelección de los sujetos que actúan".³³ Por las consecuencias que se derivan del razonamiento holista, es claro que ningún científico empírico será capaz de refutar una sola de las generalizaciones hermenéuticas, dado que no existirá dato o hecho contrario a sus afirmaciones que tenga peso o valor para contradecirle, porque su valor es nulo. Los hermenéuticos consideran que tienen algo así como el monopolio de la verdad.

A pesar del halo acrítico que genera esta corriente, las posturas en su contra no se han hecho esperar. Los filósofos dialécticos, pero de la corriente marxista, atacan a la teoría dialéctica cuyo método es el hermenéutico. Karel Kosík afirma que es incorrecto el supuesto de que la realidad natural sea diferente al mundo humano y que por tanto, sólo la realidad, la humana, sea comprensible, mientras que la otra realidad, la natural, sólo sea explicable.³⁴ "La diferenciación de la ciencia conduce con sus resultados y sus consecuencias reales a un descubrimiento más profundo de la unidad de la realidad".³⁵ Inclusive para Kosík, el método para indagar los procesos sociales o naturales es uno solo: "El conocimiento es siempre una oscilación dialéctica, oscilación entre los hechos y el contexto (totalidad); ahora bien, el centro mediador activo de esa oscilación es el método de investigación (científico)".³⁶ Por su parte, Robert Haveman, físico y filósofo marxista, no

³⁰ J. Habermas, *op. cit.*, p. 307.

³¹ Gabriel Gutiérrez, *op. cit.*, p. 139.

³² Agapito Maestre Sánchez, "Habermas y Apel o la fundamentación última de la ética. Conversación con Apel", en *Investigación humanística*, núm. 4, México, UAM, 1988.

³³ J. Habermas, *op. cit.*, p. 318.

³⁴ K. Kosík, *op. cit.*, pp. 64 y 65.

³⁵ *Ibid.*, p. 53.

³⁶ *Ibid.*, p. 70.

considera que el *telos* humano sea una razón para separar al conocimiento social del resto: “Cabe resaltar que la idea de que el hombre por su conciencia se automodifica en tanto que a la naturaleza (al resto) no le sucede algo semejante es paradójicamente una idea mecánica y antidialéctica”.³⁷

Las críticas desde otras perspectivas filosóficas son igualmente agresivas contra teorías o especulaciones que sostienen la unicidad de los fenómenos humanos. José Ortega y Gasset rechazaba el supuesto de que los fenómenos humanos son únicos e irrepetibles. “La verdadera misión de la historia es determinar en cada caso lo que hay de constante y lo que hay de azaroso, si es que lo hay”.³⁸ Hans Albert, racionalista crítico, apunta en contra del método hermenéutico: “El secreto de su funcionamiento queda siempre oculto”.³⁹ Harold Pilot, por su parte, dice que la teoría crítica no es capaz de determinar “cómo pueden ser ciertos ‘a priori’ los estándares de la autorreflexión. Su dialéctica ha de ser fijada también a priori”.⁴⁰ Haveman resume el juicio a la teoría crítica desde la perspectiva de la ciencia empírica, al señalar que la prueba de la verdad para dicha teoría resulta una invitación a la elaboración de explicaciones posteriores a la aparición del fenómeno, con la prerrogativa de que el autor no tiene que molestarse en probar si las conexiones argumentadas efectivamente existen. “Las afirmaciones de conexiones sólo establecidas *ad hoc* para salvar un prejuicio, sin que la teoría ofrezca posibilidad alguna de establecer un procedimiento para examinarla experimentalmente, debe considerarse anticientífica”.⁴¹

Bajo la perspectiva de la ciencia empírica, cabría agregar, ¿por qué los hechos producidos por los humanos esconden la verdad y los hechos del mundo físico, químico y biológico no?; y, ¿son los seres humanos tan diferentes del resto de la naturaleza que sus actos implican cosas diferentes?

Para la filosofía científica ambas preguntas resultan irrelevantes, dado que para ella no existe diferencia, ambos, hombre y universo, forman parte de la naturaleza. En cambio, para un racionalista la diferencia es básica. El hermenéutico o teórico crítico, en consecuencia, se descubre como un racionalista y como tal rechazará el valor de la ciencia empírica, aquella que

³⁷ Robert Haveman, *Dialéctica sin dogma*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 202.

³⁸ José Ortega y Gasset, *op. cit.*

³⁹ Hans Albert, “¿A espaldas del positivismo?”, en G. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 325.

⁴⁰ Harold Pilot, “La filosofía de la historia empíricamente falsable de Jürgen Habermas”, en G. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 326.

⁴¹ R. Haveman, *op. cit.*, pp. 119-120.

estudia los hechos, percibidos u observados, directa o indirectamente. Si los hermenéuticos no desean o no pueden hacer que los procesos producidos por los humanos les sirvan para verificar hipótesis sociales, es claro que de los hechos no sacarán ninguna conclusión. Pero su incapacidad analítica no le autoriza a censurar el que otras personas, con más sentido común, sí realicen este esfuerzo conceptual.⁴² La hermenéutica es un paradigma de conocimiento opuesto al paradigma de la ciencia contemporánea y por tanto irreconciliable con él.

En rigor la teoría crítica estimula minimizar a los hechos para darle al discurso político un poder decisivo frente a la realidad. En otras palabras, querría decir: peor para los hechos si no se ajustan a mis especulaciones. Nada tan cercano a esta teoría racionalista como el discurso autoritario y como su opuesto dialéctico el populismo irresponsable. Sin embargo, es necesario reconocer que, frente a estas críticas, los más connotados filósofos de la corriente "crítica" han recapacitado y en última instancia se han desdicho sobre las restricciones que impone el *telos* o intencionalidad, a la ciencia empírica en el ámbito de lo social. Adorno apuntaba que "A diferencia de lo que ocurre en psicología, los ensayos sin más, son, en sociología bien poco productivos".⁴³ Lo paradójico de esta afirmación es que la psicología, donde Adorno considera que los ensayos sí son productivos, también es una ciencia social. Luego surge la pregunta de por qué en esta ciencia la intencionalidad no resulta un obstáculo para realizar experimentos. J. Habermas es más claro todavía, al apuntar: "En modo alguno me propongo, como parece dar por hecho (Albert), oponer los métodos de la comprensión a los de la explicación [...] Quienes buscaran este tipo de inmunización no podrían ser sino malos dialécticos [...] Coincido con Albert en que nuestra disciplina debería esforzarse por conseguir más y mejores informaciones (de las regularidades empíricas del comportamiento social)".⁴⁴ Si en verdad para Adorno y Habermas la intencionalidad y la unicidad de los fenómenos sociales fueran tan determinantes como para separar al conocimiento social del natural, difícilmente habrían transigido de la manera como lo hicieron, en los párrafos anteriores.

⁴² A los empiristas les viene como anillo al dedo esta crítica, cuando se niegan a establecer hipótesis, aduciendo la pérdida de objetividad, sin ver que por ese mismo hecho están estableciendo un supuesto previo.

⁴³ T. W. Adorno, *op. cit.*, p. 297.

⁴⁴ J. Habermas, *op. cit.*, p. 318.

Los seguidores de la teoría crítica, a su vez, enjuician a la ciencia empírica, porque afirman que este tipo de estudios ideologizan al conocimiento a través de convertir a la “opinión”, que es subjetiva, en un conocimiento pretendidamente objetivo. Citan a las encuestas de opinión pública, a la prospección de mercados y a las encuestas sobre preferencias políticas como ejemplos de esta manipulación,⁴⁵ y la acusan de ignorar a la objetividad social, es decir, el todo. Si la pretensión de la ciencia empírica fuera elaborar sólo este tipo de estudios –de opinión– quizá, no sólo tendrían razón en acusar de ideológica a la ciencia social empírica, sino que debería de sumarse la crítica de Wright Mills a los empiricistas. Sería una ciencia “inhibida metodológicamente”. Pero las ciencias sociales de carácter empírico no consideran a la opinión pública como la parte más importante de su objeto de estudio.

“La cosa es muy sencilla” dice —socarronamente— C. W. Mills “La información de Franz Neuman sobre la estructura social nazi es por lo menos tan empírica –y tan ‘sistemática’– como la de Samuel Stouffer sobre la moral de la unidad 10079 del ejército; la de Max Weber sobre el mandarín chino, o la de Barrington Moore sobre la Unión Soviética, o la de Eugene Stanley sobre los países subdesarrollados, son tan ‘empíricas’ como los estudios de Paul Lazarsfeld sobre la opinión en el distrito de Erie o la pequeña población de Elmira”.⁴⁶

La aprehensión de regularidades e interrelaciones legales lo que busca es establecer hipótesis sobre la estructura de la realidad. Los controles empíricos no pretenden otra cosa que asegurarnos la validez de lo que imaginamos. Lo que se investigue y su relevancia para la cultura es responsabilidad del investigador. Si el científico elude la importancia de lo investigado y se refugia en la sofisticación del método, eso, no sería culpa de la investigación científica, sería responsabilidad del científico y de quienes pagan o prestigian ese tipo de esfuerzos. El contenido de los problemas a que el científico se enfrenta no es una responsabilidad del método científico. Si parodiamos al modelo, diríamos que si se le mete basura, sacará basura. Si se le introducen insignificancias, el resultado será miserable. Pero si se le aplica a cuestiones significativas, sus resultados informarán, con una alta probabilidad de ser cierto, sobre aspectos antes ignorados que interesan al hombre.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 279-280.

⁴⁶ C. Wright Mills, *op. cit.*, p. 140.

Los científicos empíricos representan a una gran cantidad de concepciones filosóficas: neopositivistas, funcionalistas, operacionalistas, empiristas,⁴⁷ marxistas,⁴⁸ entre otros. Su divisa, si pudiera ser condensada sería: "Nosotros queremos informarnos del mundo en que vivimos". Si entre ellos existe gente que usa a la ciencia empírica para fines ajenos al conocimiento científico, nuestra obligación es desenmascararlos mostrando cómo se manipulan arbitrariamente los hechos, las hipótesis o sus métodos.

No existe razón para pensar que la reflexión crítica es prerrogativa de los dialécticos críticos, porque ni su teoría ni sus métodos son abiertos al examen. La explicación científica, en cambio, exige un pensamiento crítico, riguroso y racional, al cual se le añade una amplia observación sistemática y una serie de pruebas y criterios ajenos a la voluntad del investigador para determinar la validez de su razonamiento. Hasta ahora, no existe otro tipo de razonamiento que acepte someterse a pruebas tan rigurosas, para determinar su grado de adecuación a la realidad. El científico empírico, natural o social, se enfrenta al hecho de que entre más amplio sea su deseo de generalizar, más extensa deberá ser la observación y más aguda y crítica deberá ser su reflexión. La importancia, entonces, de la verificación para la ciencia empírica es determinante, porque si no fuera posible probar las conjeturas mediante la observación controlada de los procesos, no podría decirse que los científicos procuran alcanzar el conocimiento objetivo. Se renunciaría a la cognosibilidad del mundo en que vivimos.

Así, por lo que se refiere a la naturaleza de los valores, principios y aptitudes que conlleva la práctica del paradigma científico, puede decirse que son aplicables sin muchas restricciones a ambos tipos de procesos, naturales y sociales. Las coincidencias de ambos tipos de conocimientos son mucho más cercanas que lo que sus críticos argumentan. Por lo que se refiere a las aptitudes y los valores científicos, se puede afirmar que estos son similares para quienes practican ambos tipos de disciplinas.

⁴⁷ Es difícil en este caso afirmar que los empíricos se sumen al modelo de la ciencia empírica por su resistencia a aceptar formulaciones teóricas e hipótesis, aunque de hecho toda observación conlleva una concepción del mundo y por ende una hipótesis implícita.

⁴⁸ Uno de ellos, el distinguido economista Oskar Lange afirmó que: "En sus rasgos más generales, el método de la economía política no difiere del método de todas las ciencias teóricas (química, física etc.) que investigan los diversos dominios del mundo empírico". *Economía política*, México, FCE, 1974, p. 95.

¿SON MOTIVO DE DIFERENCIACIÓN LAS TEORÍAS, PROCESOS Y LEYES ENTRE LAS CIENCIAS NATURALES Y SOCIALES?

Otra crítica al carácter científico de las disciplinas sociales que utilizan los procedimientos históricos para verificar sus hipótesis proviene de estudiosos de la filosofía racionalista, los cuales insisten en que el conocimiento científico se alcanza únicamente cuando una disciplina logra axiomatizar su teoría.

Los estructuralistas son quizás los más radicales, en campos como la antropología y la lingüística. A esta postura se asocian las comunidades científicas más ortodoxas. Ellas insisten en que un elemento sustancial a la ciencia es el carácter exacto y verdadero de sus resultados.⁴⁹ Todos ellos pretenden rescatar un paradigma científico que fue muy apreciado por sus implicaciones de lograr una teoría unitaria, verdadera y única. Este fue el paradigma de la física clásica, mismo que fue superado por los resultados de la física relativista y la física cuántica, a principios del siglo xx —ahora existe un modelo diferente— el cual demanda demostrar que las explicaciones o hipótesis deben ser corroborados por los hechos, a través de algún tipo de observación controlada. Cabría agregar que si la axiomatización fuese una exigencia vigente, ni la astronomía, ni la geología, ni la medicina, ni la biología entre, otras ciencias naturales, alcanzarían el grado de ciencia, dado que ellas no han axiomatizado su conocimiento.⁵⁰ Es de suponer que en la actualidad pocos científicos, estarían dispuestos a excluir públicamente a estas disciplinas de la ciencia.

Existen notables similitudes entre las ciencias naturales y las sociales, no puede negarse, sin embargo, que existen ciertas características particulares del conocimiento social, que si no son tomadas en cuenta el trabajo del investigador posiblemente se tornaría estéril. Es cierto, por ejemplo, que para la explicación de los procesos sociales se hace necesario, por lo general, desarrollar una percepción espacio-temporal diferente, más amplia y profunda, que la que comúnmente tiene la gente. Los fenómenos

⁴⁹ No deja de ser paradójico que si aplicamos este criterio racionalista a los hallazgos de Pasteur en la microbiología, tendríamos que concluir que no fueron parte de la ciencia. Véase la forma de investigar de este eminente científico en Paul de Kruif, *Cazadores de microbios*, 8ª ed., México, Editores Mexicanos Unidos, 1986, caps. 3 y 5.

⁵⁰ Para Carl Popper la ciencia se interesa sólo por los procesos de justificación lógica y de ninguna manera por procesos de verificación. *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1982, p. 31.

sociales deben interpretarse bajo una perspectiva geográfica e histórica pertinente para entender su pronóstico. Esto se debe a que los fenómenos sociales, por lo general, son más relativos y menos generalizables que muchos fenómenos naturales. De esta limitación puede surgir la siguiente pregunta: ¿pueden las disciplinas sociales identificar relaciones y procesos y de los hechos sociales mismos inferir leyes?; y si ello es así, ¿son equivalentes esas leyes a las naturales? La filosofía científica, inspirada en los pensadores jónicos, afirma que la naturaleza posee leyes, las cuales son producto de procesos naturales que resultan independientes de la conciencia de los hombres.⁵¹ El paradigma contemporáneo de la ciencia además afirma que esas leyes sólo tienen una probable ocurrencia.⁵²

La pregunta que debe hacerse a las disciplinas sociales es la siguiente: ¿formulan ellas leyes objetivas? ¿acaso ellas son independientes de la conciencia de los hombres, la ley de la oferta y la demanda, la del estímulo-respuesta o la de parentesco? En principio, esta idea parece contradecirse con otra que establece que las acciones de los hombres son intencionales⁵³ y muchas de ellas conscientes, o sea que buscan finalidades. Por tanto, podría afirmarse que, si esas acciones generan leyes, éstas carecerían de objetividad⁵⁴ dado que serían manipulables. Es cierto, en alguna medida, que el hombre puede tomar decisiones por voluntad propia, pero ello no condiciona que pueda relacionarse con su entorno social como le plazca, principalmente porque esas decisiones se ven confrontadas, mezcladas, desviadas, entorpecidas o aceleradas por otras múltiples decisiones de sus contemporáneos. Además, las relaciones establecidas tienen antecedentes históricos y geográficos, que las habrían definido de antemano, aunque en la interacción social y el desarrollo material de la sociedad se modifiquen, aunque no en el sentido en que lo quisieran los hombres. Expliquémonos: un individuo puede dejar de pertenecer a una clase social o puede renunciar a su familia o una empresa; puede ignorar el mercado y actuar como mejor le plazca, pero eso no evita que esas relaciones y esos procesos sociales existan, mientras las condiciones sociales, culturales y económicas que las

⁵¹ Isaac Asimov, *Historia universal Asimov. Los griegos*, 5ª ed., México, Alianza Editorial, 1983, p. 66.

⁵² Hans Reichenbach, *Objetivos y métodos del conocimiento físico*, México, PCE, 1946, p. 77.

⁵³ La intencionalidad, por lo demás, es un atributo generalizable a todos los seres vivos y a las máquinas, para contrariedad de los racionalistas, N. Wiener, *op. cit.*, pp. 18-19.

⁵⁴ Afirma Alberto Pla: "No hace falta ser marxista para rechazar la supuesta objetividad de la historia", en *La historia y su método*, Barcelona, Fontamara, 1980, p. 6.

generaron no cambien. En otras palabras, las leyes de parentesco, las leyes económicas, las leyes que regulan los procesos de enseñanza y aprendizaje, las que regulan la relación entre patrones y obreros, etcétera, también son leyes positivas, es decir, pueden ser descritas, explicadas y pronosticadas en función de los hechos, las circunstancias y las relaciones sociales que las provocan. Por tanto, las leyes sociales también resultan independientes de la conciencia de los hombres, y además no son exactas, sólo se cumplen en promedio, es decir, no son leyes universales, sino históricas y de carácter estadístico.

La parte normativa de los procesos sociales también existe, pero se refiere a la ética y a los juicios de valor implícitos en las decisiones propias del ámbito social. Esta parte tiene un importante papel que desempeñar, en cuestiones como: cuánto es el monto que debemos pagar en impuestos. Se debe o no pagar una deuda. Debe subsidiarse a la educación superior. Debe darse atención médica a los menesterosos, entre otros problemas. Todo ello se puede discutir y decidir pero no es válido apelar a la ciencia o a los hechos⁵⁵ para justificar una toma de decisión. Se trata de decisiones que se resuelven mediante la elección política. Lo que sí se puede investigar científicamente son las consecuencias de esas decisiones en el ámbito social, familiar, político, económico, entre otros. De lo anterior se puede concluir que existe un amplio campo de lo social que puede ser sometido a las exigencias de la ciencia empírica, aquella que estudia los procesos sociales que se producen sistemáticamente y que pueden ser observados, de forma directa o indirecta.

CONCLUSIONES

Después de esta revisión de los impedimentos que algunos críticos han formulado para que las disciplinas sociales no puedan aspirar a generar conocimiento científico, podemos llegar a una conclusión: ni las cuestiones de aptitud científica (matematización, experimentación, observación activa), ni los productos de la ciencia, es decir, las teorías, leyes y procesos, ni los valores o normas científicas que prevalecen hoy día (objetividad y

⁵⁵ P. Samuelson y W. Nordhaus, *op. cit.*, p. 11

verificabilidad), se muestran como un impedimento significativo para que las disciplinas sociales puedan aspirar a producir conocimiento científico.

Si las puertas para practicar la investigación científica en el estudio de los procesos sociales están abiertas, ¿qué nos queda, entonces, como investigadores sociales? ¿Deberíamos practicar una investigación científica sin reticencias? Si es así, ¿qué ventajas obtendríamos? ¿Acaso no tiene limitaciones el paradigma científico contemporáneo? Por otra parte, ¿no correremos el riesgo de resultar una pobre imitación de los científicos naturales?

Las respuestas a estas cuestiones no merecen una respuesta simple. Si el método científico es percibido como un trámite más, como una simple receta, como una fórmula mágica que no requiere imaginación, ni disciplina académica, ni poder de análisis, ni de síntesis, no debemos dudar. La aptitud científica se convertirá en un macizo inaccesible. Muchos metodólogos han logrado fortalecer este rechazo en el ambiente académico y entre sus alumnos, gracias a la difusión de una concepción maniquea y mecánica de los procedimientos científicos. Si los valores de la ciencia no los aceptamos como simples creencias, que sin embargo se consolidaron históricamente gracias al poder que han dado a los científicos para resolver problemas de enorme complejidad. Si por el contrario, a los valores los suponemos componentes intrínsecos a los fenómenos estudiados y no como valiosos componentes necesarios en la formación profesional, ellos se convertirán efectivamente en un bloqueador que impedirá lograr acercamientos eficaces a lo que efectivamente acontece en el ámbito social. Si las leyes y teorías sociales descubiertas a partir del sistema científico las convertimos en creencias inamovibles, en verdades absolutas con el fin inconsciente de satisfacer nuestro primitivo y nunca alcanzado deseo de seguridad, ellas resultarán obstáculos insalvables para comprender mejor las problemáticas sociales futuras. Si llegamos a creer que sólo el conocimiento derivado de la ciencia sirve para acercarnos a los procesos sociales, pecaremos de soberbios y correremos la suerte de producir resultados estériles.

Sin embargo, si los estudiosos de lo social reconocen en la investigación científica y en sus valores y aptitudes al más poderoso método que la humanidad ha creado hasta ahora, para encontrar las mejores y más amplias explicaciones de lo que acontece en el mundo que nos rodea, entonces, la ciencia se podría transformar en una formidable herramienta para

indagar los universos sociales que apenas han comenzado a explorarse. Si la práctica de la investigación científica ha producido, por lo general, una ventaja significativa sobre otros tipos de aproximaciones frente a las variadas problemáticas que el hombre ha enfrentado, entonces, el esfuerzo individual que los estudiosos del ámbito social tienen que realizar debiera ir dirigido a la mejor manera de aprender, crítica y profundamente, este tipo de práctica. Esto debiera ser así, sencillamente porque éste ha sido el método más efectivo que ha encontrado el hombre para enfrentar y resolver los problemas que le depara el futuro.

Casi ningún otro tipo de conocimiento —de sentido común, hermenéutico, racionalista, filosófico, religioso, autoritario, paternalista o empirista—, ha resultado capaz de lograr con precisión, profundidad y certidumbre los resultados que se obtienen a través de la investigación científica.⁵⁶ Esto significa que los esfuerzos para mejorar el conocimiento de las teorías sociales, de fortalecer la disciplina académica y de introyectar los valores y los métodos; los procedimientos y las técnicas de las ciencias sociales deberán formar parte del proceso de enseñanza aprendizaje del científico social. Ello representa un esfuerzo por lo menos tan intenso y sostenido a todo lo largo de su vida útil como el desplegado por el científico de las ciencias naturales.

Los científicos sociales tienen como ventaja que los fenómenos que estudian son intuitivos, gracias a la experiencia cotidiana. La abstracción que se demanda en muchas ciencias naturales representa un escollo gigantesco para la mente humana. Pero esa ventaja no hace más fácil el trabajo del investigador social. Nuestros instrumentos y técnicas para la observación de lo social son tan pocos, tan nuevos, tan rudimentarios y simples, comparados con los que despliegan las ciencias naturales, que por fuerza los fenómenos adolecen del control necesario para lograr conclusiones creíbles.⁵⁷ Estas limitaciones hacen que los problemas tratados se vuelvan de una complejidad exasperante. La combinación de problemas complejos con la limitación de técnicas e instrumentos de control y observación, exigen

⁵⁶ Otros poderosos sistemas de conocimiento alternativo para cierto tipo de problemas puede encontrarse en trabajos como los del psicoanalista Erik Erikson, *Infancia y sociedad*, 11ª ed., Buenos Aires, Paidós, 1987.

⁵⁷ Los estudios sociales tienen en su contra, por ejemplo, el comportamiento de las hipótesis auxiliares, dado que el poco o nulo control que se tiene sobre ellas las convierte en auténticas bombas de tiempo, capaces de comportarse de manera inesperada en el momento más inoportuno.

del investigador social una imaginación, una concentración, un poder analítico y una disciplina académica extraordinarios para poder arribar a conclusiones válidas.

En estas condiciones resultaría una balandronada hablar de certidumbre probabilística en la mayoría de los problemas relevantes de la ciencia social. Quizás apenas se pueda hablar de descripciones reveladoras. Pero esta situación resulta más exigente para el científico social, porque sólo su esfuerzo analítico le permitirá lograr un control más efectivo de las variables, auxiliares y dependientes, y pasar paulatinamente al pronóstico y al control de las variables sociales independientes y relevantes a la sociedad. La selección de la vocación profesional por lo social, si está dirigida por el quehacer científico, no implica menos imaginación creativa, ni menos esfuerzo intelectual, ni menos trabajo académico, ni menos capacidad crítica que el de otros colegas que hacen aproximaciones semejantes en otros fenómenos quizá más abstractos y diferentes. Estas son las condiciones que no debemos olvidar si queremos desempeñarnos eficazmente en nuestro oficio. Esta es, finalmente, la humilde pero cierta lección que se desprende de la pretensión de tratar de comprender los fenómenos sociales a través del actual paradigma científico de conocimiento.

¿Para qué enseñar historia en el siglo XXI?

Ricardo Ávila Palafox

RESUMEN

El texto discute la añeja convergencia entre historia y filosofía. Se interroga sobre la práctica de ambas disciplinas en el futuro y plantea algunas consideraciones deseables sobre la función social del historiador en el próximo milenio.

ADVERTENCIA INTRODUCTORIA

El objeto de este texto es la reflexión filosófica respecto de la práctica histórica. Las ideas en él contenidas no son mías solamente, están en el centro del debate sobre el futuro de la historia, la filosofía y aun el de la humanidad misma. Tienen que ver, también, con la manera como se ha desarrollado el pensamiento histórico; con la relación entre historiadores y legos; con el futuro que nuestra especie se está forjando; y con un “retrato hablado” de cómo debería ser, en mi opinión, el historiador del mañana. Al final del ensayo trataré de hilvanar los trazos de mis disquisiciones en una nota conclusiva.

Por supuesto, este breve texto, como cualquiera, sólo está compuesto de reflexiones, no de verdades acabadas, y quizá desborde de obvias generalidades y lugares comunes. Sin embargo, no está de más tener presente que a fuerza de tanta obviedad, terminamos por olvidar las cosas más elementales, que a veces hay que recordar. Apelo, pues, a la paciencia de lector y, desde luego, me someto a su rigurosa crítica.

UNA CONVERGENCIA AÑEJA E INSUPERABLE

Historia y filosofía son campos concomitantes del saber humano. Al menos en la historia de Occidente, desde sus antecedentes más remotos —ubicables en las islas del Mar Egeo— hasta nuestros días, ambas formas de conocimiento han ido de la mano. Según la tradición, la palabra filosofía habría sido creada por Pitágoras: cuando se preguntaba a éste si era un *sophos* (sabio en griego) respondía: “ ‘Yo no soy un sabio (*sophos*), sino un philosophos’, es decir [...] amigo (*philos*) de la sabiduría (*sophia*), y no un poseedor de [ella]”.¹ Pero la sabiduría no tiene forma ni límites precisos. Formalmente, la sabiduría de la que era amigo Pitágoras es muy diferente a las sabidurías actuales —de élite o populares—, aunque en esencia son las mismas, pues tanto a nivel de sapiencia popular como en el ámbito de la excelsitud cognoscitiva, la sabiduría (filosofía) ha buscado, en última instancia, la imagen ideal del hombre y su consecución. Ha creado y recreado numerosos modelos del *deber ser*, a partir de las experiencias y observaciones presentes y pretéritas en torno a él mismo.

En este contexto se entienden las indagaciones de Herodoto, cuyo espíritu fundamental era conocer la realidad de los *unos* —su gente— y la de los *otros* —los que describe en su obra—, para actuar “como debía ser”. En última instancia, el sentido de las búsquedas filosóficas, independientemente de la base empírica que las sustente, es la del “modelo ideal” que rija el comportamiento de los hombres, que permita el bienestar y que posibilite la sabiduría y aun la felicidad, individual o colectiva.

En la esfera de las ideas, el Renacimiento y la Ilustración pueden ser considerados como dos momentos culminantes de la progresiva individualización de la conciencia en Occidente, cuyo punto más álgido lo vivimos en estos tiempos. Aunada a esta enorme transformación filosófica, hubo otra, mucho más práctica, la Revolución Industrial, que incidió en todos los ámbitos sociales y culturales. Este acontecimiento influyó significativamente en la definitiva separación de la filosofía natural y de la filosofía moral, disociación que se perfilaba de tiempo atrás. Con la desunión de estas esferas del conocimiento, las disciplinas heredadas de la filosofía natural adqui-

¹ Cicerón, *Tusculanes*, libro V, cap. III. 7-9, citado por Roger Caratini, *La Philosophie*, París, Éditions Seghers, 1983, t. I, p. 17.

rieron un estatuto científico, gracias al cual accedieron a verdades comprobables, mientras que los otros *saberes*, herederos de la filosofía moral, permanecieron en el ámbito de las ideas solas, de las abstracciones filosóficas.²

En el contexto de esa enorme transformación, durante el siglo XIX numerosos intelectuales, entre ellos Auguste Comte y Herbert Spencer, replantearon las bases cognoscitivas sobre las cuales habrían de estudiarse en lo sucesivo los fenómenos del ámbito social. Arrojaron sus estudios y discursos con velos de las nuevas “ciencias duras”, herederas de la filosofía natural, y establecieron como piedra angular de los conocimientos de lo social el dato positivo: nacieron la sociología y su hermana gemela, la antropología. Por su parte, la vieja disciplina histórica fue renovada bajo el influjo creciente del cientificismo imperante, concretamente a partir del pensamiento positivista en pleno ascenso. Pero esta reformulación es comprensible no sólo por el horror humano frente a la duda y la influencia creciente de las ciencias naturales que avanzaban con rapidez, verificando y comprobando sus conocimientos, sino también como “reacción natural” frente a la llamada historia romántica que se había excedido en sus interpretaciones épicas del pasado.

La renovación científica que se vivió en Europa durante el siglo XIX y que con el tiempo concirnió a todo el planeta, influyó directa y significativamente sobre numerosos estudiosos de los hechos humanos y sociales. Para muchos historiadores, el influjo de la nueva filosofía natural, ascendida por sus logros tangibles al pedestal científico, implicó sustentar sus reflexiones y conclusiones en los datos positivos, como lo hacía la biología o la medicina. Así, el “dato puro” se convirtió en la marca probatoria de la científicidad del estudio de los hechos sociales —presentes y pasados—, alejando con ello a los hechos sociales, y por extensión históricos, de la “inútil” filosofía. Pero esta científicidad, pretendida e impulsada por académicos e intelectuales, encontró sus límites en la imposibilidad de verificar los hechos sociales, sobre todo los del pasado. Esta manera de hacer “ciencia social”, o simplemente historia, no pudo establecer y elaborar las leyes que en principio deberían determinar el curso de los fenómenos so-

² A largo plazo, este hecho ha abierto una brecha enorme en el ámbito cognoscitivo, que en absoluto ha sido benéfica para comprender a la realidad toda, que comprende también a los seres humanos.

ciales y humanos, como tampoco pudo traducir sus resultados al lenguaje matemático, como sí lo hizo la química o la astrofísica. En concreto, la mayor inconsistencia del positivismo historicista no residió en la utilización del dato, sino en el hecho de creer que los acontecimientos del pasado se explican por sí mismos, independientemente de la postura filosófica — esto es, ideológica — de quienes “reconstruyen” el devenir pretérito.

Amén de que hoy sea aceptado que aun la veracidad del dato al desnudo depende del enfoque y posición intelectual del historiador, lo que de suyo limita la “pulcritud objetiva” de los recuentos históricos — positivos o no —, ya el historiador positivista Charles Seignobos definía a la historia no como una ciencia, sino como un procedimiento (método) de conocimiento (*méthode de connaissance*),³ como lo es la filosofía. En una perspectiva similar el filósofo renano Wilhelm Dilthey planteó que era necesario desligar las acciones y obras humanas de los solos datos pretéritos; es decir, si bien hay que sustentar el examen histórico en hechos —no necesariamente en su acepción positiva—, éstos hay que entenderlos por medio de un referente globalizador: la “visión del mundo” (*Weltanschauung*) que se maneje. Con ese innovador concepto no sólo reintrodujo la filosofía al examen de lo histórico, sino que relativizó toda propuesta exhaustiva y cientificista de los hechos del pasado, al deslindar del terreno de lo humano y lo social —esto es, de lo histórico— lo comprobable de lo comprensible, lo verdadero de lo verosímil. Otra voz del mismo coro la emitió Jakob Burckardt, quien introdujo al debate de los fenómenos sociales el concepto “historia de la cultura” (*Kulturgeschichte*). Por medio de éste, el historiador suizo postuló que los hechos de la historia debían analizarse como un conjunto cultural interactivo, donde las creencias populares y el pensamiento filosófico estructurado juegan un papel de primer orden.⁴

La querrela de historiadores y filósofos en torno al enfoque positivista duró décadas, pero finalmente fue superada. Uno de los caminos de esa superación fue el nacimiento de la reputada Escuela de los Anales, impulsada en sus inicios por Marc Bloch y Lucien Febvre. La renovación metodológica introducida por estos historiadores y muchos de sus seguidores, consistió en establecer un enfoque holista para examinar los hechos del

³ Charles Seignobos, *Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, Paris, Rieder Éditeur, 1901, p. 3.

⁴ Guy Dhaennois, *Histoire de la pensée historique*, Paris, A. Colin Éditeur, 1991, pp. 163-170.

pasado. Inauguraron una manera de hacer historia en forma interdisciplinaria, de tal suerte que en el estudio de un fenómeno o periodo histórico, puedan hacerse converger todos los enfoques posibles, desde la geografía física hasta la filosofía, pasando por la sociología, la economía, la antropología, la lingüística, la demografía o el folklore. Tratando de mantener una sana equidistancia entre la investigación empírica y teórica, Bloch, Febvre y seguidores establecieron un compromiso decoroso entre la más pura objetividad del dato y la más profunda reflexión, como lo hace la filosofía.⁵ Para aquéllos la historia es una ciencia, no sólo porque procede mediante reglas bien establecidas y produce conocimiento, sino porque da sentido y coherencia al pasado, y por extensión al presente. Aun así, y sin menoscabo del rigor de su innovadora obra, que ha inducido a la apertura de numerosos terrenos fértiles para la investigación histórica, cuando tuvieron que realizar definiciones rigurosas de su disciplina, tanto Bloch como Febvre no pudieron abstraerse de su propia convicción filosófica. El primero dijo, no sin cierto dejo trascendental, que la historia es la “ciencia de los hombres en el tiempo [...] que sin cesar tiene necesidad de unir el estudio de los muertos al de los vivos”; mientras que el segundo señaló, con un afán totalizador, propio de filósofos, “la historia es la ciencia del hombre y los hechos humanos”,⁶ la sabiduría toda, pues.

Para cualquier filósofo o historiador, el conocimiento de los hechos pretéritos constituye el núcleo de lo que podríamos llamar “conciencia del tiempo” de la especie *Homo*. Pero esta conciencia sólo tiene sentido en el presente, donde se manifiestan e influyen de una u otra forma, los hechos sociales anteriores. Esta influencia ocurre en nuestras actividades de hoy y en nuestra prefiguración del porvenir. Más o menos, bajo esta óptica han laborado a lo largo de los años los estudiosos del pasado y los que han filosofado sobre los hombres y sus obras, las antiguas y las del hoy. Pero ese trabajo siempre se hace desde el presente. De aquí que el conocimiento del pasado y la reflexión sobre sí mismo, aquí y ahora, han estado estrechamente vinculados, y lo seguirán. En este punto, la llana definición de Fernand Braudel me parece un término justo para definir el objeto de los historiadores: “La historia no es otra cosa que una constante interrogación a los tiem-

⁵ En griego coloquial, filosofar significa hacer trabajar la cabeza, pensar.

⁶ Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire*. Paris, A. Colin, Éditeur, 1993, p. 97. La cita de Febvre fue tomada de Luis González, *El oficio de historiador*, México, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 48.

pos pasados en nombre de los problemas y curiosidades —e incluso las inquietudes y las angustias— del presente que nos rodea y asedia”.⁷ Evidentemente, los solos resultados de la investigación y del saber históricos a nadie aseguran la sabiduría ni la felicidad. Pero el conocimiento del pasado en general —de la experiencia humana acumulada—, y la asunción de posturas éticas y morales —esto es, filosóficas—, constituyen el único camino para adquirir herramientas que nos permitan enfrentar nuestra realidad hoy, buscando así nuestro propio ideal de vida.

Toda interpretación del mundo se sustenta en hechos, hechos que cada día devienen históricos, el tiempo es inexorable. En este sentido, la sabiduría (*sophia*) se sustenta en el conocimiento de los hechos transcurridos. Por ello la filosofía y la historia constituyen una convergencia constante e íntima. O ¿acaso en la afinidad de la filosofía y de la historia no se han dado los grandes debates históricos, como el que hoy confronta la postura del “individualismo autista” de Julia Kristeva, con el “individualismo ético” de Jürgen Habermas y Tzvetan Todorov?⁸

Aun durante el significativo paréntesis positivista, cuando se pretendió hacer de las disciplinas sociales y humanísticas ciencias positivas, medibles y verificables, la filosofía no dejó de estar en el sustrato de las reflexiones sobre los hechos humanos. A propósito, la queja de Cioran, en el sentido de que la “filosofía ha sido contaminada por la idea de progreso, [pues] ha perdido su misión esencial: dudar, meditar, cuestionar...”,⁹ podría ser superada cuando se acepte el papel fundamental que juega la filosofía en las “reconstrucciones” del pasado,¹⁰ y a ésta se le desenganche del cabuz del pretendido progreso.

NEÓFITOS, INICIADOS Y SABER HISTÓRICO

Toda sociedad recuerda. Recuerda y reflexiona de múltiples maneras su pasado. Con sus recuerdos y reflexiones los hombres reconstruyen y legitiman —o desautorizan— lo que se sabe del pasado. Pero, obviamente,

⁷ Fernand Braudel, *El Mediterráneo*, México, PCE, 1989, p. 7.

⁸ Cecilia López Badano, “Problemas actuales de la identidad colectiva: consideraciones sobre la extranjería en el fin del siglo”, *Discurso. Teoría y análisis*, México, núm. 16, primavera 1994, México, UNAM, Colegio de Ciencias y Humanidades, pp. 103-116.

⁹ Citado por Raúl Píramo, “Divagaciones sobre utopía”, en *Obras en castellano*, Guadalajara, Jal., Grupo de Estudios Sigmund Freud, A. C., 1995, p. 250.

ese conocimiento nunca es total, sino parcial y “cristalizable”, tiende a convertirse en graníticas verdades —o mentiras, como se desee— más o menos inamovibles.¹⁰ Desde que existe, el hombre ha mirado y aprehendido al mundo gracias a esas imágenes cristalizadas y duras, que se sustentan en ideas o sistemas de ideas más o menos acabados, los cuales guardan su propia coherencia. Esta condición ha hecho imposible la absoluta imparcialidad e impecabilidad de los exámenes sobre los sucesos del pasado.

Por otra parte, aunque ya sumamos más de medio milenio con el objeto libro entre nosotros, la mayoría de lo que sabemos o creemos saber en torno al pasado, no se ha transmitido sólo por medio de aquéllos, sino más bien por medio de la tradición oral, y a ésta no se le ha otorgado estatuto científico, se le considera pura ideología. Hoy, inclusive, los *media*, en general, son los herederos de la tradición locuciva humana, ahora simplificada —o complejizada como se quiera— por la propia *imagen*, que naturalmente sostiene estereotipos, harto aderezados con *clichés*. En la conciencia y en la memoria de los hombres, estas representaciones, ideas o trozos de sistemas de ideas, se transforman en nociones establecidas, que devienen “verdades cristalizadas” —duras—, prácticamente inmutables, aunque el tiempo mismo las desgaste y traslade al olvido, finalmente.

Tanto para iniciados —los que saben del pasado—, pero sobre todo para legos, esta “sedimentación” de los hechos pretéritos es considerada normal, no sólo porque nuestra memoria es limitada y se consume, sino además, porque esos hechos que se miran desde el presente se “alejan” de nosotros irremediamente. En esta perspectiva tendríamos que plantearnos, al menos, si en las construcciones y re-construcciones que hacemos del pasado no tendemos más hacia el mito, como sostén de verdades, que hacia la “verdad objetiva”... Por supuesto habrá quienes no estén de acuerdo con lo anterior; si acaso acordarían que eso sólo sucede entre los que no están iniciados en el “oficio de historiar”. Pero si se observan con calma el devenir del tiempo, el uso de la memoria y el cambio generacional, las “grandes verdades históricas” tienden a mitificarse, a “cristalizarse”. De cara a esto, habría que pensar, no sin mordacidad, si la constante manipulación que los iniciados hacen de su plétora de categorías, conceptos e ideas-

¹⁰ Me ha parecido pertinente utilizar el término “cristalizar”, porque, a modo de metáfora, sugiere la pérdida de fluidez, frescura o maleabilidad —como la miel— de ciertas cosas y hechos. Por tanto, la “cristalización” evoca la condición de compactación, dureza, rigidez.

matrices¹¹ —que terminan por formar densas nebulosas— no son más que medios que camuflan con una aparente científicidad impertérrita, la inexorable mitificación de los hechos del pasado. Tal situación, por supuesto, terminaría por afectar a los propios elegidos del saber histórico. Todo esto sin contar la propia historicidad de los conceptos, que de suyo es otra limitación.

Amén de la densidad cognoscitiva y de la calidad discursiva de sus trabajos, numerosos historiadores creen que por el sólo hecho de practicar su oficio y escribir sus ensayos, éstos llegan al gran público. Los menos, por su parte, que manejan en sus trabajos fórmulas más severas, más doctrinarias, pero no necesariamente sabias, creen asegurar con sus trabajos la continuidad del “espíritu de la historia”, a la manera hegeliana. Sin embargo, no sólo en relación a los neófitos, sino entre los mismos iniciados, hay muy poca comunicación, aunque algunos piensen que esta situación será superada —yo creo que sólo será paliada— por las supercarreteras informáticas.

Un paso más en esta dirección. Si nos preguntáramos si para el grueso de los hombres es posible vivir fuera del tiempo histórico y de las preocupaciones del historiador, con la mínima y “cristalizada” memoria del pasado, la respuesta será afirmativa: ¡el pasado ya pasó! Esta situación debería provocar la reflexión de los historiadores a propósito de la enorme importancia que podrían adquirir sus trabajos si lograran audiencia e influencia en amplios sectores sociales. Recordamos que si hay una función social para el historiador, es la de tender múltiples puentes entre ellos y los no iniciados. Porque este constante ejercicio de recuperación del pasado puede ser liberador, como lo señaló Walter Benjamín: “Nada de lo que se verifica se pierde para la historia [...] mas sólo la humanidad redenta toca plenamente el pasado’. Redenta, es decir, liberada”.¹²

Respecto a la legitimidad de la historia, la mayoría de los iniciados acuerdan, implícita o explícitamente, que son las academias y similares las entidades que detentan y recrean el saber histórico. Para muchos de éstos, cultivar correctamente el conocimiento histórico implica no contaminar sus elaboraciones teóricas con posturas ideológico-políticas. Pero el discerni-

¹¹ Carlos Mariátegui, “Reflexiones sobre el concepto de América Latina”, incluido en este mismo volumen.

¹² Citado por Carla Ginzburg, *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik Editores, 1991, p. 28.

miento de los hechos del pasado no es puro y no siempre permanece intramuros. Para numerosos iniciados —que arrastran a innumerables legos—, sobre todo después de la consolidación de la tradición filosófica marxista, el saber histórico es considerado, en última instancia, una guía para la acción; y sus posturas ideológicas se deslizan frecuentemente hacia la acción política. El recordado Carlos Pereyra planteaba la necesidad de “vigilar que la preocupación por la utilidad (político-ideológica) del discurso histórico no [resultase] en detrimento de su legitimidad (teórica)”.¹³ En principio, y en nombre de la “objetividad científica” —así llamada—, no se puede estar en desacuerdo con esta observación. Sin embargo aun las posturas teóricas más pulcras están sustentadas en juicios de valor, juicios de valor con los que cotidianamente nos enfrentamos al mundo y lo juzgamos. Dicho de otro modo, ambas posturas, lejos de ser antitéticas, tienden a la convergencia, se complementan. Sí, el “*vademécum* de la objetividad” señala que es deseable alejarse de los juicios de valor y buscar, más bien, la tan venerada “objetividad científica”. Sin embargo, “hay que recordar que la existencia humana está impregnada de parte a parte de valores [...] por consiguiente, querer expulsar de las ciencias humanas cualquier relación con los valores es una tarea inhumana”.¹⁴

Si acordamos que en la elaboración del conocimiento histórico tanto las posturas teóricas como las ideológico-políticas están saturadas, bien que mal, de juicios valorativos, también tendríamos que acordar que, como en filosofía, con la historia sólo interpretamos el mundo a partir de nuestros propios valores. Por ello, de lo que se trata, —tanto para legos como iniciados—, es de buscar en el pasado respuestas a nuestras preguntas, inquietudes y ansiedades sobre el presente. Sin embargo, hay que decirlo, no son los legos quienes más preguntan al pasado sino los iniciados, como Ernest H. Gombrich, quien lanza un grito desesperado en el casi vacío del gremio de los historiadores, llamando a conservar, a toda costa, nuestros nexos con el pasado —con la historia cultural— que “se aleja de nosotros a una velocidad espantosa”.¹⁵

¹³ Carlos Pereyra, “Historia, ¿para qué?” en C. Pereyra, *et al. Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1985, pp.12 y 31.

¹⁴ Tzvetan Todorov, *Las morales de la historia*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 9-22. Ver el apartado “Las ciencias morales y las políticas”, específicamente p. 20.

¹⁵ Ernest H. Gombrich, *En quête de l'histoire culturelle*, Paris, Gérard Monfort Éditeur, 1992, p. 73.

En este punto me atrevería a decir, sin menoscabo de los más pulcros y aplicados estudiosos e investigadores de la historiografía, que tanto los más finos como los más burdos historiadores hacen discursos llenos de ideas — léase formas ideológicas— y se comunican por medio de ellos. Pero la diferencia entre unos y otros radica en que los segundos producen formas ideológicas toscas, ásperas, inflexibles y por ello mismo cerradas; mientras que los primeros elaborarían, en principio, ideas más finas, flexibles y evocadoras. Tal vez habría menos virulencia y oligofrenia entre los amantes de Clío si aceptaran que sus confrontaciones se dan por medio de formas ideológicas cuyo sustento son los valores que cada quien asume, y no las “verdades realmente establecidas”. Si aceptamos que esos valores nutren nuestra visión e interpretación del mundo, entonces podríamos reencontrar sin ambages al saber filosófico, sobre todo en su vertiente ética, tan largada en estos tiempos. Sin duda alguna, la asunción de ese *saber* nos ayudaría a mejorar la elaboración de nuestros modelos de comportamiento social, para hoy y el futuro, pues lamentablemente, aunque nos afanemos, no podemos viajar al pasado para arreglar los asuntos de los muertos y regresar al presente con la “verdad histórica” a cuestas.

Asumo que estas aseveraciones escandalizarán a más de un espíritu aséptico. Con todo, estoy convencido de que nuestras anteojerías ideológicas, propias de la condición humana, continuarán fijas a nuestras mentes y sólo a través de ellas seguiremos conociendo, interpretando y viviendo el mundo. Aunque claro, lo podríamos hacer con el sano principio de la auto-crítica por delante.

UN PORVENIR QUE NO CAUSA GRACIA

La creciente imbricación y complejización de procesos sociales y fenómenos culturales ha propiciado que la historia mundial haya dejado de verse como la gerontocrática “Historia Universal”, unilineal, unilateral y “cadenciosa”, comprensible y “controlable”, a la manera que nos la mostraban los manuales de Jules Isaac y Albert Malet, por ejemplo. La aceleración de los procesos socio-históricos y la creciente individualización de la conciencia, han hecho que la historia se complique y fragmente. Al incremento de la conciencia sobre la complejización histórica, corresponde un

aumento en la atomización de ideas y en la diversificación de intereses sociales y culturales.

Pese a la extraordinaria multiplicación de la información y a su creciente circulación, asistimos a una dramática disminución de certezas conceptuales e ideológicas en general. Aun con el creciente universo informativo —en principio al alcance de cualquiera, gracias a la revolución informática—, sabemos menos. Uno de los efectos de la llamada revolución informática es la disminución dramática de lectores en todo el planeta. Y aunque se ponderen los beneficios de las llamadas supercarreteras de la información, éstos se mantendrán restringidos a grupos reducidos y privilegiados; sucedió con los libros. Por supuesto, este fenómeno se agudizará más en los países periféricos, la mayoría de los cuales se encuentran en procesos de pauperización material, como México, donde además la televisión ha sido conscientemente utilizada para manipular a grandes sectores de la población.

A esta circunstancia se agrega otro problema, el de la lentísima y muy fragmentaria transmisión de los conocimientos producidos en los círculos científicos y académicos, pues tardan bastante en llegar a la gran masa de la población. Por ejemplo, las nociones de democracia y derechos humanos, producto de la mutación cultural europea de hace más de dos siglos, apenas están siendo asumidos por amplios grupos de la población mexicana. Se podría decir que la transmisión de saberes fue lenta hasta antes de la informática y que ahora es instantánea. Sin embargo, habría que reconocer, primero, las resistencias al cambio que pueden implicar los nuevos conocimientos en general; segundo, la falta de voluntad política de las élites rectoras para montar una educación racional y de buen nivel; tercero, la enorme distancia que hay entre los muy restringidos grupos ilustrados que manejan las nuevas ideas y saberes, y las grandes masas idiotizadas y limitadas por la cotidiana y perentoria necesidad de subsistir; y cuarto, los propios límites del modelo democrático.

Con un gran universo informativo pero de difícil acceso para la mayoría, —que impide la adquisición rápida de nuevas ideas y conocimientos—, con una lectura franca a la baja, —que limita la imaginación—, y con un severo empobrecimiento del lenguaje, —que implica el manejo de la realidad por medio de fórmulas y clichés reduccionistas—, la conciencia que

los individuos tienen de los procesos históricos y la importancia que eventualmente les podrían consagrar para mejor conocer el mundo, se reduce drásticamente. Por el contrario, es de suponer que irán en aumento y se consolidarán las “ideas rectoras y duras” —como las que sostienen los fundamentalismos religiosos— y aumentará la producción de “paquetes culturales” transmitidos por tecnologías sofisticadas, por medio de los cuales la realidad será explicada, ordenada, jerarquizada —unilateral y parcialmente—, y tal vez asumida con menor tensión por grandes grupos sociales.

A este no tan halagüeño escenario hay que agregar la fragmentación de las grandes ideologías hasta hace poco imperantes; la creciente atomización de la conciencia; y algo grave, la aparente incapacidad de controlar la explosión demográfica que presiona dramáticamente los recursos disponibles en el planeta.¹⁶ En este escenario tan incierto no puedo evitar pensar en la escalofriante novela de Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*. Tampoco puedo obviar una sentencia de Herbert Marcuse sobre el arte: Éste “... puso proféticamente el dedo en la llaga, hace ya años, cuando anotó: ‘Un “fin del arte” sólo es imaginable cuando los hombres ya no estén en condiciones de distinguir entre lo cierto y lo falso, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo actual y lo futuro. Sería un estado de completo barbarismo en el punto álgido de la civilización...’”.¹⁷ Así, la comprensión de eso que nombramos realidad, se nos presentará, cada vez más, como una caos absurdo e incontrolable. En tal contexto no desentona otra sentencia, de Shakespeare: “La vida [la historia, se podría decir] es un cuento contado por un idiota, llena de sonido y furia y significando nada”.¹⁸

Miradas de este modo las cosas, los logros del llamado progreso, aún creíbles hace poco tiempo, se están convirtiendo rápidamente en referencias con poco sentido; el progreso se está transformando en un verdadero y cruel mito. Aquí tendríamos que conceder razón a Voltaire cuando decía, hace más de dos siglos, que no hay progreso, que sólo existen algunos progresos basados en el esfuerzo y prefiguración humanos.¹⁹ Habría que

¹⁶ Jared Diamond, *El tercer chimpancé*, Madrid, Espasa Calpe, 1994, pp. 14 y 461.

¹⁷ Citado por Günter Knerl, “La abolición de la cultura por la civilización”, *Humboldt*, año 37, Berlín, 1995, núm. 114, p. 5.

¹⁸ Dhoquois, *op. cit.*, p. 139. Se trata de un pasaje de *Macbeth*.

¹⁹ *Ibid.* p. 116.

profundizar las críticas a este mito laico —a la par providencial— que es el progreso, y también habría que pugnar por mantener, desde luego y en el mejor equilibrio posible, los logros que la humanidad se ha apuntado a lo largo de su historia, pues desde el punto de vista de la sobrevivencia de la especie humana sería estúpido pensar que los recursos a nuestra disposición son inagotables.

La indudable capacidad de innovación del hombre ha propiciado y sigue sustentando otro mito —también antropocéntrico y por ello torpe—, que asegura la superioridad de nuestra especie sobre la vida en el planeta. Esto ha generado y lo sigue haciendo, toda clase de discursos cargados de quimeras burdas, mediante los cuales nos declaramos capaces de remontar cualquier problema —¿podremos realmente?— pues nos pretendemos el *súmmum* de la Creación, o de la evolución, según se crea. Pero en realidad tenemos una idea muy vaga y parcial del grado generalizado de la crisis moral y material que enfrentamos; creo que nos estamos engañando a sí mismos. “Nuestra opción por el pensamiento ‘instrumental’, históricamente temprana, nos ha dado una civilización altamente tecnificada, a la que estamos encadenados, a las duras y a las maduras. Las maduras ya las tuvimos, ahora vienen las duras”.²⁰ La realidad en que vivimos nos muestra, minuto a minuto, la descomposición social y el creciente cretinismo cultural, aunados a la degradación ambiental que, ella sí, podría llevarnos al “fin de la historia”.

Aun así y antes de que eso suceda, muchos creemos poder hacer cosas para propiciar cambios significativos en nuestro comportamiento como especie, pues aunque en eso que llamamos cultura —que sólo es privativo de la especie humana— puede estar la simiente de nuestra propia destrucción, también puede estar la semilla de nuestra mejor y más equilibrada relación con la naturaleza y con nosotros mismos. Por supuesto, no sólo se debe vivir esta dura realidad asumiendo un humanismo trágico, de corte quijotesco; hay que trabajar ya para el largo plazo, para el futuro, haciendo el inevitable compromiso de cada humano con la muerte,²¹ pero pensando, que, gracias a lo que hoy hagamos, la vida que continúe le dará sentido a la

²⁰ G. Kunert, *op. cit.*, p. 5.

²¹ Raúl Páramo, *Sentimiento de culpa y prestigio revolucionario*, México, M. Casillas Editor, 1982, pp. 209-234; en especial p. 218, cuando cita a S. Freud.

existencia. Mientras haya vida habrá historia y filosofía, y eso da sentido al quehacer histórico, a los historiadores y a los hombres en general.²²

UN RETRATO HABLADO PARA EL SIGLO XXI

Aunque los tiempos que corren no sean dignos de confianza y menos de entusiasmo, no deberíamos dejar de pensar en cómo y para qué formar historiadores para el siglo XXI y para el mañana, en general. Desde mi punto de vista, los futuros oficiantes de la historia —y aun los futuros individuos-ciudadanos— tendrían que ser educados bajo cuatro orientaciones básicas. Primero: recibir una verdadera y completa formación universal. Segundo: obtener un rigor disciplinario a toda prueba. Tercero: saber manejar de manera impecable la lengua y la expresión escrita. Cuarto: forjarles un espíritu a la vez crítico y lúdico.

Primero.- Cuando hablo de la necesidad de entrenar a los historiadores con una formación universal, pienso en un total replanteamiento educativo: hay que pensar profundamente —filosofar— a propósito de cómo deseamos que estos hombres sean y actúen. En consecuencia, no sólo es necesario que reciban una formación sólida en el ámbito de la historia, sino también una educación cultural profunda, que comprenda los más diversos campos del *saber*, como música, botánica, literatura, astronomía, etnografía, física, arte y un gran etcétera. No se trata de formar eruditos, como los del siglo XVIII, sino “amigos de la sabiduría”.

Segundo.- Amén de suscribir las propuestas hechas por L. Knauth a propósito del entrenamiento que deberían recibir los futuros historiadores,²³ y reconociendo la seria crisis que adolece buena parte de las instituciones mexicanas, en particular, las que producen historiadores,²⁴ me parece pertinente agregar que su formación no sólo debería basarse en el rigor disciplinario propio del oficio, sino que debería tener, también, apertura y flexibilidad hacia las prácticas, teorías y métodos propuestos por el resto de las disciplinas sociales, e inclusive los de las llamadas “ciencias duras”. Un

²² No dejo de reconocer cierta proyección catastrofista en estas reflexiones. Sin embargo, ellas no son las de un pesimista sino las de un optimista medianamente informado, que se resiste a cerrar los ojos frente a la realidad, y que asume el impulso vital de su especie.

²³ Lothar Knauth “Una historia para el siglo XXI”, incluido en este mismo volumen.

²⁴ Enrique Floresecano, “La nueva interpretación del pasado mexicano”, en H. Crespo, et al. *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992, pp.18-27.

buen historiador del próximo siglo debería tener la capacidad de manejar enfoques múltiples y todas las herramientas cognoscitivas posibles. Hay que alejarlos del "...curso estrecho de un relato lineal que paraliza el movimiento y destruye las diferencias, [y que] explica mal la multiplicidad, la irreductibilidad y la simultaneidad de las acciones".²⁵

Tercero.- La transmisión del saber histórico debe sustentarse en un manejo pulcro de la lengua que lo transfiere, y en principio debe exponerse de manera objetiva y rigurosa. Pero también puede y debería poder expresarse por medio del arte de contar. En este sentido, el género que le es más propio es el de la novela, de tal suerte que se podría esperar que los historiadores que mejor y con mayor amenidad escriban, serán, sin duda, los más leídos y sus ideas llegarán más lejos. Si los historiadores del mañana desean mantener y profundizar la conciencia histórica, deberán contar buenas historias por medio de escritos leves, rápidos, exactos, visibles, múltiples y consistentes, como quería Italo Calvino.²⁶

Cuarto.- El sustrato fundamental del espíritu de conocimiento del historiador tendría que ser la crítica, postura ineluctable para intentar despejarse de miedos, fantasmas, complacencias, falsedades y demás peculiaridades de la naturaleza humana. Pero al mismo tiempo, el historiador tendría que buscar el complemento y equilibrio de su capacidad de crítica, es decir, el espíritu lúdico, que le permitiera trabajar jugando, sin tomarse demasiado en serio, consciente de sus propias limitaciones.²⁷

PARA TERMINAR

De los estudiosos del pasado se ha dicho que son individuos con alma de viejos, nostálgicos empedernidos, sujetos pasivos, eruditos —contados—, militantes, espectadores escépticos, etcétera. Estos adjetivos les han venido bien a los historiadores porque su objeto de trabajo son los hechos humanos examinados *ex post facto*. Pero, ¿qué observador no examina la realidad de ese modo? Hay que recordar que el hombre interpreta el mundo sólo después de que lo advierte. Dicho de otro modo, los historiadores no hacen

²⁵ Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario*, México, FCFE, 1991, p. 279.

²⁶ Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Ediciones Siruela, 1989.

²⁷ Se podrán refutar estas cuatro propuestas argumentando que se trata de quimeras, y en efecto, lo son. Pero, ¿no perfigura el hombre utopías para después aspirar a realizarlas?

menos que los sociólogos, antropólogos, politólogos o cualquier mortal; sus diferencias residen en el entrenamiento adquirido, el enfoque utilizado y la experiencia acumulada, amén de la inteligencia individual. Pero hay una peculiaridad adicional que tienen los fieles de Clío: la de haber sido entrenados para “ir a trabajar al pasado”, para “viajar en el tiempo”. Esto puede convertirse en una ventaja, la de imaginar y prefigurar el futuro con la experiencia adquirida en el estudio del pasado. Reflexionar sobre el futuro, como hace sobre el pasado, podría obrar del historiador un filósofo del tiempo. Ese sería un objetivo básico para la formación de los historiadores del siglo XXI y del próximo milenio: el historiador, además de sus otras cualidades, podría convertirse en estrategia del futuro. Así, los historiadores interrogarían al pasado no sólo en nombre de las necesidades y ansiedades del presente, como planteaba Braudel, sino también del porvenir. En esta perspectiva, el saber histórico no sólo cumpliría su función catártica,²⁸ sino que ensancharía bases para influir en las transformaciones sociales y culturales, con plena conciencia y orientación definida. El historiador-filósofo no sólo interpretaría al mundo y prefiguraría los escenarios futuros con imaginación disciplinada, sino que ayudaría a modificarlo.²⁹

Recapitulando su enorme experiencia sobre el estudio del pasado, los historiadores, al lado de otros profesionales e intelectuales, podrían, con audacia e inteligencia, prefigurar el futuro y ayudar a construirlo, pero no como políticos y administradores, sino como críticos. Así, los practicantes de la historia se reencontrarían con la filosofía, con la meditación, con la duda, con el cuestionamiento, como quería Cioran. Devendrían filósofos de los sucesos humanos en el tiempo. Inclusive, tal vez entonces la utopía marxista que buscaba transformar al hombre en cazador, pescador y crítico, podría adquirir cierto grado de realidad.

En todo caso, antes de cualesquier quimera, la tarea de prefigurar el futuro y ayudar a construirlo no sólo debería realizarse por motivos éticos —lo que nos remitiría a la función social del historiador—, sino porque cada día que transcurre se reduce nuestro margen de maniobra para subsistir como especie; y eso, eso no es una utopía.

²⁸ Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, FCE, 1985, especialmente el apartado «La historia como hermenéutica y como catarsis», pp. 428-431.

²⁹ Piensa, por supuesto, en la undécima tesis sobre Feurbach, de Karl Marx.

Una teoría de la transición para Europa centro-oriental*

Jan Patula†

RESUMEN

El ensayo llama a buscar una adecuada teorización de la transición reciente de un sistema del socialismo realmente existente a otro de democracia multipartidista, entroncado con una economía de mercado en Europa centro-oriental. Problemaliza varias alternativas de interpretación y exhorta a trabajos comparativos con base en varios paradigmas para lograr un análisis más complejo y global.

Los años 1989-1991 se consideran generalmente como la caída del socialismo real en Europa centro-oriental. Para la Unión Soviética la fecha de 1991 marca también su desintegración territorial que, por su naturaleza estatal, implicó también el derrumbe de su estructura imperial. En la euforia de estos años no se dudó en calificar los acontecimientos de 1989 como “*anno mirabilis*” —una nueva edición de la “Primavera de los Pueblos” decimonónicos—, o bien el “fin del siglo xx”, que Raymond Aron había designado como la “centuria de la guerra total”.¹

Tuvo lugar, sin duda, un cambio radical en todos los niveles de la vida, desde el ámbito macro (por ejemplo: el fin de la guerra fría y la división del mundo en dos campos político-militares antagónicos), hasta la esfera micro (relacionada con la recuperación del sentimiento de la libertad para el ciu-

* La contribución de Jan Patula se publica de manera póstuma y constituye la culminación de un manuscrito que no llegó a ser completamente editado por el autor mismo. A falta de las citas originales se acudió a una investigación bibliográfica y una redacción suplementaria, tratando de ser fiel a las propuestas del historiador. Lothar G. Knauth.

¹ Raymond Aron, *The century of total war*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1954.

dadano común y corriente), pasando por modificaciones en las élites políticas de cada uno de los Estados, las reglas de juego con respecto al éxito económico y las relaciones de propiedad en la vida económica, entre otros.

Todos esos cambios que aún perduran se inscriben en un proceso que suele calificarse de *transición*. En efecto, los principales protagonistas políticos y sociales siguen proponiendo lograr la transformación de un prevaliente sistema de regulación burocrática a otro de economía de mercado, así como de un sistema de partido y Estado únicos y hegemónicos a uno de régimen democrático, pluripartidista, con garantías para los derechos civiles y ciudadanos. Se trata de un proceso complejo, inaudito hasta entonces, y por ende condenado a transitar por nuevos senderos y enfrentar desafíos desconocidos.

Lo interesante de este proceso radica en que tanto la caída del sistema de socialismo real como su transformación posterior, se desarrolló y lo sigue haciendo, literalmente frente a nuestros ojos, y cada día produce nuevos sucesos que nos obligan a reflexionar sobre el curso de los acontecimientos. Desde el punto de vista cognoscitivo, el cúmulo de hechos, del pasado reciente y de cada día que transcurre, resulta una ventaja debido a la abundancia de testimonios de ese proceso; pero, al mismo tiempo, representa un serio obstáculo para poder interpretar sus vicisitudes como "proceso de transición". Nos sentimos casi asfixiados en ese mar de acontecimientos y abrumados por las novedades que aparecen cada día.

Ese discurso histórico plantea la siguiente pregunta: ¿es posible analizar el alud de sucesos de un fenómeno tan complejo y único a la vez? Si la respuesta resulta afirmativa, sigue otra interrogante: ¿cómo hacerlo, con qué instrumentos cognoscitivos, qué metodología adoptar para clasificar e interpretar los hechos de este proceso?

Urge contar con el marco de una teoría capaz de proporcionar una plataforma donde sean sintetizadas todas esas observaciones fragmentadas y dispersas en el tiempo y espacio. Lo que nos proponemos en este trabajo no es ofrecer tal cuerpo teórico sino, más bien, señalar las dificultades y problemas por resolver en cualquier intento de teorización sobre el proceso de transición y transformación del sistema social de Europa centro-oriental. Aludiremos más adelante algunos "cuellos de botella" en esta tarea, buscando explicar las causas y modalidades de los intentos por desplegar explicaciones globales y teóricas.

Cabe constatar que cualquier investigador en ciencias sociales — incluso cualquier lector de diarios— interesado en la problemática de Europa centro-oriental, utiliza consciente o inconscientemente, explícita o implícitamente, un marco teórico que le permite “descifrar” y entender los acontecimientos. La esencia de la teoría radica en relacionar en categorías los hechos relevantes elegidos e interpretados, distinguiendo a los más importantes de los banales. En la mayoría de los casos, se trata, *a posteriori*, de añadir a los hechos ocurridos un cierto significado proveniente del propio sistema de valores, así como de la particular visión del mundo y de las específicas experiencias adquiridas. Aquí yace el peligro de una extrema ideologización en la interpretación de los hechos: acto seguido al registro y selección de éstos por conveniencia apriorística, hay que considerar el desdén olímpico por los sucesos inconvenientes, lo que se une a la presunción de que la plataforma teórica empleada es la “única correcta” o “admisible”. Obviamente, este peligro de extrema ideologización aparece en cualquier circunstancia histórica y en todos los ámbitos geográficos, pero se agrava en situaciones de ruptura y cambios bruscos, cuando los acontecimientos se aceleran y lo novedoso e inaudito predomina.

En los medios académicos se oyen con frecuencia quejas acerca de la falta de una teoría de la transición y transformación postcomunista y, en términos generales, acerca de la insuficiencia teórica de las ciencias sociales en la explicación —sin hablar de la previsión— del proceso de la transición de los regímenes autoritarios a los democráticos.

Es dable resumir dicho estado de ánimo al observar que el acervo de teorías existentes resultó ser de poca ayuda para explicar el momento de aparición, el tiempo de duración y la localización geográfica de los procesos democratizadores de la época reciente. Sin embargo, tal actitud expresa, con gran probabilidad, el anhelo, consciente o inconsciente, hacia grandes sistemas teóricos al estilo de Marx, Weber o los funcionalistas.

Al indagar sobre los desafíos de teorizar el proceso de la doble transición, política y económica en Europa centro-oriental, es necesario delimitar las exigencias que una teoría con pretensión científica debería cumplir. Se trata de una construcción conceptual abstracta que : a) contiene claramente definidas categorías analíticas; y b) presupone un cierto modelo compuesto de elementos relativamente duraderos o que se repiten, al menos, con alguna frecuencia, relacionando dichas categorías analíticas.

J. S. Coleman y T. J. Fararo sostienen que una teoría en ciencias sociales debe cumplir por lo general con tres criterios básicos que son:

1. El funcionamiento de un sistema social (grande o pequeño) y no el comportamiento de las personas humanas constituye la esencia del conjunto de los fenómenos a explicar por una teoría.
2. La explicación del funcionamiento de un sistema social implica explicar el comportamiento de los actores sociales dentro de este sistema, lo que a su vez presupone: contar con una teoría de pasaje (*transition*) entre el nivel del comportamiento de un sistema en su conjunto y el nivel del comportamiento de actores individuales (esta cuestión se designa frecuentemente como el problema macro-micro).
3. Tener un modelo psicológico, o una teoría positivista sobre las fuentes de éste.²

Para que una teoría alcance el *status* científico —es decir, que no sea una especie ideológica de interpretación de la realidad, sino un medio de entender al mundo— debe llenar los siguientes requisitos: 1) explicar y prever la evolución futura de la realidad social en base de las leyes generales; 2) verificar empíricamente los datos; 3) cuantificar y medir los fenómenos observados; 4) asegurar la acumulación del conocimiento; 5) evitar la valorización.³

No cabe duda, resulta casi imposible encontrar en las ciencias sociales una teoría capaz de cumplir rigurosamente con todos los criterios arriba mencionados. No deja de ser importante el hecho de que este último paradigma fue importado de las ciencias naturales a las sociales, por lo que no es factible —a pesar de los esfuerzos emprendidos en este sentido— la equiparación de ambas ramas científicas. Salta a la vista, hasta para los novatos en los menesteres de investigación científica, que es imposible en las ciencias sociales separar por completo el objeto del estudio de su sujeto, así como diferenciar entre el lenguaje de la observación y el de la teorización.

Si bien hemos señalado el peligro de ideologización en el intento de clasificar, ordenar y explicar los hechos sociales, es decir, en cualquier afán

² Gabriel Abraham Almond y James Smoot Coleman (eds.), *The politics of the developing areas*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1960.

³ Thomas J. Fararo, *Mathematical sociology: an introduction to fundamentals*, Huntington, Nueva York, R. E. Krieger, 1978.

de teorizarlos, es evidente que la tarea de elaborar una teoría en ciencias sociales implica inevitables relaciones con propuestas ideológicas de moda, las corrientes filosóficas en curso, y con los condicionantes sociales, políticos y económicos del momento, que es lo que suele llamarse *Weltanschauung* de cada investigador. Por supuesto, existen grados de ideologización que en cada caso pueden resultar cruciales para las conclusiones obtenidas. Sea como fuere, calificar un problema llamándolo por su nombre no significa resolverlo.

Ahora bien, debemos tener una mínima claridad acerca de la cuestión epistemológica del proceso de la transición de un sistema, en general, y de la transición postcomunista en particular. En esencia, las transiciones históricas de una formación socioeconómica a otra, por ejemplo de la esclavitud al feudalismo y de éste al capitalismo, se produjeron sólo en algunas regiones del mundo, mientras que sus remanentes se situaban al margen del proceso. En otras palabras, este tipo de transiciones tuvo un carácter restringido geográficamente hablando, aunque el sesgo ideológico introducido a él por el llamado marxismo-leninismo, o mejor dicho, su mutación posterior leninista-stalinista, pretendió otorgarle dogmáticamente una tendencia universal y lineal.

La otra diferencia fundamental entre dichas transiciones históricas y la que tiene lugar recientemente en Europa centro-oriental, radica en que las primeras acontecieron de manera orgánica y durante un tiempo bastante prolongado. Por consiguiente, el uso de "transición histórica" [en el sentido dogmático], puede resultar más engañosa que benéfica en el esfuerzo de aclarar los problemas inherentes respecto de la transición a la era postcomunista, salvo algunas particularidades muy específicas que mencionaremos más adelante.

La búsqueda del paradigma de la transformación del sistema comunista tiene que ubicarse necesariamente en dos niveles, de discusión y de análisis. El primero se refiere a la caída del comunismo en 1989 en Europa centro-oriental, y 1991 en la ex Unión Soviética; y el segundo se debe centrar en el esbozo del nuevo orden. Hay que otorgar atención especial al mecanismo de la "salida" del sistema comunista, así como a la modalidad y la característica de la aparición de nuevos principios organizativo-estructurales.⁴

⁴ Para utilizar el término de Jürgen Habermas.

Con respecto al primer nivel de discusión surge de inmediato la pregunta ¿nos proporcionan las teorías existentes del funcionamiento del comunismo las pautas para su derrumbe? ¿Cuáles serían las de mayor alcance explicativo?

Empecemos con la teoría del *totalitarismo* como el modelo analítico más global y también mejor difundido. Trascendió el ámbito académico y adquirió derechos ciudadanos en los medios de comunicación masiva y en la lucha política y partidista en diferentes amplitudes geográficas. Esta teoría, formulada originalmente por Hannah Arendt en los años 40, durante su exilio forzado, se había referido al sistema nazi-fascista en su época. En el período de la postguerra, la misma Hannah Arendt y dos politólogos, también de origen centro-europeo, C. J. Friedrich y Z. Brzezinski la extendieron a la URSS y Europa centro-oriental durante la época estaliniana.⁵ Después aparecieron fuertes críticas a esta teoría y el rechazo del modelo totalitario como inadecuado y superado para explicar la realidad en esa región del mundo. A la vez, se propusieron los esbozos teóricos de la llamada convergencia, es decir de los modelos teóricos desarrollistas, estructural-funcionalistas, de la cultura política y de la burocracia, entre otros. Todos ellos enfatizaban que la estabilidad político-económica era la particularidad del sistema comunista, sin contemplar siquiera la posibilidad de su colapso.

Con distancia de un par de años, A. Walicki, filósofo polaco, quien se dio a conocer anteriormente con sus estudios iluminadores sobre el populismo,⁶ demostró la futilidad tanto del modelo totalitario como de sus múltiples versiones revisionistas para explicar la caída del socialismo real. En una entrevista constató:

Ambas escuelas, tanto la de izquierda como la derecha, que siempre ha enfatizado la cantidad de las víctimas del totalitarismo, cometieron el mismo error: las dos consideraban que la situación era estable, unos creyeron que era estable porque se desarrolla en la dirección correcta, y otros consideraron que era estable porque, en términos generales, nada estaba cambiando.

Y después de señalar las posiciones extremas de las dos corrientes teóricas de interpretación de la realidad en el campo soviético, es decir la

⁵ Hannah Arendt. *The origins of totalitarianism*, Nueva York, Harcourt Brace, 1951; Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian dictatorship and autocracy*, Cambridge, Harvard University Press, 1956.

⁶ Andrzej Walicki. *The controversy over capitalism: studies in the social philosophy of the Russian populists*, Notre Dame, IN., University of Notre Dame Press, 1989.

teoría del totalitarismo y las múltiples posiciones revisionistas de esta teoría, llegó a la siguiente conclusión: “Sin embargo, el error recayó a los dos lados. Ninguna de las escuelas soviéticas previó la catástrofe del sistema. Todas ellas sostenían que éste, por diferentes motivos era estable”.⁷ Así pues, no podemos extraer de estas escuelas interpretativas ningunos elementos útiles a modo de punto de partida para la elaboración de una teoría de la transición postcomunista, ya que no contemplaron en absoluto ni la posibilidad teórica ni práctica del colapso del socialismo real.

Ahora bien, resta preguntarse si el cuerpo teórico de la ontología del socialismo real ofrece algunas pautas explicativas y potenciales para su desintegración. Partiendo del aparato conceptual de Hegel y Marx, en su libro de la *Ontología del socialismo*,⁸ la socióloga polaca J. Staniszkis hizo hincapié sobre el doble *status ontológico* de esta formación socioeconómica, es decir, lo *inmanente* —lo profundo, lo fundamental y lo *aparente*— como se presentaba, como se quería que fuese. La autora analiza el sistema en diferentes esferas, desde la económica y política, hasta la internacional —refiriéndose al bloque soviético en cuanto a las relaciones entre la URSS y los países de Europa centro-oriental—, pasando por la esfera ideológica, para llegar a las conclusiones de que esta formación genera contradicciones cada vez mayores debido a la discrepancia creciente entre los niveles inmanente y aparente.

En su momento también observó —lo que va a ser crucial unos meses después— que “este doble estatus, inmanente y aparente, que sin embargo, adopta formas institucionales, adolece de fundamentos ontológicos equivalentes de los del modo de producción capitalista en la esfera de la propiedad y las leyes”. En otras palabras, la autora quería patentizar que el socialismo real no poseía mecanismos de autorregulación ni de autodefensa.

Con el transcurso de casi seis años, desde la ruptura del sistema en su natal Polonia, Staniszkis, indagando sobre la búsqueda de un paradigma de la transformación del sistema en Europa centro-oriental, responde a la pregunta que ella misma se formula de manera negativa: “¿permite la ontología del comunismo explicar su caída?”. Ella responde literalmente:

Creo que hay que responder negativamente a la pregunta planteada anteriormente. *La ontología del comunismo sólo es capaz de explicar el camino de esta*

⁷ *Ibid.*

⁸ Jadwiga Staniszkis, *The ontology of socialism*, edit. y trad. por Peggy Watson, Oxford/Nueva York, Oxford University Press/Clarendon Press, 1992.

formación hacia su propia implosión, porque ésta se encuentra incrustada como una tendencia dentro de las contradicciones del sistema.⁹

Es menester reconocer que la obra de la socióloga polaca contiene de modo explícito el elemento crucial de la transición, el que se refiere a la inevitabilidad —por supuesto no fijada en el tiempo preciso, aunque esto ya sería una profecía—, del fin del socialismo y también al carácter implosivo de su fase final. Por nuestra parte, consideramos que la teoría de J. Staniszkis contiene de manera implícita otros elementos útiles para las siguientes fases de la transición: la revolución desde arriba y la transformación institucional mediante cambios evolutivos.

Otra explicación para la caída del socialismo real se encuentra en todos aquellos trabajos que enfatizaban la crisis estructural del sistema o se dedicaban a analizar empíricamente —sea como historiadores, sea como economistas, sociólogos o filósofos—, las rupturas más significativas en el funcionamiento del sistema. Hasta donde llegan mis conocimientos sobre el tema, este enfoque —el de la crisis— nunca llegó a la elaboración de un cuerpo teórico de explicación global, aunque la metodología utilizada, el acopio de datos e interpretación de coyunturas de crisis en esta región del mundo son imprescindibles para entender el desenlace fatal del sistema comunista.

En mi artículo “La crisis y su solución en el socialismo real”, de 1991, traté de no ser únicamente un cronista de diferentes momentos críticos en Europa centro-oriental a lo largo de su período de postguerra, sino de sintetizar y explicar de manera global la naturaleza de esas crisis:

Hemos visto que las crisis se tornaban globales en el interior de cada país e incluso amenazaban el resto de los países del bloque soviético. Debido a la casi simbiosis de los mecanismos económicos, políticos e ideológico entre los países de la zona, siempre ha existido el peligro de “contagio”. De ahí la necesidad de las élites políticas de sofocar los peligros, incluso mediante la fuerza interna, de la URSS o del grupo de los países de la región.¹⁰

Esta generalización de las crisis, su carácter global —que afectaba a la vez, a las esferas económica, política e ideológica, en cada país en que tuvo lugar— y el peligro siempre latente de extenderse a los demás Estados de la

⁹ *Las crisis son de Jan Patula.*

¹⁰ Jan Patula, “La crisis y su solución en el socialismo real”, *ibíd.*

zona, se acompañó con otra tendencia muy marcada de la evolución de las crisis, la que calificué así: “Otra regularidad se refiere a que las crisis perduraban cada vez más; desde dos días de insurrección en la RDA en 1953, hasta seis años de flujos y reflujos de la *perestroika*”.

Pero la globalización de las crisis, su probabilidad de “contagio” y la cada vez mayor extensión cronológica de ellas, revelaban la descomposición progresiva del sistema. Más importante aún fue lo que llamé “la percepción social de los fenómenos de las crisis”. Ésta englobó el cúmulo de experiencias de organización, aunado con la toma de conciencia de que las modificaciones parciales en el funcionamiento del sistema, así como los intentos de reformar los mecanismos de regulación económica, no eran otra cosa que paliativos y no iban al fondo de los problemas. Cabe añadir que esta toma de conciencia estuvo compartida por amplios sectores de la población y una fracción de la élite política. Este hecho explica en gran parte la posibilidad de la revolución desde arriba, marcada por una ruptura institucional que se había producido de manera pacífica, lo que constituye la segunda fase de la transición.

Para que se diera esta ruptura institucional dos factores desempeñaron el papel de catalizador de los cambios en la dirección de la “salida” definitiva del comunismo. El primero, de orden interno, se originó en lo que comúnmente se denominó la “apropiación de la *nomenklatura*”, es decir una praxis avalada por las modificaciones legales de crear compañías mixtas, sociedades anónimas y diversas cooperativas por parte de la *nomenklatura*. En otras palabras, se dio la oportunidad para altos cuadros de los partidos comunistas y organizaciones de masas, así como a los cuerpos gerenciales en las empresas, convertirse en propietarios *de jure* de la riqueza nacional de manera individual, cuando antes sólo disponían del derecho de usufructo, según el eslabón que ocupaban en la jerarquía del poder. Esta situación incentivó la conversión de los miembros de la *nomenklatura* en “capitalistas” —en el sentido marxista de la palabra—, y a la vez desarmó a los miembros del mismo grupo para emprender cualesquier iniciativa para detener por fuerza la implosión del sistema. Staniszkis, siempre tan propensa en buscar conceptos originales, designó esta operación como “capitalismo político”, ya que su formación no se debió a la maduración económica, como un largo proceso de incubación, sino a una

deliberada decisión política de los gremios dirigentes de los partidos comunistas. El segundo factor fue externo y provino de la extinta Unión Soviética. Éste se plasmó en una revalorización de las relaciones con los países de Europa centro-oriental. En esencia, consistió en lo que Staniszkis llamó en su libro sobre la ontología del socialismo, el “abandono de la cláusula imperial”. Al fijar nuevas prioridades para la política exterior soviética lo que derivó en la nueva concepción de las relaciones internacionales de la nueva directiva soviética —el llamado *novoye myschleniye*, literalmente “nuevo pensamiento”— las relaciones entre la URSS y los “hermanos menores”, como solía coloquialmente llamarse a los países de Europa centro-oriental, resultaban ser un fardo.

Y. Gerasimov, el entonces portavoz del ministerio de relaciones exteriores de la URSS, replicando a las críticas internas y externas de que su gobierno había abandonado a los países de Europa centro-oriental a su suerte, declaró que ya no era posible seguir apoyando a los “regímenes estalinianos, autoritarios y corruptos hasta la médula”. Esta nueva posición de las autoridades soviéticas contribuyó enormemente a la salida pacífica del comunismo, ya que las fracciones constituidas por los “duros” en los aparatos de poder de los países de la región, ya no pudieron contar con el respaldo soviético, incluso militar. Esta dinámica explica porqué el desfase de dos años de anticipación de la caída del sistema en Europa centro-oriental con respecto a la URSS, así como el intento desesperado de mantener al *statu quo* mediante la intentona putschista de agosto de 1991.

La aplicación del paradigma de la “revolución desde arriba”, acuñado por I. Priorogine, que se refiere al traspaso del poder de las manos de la *nomenklatura* comunista a las personalidades más o menos independientes, y en algunos casos inclusive de abierta oposición, en el marco de gobiernos de coalición y el establecimiento de reglas para la celebración de elecciones nominalmente competitivas, puede provocar ciertas reservas. Sin objeción alguna se aplica a Polonia y Hungría, países en donde tuvieron lugar “mesas redondas”, donde negociaron representantes gubernamentales y agrupaciones opositoristas sin que las masas intervinieran, por ejemplo, mediante movilizaciones y manifestaciones callejeras. Pero en otros países del bloque sí se produjeron grandes movilizaciones, y bajo las presiones de las calles los detentores del poder tuvieron que abrirse —desde el

derribo del muro de Berlín hasta la huida de la familia Ceausescu—, y optaron por compartirlo. Los medios de comunicación en aquella época —otoño a inicio de invierno de 1989— enfatizaron y patentizaron en imágenes inolvidables las escenas de miles y miles de personas reuniéndose en plazas públicas y marchando por las calles de las principales ciudades.

La situación en que se desarrollaron los acontecimientos en la EXRDA, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía no contradice completamente al paradigma de la “Revolución desde arriba”, si atendemos a los resultados y no a los impulsos originales que propiciaron los cambios. En ambos casos se llegó a la ruptura —revolución— con respecto a los principales parámetros del sistema, quedando desechos las fuentes tradicionales de la legitimación del poder. Una parte de la antigua *nomenklatura* que permaneció en el poder tuvo que aceptar nuevas reglas del juego y manifestar lealtad a nuevos símbolos y modificaciones constitucionales. Es interesante notar aquí que las personalidades de la vida política desplazadas, gozaron de una casi total inmunidad, excepto el matrimonio de Ceausescu, que intentó oponerse por la fuerza, recurriendo a las tropas de la policía secreta (*Securitate*), aunque al fracasar e intentar huir, fue ejecutado. No en balde se extendió a todos los países de la región el nombre de “revolución de terciopelo”,¹¹ acuñado originalmente por Timothy Garton Ash¹² para designar el cambio del poder en Checoslovaquia.

Ya entrando en la tercera fase de la transición, de la transformación del sistema propiamente dicha, cabe detenerse un momento para fijar —si es posible— el “punto de no retorno”; un giro a partir del cual se puede fechar el nacimiento de una nueva realidad. Naturalmente debemos estar conscientes de que este “nacimiento de la nueva realidad” era y sigue siendo un proceso relativamente largo. Por consiguiente sólo podemos pensar en un acto simbólico, algo que patentiza el advenimiento de nuevos tiempos, y el fin de la época pasada. Creemos que tal momento podría ubicarse en las modificaciones constitucionales, al abandonar “el papel dirigente de los partidos comunistas”, es decir, al desechar el monocentrismo real e ideológico —las tesis de vanguardias, la concepción lineal y progresiva de la

¹¹ Bernard Wheaton y Zdeněk Kavan, *The Velvet Revolution: Czechoslovakia, 1988-1991*, Boulder, Westview Press, 1992.

¹² Timothy Garton Ash, *The magic lantern: the revolution of '89 witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin, and Prague*. Nueva York, Random House, 1990.

historia, las supuestas bases teóricas para las ciencias sociales, entre otros. En este contexto simbólico hay que situar la disolución de los partidos comunistas y su transformación en partidos socialistas, social demócratas, etcétera, que tuvo lugar en todos los países de la región, sin importar si esa disolución fue voluntad de sus miembros o impuesta por nuevos centros del poder. También en la esfera simbólica se inscribió el afán de modificar los nombres de las calles, plazas, de las ciudades —retirando los nombres anteriores de los dirigentes comunistas o personas o símbolos muy encarecidos por éstos—, así como la demolición física de los momentos de la misma época. La coronación de este afán de romper con el pasado se expresó adoptando nuevos nombres oficiales para estos Estados, desechando cualesquier vestigio de atributos “socialistas”, “populares”, y restaurando, si era conveniente viejos escudos, banderas e himnos nacionales.

¿Cómo sistematizar —conceptualizar— los procesos de cambio que tienen lugar a partir de la caída del comunismo? ¿Existe una teoría o las teorías capaces de explicar no sólo la naturaleza de estos cambios, sino también detectar con precisión las fuerzas motrices estáticas, la dinámica interna de la transformación en los planos político, económico y social, y ofrecer, aunque sea en forma de esbozo, la previsión sustentada, no solamente, deseada de esta transformación?

Las reservas expresadas al principio de este texto siguen vigentes e incluso se incrementan en la medida en que se analizan los acontecimientos en curso —sin ninguna perspectiva temporal—, o se aventuran en los pronósticos del futuro. El proceso que transcurre no tiene antecedentes históricos y por ende no existe una teoría acabada de los cambios que día a día suceden. Las soluciones prácticas, por supuesto, operan más bien según el esquema ensayo-error-nuevo ensayo-nuevo error, persiguiendo metas bien precisas y tomando decisiones dentro del marco de ciertas prioridades, escala de valores, diversos tipos de condicionantes, así como en una coyuntura —política, económica o internacional— bien o mal definida. Además se terminó con el monocentrismo y la estructura de poder piramidal, jerárquica. En su lugar se está desarrollando el policentrismo en el ejercicio práctico del poder, con la división clásica entre tres esferas de mutua interacción y control, y con la delegación de prerrogativas a niveles intermedios y de bases, así como con alternancia de los gobiernos mediante elecciones libres y competitivas.

Aquí las preguntas que hay que plantear son: ¿cuál es la meta de esta transformación?, y ¿quiénes son los sujetos del cambio?

La respuesta a la segunda pregunta más utilizada y más en boga ahora, proviene de la (s) teoría (s) de las élites. En su ponencia presentada durante el V Congreso Internacional de Estudios de Europa Central y Oriental, celebrado en septiembre de 1995, sus autores, Higley y Pakulski,¹⁴ no dejaron dudas al respecto. Con pocas excepciones, los líderes políticos postcomunistas en Europa centro-oriental, entre 1989-91 optaron por crear sistemas políticos y socioeconómicos basados en el modelo liberaldemocrático. Así se pusieron en marcha políticas tendientes a reemplazar instituciones básicas del socialismo estatal —el partido Hegemónico y la economía de mando— con las de economías del mercado y de regímenes democráticos viables. En estos esfuerzos, tanto los iniciadores como los arquitectos y usufructuarios de estas transformaciones han desempeñado un papel crucial, según Higley y Etzioni-Halevy,¹⁵ que tomaron los planteamientos teóricos de Pareto y Mosca sobre las élites, y los reelaboraron para aplicarlos a la nueva realidad postcomunista de Europa centro-oriental. Estos autores, al analizar la configuración en esta región, llegan a la conclusión de que en cuatro países de la región, la República Checa, Eslovaquia, Hungría y Polonia, se mantiene el consenso entre las élites respectivas sobre el modelo liberal democrático a seguir, con la economía del mercado y el régimen democrático. Por supuesto, tal consenso no implica que exista unanimidad en cuestiones más específicas, por ejemplo, el ritmo de privatizaciones, el papel del Estado en la vida económica, la naturaleza del régimen político —ya sea una democracia parlamentaria, presidencial o semipresidencial— la esfera y el monto de las inversiones extranjeras, el acceso o no a la Unión Europea, entre otras.

La teoría de las élites no menosprecia ni descarta por completo el papel que juegan y puedan incrementar en el futuro los movimientos sociales, las clases y fracciones de ellas o los sindicatos. Los partidarios de esta teoría replican —como sucedió en el Seminario Internacional del Instituto de Filosofía y Sociología de la Academia Polaca de Ciencias¹⁵— que, indepen-

¹⁴ John Higley, Jan Pakulski, y Włodzimierz Wesolowski (eds.), *Postcommunist elites and democracy in Eastern Europe*. Nueva York, St. Martin's Press, 1998.

¹⁵ Eva Etzioni-Halevy, *The elite connection: problems and potential of Western democracy*, Cambridge, MA, Polity Press, 1993.

¹⁶ Organizado por el profesor W. Wesolowski en Johanna, cerca de Varsovia, en septiembre de 1995.

dientemente de los impulsos originales, siempre son y serán las élites las que articulan las demandas y finalmente las capitalizan.

Por su parte, John Higley se pronuncia de manera moderadamente optimista sobre lo que ocurre en aquellas regiones, donde se observa que es probable que continuará “una tendencia modesta hacia la democracia estable, vía transformaciones consensuales, e incluso es posible que ésta se acelerará durante los años 90 y principios de la siguiente centuria”. En cambio, descarta la posibilidad de que pudiesen revivir las élites ideológicas y las partidocracias en su forma comunista, tal como predominaron durante la mayor parte el siglo xx. En su lugar contempla el peligro del surgimiento de élites muy compactas de orientación fundamentalista o etnonacionalista, así como de estructuras teocráticas o casi fascistas en otras regiones del planeta.

La respuesta proporcionada por la teoría de las élites es también una contestación sobre las metas de la transformación en curso al menos de cuatro países de la región mencionados. Otros factores, de orden histórico y religioso, intervinieron y lo siguen haciendo a favor de la opción democrática en esa subregión. Se trata de una larga tradición que une a esos cuatro países (Chequia, Eslovaquia, Hungría y Polonia) con Europa occidental, desde la adquisición del alfabeto y la adopción del cristianismo de Roma durante la Alta Edad Media, hasta la participación activa en todas sus corrientes artísticas e intelectuales. Huelga recordar que las mejores plumas de esos cuatro países: Kundera, Konrad, Tatarka y Milosz, no sólo criticaron de mil maneras la realidad bajo el comunismo, sino que también defendieron con ahínco el espacio cultural civil.

También es notable que los factores que S. Huntington¹⁶ denomina “efecto demostración, contagio, difusión, emulación, “bola de nieve” o incluso “efecto dominó”, precipitaron los cambios, en términos generales, y de Europa centro-oriental, particularmente. Por otro lado, el vasto marco teórico de Huntington plantea también la posibilidad de “contraolas”, aparte de la “tercera ola” por él postulada, tal como sucedió en épocas anteriores. Sin pretender jugar al profeta, el profesor de Harvard nota siete posibles factores que pueden contribuir —en forma conjunta o por separado—

¹⁶ Samuel P. Huntington, *The clash of civilization?* Cambridge, MA, Harvard University/John M. Olin Institute for Strategic Studies, 1993 (Working paper/Project on the Changing Security Environment and American National Interests; 4).

al desencanto de la democracia y en consecuencia al surgimiento de una tercera contraola. Entre ellos figuran: 1) La debilidad de los valores democráticos entre los grupos clave de élite y la ciudadanía en general.¹⁷ 2) Crisis económicas o colapsos que intensificaron los conflictos sociales y realizaron la popularidad de algunas soluciones que sólo podrían ser aplicadas por gobiernos autoritarios. Otros factores negativos para la marcha democratizadora son: 1) polarizaciones sociales y políticas; 2) las tentaciones de excluir algunas fuerzas políticas del libre juego democrático; 3) la irrupción del terrorismo y de la insurrección que producirían la ruptura del estado de derecho; 4) una intervención militar foránea; y 5) el “efecto de bola de nieve”, pero en el sentido inverso al señalado antes.

Si se aceptan estas observaciones de tipo teórico —en realidad de comparación con las dos olas antidemocráticas preexistentes— y los datos empíricos procedentes de esta región, es más que justificando albergar ciertos temores acerca del futuro de la democracia. No damos lugar aquí a la cuestión aterradora de los conflictos bélicos en la antigua Yugoslavia y la URSS, o de la suspensión de los procedimientos e instituciones democráticos en Belarus, que equivalen a un virtual *putsch* presidencialista. No obstante, la creciente polarización política en Polonia y en Eslovaquia puede también producir sorpresas nada agradables.

Con respecto a la transformación económica, cabe preguntar, en primer lugar, por qué se buscó la opción de imitar el “modelo que pretende ser el patrón de la perfección del libre mercado en Gran Bretaña y los Estados Unidos, pero que existió sólo en la imaginación mitologizada de los euroorientales”. Se miran diferencias abismales entre el punto de partida de los países anglosajones que siguieron la vía capitalista durante los siglos XVIII y XIX, y de los países de Europa centro-oriental que experimentaron tal proceso en los años 90 del presente siglo. Al respecto, J. Staniszkis enumeró dos diferencias fundamentales en los puntos de partida entre ambas regiones: Primero, mientras que el nacimiento del capitalismo occidental se caracterizó por la generalización o universalización de las relaciones de mercado, el orden postcomunista está marcado por *la segmentación cada vez más profunda en dos mercados separados*, uno internacional y el otro

¹⁷ Nótese el relativo paralelismo con las tesis de Higley y Pakulski, aunque en términos más flexibles y amplios. [Nota de Jan Patula].

nacional. Cada uno tiene una infraestructura institucional diferente y, por consiguiente, diferentes niveles de costos de transacción, posibilidades de ganancias operacionales y riesgos potenciales. Segundo, en siglos pasados, la piedra fundamental del naciente capitalismo, radicó en una rápida eliminación de las formas híbridas (mixtas) de propiedad y el desarrollo de la propiedad privada no adulterada. El orden postcomunista, por el contrario, exhibe varias formas híbridas de propiedad, de gran extensión y creciente significado, con líneas divisorias muy confusas entre la propiedad estatal desnacionalizada, la propiedad de las organizaciones y la propiedad privada.

Existen numerosos intentos y propuestas teóricas —o con ambiciones de serlos— que Timothy Garton Ash califica, no sin ironía despectiva, como “transitología”, concepto que aborrece por el lenguaje abstracto, tan distante de la realidad que él tuvo, y sigue teniendo el privilegio no solamente de ser observador sino también un interlocutor excepcional.¹⁸ falta aún mucho para la cabal comprensión de este complejo de transición.

Las propuestas aludidas pecan de hermetismo paradigmático, el cual procede de la especialización y división de las ciencias sociales en ramas cada vez más particulares, cada una operando un lenguaje tan sofisticado que a veces resulta criptolenguaje, que sólo es posible descifrar por los iniciados de la misma corriente o subcorriente. No sorprende, pues, que existe una verdadera Babel conceptual, que es en cierto modo inevitable, dada la especialización y división entre las ciencias sociales, por un lado, y por otro, debido a la compleja realidad socioeconómica y política en cuestión. No considero que sea una acusación gratuita decir que esta “Babel conceptual” resulta una debilidad de las ciencias sociales, en vista de su fragmentación y ausencia de comunicación entre los representantes de cada una de ellas.

A título de conclusión nos parece atinada la observación de E. Wnuk-Lipinski:

La teorización sobre el tema de la transformación postcomunista ofrece lo más prometededor en el marco de mediano alcance, por un lado, y la enormemente compleja materia del mismo cambio induce a aplicar de manera programada el

¹⁸ T. Garton Ash, *op. cit.*

eclecticismo teórico que podría denominarse, con más elegancia, el enfoque multidisciplinario y en la versión más ambiciosa: interdisciplinario.¹⁹

Naturalmente, al abordar los fenómenos analizados de manera comparativa, es recomendable no perder de vista las variaciones en los diferentes países de la región. La teorización, si se apoya en trabajos comparativos y no solamente con base en un solo paradigma para varios países, sino en varios modelos procedentes de varias ciencias sociales, puede romper los “cuellos de botella” arriba señalados y abrir el camino al análisis más complejo y global. Éste es el desafío de la realidad.

¹⁹ Edmund Wnuk-Lipinski, *Demokratyczna rekonstrukcja: z socjologii radykalnej zmiany społecznej*, Warszawa Varsovia, Wydawn. Nauk. PWN, 1996; véase también Tomasz Kolosi y Edmund Wnuk-Lipinski (eds.), *Equality and Inequality under Socialism: Poland and Hungary compared*, en *Studies in International Sociology*, SAGE, 1983, vol. 29.

Trayectoria histórica de México en la Cuenca del Pacífico

Vera Valdés Lakowsky

RESUMEN

El artículo se refiere a la trayectoria histórica de las relaciones transpacíficas de México. En macro-perspectiva se abordan los cambios en los planteamientos conceptuales y expectativas mercantiles y diplomáticas mexicanas en relación con la Cuenca del Pacífico, desde la etapa colonial hasta la contemporánea, enmarcados por las innovaciones técnicas en la navegación y medición del tiempo.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS SOBRE EL ESTUDIO DE LA CUENCA DEL PACÍFICO

La *Cuenca del Pacífico*, espacio marítimo bordeado por los litorales de América, Asia y las Islas del Pacífico Sur, ha existido desde que se conformara geológicamente la Tierra en el período denominado cuaternario. Sin embargo, las relaciones entre los hombres que habitan dicha región han ido variando en el tiempo. En dicho espacio, México ha tenido un papel prioritario, debido tanto a su posición geográfica como a la trayectoria de sus relaciones transpacíficas.

Tratándose de una región compleja, con prolongados contactos entre núcleos diversos a través del tiempo, se han dado diferentes maneras de abordarla. Se encuentran las primeras descripciones, producto de la narrativa fecunda de marinos, comerciantes, misioneros y cronistas reales. Predomina en dicha narrativa la fascinación por las tierras lejanas de Asia y la descripción de las porciones insulares de Oceanía. Después hubo las investigaciones acuciosas y en principio desmitificadoras, que orientan la com-

prensión y explicación del cambio histórico: tarea ardua, silenciosa y sobre todo continua en lo que se refiere al escudriñamiento de acervos documentales, a menudo escasamente percibida por quienes están al margen de ella, y cuya proyección, sin embargo, se ha visto actualizada ante el creciente énfasis en los bloques regionales y los procesos de globalización.

Merced a dicha tarea, ha sido posible conocer el ir y venir de hombres que empleaban los recursos disponibles de su época para trasponer el mar, acercando las porciones continentales. Gracias a ello, hoy es posible contar con un panorama global sobre los procesos históricos acaecidos en la Cuenca del Pacífico y específicamente el papel de México en ese espacio oceánico. Los resultados de las investigaciones son: el conocimiento de fuentes específicas, el análisis historiográfico, la desmitificación de presupuestos exotizantes y el establecimiento del parámetro cronológico que posibilita la identificación de los hechos o particularidades concretas, cotidianas y vitales, imprescindibles para la comprensión e interpretación de procesos históricos. No obstante, todavía espera un arduo quehacer, sobre todo, a la consideración de parámetros sintetizadores significativos de la historia de las relaciones transpacíficas.

Sabemos que la relación transpacífica se remonta a los orígenes asiáticos del hombre americano y a la existencia de contactos prehispánicos. Empero, si en buena medida el conocimiento se logra por medio de simbolismos nominativos y si se hace referencia a la relación transpacífica, ésta surgirá junto con el nacimiento del nombre de ese océano. Fue Vasco Núñez de Balboa (1475-1517) quien, viajando a través del istmo de Panamá, descubrió su existencia el 1º de septiembre de 1513, del vasto océano que llamó *Mar del Sur*; aunque fue en 1519, seis años después, cuando Magallanes (1480-1521) le otorgó su denominación definitiva: *Océano Pacífico*.

Más tarde, el interés expansivo de la Corona española, tanto temporal como espiritual, llevó a los conquistadores a la búsqueda de rutas de comunicación con el mundo asiático. Conocido es que el propio Hernán Cortés, en una de sus *Cartas de Relación* (5 octubre 1524), solicitó la autorización real para descubrir la "especiería y otra islas, si hubiera cerca de Maluca y Malaca y la China [para que] Vuestra Majestad no haya la Especiería por vía de rescate como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa

propia, y los naturales de aquellas islas le reconozcan y le sirvan como a su rey y señor”. Así se manifestaron los propósitos de establecer vínculos transpacíficos entre América y Asia, teniendo como centro estratégico las recién conquistadas tierras mexicanas, cuyos parámetros fueron, desde el punto de vista temporal, efectuar el comercio y auspiciar la supremacía hispana frente a sus competidores portugueses; y desde el espiritual, continuar con la labor de evangelización de regiones remotas. Tal era la política española del siglo xvi y ella podría permitir la consolidación de aquel estado.

De esa forma se iniciaron diversos viajes de exploración a través del Pacífico, entre los cuales fructificaría con creces el efectuado en 1565 por Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta, a bordo del galeón *San Felipe*, a partir del cual se definió la mejor ruta de navegación —aquella que evadiría las corrientes marítimas contrarias del océano—, estableciendo el viaje y tornaviaje entre Manila —cuya conquista se efectuó hacia 1570— y Acapulco, como puertos exclusivos para las transacciones entre Asia y América.

A partir de entonces ha habido cambios en los términos y objetivos de la relación transpacífica. En busca de una comprensión global de la trayectoria histórica del área, se proponen tres periodos cuyo parámetro significativo es la posición de México, primero como entidad colonial y luego nacional. Un primer periodo se ubica entre los siglos xvi y xviii y corresponde al tiempo marcado por el ritmo de los relojes de arena, los de aceite y los mecánicos, en tanto que la navegación se efectuaba en los galeones. El segundo sería el tiempo del cronómetro y el reloj de pulso, así como los *clippers* y los barcos de vapor propios del siglo xix, particularmente durante sus postrimerías. El tercer y último periodo es el del tiempo del reloj electrónico y la navegación aérea del siglo xx, que corresponde también a las mediciones satelitales y los sistemas de comunicación cibernéticos.

LA ÉPOCA DE LOS RELOJES DE ARENA, ACEITE Y MECÁNICOS, Y LOS GALEONES

Desde el siglo xvi los galeones cruzaron el Pacífico midiendo su espacio en unidades registradas por la aguja magnética, el astrolabio y el cuadrante,

mientras que los relojes de arena y aceite medían las horas que los marinos diariamente pasaban sobre cubierta.¹

Por virtud de las disposiciones papales, los galeones españoles obtuvieron el monopolio de cruzar el Pacífico, estableciéndose Acapulco y Manila como puertos básicos desde 1565 hasta 1815, con un breve intervalo en el que el recorrido del que fuera también conocido como *Nao de China* o *Galeón de Manila*, incluyó desembarco en el puerto de Callao en el Perú. Oficialmente este tráfico se suspendió en 1593, debido a nuevas disposiciones en favor del monopolio mercantil de la Corona española, sin embargo, las mercaderías asiáticas continuaron llegando a Centro y Sudamérica.

Las prohibiciones monopólicas y el desinterés por continuar las exploraciones en el Pacífico Sur privilegiaron a la Nueva España como centro estratégico. Por una parte, ésta protagonizaba el enlace de la cadena transatlántica que recibía las disposiciones y el comercio reales, prioritariamente por Veracruz, para luego remitirlas a Manila; por otra, la relación mercantil que daba la exclusividad a los puertos de Manila y Acapulco, enlazó América con Asia, estableciéndose la cadena transpacífica. Durante la etapa colonial, el pausado ir y venir de los galeones al ritmo de los granos de arena deslizándose lentamente en su ampolla, permitió el vínculo transpacífico. Misioneros, comerciantes, la feria de Manila y la de Acapulco, mercancías preciosas, plata, y alguno que otro infractor de la ley, fueron los eslabones concretos que materializaron la relación. Vía Acapulco, hombres y mercancías llegaban al Parián en el centro de la Ciudad de México, y de ahí hasta Veracruz, para embarcarse rumbo a España, donde otros galeones, al mismo ritmo de los relojes de arena, completaban el círculo. Era el comercio internacional y la expansión de la cultura mundial; las naves llevaban a los hombres y con ellos viajaban las ideas.²

La proyección española hacia el mundo asiático prácticamente se circunscribió a las Islas Filipinas, aunque no dejó de estar en contacto con

¹ El reloj de arena se compone de dos recipientes de cristal con marcas, unidos por una estrangulación por la que pasa arena. Al completarse el llenado de la parte inferior, se invierte y vuelve a funcionar. Se empleó para medir intervalos cortos de tiempo. El reloj de aceite presenta, dentro de un envase de cristal o porcelana translúcida, una lamparita de aceite sin mecha, con tubo de aspiración alimentado por el aceite que llenaba el recipiente y cuya altura descendía al arder en la lámpara dando para cada altura la hora correspondiente. Véase Jacques Attali, *Historias del tiempo*, México, FCE, 1982.

² La frase es de Rafael Bernal, *México en Filipinas. Estudio de una transculturación*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965. (Cuadernos Serie Histórica; 11).

los centros de interés prioritario: China, Japón, la India y el Sureste Asiático. La actividad mercantil española se efectuó de manera continua, más por el aprovechamiento de los lazos preexistentes del comercio interregional, que por una presencia directa. Existían elementos de confrontación que la mediatizaban. Por un lado estaban los portugueses establecidos en Macao desde 1557; por el otro, la política centralizadora *Tokugawa*, y la orgullosa posición del *Dyung guo* —Reino de en medio— chino, con su rechazo al reconocimiento oficial de los “bárbaros”. Adicionalmente estaba la orden de Felipe II, de 1577, que indicaba evitar conflictos bélicos con el reino chino.

En Cavite se recibía a los sampanes chinos que llevaban las valiosas sedas, marfiles, porcelanas y otras mercaderías preciosas, y en el mercado de El Parián de Manila quedarían establecidos los sangleyes o mercaderes chinos cristianizados, quienes serían retribuidos con *reales de a ocho* americanos, los cuales posibilitaron el control administrativo de las Islas. Por otra parte, en virtud del Situado —esto es la devolución de las tarifas de ingreso de las mercaderías asiáticas en territorio americano para sustento de las Filipinas—, se generó un estrecho vínculo económico entre aquéllas y la Nueva España. Además, muchos habitantes novohispanos se fueron a radicar a las Islas, lo que propició una relación más que directa entre ambos territorios, especialmente cuando los lazos familiares se daban entre miembros de los Consulados de México y Filipinas. Estas circunstancias llevaron a las Cortes españolas a decretar el cese de la navegación de la *Nao* en 1813, ratificado por Fernando VII dos años después, aunque los navíos de registro intercoloniales prolongaron la relación.

En ese ir y venir los procedimientos técnicos de la época también son de interés. Los primeros relojes mecánicos y de bolsillo irían al Asia, curiosamente a contracorriente de los primeros que fueran invento chino, atribuido al monje budista Yi-xong en 723 d.C., y presumiblemente difundidos en Europa por los musulmanes, los cuales debieron inspirar la creación de los modelos europeos. Como es sabido, muchos de estos relojes fueron de sumo interés para los emperadores Ming: llevados por vía terrestre o marítima por los misioneros, fueron objeto de obsequio al emperador chino por parte de Felipe II en 1580.³

³ Entre los regalos que se envían están incluso retratos de la familia real. Juan Gil, *Hidalgos y samuráis. España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, cit. 98, p. 262. (Alianza Universitaria; 695).

Por la ruta transpacífica se registra también el interés japonés por el conocimiento de los sistemas de depuración de la plata mexicana, según se desprende de la *Relación del Japón*, escrita por Rodrigo de Vivero en 1609, y más tarde por el envío de varios relojes al Japón llevados por Sebastián Vizcaíno entre 1611–1612, entre los cuales se mencionan unos “de pesas” y otro de “pecho”,⁴ cuyo modelo debió aproximarse si no es que coincidir, con los primeros relojes de bolsillo o “huevos de Nüremberg”, inventados en 1500 por Pedro Henlein, oriundo de dicha ciudad. De manera que tales relojes llegaron procedentes de Europa a Japón por la vía de la Nueva España, y cuando en reciprocidad a las acciones de Vizcaíno la misión *Jasekura* pasó por la ciudad de México y se dirigió por el Atlántico hasta Roma, el círculo volvió a completarse, aun cuando a su retorno la intención de sostener relaciones directas entre Japón y la colonia americana se frustrara.⁵ Así, el ritmo de los navegantes del siglo xvii debió estar marcado en buena medida por este tipo de relojes y algunos otros ejemplares mecánicos, sin que hayan desplazado del todo a los tradicionales de arena y de aceite. Del mismo modo, los galeones españoles tendrían que competir cada vez más por el dominio de los mares con las naves holandesas e inglesas.

Hacia finales del siglo xviii el proceso sería irreversible y las nuevas exploraciones marítimas y continentales ampliarían el contenido geográfico de las relaciones transpacíficas tradicionales. Destacan entre ellas la de José Mariano Moziño (1792) y la de Alejandro Malaspina (1789–1794), que salieran de la Nueva España. Por su parte James Cook toma Tahití

⁴ *Ibidem*. La correspondencia entre los misioneros en el Japón—como Fr. Alonso Muñoz—, y el rey, revela las recomendaciones de diversas mercaderías para fomentar el comercio con Japón (1611) como: grana, jabón, cordobanes y cueros de vaca. Así, se enviaron con Vizcaíno paños de Flandes, relojes de pecho, mapas, cajones de jabón, vidrio curioso y vidrieras. El encargado de elaborar el astrolabio, morteros y brújulas fue el relojero italiano Jacques Sidra, (AGI, Filipinas 195, 1, núm. 24), cita 92, pp. 261, 279. El envío en 1612, constaba de dos relojes forrados con terciopelo carmesí, otro de portal dorado y sin celada con demostración matemática, con su caja de vidrieras y dos relojes de pesas, que fueron encargados a maese Sanz, relojero del rey, previo pago de 190,700 mrvs. J. Gil, *op. cit.*, p. 262 (AGI, Contaduría 39; también C. Fernández Duro, Armada Española, III), 87 n que por el reloj de pecho se pagaban 35 ducados. Sin embargo, José Kouichi Oizumi Akasaka en *Japón-México. Intercambio comercial-diplomático entre el Japón y la Nueva España*, México, Editorial Letras, 1971, p. 37, habla de un solo reloj, sin referencia a su tipo, señalando que se conserva en el templo de KunoSan, cerca Shizuoka, ostentando en placa metálica a Madrid como lugar de elaboración, y añade, sin más, que con ello se propicia el surgimiento de la industria relojera en Japón, afirmación sobre la que se requiere mayor investigación.

⁵ Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico, 1542-1639*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972 (Serie Historia General; 8), La Misión cubrió un interés mercantil y entre sus objetivos estaba alcanzar la Corte española y entrevistarse con el papa. En cuanto al establecimiento de vínculos directos con la Nueva España, hubo diversas trabas burocráticas y sobre todo el temor de los oficiales reales a una potencial invasión japonesa.

(1768) y los rusos descienden por la plataforma de Alaska hasta Monterrey, de California; llevan pieles de nutria hasta China. Casi simultáneamente, la formación de la *Real Compañía de Filipinas*⁶ y la apertura al comercio libre, cambiaron el panorama regional y la ruta Acapulco-Manila perdió su exclusividad. El que fuera prácticamente un océano novohispano se internacionalizó, quedando México en el centro de las nuevas relaciones mundiales.

LOS CRONÓMETROS, LOS RELOJES DE PULSO, LOS *CLIPPERS* Y LOS BARCOS DE VAPOR EN EL SIGLO XIX

La orden de supresión de los viajes de la Nao de China entró en vigor en 1815; los galeones fueron sustituidos por navíos de registro propiedad de particulares, quienes protagonizaron la relación transpacífica. Más tarde, consumada la independencia de México, Agustín de Iturbide tomó en préstamo y para efectos de su gobierno, una conducta de 525'000 pesos destinados al comercio con Manila, que trajo hasta costas mexicanas la fragata *Santa Rita* el 25 de octubre de 1820. Esta acción constituyó el primer empréstito del gobierno independiente, que invierte el vínculo económico de la Nueva España con las Filipinas, convirtiéndose éstas en acreedoras de la recién nacida nación mexicana. Por cierto, ese empréstito sería cubierto gradualmente.

Puede decirse que a pesar de las condiciones de las aduanas de los países que miran al Pacífico y sus dificultades políticas, al nacer el Estado-nación mexicano se vislumbraron diversos proyectos de enlace con el exterior, entre los cuales la relación con Asia se consideraba lejana pero deseable y viable.

En su configuración histórica, México siempre aparece como el centro estratégico por excelencia ubicado entre dos océanos, donde la constitución de un canal interoceánico aprovechando la franja de Tehuantepec, fue vislumbrado como la vía rápida para llegar al Asia y permitiera también la relación con Europa. En tal contexto las Filipinas, de suyo integradas a la vida económica de la otrora colonia, fueron advertidas como parte del país, así como la vía natural del intercambio con el mundo asiático.

⁶ María de Lourdes Díaz Trechuelo, *La Real Compañía de Filipinas*, Premio del Banco de España, 1960. Sevilla, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1965.

Entre 1824–25, justo durante la celebración de la Junta Provisional de las Californias, Francisco de Paula Tamariz sugirió la posibilidad de anexar a la nación el territorio de las Filipinas, argumentando su pertenencia real por haber sido durante la colonia recipientes del Situado. Se decía que las Islas seguirían siendo el sitio estratégico para el comercio con Asia, por lo que debería formarse una compañía asiático–mexicana. Se consideraba que ésta podría ser conveniente para preservar las costas mexicanas del Pacífico y contribuir a mejorar las condiciones de las Californias, además de prevenir el despliegue de los rusos, quienes entonces ya se encontraban en territorio norteamericano.⁷ La Junta Provisional de las Californias falló a favor de establecer una compañía de comercio directo con el Asia y el Mar Pacífico, cuyo punto de partida debía ser Monterrey, capital de la Alta California. Se le llamaría *Compañía Asiático–Mexicana*, protectora del fomento de la Península de California. Iniciaría con un capital de 4'000'000 de pesos con 2'000 acciones de las cuales 300 serían suscritas por el gobierno mexicano, y en principio se contrataría por 10 años. Empero, la delicada situación interna del país y las posibles discrepancias de criterio entre los protagonistas impidieron realizar el proyecto.

Aún así, México siguió efectuando el trato mercantil con Asia, sólo que durante el siglo XIX, al desvanecerse la huella del *Galeón de Manila* o *Nao de China*, y permitirse —aun con las reservas proteccionistas del estado mexicano independiente— el comercio con todas las naciones, tanto los puertos mexicanos del Pacífico como las casas comerciales que sustituyeron la actividad de los consulados de México y Guadalajara, recibieron las mercaderías transportadas por naves de diversa nacionalidad, mismas que recibieron, al igual que los antiguos galeones, el peso de plata mexicano, valorado desde el siglo XVI en los mercados internacionales y de particular aceptación en Asia. Una vez más, el país figura como centro de confluencia internacional.

Entretanto, los galeones habían sido sustituidos por naves más ligeras y veloces, como el *clipper*, bergantín largo y angosto que se construyó en la

⁷ Dictamen No. 8 de la Comisión de Relaciones Exteriores del 20 de diciembre de 1821. No ha sido posible localizarlo. El dictamen No. 9 de la misma serie, enuncia brevemente la conveniencia de mantener vínculos con las Filipinas. Junta de Fomento de las Californias. "Colección de los principales trabajos en que se ha ocupado la Junta nombrada para meditar y proponer al Supremo Gobierno los medios más necesarios para promover el progreso, la cultura y la civilización de los territorios de la Alta y la Baja California, 1827". Incluye proyecto de Francisco de Paula Tamariz, 14 de diciembre de 1825. H. Bancroft también da noticia de su existencia.

Unión Americana hacia 1840–1850. Hubo planes, incluso, para que personajes involucrados en el comercio del Pacífico, como Alexander Forbes, recibieran correspondencia en la que se sugería la creación de nuevos modos mecánicos de propulsión para los barcos, mismos que, en caso de que se construyera un canal transoceánico por Panamá, permitieran tener una ruta directa y expedita hacia Manila y “el archipiélago oriental”.⁸

Paralelamente, los avances en mecánica llevaron a la creación de cronómetros para uso de la marina, cuyos antecedentes fueron los construidos desde 1761 por John Harrison y John Arnold, quien perfeccionó el mecanismo en 1782. De manera que el tiempo de cruce del Pacífico se hizo en embarcaciones más veloces y se midió con mayor precisión.

EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX

Como puede advertirse, si bien la relación entre México y la Cuenca del Pacífico se desarrolló prioritariamente por la vía de Manila desde el siglo XVI, hasta propiamente mediados del siglo XIX, lo cierto es que siempre hubo intentos y mecanismos que propiciaron la relación con China, Japón, otras áreas del sureste asiático y aun con la India. Del mismo modo, aunque el Pacífico siempre fue visitado por navíos de diferente nacionalidad, lo fue aún más en dicho siglo, en particular desde la independencia de México en 1821, cuyas normas arancelarias permitieron el arribo a costas mexicanas de todo tipo de embarcaciones. Por otra parte, poco fueron transformadas las rutas y puertos establecidos por la Corona española.

Los hombres y las naves que entonces cruzaron el Pacífico tocaron nuevos puntos estratégicos e idearon un sentido diferente para manejar su tiempo, en virtud de que durante el último tercio del siglo XIX los Congresos Geográficos Internacionales propusieron elegir un meridiano que sirviera de base para que los medios de transporte pudieran tener la medición de una hora única mundial: en 1891 se adoptó el parámetro de Greenwich que sincronizó el tiempo a escala internacional. De esa manera, los barcos de vapor podrían medir y acortar bajo un mismo parámetro el tiempo transcurrido en sus viajes transatlánticos y transpacíficos. Pasajeros y tripula-

⁸ Alexander Forbes, *California. A history of upper and lower California from their first discovery to the present time*, Londres, Smith, Elder y Co. Corohill, 1938.

ción a bordo, también podrían sincronizar su tiempo personal con el mundial, ya que ahora portarían relojes de pulso cuyo funcionamiento fue mejorado por el ingeniero suizo Koskopf en 1878, mismo que consistía en una simplificación del escape con ancla y cambio de los rubíes —tradicionalmente utilizados para estabilizar el movimiento del mecanismo— por dos clavijas de acero.⁹ En conjunto, estas circunstancias conformaron un cambio en la apreciación tradicional del transcurso del tiempo y se sumarían a la fe en el progreso científico, propia de los hombres del siglo xix.

El creciente movimiento naviero y el incremento de transacciones comerciales mundiales no se hizo esperar. De hecho, la Cuenca del Pacífico estaba ahí, aun cuando no se le mencionaba como tal, como ocurre hoy en día; si acaso se vislumbraba que el Pacífico constituía algo más que un concepto geográfico, al conjuntarse en su espacio relaciones económico-culturales de largo alcance.

Durante el mismo período la situación interna mexicana propició un nuevo sesgo en la relación con Asia. Puede señalarse que si bien el trato comercial siguió siendo fundamental, auspiciado ahora por compañías, acciones y con la participación de socios mexicanos y extranjeros, por iniciativa gubernamental la tendencia fue estrechar los vínculos diplomáticos, promover la actividad mercantil directa, colocar la pláta en los mercados asiáticos y atraer la migración asiática al país. Una vez más, China y Japón ocuparon el lugar estelar en la búsqueda del intercambio transpacífico.

Respecto a la relación con Filipinas, puede decirse que persistió a través de vínculos poblacionales. Sin embargo, en el terreno mercantil nuevos actores y puntos estratégicos de embarque y desembarque se sumarían a los tradicionales. Se cuenta con el registro de embarcaciones de diversa bandera, procedentes de Hawai, Hong Kong y Calcuta, principalmente, y Manila en menor proporción. Algo que habría que considerar es que, a diferencia de la época colonial, la ausencia de una marina mercante propia durante el siglo xix dificultó el acceso directo al Pacífico: serían más bien los barcos extranjeros los que efectuarían la vinculación.

A propósito de las relaciones diplomáticas mexicanas, parte de las motivaciones gubernamentales estaban impulsadas por el deseo de recuperar el reconocimiento internacional, prioritariamente de los países euro-

⁹ J. Attali, *op. cit.*, pp. 208 ss.

peos. Para ello, se recurrió a la historia, argumentando que México ocupaba un lugar privilegiado en el entronque entre el Atlántico y el Pacífico, y se retomaron los planes de los albores del siglo XIX, propiciando la construcción de un ferrocarril en el istmo de Tehuantepec y proponiendo la eventual apertura del canal interoceánico sugerido por Humboldt.

Siempre en el plano diplomático, en 1874 el gobierno mexicano envió una comisión científica a observar el paso de Venus por el disco solar, fenómeno que sólo ocurre cada siglo y que aquel año fue observable en Japón y en China. Se consideró que ese acto, además de demostrar a la comunidad mundial que México contaba con los adelantos científicos suficientes para alternar con las naciones más “avanzadas”, “modernas” y “civilizadas”, permitiría cubrir también otro objetivo: respaldar las gestiones diplomáticas con China y Japón.

Las observaciones astronómicas fueron satisfactorias. La prensa de la época señaló la “altura” y avance científico que el país había alcanzado; el ideal nacionalista original había sido satisfecho. Pero en otro nivel y gracias a la intermediación de algunos miembros de la Comisión Astronómica, fueron impulsados en Asia ciertos aspectos del programa económico del gobierno mexicano, como la colonización del territorio por medio de la atracción de la inmigración para el desarrollo de la agricultura, las minas y los ferrocarriles. De alguna manera, las noticias de la época sobre los beneficios que dicha migración había aportado a países como la Unión Americana, Cuba, Perú o Brasil, eran de suyo sugerentes y permitirían concretar la mira gubernamental a favor de las mejoras económicas en los sectores señalados. Hay que recordar que los orígenes de la política económica se remontaban a un doble criterio: el primero referente al ideal humboldtiano, conceptuador de México como “cuerno de la abundancia”, que requería la explotación de sus recursos; el segundo, alusivo a la proposición fisiocrática, aseguradora de riquezas si se disponía de un buen cultivo del suelo y de una población abundante.

De modo que dos miembros de la comisión científica, Francisco Díaz Covarrubias y Francisco Bulnes, investigaron sobre el asunto y dieron su opinión. Ambos se inclinaron por la migración japonesa y exaltaron entre sus cualidades laboriosidad, honestidad y, desde luego, disposición a la modernidad, en virtud de pertenecer a un país que asimilaba rápidamente

los beneficios de la civilización occidental. Simultáneamente la prensa mexicana opinó lo mismo. Matías Romero (1837-1899) quien también emitió opiniones a favor de la migración asiática, tanto por su potencial de productividad, como porque siendo a la sazón propietario de tierras productoras de café en el Soconuzco, vislumbró que su trabajo intensivo permitiría su resguardo del afán separatista chiapaneco de cara a Guatemala. Curiosamente era el momento en que Colombia y Brasil habían resentido la pérdida de sus cosechas cafetaleras por temporal, así que, con las gestiones del diplomático se logró en breve la colocación del café mexicano en los mercados internacionales, mejorando la balanza comercial nacional y diversificando la producción. El cultivo de café permitió el establecimiento de colonias japonesas en México, como la Enomoto en Chiapas. La Comisión Astronómica también proporcionó al gobierno mexicano información sobre aspectos mercantiles, entre los cuales destaca el de la cotización de la plata mexicana en los mercados asiáticos, en virtud de que se estaba registrando una baja de valor internacional de ese metal; el objetivo era colocarlo directamente para evitar la intermediación.

Como es de inferirse, en breve las opiniones se inclinarían a favor del establecimiento de las relaciones con Japón y China. Las gestiones iniciaron en marzo de 1881 y en agosto de 1884 se otorgó exclusividad a la *Compañía Mexicana de Navegación del Pacífico* para efectuar intercambio comercial en los puertos mexicanos del Pacífico, tanto de cabotaje como de altura, desde Guaymas hasta Soconuzco, y hacer el servicio marítimo entre cualquiera de dichos puertos y alguno de los del Japón, China e Islas Filipinas. La compañía debía efectuar cuando menos doce viajes redondos anuales y, de acuerdo a las leyes migratorias, por cada trabajador asiático el gobierno mexicano pagaría 35 pesos. Sin embargo sus viajes fueron escasos y poco se conoce de la actuación del apoderado de la compañía, Theodor Schneider, representante a su vez de la Jardine Matheson, Co. Ltd, establecida en Hong Kong. Sin embargo, el 30 de noviembre de 1888 se firmó el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Japón,¹⁰ un tratado en pie de igualdad, el primero en su género signado por Japón; ello fue motivo de júbilo y atención entre los contemporáneos.

¹⁰ María Elena Ota Mishima, *México y el Japón en el siglo XIX. La política exterior de México y la consolidación de la soberanía japonesa*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976 (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 3^o, Época: Serie Documental; 14).

Cuando en su informe de actividades al Congreso del 1º. de abril de 1889 Porfirio Díaz anuncia el establecimiento de las relaciones. Lo hizo resaltando el convenio internacional, que debió llamar la atención del Congreso por diferentes motivos, “entre otros, porque viene a establecer relaciones muy útiles en lo porvenir con un país tan interesante en su historia y por sus recientes y rápidos progresos en el sentido de la civilización moderna”.¹¹

La admiración por los rápidos progresos del Japón, en el sentido de civilización moderna, se convirtió en la piedra angular del acercamiento e identificación con el país asiático. El razonamiento lógico subyacente en ese evento partía de la consideración de dos naciones en pos del mismo objetivo. Por ello no hubo impedimento para firmar el tratado. Esa modernidad, cuyo sentido amplio, aplicable y amoldable a la problemática del país —que había servido de catalizador a las antiguas disputas—, ahora permitía la identificación de las dos naciones. Era como ofrecer un frente común a la tirantez internacional, a los tratados desiguales que obligatoriamente se habían firmado; como si efectivamente se estuviera accediendo o preparando el terreno para un nuevo orden internacional.

También causó gran entusiasmo la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con China el 14 de diciembre de 1899,¹² cuyas gestiones se prolongaron por 25 años en virtud de que los trámites estuvieron sujetos a una escrupulosa defensa de la soberanía nacional y a una interminable correspondencia administrativa entre la Secretaría de Relaciones Exteriores en México y el Dsung-li Yamen de China; y aunque su contenido defiende la soberanía mexicana, posee las características de los tratados desiguales. Como quiera, en 1910, al celebrarse las Fiestas del Centenario de la Independencia mexicana, se proclamó la importancia del establecimiento de relaciones con las naciones de Europa occidental y desde luego con Japón y China, con lo cual México “estaba incorporado al concierto de las naciones civilizadas”; figurativamente, una vez más, en el centro del mundo. Se habían cubierto los objetivos, al menos en teoría, de diversificar

¹¹ México, República Mexicana, *Informes y Manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, 1812-1900*, 1905, vol. II, p. 405; Enrique Cortés, *Relaciones entre México y Japón durante el Porfiriato*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1980 (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 4º. Época: 1).

¹² Vera Valdés Lakowsky, *Vinculaciones sino-mexicanas. Albores y Testamentos, 1874-1899*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1981 (Seminarios/Investigación).

las relaciones exteriores de México con respecto de los Estados Unidos de América.

LA CUENCA DEL PACÍFICO, CONCEPTO CONTEMPORÁNEO. EL RELOJ ELECTRÓNICO Y LA NAVEGACIÓN ÁREA

Llegado el siglo xx, la internacionalización del Pacífico fue evidente. Pasada la problemática de las dos guerras mundiales, México y Filipinas establecieron relaciones diplomáticas el 14 de abril de 1953, tomando en consideración el estrecho contacto que hubo entre las dos naciones durante la época colonial; el comercio internacional amplió sus redes a pesar de los conflictos de la Guerra Fría y eso se reflejó también en la producción de relojes.

Del lado europeo, Suiza se mantuvo como primer productor mundial de relojes hasta 1970. Casi al mismo tiempo, en la Unión Americana se sobrepasaron las marcas de producción de compañías como *Timex*. Mientras, del otro lado del Pacífico mexicano, la industria relojera japonesa que nació a principios del siglo xx y quedó destruida después de la segunda guerra, se recuperó a partir de 1950. Produjo 2.3 millones de relojes basándose en patentes suizas. En 1958 alcanzó 10 millones y luego inundaría el mercado mundial. Los japoneses perfeccionaron un oscilador de cuarzo barato.¹³

En 1972 la compañía *Seiko* lanzó un reloj que marcó la hora electrónicamente, por medio de cristales líquidos,¹⁴ su difusión mundial marca, hasta cierto punto, un nuevo eje en las relaciones mundiales y transpacíficas, por supuesto. Esto fue interpretado como un acto que desplazaba el núcleo euroestadunidense hacia la región asiática en contraposición a la tradicional orientación atlántica.¹⁵

Actualmente la Cuenca del Pacífico se percibe como un concepto novedoso. Existen definiciones que la plantean como un área o región —defi-

¹³ Esta técnica se originó a finales del siglo pasado, cuando Pierre y Jacques Curie (1880), demostraron como un trozo de cristal de cuarzo —óxido de silicio tallado en forma de hoja, bastoncillo o anillo— colocado sobre un circuito eléctrico "sometido al vacío y a una temperatura constante, vibra 32'758 veces por segundo, como un péndulo rápido", haciendo de la frecuencia de dichas vibraciones una nueva forma de medir el tiempo universal.

¹⁴ El cuarzo con cristal líquido, sometida a la influencia de campos eléctricos, a través de dos puntitos permite percibir la luz; su oscilación calcula con perfección los instantes de tiempo.

¹⁵ J. Añali, *op. cit.*

nición estructural—compuesta por un conjunto de 47 países, y también como un “esquema de cooperación económica” que ofrece perspectivas de intercambio comercial, financiero, industrial y tecnológico.¹⁶ Bajo el mismo tenor se define a los países que la integran, como aquéllos que “se abren a la multipolaridad”. La Cuenca es un conjunto de economías abiertas, entre las que se encuentran aquéllas con mayor potencial científico y tecnológico: Estados Unidos y Japón. Se trata de una región con múltiples países, economías y trayectorias culturales, debido a que incluye América del Norte, Central y del Sur, los estados ribereños del Pacífico asiático, los estados insulares del Pacífico Sur, la zona de Australasia, los miembros de ASEAN, más Taiwan, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong, Indochina, China, Japón, la península Coreana y Rusia.¹⁷ Hoy, la Cuenca es definida como el escenario de las grandes transformaciones de la economía internacional, donde se observa la integración regional como alternativa.¹⁸ En la década los ochenta se pensó a la Cuenca del Pacífico como un todo donde los países constituyentes interactuaban. Sin embargo, entrada la década de los noventa, una vez efectuada la investigación acerca del potencial económico real de los integrantes, se ha optado por efectuar una separación entre los países que forman parte del Pacífico asiático, la región con efectiva mayor movilidad económica, y aquéllos del Pacífico Sur, entre los que se encuentran las naciones insulares, algunas de las cuales poseen recursos para el desarrollo económico.¹⁹

Debido a la diversidad de integrantes y trayectorias, la Cuenca del Pacífico acaba por ser más un concepto que pretende englobar todas las di-

¹⁶ Myriam Zepeda de Cabrera, “México y la Cuenca del Pacífico. Perspectivas del intercambio comercial, financiero, industrial y tecnológico”, en Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos [en adelante IMRED], *Memoria sobre el Foro de Consulta sobre los Factores Externos y el Contexto Internacional*, México, IMRED/SEP, 1989, p. 217; para Julio A. Millán, la Cuenca representa la región más dinámica del mundo en términos de crecimiento, producción y comercio exterior y “por ende la región con mayor potencial para el desarrollo económico del futuro”. Julio A. Millán, “La Cuenca del Pacífico. Su impacto en la modernización de México”, en IMRED, *La apertura de México al Pacífico*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, p. 73. Daniel de la Pedraja ubica dos dimensiones: formal o geográfica y conceptual-institucional. Daniel de la Pedraja, “El ejercicio diplomático de México en la Cuenca del Pacífico”, en IMRED, *La apertura...*, *op. cit.*, p. 97.

¹⁷ Daniel de la Pedraja, *op. cit.* Por el año de edición la referencia aún se hace a la Unión Soviética.

¹⁸ IMRED, *La apertura...*, *op. cit.*, p. 11; Dolores Jiménez Hernández, “Estados Unidos de América y el Japón ante el ingreso de México en la Cuenca del Pacífico”, en *Ibid.*, p. 10.

¹⁹ Para Dolores Jiménez, el Pacífico asiático constituye un vasto espacio económico en el que la dinámica de crecimiento responde a un comportamiento diferente al trazado por el liberalismo clásico: se trata de sistemas tradicionales. Mientras que también en el Pacífico, existen otras áreas en las que prevalece el sistema de producción compartida, apoyado en abundancia de recursos naturales y humanos, y diversidad en los niveles de desarrollo económico, que es alternativa para el crecimiento colectivo. *Ibid.*, p. 14.

mensionales de los participantes, partiendo de lo comercial y económico, hasta llegar a la transferencia de tecnología, lo que es correlacionado con una creciente interdependencia entre naciones: “la formación de bloques económicos, alianzas político–militares y en consecuencia, con el siempre presente conflicto de hegemonías, pero también, con la siempre presente necesidad de impulsar la cooperación entre países soberanos”.²⁰ También se le define como un proyecto²¹ en el que las economías se orientan hacia la formación de un mercado, más que a la conformación de un bloque cerrado.

En realidad el concepto de la Cuenca del Pacífico obedece a la nueva composición de la política internacional y en cierta medida al surgimiento del nuevo orden económico internacional, que rebasa las condiciones tradicionales de la política de la Guerra Fría, dando paso a nuevas relaciones comerciales y a estrategias de reestructuración de la división internacional del trabajo. “Circunstancias que impelen al cambio en la correlación de fuerzas político estratégicas entre las potencias de las zonas y las economías en desarrollo”.²²

Debido a la creciente globalización de la economía internacional, el Estado mexicano ha emprendido una estrategia de política exterior activa para obtener las mejores perspectivas internacionales en la interacción de los estados que conforman la Cuenca, impulsando con ello su desarrollo interno. Así, se percibe a la Cuenca como una “zona de oportunidades crecientes”, y como objeto de la diversificación multidireccional.²³ Las nuevas formas de interacción entre los países integrantes remiten a estrategias planeadas y planteadas por organismos de acción regional.

Los barcos siguen navegando en las aguas de un Pacífico internacional y la posición de México continúa siendo estratégica. Las particularidades regionales se aglutinan también en torno a la globalización, tanto en su forma económica característica, como en la del sentir del paso del tiempo,

²⁰ Enrique Rojas Guadarrama, “El transporte marítimo mexicano como instrumento de crecimiento comercial en el Pacífico”, en IMRED, *La apertura... op. cit.*, p. 148.

²¹ J. A. Millán, *op. cit.*, pp. 22-23.

²² Carlos Uscanga, *et al.*, “Trayectoria y actualidad de la Cuenca del Pacífico”, en IMRED, *Memoria sobre...*, *op. cit.*, p. 211.

²³ Sergio González Gálvez, “La conferencia para la cooperación económica en el Pacífico como opción”, en IMRED, *La apertura... op. cit.*, p. 133.

también mundial, sobre todo después de la creación del reloj atómico y del establecimiento del tiempo atómico internacional TAI.²⁴

Se utilice el medio de locomoción que se desee —barco, avión, tren—, se estará al tanto de la hora internacional, un tiempo homogéneo, universal, pero también, terriblemente acelerado en el que los continentes se acercan y la distancia entre los integrantes de la Cuenca del Pacífico y del mundo se acorta, puesto que la velocidad de los barcos, ha sido rebasada por la navegación aérea y sobre todo, por los nuevos sistemas de “navegación” en las redes de información computarizada, sólo que ahora, prácticamente sin efectuar mayor desplazamiento que el recorrer digitalmente un teclado. Paradójicamente, en la medida en que los relojes de arena y los galeones que surcaron el Pacífico se alejan en el tiempo, el reto profesional para lograr la captación del devenir histórico se agranda.

²⁴ J. Auali, *op. cit.* De la propuesta de la 1.ª Conferencia General de Pesas y Medidas que define al “segundo” como: La duración de 9,192,631,770 períodos de radiación que corresponde a la transición entre dos niveles hiperfinos del estado fundamental del átomo de cesio”; y que llevó a la definición del llamado “tiempo atómico internacional” (TAI). Así, un hemisferio puede sincronizar la hora de sus diferentes regiones por medio de rayos láser reflejados en los satélites, localizar una hora y transmitirla.

De Siberia a Alaska. Los rusos en el norte del Pacífico

Martha Ortega

RESUMEN

El trabajo presenta un breve panorama de la historiografía sobre el tema del descubrimiento y la colonización de las Aleutianas y Alaska por los rusos. Tomándolo como pretexto, se invita a los historiadores mexicanos para investigar procesos históricos que han ocurrido fuera de nuestras fronteras lo que hace indispensable aprender otros idiomas.

La llegada de los rusos al norte del Pacífico ocurrió en 1639 cuando los cazadores y comerciantes llegaron a la bahía de Ojotsk. Poco después, ocuparon la península de Kamchatka y exploraron la región del río Amur. Las expediciones cazadoras hacia el norte de la costa asiática pusieron en contacto a los rusos con los Chuchki quienes se resistían a someterse a la soberanía del zar. En 1711, el cosaco Pedro Popov fue enviado al territorio Chuchki para convencerlos de someterse a los rusos. Fue entonces cuando los nativos hablaron de una gran tierra que se encontraba al este.¹ Además de hombres, en ella, existía gran cantidad de animales de piel fina. Los rusos habían avanzado sobre Siberia hasta llegar al Pacífico, motivados por las enormes ganancias que les proporcionaba la comercialización de pieles finas, especialmente la de la marta cibelina. La cacería indiscriminada reducía el número de presas y así, poco a poco, los cazadores y mercaderes

¹ James Burney, *A Chronological History of North Eastern Voyages of Discovery; and of the Early Eastern Navigations of the Russians*, Londres, impreso por Luke Hansard e Hijos, 1819, 310 p., mapas, pp. 97-100.

rusos, conocidos como *promyshlennik*, avanzaron hacia el este hasta que llegaron a las costas siberianas. Las expediciones terrestres para explorar la costa recopilaron los datos que mencionaban los nativos, así como observaciones de los propios rusos; era claro que la tierra que se divisaba a poca distancia de la costa de Siberia era América.

El zar Pedro I ordenó, al final de su reinado, que se realizara una expedición científica con el propósito de elucidar si Asia y América estaban separadas. La zarina Catalina, sucesora de Pedro, dio las instrucciones necesarias para que el proyecto se llevara a cabo. En 1725 Vitus Bering, al mando de la expedición, navegó rumbo al norte hasta los 64° 31' cruzando el estrecho que hoy lleva su nombre. Al no encontrar tierra alguna que le impidiera la navegación, consideró cumplida su misión pues era evidente que los continentes estaban separados. Sin embargo, el resultado no satisfizo a los científicos en San Petersburgo, por lo que el propio Bering, apoyado por Aleksei Chirikov y Spangburg, propuso una segunda expedición en la que se navegaría en dirección al este.² La exploración tuvo lugar en 1741 y en ella participaron Bering y Chirikov como capitanes de los dos barcos que navegaron desde la costa asiática hacia el este por el norte del Pacífico. En julio de 1741, Aleksei Chirikov al mando del San Pablo llegó a la bahía de Sitka en las costas americanas, donde tan sólo permaneció unos cuantos días. Poco después, Bering, en el San Pedro, arribó a la isla Kayak que los rusos denominaron San Elías. El regreso del San Pedro fue azaroso, el barco naufragó y Bering murió en la isla que hoy lleva su nombre. Sin embargo, Chirikov y su tripulación regresaron sanos y salvos a Kamchatka. A pesar de que el gobierno ruso había ordenado que los resultados de la expedición se mantuvieran en secreto, de inmediato los *promyshlenniki* supieron de la gran cantidad de presas que se encontraban en el norte del Pacífico.³ En 1742 tuvo lugar la primera expedición *promyshlennik* a las islas

² Patrick Fraser Tytler, *Historical View of the Progress of Discovery on the more Northern Coasts of America, From the Earliest Period to the Present Time*. Con bocetos descriptivos de la historia natural de las regiones de América del norte por James Wilson. Al que se añade un apéndice que contiene comentarios sobre la última memoria de Sebastian Cabot, con una reivindicación de Richard Hakluyt, ilustrado por un mapa, y nueve grabados de Jackson, Edinburgo, Oliver y Boyd (eds.), 1832, pp. 80-84.

³ George Davidson, *The Tracks and Landfalls of Bering and Chirikof on the Northwest Coast of America. From the Point of Their Separation in Latitude 49° 10', Longitude 176° 40' West, to Their Return to the Same Meridian, June, July, August, September, October, 1741*. Publicación privada, 1901, pp. 19-20, 28; Erna Gunther, *Indian Life on the Northwest Coast of North America. As Seen by the Early Explorers and Fur Traders During the Last Decades of the Eighteenth Century*, 2ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 1972, pp. 3-4.

cercanas iniciándose así la expansión rusa en el norte del Pacífico, que culminó con la colonización de las islas Alaska y Aleutianas.

La presencia rusa en el norte del Pacífico tiene gran importancia para la historia mundial, pues a partir de ese acontecimiento dicho espacio empezó a conformarse como región económica y geopolítica que paulatinamente se integró al orden capitalista en el que hoy vivimos. La historiografía sobre los descubrimientos geográficos, las posibilidades de explotación económica de la región, así como la cacería y comercialización que desde el principio realizaron los *promyshlennik* se produjo casi de inmediato. Esta historiografía intentaba, a su vez, evaluar las relaciones que los rusos establecían con los nativos americanos; relatar la forma de vida y la convivencia que había entre ambos.

Como fuentes de primera mano publicadas existen los diarios de los exploradores rusos y británicos. El gobierno ruso deseaba precisar la extensión y las características de los territorios que sus súbditos incorporaban a su soberanía. Asimismo, quería conocer las condiciones de vida de los *promyshlennik* y la de los nativos, a los que también consideraba sus súbditos. La mayoría de los diarios de los *promyshlennik* no están publicados, pero existen los escritos de Grigori Shelijov quien fundó colonias permanentes en Kodiak y elaboró un complejo proyecto de colonización que más tarde el gobierno ruso acogió. Los diarios de Shelijov fueron publicados en 1792 y hay ediciones contemporáneas tanto en ruso como traducidas al inglés.¹

Los diarios de las expediciones oficiales rusas, es decir aquéllas promovidas y financiadas por el estado, fueron publicados, en la mayoría de los casos, pocos años después, no sólo en ruso sino en inglés y en francés. Algunos viajes científicos tuvieron lugar en el siglo XVIII y otros en el XIX. Están publicados, por ejemplo, los diarios de las expediciones al mando de Joseph Billings, Davidov, Urey Lisansky y Frédéric Lutke,² entre otros más.

¹ G. Shelikhov, *Rossiiskogo kuptsa Grigor'ia Shelikhova predolzhenie stranstvovaniia po Vostochnomu Okeanu k amerikanskim beregam v 1788 godu... V gpadsviatogo Petra, 1792 goda, izhdiveniem V.S.*, 96 p.; Shelikhov, *Rossiiskogo kuptsa imenitogo cil'skogo grazhdanina Grigor'ia Shelikhova pervoe stranstvovanie s 1782 po 1787 god iz Okhotska po Vostochnomu Okeanu k amerikanskim beregam... Vo grad Siashtago Petru 1793 goda. Izhdiveniem V.S.*, 177 p. (trad. por Melvin B. Ricks en *The Earliest History of Alaska*, Anchorage, 1963); Shelikhov, *Puteshestvie G. Shelikhova s 1783 no 1790 god iz Okhotska no Vostochnomu Okeanu k amerikanskim beregam...* Santpeterbur, v lipognufii Gubernskago Pravleniia, 1812 goda, 172890 p.; Shelikhov, "The Voyage of Grigori Shelikhov", trad. William Tooke, en *Varieties of Literature*, 1795; entre otras ediciones.

² Davidov, *Dva kratnie puteshestvie v Ameriku moreskikh ofitserov Khvostova i Davidova pisannoe im*

Historiadores rusos del siglo XIX también escribieron libros para recapitular y reconstruir el descubrimiento del norte del Pacífico y de América, y recoger los primeros resultados de la colonización rusa en la región.⁶

Por su parte, los ingleses interesados en averiguar si existía un paso que comunicara al Atlántico con el Pacífico por el norte de América organizaron expediciones científicas a la región. A éstas, casi de inmediato siguieron viajes de carácter comercial para recolectar pieles finas y venderlas en el mercado chino. En ambos casos, los diarios de los capitanes fueron publicados poco después. Entre los viajeros científicos más importantes tenemos a los navegantes James Cook y George Vancouver;⁷ entre los comerciantes cabe mencionar a John Mears, cuyo viaje dio pie a un conflicto limítrofe entre Inglaterra y España entre 1789 y 1790.⁸ Los historiadores ingleses también produjeron historiografía temprana que evaluaba

poslednimai. Primera y segunda partes. S. Peterburge. Pechatno v Morskoy Tipografii. 1810-1812 (Traducida por la Oregon Historical Society); Urey Lisiansky, *A Voyage Round the World, in the Years 1803, 4, 5, and 6 Performed, by Order of His Imperial Majesty Alexander the First, Emperor of Russia, in the Ship Neva, by Urey Lisiansky, Captain in the Russian Navy, and Knight of the Orders of St. George and St. Vladimir*. Londres, impreso por John Booth y Logman, Hurst, Rees, Orme y Brown, 1814; Frédéric Lutké, *Voyage autour du Monde, exécuté par ordre de sa Majesté l'Empereur Nicolas Ier, sur la corvette le Sévastiane dans les années 1826, 1827, 1828 et 1829, par Frédéric Lutké, capitaine de Vaisseau, Aide-de-camp de S.M. l'Empereur, Commandant de l'Expedition*. Parte histórica, con un atlas, litografías tomadas de los dibujos originales de Alexandre Postels y del Baron Kittlitz. Traducido del ruso del manuscrito original, revisado por el consejero de estado F. Boyé, III t., Paris. Typographie de Firmin Didot Freres. 1835-1836; Martin Sauer, *An Account of a Geographical and Astronomical Expedition to the Northern Parts of Russia, for Ascertaining the Degrees of Latitude and Longitude of the Mouth of the River Kovima (sic); of the Whole Coast of the Tshutski, to East Cape; and of the Islands in the Eastern Ocean, Stretching to the American Coast. Performed, by Command of the Imperial Majesty Catherine the Second, Empress of all the Russias, by Commodore Joseph Billings, in the Years 1785 to 1794. The Whole Narrated from the Original Papers by Martin Sauer, Secretary of the Expedition*. Londres, Impreso por A. Strahan, 1802.

⁶ V.N. Berkh, *Khronologicheskaya istoriya otkritiia Aleutskikh ostrovov, ili podvigi rossiyskogo kuptchestva s "prisovokapleniem" istoricheskogo izvestiia o mekhovoy torgovle*. Sanktpetersburg', v" tipografii N. Grecha, 1823. (Trad. por Melvin B. Ricks en *The Earliest History of Alaska*, Anchorage, 1963).

⁷ J.C. Beaglehole (ed.), *The Journals of Captain James Cook on His Voyages of Discovery. The Voyage of the Resolution and Discovery 1776-1780*, Cambridge, Published for the Hakluyt Society at the University Press, 1967, v. III. Segunda parte, p. 724; George Vancouver, *A Voyage of Discovery to the North Pacific Ocean, and Round the World, in Which the Coast of North West America Has Been Carefully Examined and Accurately Surveyed, Undertaken by His Majesty's Command, Principally Communication Between the North Pacific and North Atlantic Oceans: and Performed in the Years 1790, 1791, 1792, 1793, 1794, and 1795 in the Discovery Sloop of War, and Armed Tender Chatham, Under the Command of Captain George Vancouver*, 3 vols. Londres, Impreso por G.G. y J. Robinson, Paternoster-Row y J. Edwards, Pall-Mall, 1798, v. III.

⁸ John Mears, *Voyages Made in the Years 1788 and 1799, from China to the North West Coast of America. To Which are Prefixed, an Introductory Narrative of a Voyage Performed in 1786, from Bengal in the Ship Nootka; Observations on the Probable Existence of a North West Passage; and Some Account of the Trade Between the North West Coast of America and China, on the Latter Country and Great Britain by John Mears*, Londres, Printed at the Logographic: Drefs, 1790.

los resultados de las expediciones y destacaba aquello que aún debía explorarse. Desde luego, estos historiadores intentaron analizar las características de las relaciones de los rusos con los nativos americanos y los objetivos del gobierno del zar.⁹

Después de la fundación de la Compañía Ruso Americana en 1799, los rusos pusieron en práctica un proyecto de colonización sistemático. Así, a los diarios de exploradores se sumaron reportes de misioneros e historias elaboradas por empleados de la compañía. Iván Veniminov fue el misionero que redactó las historias más completas sobre los pueblos aleutianos y americanos sometidos por los rusos.¹⁰ Entre las obras mejor documentadas, escritas por empleados de la Compañía Ruso Americana, hay que mencionar a Jlebnikov y a Tijmenev.¹¹ Los historiadores estadounidenses actuales han realizado un gran esfuerzo por traducir al inglés muchas de estas fuentes. Destaca la labor realizada por la *Oregon Historical Society*, cuyos miembros han traducido a clásicos rusos de la historiografía sobre el tema como Jlebnikov y Golovin.¹² Desde luego, la publicación contemporánea de fuentes sobre el proceso de expansión rusa en el norte del Pacífico también ha sido realizada por historiadores soviéticos y rusos.¹³

En el siglo xx han sido publicados una gran cantidad de artículos y libros sobre los primeros años de la expansión rusa en el norte del Pacífico

⁹ William Cox, *Account of the Russian Discoveries Between Asia and America to Which are Added, the Conquest of Siberia, and the History of the Transactions and Commerce Between Russia and China*, 3a., ed. revisada y corregida, Nueva York, University Microfilms INC., Ann Arbor by Argonaut Press, 1966. (Facsimil de la edición de Louche, 1787).

¹⁰ Ivan Veniaminov, *Zamechanija o koloshenekom i kad'inskom kazikakh i otchasti o psovikh rousko-amerikanskikh s priso vokundeniem' rousisko-kalashenskogo slovaria, soderzhatshago bolee 1000 slov', iz koikh na nekotopiu sledani. Sostavil Ivan Veniaminov, v Sitke*, Sanktpeterburg v tipografii imperatorskoy Akademii Nauk, 1846; Veniaminov, *Zapiski ov ostovskikh Unalashkago otdela, sostavleniia I. Veniaminovin*, Segunda parte Izdano izhdiveniem Rossiisko-amerikanskoy Kompanii, San Petesburgo, 1840.

¹¹ K. T. Khlebnikov, *Russkaya Amerika v neopublikovannikh zapiskakh, K. T. Khlebnikova. Sostavlenie, notas y comentarios R.G. Liapunovoy y S.G. Fedunovoy*, Leningrado, Nauka, 1979; Khlebnikov, *Zhizneopisane Aleksandra Andreevicha Baranova, Glavnago Pravitelia Russaskikh koloniy v Amerike*, Sanktpeterburg, v morskoy tipografii, 1835; P.A. Tikhtmenev, *A History of the Russian-American Company*, traducida y editada por Richard A. Pierce y Alton S. Donnelly, Seattle and London, University of Washington Press, 1978, 552 p.

¹² K. I. Khlebnikov, *Colonial Russian America. Kivli T. Khlebnikov Reports 1817-1832*, trad., intr., y notas B. Dmytryshyn y E.A.P. Crownhart-Vaughan, Portland, Oregon Historical Society, 1976. 160; Dmytryshyn, Basil y E.A.P. Crownhart-Vaughan (eds.), *The End of Russian America. Captain P.N. Golovin's Last Report 1862*, traducido con introducción y notas por Basil Dmytryshyn y E. A.P. Crownhart-Vaughan, Portland, Oregon Historical Society, 1979.

¹³ S.G. Fedorova (ed.), *Russlavi Amerika v zapiskakh Khebnikova, Novo Arkhangel'sk*, Moscú, 1985; *Russkie ekspeditsii po izucheniiu severnoy chasti Tikhogo okeana v pervoy polovine xviii v. Sbornik dokumentov*, Moscú, Izdatel'stvo Nauka, 1984 (*Istvedovaniia rouskikh na Tikhom okeane v xviii pervoy polovine xviii v.* Tomo I), por ejemplo.

realizada por los *promyshlennik* y sobre la fundación de la Compañía Ruso Americana y los primeros 20 años en que gobernó las colonias rusas. El tema ha sido abordado por historiadores rusos y soviéticos entre los que destacan: S.B. Okun, cuyo texto se considera ya un clásico sobre el tema, Svetlana Federova y más recientemente Nikolai Boljavitinov.¹⁴ Estos autores han dedicado su atención principalmente a analizar la economía y la demografía de las colonias, así como la importancia que tenían éstas y la Compañía Ruso Americana para la política exterior de la autocracia rusa. Otra de las preocupaciones de la historiografía rusa y soviética ha sido el proceso del descubrimiento de la región y la contribución rusa para el conocimiento de la geografía del planeta.¹⁵

Los historiadores estadounidenses y canadienses también han demostrado gran interés por estudiar el tema. Los primeros han redactado historias generales sobre la presencia rusa en el norte del Pacífico,¹⁶ y son quienes más se han interesado por estudiar los últimos años de las colonias rusas en la región. Esto se debe no sólo a que intentan analizar el impacto que la adquisición del territorio por parte de los Estados Unidos provocó en la población local, sino porque en sus archivos conservan un cúmulo de información sobre las colonias rusas, misma que apoyó la compra de dicho territorio. Desde la obra de Bancroft¹⁷ —escrita en los últimos años del siglo pasado— hasta la fecha, los estadounidenses han intentado demostrar la ineficacia rusa para explotar el territorio que ocupaban en el norte del Pacífico, aunque sin ocultar los esfuerzos que la Compañía Ruso America-

¹⁴ S. B. Okun, *Rossika amerikanskaia kompaniia*, Moscú-Leningrado, Leningradskii Gosudarstvennii Universite, Istoricheskii Fakultet Gosudarstvennoe Sotzialno-ekonomicheskoe Izdatelstvo, 1939; S.G. Federova, *Russkoe naselenie Alaski i Kalifornii konets xvii veka-1867 g.*, Moscú, Nauka, 1971; Nikolai N. Bolkhavitinov, *Dukhovaia Munita (Proekhtirovanie Kharakter)*, Moscú, Instituta Mezhdunarchnykh Otnoshenii, 1959; Bolkhavitinov, *Rusia y América (ca. 1523-1867)*, [Madrid], Edit. Mapfre, 1992, etads., mapas (Colección Realidades Americanas, XV, 3); Bolkhavitinov, *Russko-amerikanskie otnosheniia 1815-1832*, Moscú, Nauka, 1975; Boljavitinov, *Stavlenie russko-amerikanskie otnoshenii 1775-1815*, Moscú, Nauka, 1966; Bolkhavitinov, "Russia and the Declaration of the Non-Colonization Principle: New Archival evidence", *Oregon Historical Quarterly*, núm. 72, Junio, 1971.

¹⁵ Aleksandrii I. Aleksiev, *Russkii geografskie issledovaniia na dalnem vostoke i v severnoi Amerike XIX-nachalo XX v.*, Moscú, 1976; R. V. Makarova, *Russkie na Tikhom okeane vo vtoroi polovine xviii v.*, Moscú, 1968, entre otras obras más.

¹⁶ Herter Chevigny, *Russian America: The Great Alaskan Venture 1741-1867*, New York, The Viking Press, 1966.

¹⁷ Hubert Howe Bancroft, *History of Alaska 1736-1885 en The Works*, v. xxxiii, San Francisco, A. L. Bancroft and Company, Publishers; Bancroft, *History of the Northwest Coast 1543-1860. t. i. en The Works*, vol. xxvii, San Francisco, A.L. Bancroft and Company, Publishers, 1884.

na hizo para diversificar la economía de las colonias.¹⁸ También han analizado la competencia política que tuvo lugar entre el imperio ruso y los Estados Unidos en el norte del Pacífico.¹⁹ Ya mencionamos líneas arriba el trabajo de traducción de fuentes que han realizado los historiadores estadounidenses.

En el caso de los historiadores canadienses uno de los temas más estudiados ha sido el de las relaciones entre la Compañía Ruso Americana y la Compañía de la Bahía de Hudson.²⁰ En sus trabajos analizan no sólo la competencia comercial sino las relaciones con los diferentes grupos de nativos americanos y la influencia que en el trato con ellos tenía dicha competencia entre ambas compañías. Asimismo han estudiado la política que observaron tanto el gobierno ruso como el inglés respecto a la jurisdicción de zonas en la frontera entre sus respectivas colonias y también han realizado traducciones al inglés de fuentes rusas.²¹

La presencia rusa en el norte del Pacífico también ha despertado el interés en historiadores españoles y mexicanos. Cabe destacar que en ambos casos las investigaciones al respecto son escasas, no obstante que la expansión rusa representó un desafío al imperio español que consideraba propios los territorios del noroeste americano, al mismo tiempo que veía amenazada la frontera del virreinato de la Nueva España. Han sido editados diarios de algunos navegantes que recorrieron la costa con el objetivo de localizar los establecimientos rusos. El estudio de estas expediciones ha acaparado la atención de la mayoría de los historiadores españoles.²² La obra pionera entre los historiadores de habla hispana es la de Enriqueta Vila

¹⁸ Clarence L. Andrews, "Alaska under the Russians-Industry, Trade and Social Life", *Washington Historical Quarterly*, vol. VII, octubre, 1916; F.A.Golder, "Mining in Alaska before 1867", *Washington Historical Quarterly*, vol. 3, núm. 7, 1916, pp. 233-238; Hallie M. Mc Pherson, "The Interest of William Mc Kendree Gwin in the Purchase of Alaska, 1854-1861", *Pacific Historical Review*, vol.1, núm. 3, 1934, pp. 28-38.

¹⁹ Howard I. Kuschner, *Conflict on the Northwest Coast: American-Russian Rivalry in the Pacific Northwest, 1790-1867*, Westport, Conn, 1975.

²⁰ Donald C. Davidson, "Relations of the Hudson's Bay Company With the Russian-American Company on the Northwest Coast, 1829-67", *British Columbia Historical Quarterly*, núm. 5, 1941, pp. 33-51; William E. Ireland, "James Douglas and the Russian-American Company, 1840", *British Columbia Historical Quarterly*, núm. 5, pp. 53-66.

²¹ Huculak Mykhaylo, *When Russia was America: the Alaskan Boundary Treaty Negotiations, 1824-1825, and the Role of Pierre de Polakoff*, Vancouver, Mitchell Press, 1971; Ramsay Matina (trad.), *Documents on the History of the Russian American Company*, Kingston, Ontario, 1976.

²² Roberto Barceño Muro, *Prólogo a la edición del: Diario de Esteban José Martínez (1742-1798). Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, núm.VI, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1964; Mario Hernández Sánchez Barba, *La última expansión española en América*, Madrid, 1957.

Vilar quien reconstruyó el descubrimiento de las Aleutianas y Alaska a partir de los informes que los embajadores españoles en Rusia enviaban a Su Majestad Católica y que se encuentran en el Archivo General de Indias.²³ Las colonias rusas alcanzaron su máxima extensión en 1812 cuando fue fundado Fuerte Ross en la Bahía de Bodega, a poca distancia de las misiones franciscanas que se establecieron en la Bahía de San Francisco por orden del gobierno español. Este suceso ha sido tratado generalmente como un tema secundario ya sea en los estudios sobre las colonias rusas en América, sobre la historia de la Alta California o las relaciones entre México y Rusia.²⁴

Hasta ahora las obras que hemos mencionado fueron escritas por actores del acontecimiento o bien por historiadores cuyas naciones se vieron involucradas en el proceso. No conocemos obras escritas por los nativos siberianos y americanos, de manera que sus testimonios sólo podemos conocerlos a través de las fuentes ya citadas. Hay, sin embargo, historiografía producida por viajeros e historiadores de otros países, así como traducciones a otros idiomas. Las más conocidas son aquéllas publicadas en francés y en alemán.²⁵

El estudio etnográfico de los pueblos nativos del norte del Pacífico, tanto de las costas asiáticas como americanas así como de los isleños, ha llamado la atención de rusos y soviéticos, estadounidenses y canadienses. A finales del siglo XIX, Pipin escribió una magna obra sobre la etnología de los pueblos que formaban parte del imperio ruso y en ellos incluyó, desde luego, a los nativos de las Aleutianas y del noroeste de América.²⁶ En el siglo XX, los investigadores soviéticos y rusos han continuado el estudio de

²³ Enriqueta Vila Vilar, *Los rusos en América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1966.

²⁴ P.A. Tikhonenov, *op. cit.*, p. 133 y ss.; Martha Ortega Soto, "El desarrollo económico de la Alta California 1769-1805", tesis de Licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1981; Ortega, "El desarrollo económico de Alta California 1806-1845", tesis de Maestría, México Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1991; Héctor Cárdenas y Evgeni Dik, *Historia de las relaciones entre México y Rusia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/FCE, 1993 (Sección de obras de historia).

²⁵ Jean François de Galkop La Pérouse, *Voyage de La Pérouse au tour du monde...*, París (s.ed., s.d.); Camille de Roquefeuil, *Journal d'un voyage autour du monde pendant les années 1816, 1817, 1818 et 1819*, París, 1823, 2 vols.; Gavriilo Ivanovich Davuidov, *Reise der russisch-kaiserlichen Flou-Officiere Chvostow und Dawydow von St. Petersburg durch Sibirien nach Amerika und zur: eck in den Jahren 1807, 1808 und 1809*, *Russischen: abersetz: voh D. Carl Joh. Schultz*, Berlín, 1816, pp. LXI-253; Ferdinand von Wrangler, gobernador de la América Rusa entre 1830 y 1834, escribió gran parte de sus reportes en alemán.

²⁶ A.N. Pipin, *Istoria russkoy etnografii. IV tom "i. Obslechby obzov" izucheniy novobnashiy i etnografii velika russkoina*, A. N. Pipina. S. Peterburg", tipografía M.M. Stasiulevicha, 1890-1892.

las comunidades alcutianas y americanas que alguna vez estuvieron bajo soberanía rusa o con las que por lo menos los rusos establecieron contacto comercial o conocieron cuando exploraron el interior de Alaska.²⁷

Cabe enfatizar que algunas de las comunidades indígenas que entraron en contacto con los rusos aún sobreviven concentradas en reservaciones tanto en Estados Unidos como en Canadá. Por ello se han realizado investigaciones que pretenden reconstruir las condiciones culturales de los pueblos del norte del Pacífico antes del contacto con los rusos, las transformaciones que sufrieron al convivir con ellos y el impacto que causó en las comunidades indígenas el contacto con los ingleses y los estadounidenses.²⁸ Gran parte de estos estudios han utilizado los diarios de los viajeros que hemos citado con anterioridad.

Como lo muestra la historiografía sobre el tema, la presencia rusa en el norte del Pacífico,²⁹ la investigación al respecto ha sido hasta ahora casi monopolio de historiadores rusos y estadounidenses, quienes, desde luego, enfocan los problemas —la mayoría de las veces— desde una perceptiva de pueblos conquistadores que intentan justificar la expansión territorial y el dominio sobre los aborígenes. Sin embargo, es necesario reconocer la importancia del estudio de esta región desde el punto de vista de las comunidades asiáticas y americanas que han estado en contado desde tiempos inmemoriales.

Hay que recordar que fue desde la segunda mitad del siglo xviii cuando aparecieron los nuevos actores occidentales en la región, que fue promovida su transformación para ser incorporada, al mundo capitalista. La región del norte del Pacífico tiene importancia para comprender el devenir de la historia mundial desde el momento en que sirvió de paso a los primeros

²⁷ Lev A. Fainberg, *Ochevni etnicheskoj istorii zarubezhnogo severa (Alaska, Kanada, Arktika, Labrador, Grenlandia)*, Moscú, 1971; Fainberg, *Oshchestevennyj stroj eskimovoj i aleutoj*, Moscú, 1964; R.G. Liapunova, *Etnograficheskie znachenie ekspeditsii kapitanov P.K. Krenitsina i M.A. Levashova na Aleuskie ostrova (1764-1769)*, 1971; Liapunova, "Materialnaia kultura aleutoj: k probleme etnogeneza", tesis, Leningrad, 1970; Liapunova, *Orcherki po etnografii aleutoj, konets xviii-pervaja polovina xixv*, Leningrad, 1975; Liapunova, *Rukopis' K.T. Khlebnikova "Zpiski o kolonizakh v Amerike" kak istochnik na etnografii i istorii Aljaski i Aleuskii ostrov*, Moscú, 1967.

²⁸ William W. Fitzhugh, y Aron Crowell (eds.), *Crossroads of Continents: Cultures of Siberia and Alaska*, Washington, D.C., 1988; Aurel Krause, *The Tlingit Indians. Results of a Trip to the New Coast of America and the Bering Straits*, Seattle, University of Washington, 1956; F. de Laguna, et al., *Archeology of the Yukutat Bay Area, Alaska*, Washington, 1964; Laguna, *The Story of Tlingit Community: A Problem in the Relationship Between Archeological, Ethnological, and Historical Methods*, Washington, 1960.

²⁹ La bibliografía mencionada en este trabajo es sólo una pequeña muestra de lo que se ha producido hasta el momento.

pobladores del continente americano. La experiencia rusa no hizo sino repetir, muchos siglos más tarde, el mismo paso que llevó a los cazadores del paleolítico de Asia a América pues también fueron cazadores los primeros rusos que habitaron la región. Sin embargo, esta experiencia tuvo características particulares desde el momento en que propició el contacto con pueblos europeos que hasta entonces desconocían el norte del Pacífico.

La expansión rusa en el norte del Pacífico constituye parte de la historia de la formación y desarrollo de los grandes imperios territoriales, en este caso el imperio ruso. Es, a su vez, un acontecimiento fundamental en el proceso histórico del norte del Pacífico, puesto que la presencia rusa marcó nuevos rumbos para la región. La historia del este de Asia y del noroeste de América no podría comprenderse ni explicarse sin considerar la expansión rusa en dirección al este. El proceso particular de la expansión rusa en la región del norte del Pacífico adquiere significación en el contexto de la historia mundial y a su vez estudiarlo contribuye a comprender el proceso histórico mundial. La historiografía sobre el tema ha dejado problemas sin abordar y análisis que requieren nuevos enfoques en todos los ámbitos del quehacer humano, pero particularmente en la explicación del proceso de colonización e intercambio cultural a que dio lugar la convivencia entre rusos, pueblos asiáticos como los nativos de Kamchatka, los aleutianos y los pueblos americanos, en las colonias rusas. Los últimos cuarenta años de las colonias rusas tampoco han recibido mucha atención por parte de los historiadores, aunque la investigación sigue avanzando.

En virtud de que esta experiencia rusa implicó también un proceso singular de colonización, es preciso ahondar en el estudio de las formas de colonización que tuvieron lugar en esa región. En México, como país americano que además ha compartido parte de esta historia, es menester que prestemos atención a los procesos de colonización en el norte de América en su conjunto, y especialmente en el noroeste del continente ya que ello contribuirá a comprender nuestras relaciones económicas, políticas y sociales con los pueblos cuyo desarrollo histórico está ligado al océano Pacífico desde el siglo xviii.

Una postura abierta para estudiar el desarrollo histórico de regiones diversas será fundamental para el quehacer del historiador del siglo xxi, dados los procesos de globalización que se viven. Para hacer frente a este

reto es necesario asumir que para estudiar y comprender la historia de otros pueblos distintos al nuestro pero relacionados con él, tenemos que hacer uso de una herramienta fundamental: el estudio de otros idiomas. Para el caso que nos compete, ningún historiador estará capacitado para participar en la investigación sobre la presencia rusa en el norte del Pacífico si no puede leer el ruso y dominar el inglés, pues aunque muchas fuentes han sido traducidas al inglés, la mayor parte de ellas, obrando en los archivos, están redactadas en ruso, sin contar que también una buena parte en francés y, en algunos casos, en alemán.

Queremos enfatizar que consideramos que el historiador del siglo XXI deberá comprender, por lo menos de manera general, el proceso histórico mundial. A partir de ello podrá distinguir las macroregiones y regiones que han existido y existen de manera que sea capaz de integrar lo particular —estudios de caso o microregiones— con el proceso histórico mundial, y creo que los historiadores mexicanos tendríamos mucho que aportar si tan sólo nos atreviéramos a ver el panorama que se extiende más allá de nuestro país y nuestra historia patria.

Filipinas: una historia común a Latinoamérica*

Ma. Cristina Barrón Soto

RESUMEN

Se examinan algunos paralelismos históricos entre Filipinas y los países de América Latina. Luego se hace un recuento panorámico del intervencionismo norteamericano en el archipiélago. Finalmente se pasa revista a los acontecimientos más relevantes de los últimos cincuenta años en el archipiélago.

INTRODUCCIÓN

A pesar de la crisis de los últimos años en el Pacífico asiático, sigue hablándose del desarrollo económico de la mayoría de los países de esta región. Hace algunas décadas comenzaron las referencias al *milagro japonés*, más tarde los estudios se dirigieron a las economías de reciente industrialización, los conocidos NIE'S:¹ Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur, también denominados *los tigres*. Luego los enfoques se han orientado a los sorprendentes logros de China y a los niveles de desarrollo de Tailandia y Malasia, países a los que se les designa como los cachorros; incluso, autores como Robert J. Muscat consideran que Tailandia sería el quinto tigre.² Sin embargo, ¿qué pasa con Filipinas? ¿Por qué no forma parte de esta exitosa familia de felinos asiáticos? ¿Por qué es el país que menos participa

* Este trabajo fue escrito en septiembre de 1995, por lo que algunos de los planteamientos expuestos, pueden estar fuera de lugar al momento de su publicación: sin embargo, el proceso histórico analizado sigue siendo pertinente.

¹ *Newly Industrializing Economies*. Las siglas empleadas en el artículo se mantendrán en inglés.

² Robert J. Muscat, *El Nacimiento del Quinto Tigre*. Nueva York, University Press, 1994. El trabajo de este autor es anterior a la crisis.

de los beneficios económicos de la región, si en 1946, cuando obtuvo su independencia de los Estados Unidos su futuro parecía muy alentador?

Las condiciones con las que aparentemente contaba Filipinas le aseguraban buen porvenir. Había sido el primer país del sureste de Asia en independizarse y había aprendido también las reglas de la democracia. Estaba incorporado al capitalismo mundial con el abastecimiento de materias primas, como el azúcar y la copra. La élite filipina estaba más o menos integrada, y a diferencia de Indonesia y Malasia, la comunidad china de ese país no sólo formaba parte del grupo empresarial, sino que además su participación política contaba a la par con la de los filipinos. Cabe mencionar que José Rizal era un mestizo chino.³ Filipinas se proyectaba como un exitoso estado moderno, a pesar de haber sido el país más devastado por la Guerra del Pacífico.⁴ Durante los años cincuenta manifestó un importante desarrollo económico, e incluso su índice de crecimiento para principios de la siguiente década todavía era más favorable que el del resto de los países que en 1967 integrarían la Asociación de Naciones del Sureste Asiático ASEAN: Tailandia, Malasia, Singapur, Indonesia, y Filipinas. No obstante, comparado con sus propios vecinos, en la actualidad ese país registra el desarrollo más bajo, la deuda externa más grande y un creciente control económico por parte del Fondo Monetario Internacional.⁵

Parece que la clave de esta situación se encuentra en el peso del orden colonial —económico y sociocultural— aún vigente primero de origen español y luego norteamericano. Se puede decir que son los rezagos de las estructuras del colonialismo las que no han permitido el desarrollo moderno del estado-nación filipino. Esta situación no deja de ser sorprendente pues América Latina fue organizada de la misma manera por Portugal, España y Estados Unidos, los imperios mercantilistas salvacionistas, como los llamó Ribeiro,⁶ cuya forma de dominación fundamental se cimentó en la explotación.

³ Cabe mencionar que José Rizal, considerado el héroe nacional por su lucha antiespañola y por haber promovido la independencia de su país, era un mestizo chino.

⁴ Durante esa guerra (1941-1945), Manila fue la ciudad más bombardeada por los norteamericanos y japoneses en sus respectivos intentos de "liberación".

⁵ John Wong, *ASEAN: Economics in perspective: a comparative study of Indonesia, Malaysia, The Philippines, Singapore and Thailand*, Hong Kong, Mac Millan Press, 1979; David Wurfel, et al., *The Political Economy policy in Southeast Asia*, Londres, Mac Millan Press, 1990.

⁶ Darcy Ribeiro, "La cultura latinoamericana", en Leopoldo Zea (comp.), *Fuentes de la cultura latinoameri-*

Aunque América Latina no se puede definir como una entidad concreta y uniforme, las semejanzas entre sus países son más significativas que sus diferencias. Tales similitudes parten de las características de explotación impuestas por las metrópolis, y dirigidas a subyugar a la población, paralizar su cultura y convertirla en sumisa fuerza de trabajo, utilizando a las clases dominantes indígenas como procuradoras y legitimadoras del sistema colonial. A este respecto Darcy Ribeiro afirma que:

pese a los factores de diversificación, un motor de unidad e integración que opera en América Latina, tiende a uniformarla y unificarla. Ello proviene de que sea el producto de un mismo proceso civilizatorio —la expansión ibérica— que aquí implantó retoños, con prodigiosa capacidad de crecer y multiplicarse. Los grupos indígenas, variados como eran en sus pautas culturales y en sus grados de desarrollo, sólo habrían contribuido a la diversificación si hubiesen sido el factor preponderante.³

LAS HERENCIAS COLONIALES DE FILIPINAS Y SUS MANIFESTACIONES ACTUALES

En parte debido al dominio colonial los filipinos heredaron de España su territorio nacional que hoy comprende su país, incluyendo la isla de Mindanao y los archipiélagos de Joló y Sulú, demarcación malayo-musulmana donde los españoles sólo ejercieron soberanía en forma nominal. También heredaron el nombre de su país, llamado así en honor del príncipe Felipe de Habsburgo, más tarde Felipe II. Además, de la antigua metrópoli española heredaron, por un lado, una forma de gobierno centralizado apoyado desde la base en el *datu* o *cabeza de barangay*, institución patriarcal prehispánica; y por el otro, una burocracia civil constituida por concesiones y privilegios. La consecuencia de ello es ahora el presidencialismo filipino, que detenta un poder potencialmente ilimitado y una burocracia que si bien en esencia es tecnócrata y producto de un servicio civil, tiene que considerar los intereses de las altas esferas que no dejan de tener grandes prerrogativas, propias de un sistema de padrazgo.

A pesar de que la Constitución del Commonwealth norteamericano, vigente entre 1935 y 1972, asentaba que los poderes legislativo y judicial

cano, México, FCE, 1993, vol II, pp. 101-127.

³ *Ibid.*, p. 108.

eran independientes, ninguno de ellos logró restringir el poder presidencial. La democracia, por otra parte, se enseñó fundamentalmente como un proceso electoral que no debía afectar los intereses de la élite, sustentadora del nuevo colonialismo norteamericano. Pese a ello, la elección presidencial de 1992 puso de manifiesto que la práctica democrática está de suyo establecida en Filipinas. Sin embargo, no se ha podido aliviar la enorme disparidad en los niveles de vida. Al respecto *The Economist* hace notar que durante el régimen de la presidente Corazón C. Aquino, ese país era quizás el más libre —políticamente hablando— del sureste de Asia, pero al mismo tiempo el de más bajo desarrollo económico.⁸ En este mismo sentido el escritor filipino Sionil José, afirmó que Corazón Aquino podía haber restaurado las formas de la democracia pero no su esencia.⁹

También de España las Filipinas heredaron una iglesia católica que, además de poseer grandes extensiones de tierra, como lo hizo en Hispanoamérica, fue la justificadora de la dominación colonial, según muchos ilustrados filipinos. Es por ello que gran parte de la literatura revolucionaria antiespañola de la élite intelectual, más parecía una lucha por la independencia de dicho poder que por liberarse de la misma monarquía española.

La secularización del Estado, propuesta por el nuevo régimen norteamericano, más que hacer una separación de poderes iglesia-estado, se concretó a la expropiación de los bienes religiosos. Para el historiador Renato Constantino, esta disposición fue una medida sagaz, pues fue presentada como la pérdida de poder de la iglesia, para así ganarse la voluntad del pueblo y sobre todo el reconocimiento de su soberanía.¹⁰ Sin embargo, la influencia de la iglesia católica en los asuntos del Estado se ha mantenido hasta años recientes, al grado, por ejemplo, de que las manifestaciones en la ciudad de Manila, que provocaron la renuncia del presidente Ferdinand Marcos —llamadas la "Revolución de EDSA"—, estuvieron alentadas en gran medida por las declaraciones del Cardenal Jaime Sin en radio *Veritas*, quien llamó a la gente para que se congregara en EDSA.¹¹ Incluso durante la presidencia de Corazón Aquino eran frecuentes las visitas del cardenal Sin al Palacio Nacional de Malacañang, quien tenía *derecho de pivaporte*.

⁸ "Freedom and Prosperity", *The Economist*, junio 29, 1991, pp. 15-18.

⁹ "Aquino's Dismal Legacy", *Newsweek*, mayo 18, 1992, p. 56.

¹⁰ Renato Constantino, *The Philippines: a past revisited*, Quezon City, R. Constantino Edit., 1984, p. 303.

¹¹ EDSA es uno de las principales avenidas de la ciudad de Manila y dicha revolución se llevó a cabo del 22 al 25 de febrero de 1986.

LOS INTERESES NORTEAMERICANOS EN FILIPINAS Y LA IMPOSICIÓN DE UNA NUEVA HEGEMONÍA

De acuerdo con el almirante Alfred T. Mahan, teórico de la escuela imperialista de mediados del siglo XIX, los Estados Unidos tenían grandes intereses en algunas islas del Caribe y del Pacífico, lo que motivó buscar oportunidades para desplazar la soberanía española sobre dichas colonias.¹² En realidad esa teoría consolidaba la singular idea norteamericana de asegurar la insularidad de su territorio, expresada décadas antes por el presidente James Monroe por medio de su conocida doctrina "América para los americanos", que concebía que el continente debía quedar fuera de cualquier interferencia externa. Así, poco a poco toda el área se fue incorporando a los intereses estadounidenses, en la medida que lo requirieron sus necesidades. En ese contexto, las Filipinas satisfacerían las necesidades y requerimientos de la política expansionista y colonial del Partido Republicano, quienes consideraban a aquellas islas como punto nodal para el comercio con Asia continental, básico para los Estados Unidos. Al caer bajo la égida norteamericana, el archipiélago se convirtió por segunda vez en trampolín de intereses externos. Cabe hacer mención que por medio del sistema de plantaciones o de haciendas, introducido desde el siglo XIX por los españoles, se controló la producción azucarera filipina, junto con las del resto de las islas del Pacífico, América Central y el Caribe. De esa manera compañías de los Estados Unidos llegaron desde entonces a monopolizar, prácticamente, la producción mundial del dulce y controlar sus precios.

Intervenir en las revoluciones de independencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que se libraban al mismo tiempo, fue la oportunidad que los norteamericanos encontraron para poder establecer ahí su hegemonía. En Filipinas el movimiento de independencia estalló en agosto de 1896, gracias a las acciones del *Katipunan*,¹³ encabezado por el trabajador Andrés Bonifacio. Después de la Convención de Tejeros, el liderazgo de la independencia pasó a manos del general Emilio Aguinaldo, miembro de la élite ilustrada. El movimiento había alcanzado gran apoyo, en especial en la isla

¹² Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y Filipinas y Guam en el Pacífico, servirían, junto con el recién anexo territorio de Hawaii, para instalar bases militares y navales que les permitieron crear una especie de cinturón que salvaguardara su seguridad nacional. Más tarde, en Centro América, el Canal de Panamá constituiría el completamiento de dicho cinturón.

¹³ El nombre completo del *Katipunan* es *Kataastasan Kagalang galang na Katipunan nang mga Anak nang Bayan*.

de Luzon, pero empezó a debilitarse por la división interna y la llegada del Gobernador General, Fernando Primo de Rivera, quien pudo recuperar terreno. De suerte que, para diciembre de 1897 Emilio Aguinaldo, junto con otros importantes líderes, aceptaron exiliarse en Hong Kong donde establecieron una junta y empezaron a recabar armas.

Fue en ese momento cuando los norteamericanos comenzaron a participar: se acercaron al general Aguinaldo persuadiéndolo para que colaborara con el Comodoro Dewey para atacar a la armada española. Casualmente éste esperaba en Hong Kong la orden para intervenir en Manila. Esta propuesta debió significar para los filipinos un compromiso de apoyo para su independencia. Aunque desde años antes el mismo José Rizal dudaba de esa ayuda, como lo manifestó en su obra *Filipinas dentro de cien años*, en la que reconocía la importancia del Pacífico para los Estados Unidos, pues estaba al tanto de su intromisión en la independencia de Hawái como república, que por fin resultaría en su anexión en 1898. Sin embargo, prefirió creer en las tradiciones libertarias y democráticas de Norteamérica que en sus intereses expansionistas; por ello afirmó: "Norteamérica, de acuerdo con el espíritu que anima a ese pueblo, no podrá pretender apoderarse de las Filipinas".¹⁴

La batalla de la bahía de Manila duró unas cuantas horas del 1º de mayo de 1898, y a pesar de que Aguinaldo había retomado el liderazgo del movimiento independentista, los norteamericanos impidieron la entrada de las tropas filipinas, pues requerían que España se rindiera ante ellos, no ante los filipinos. La independencia de Filipinas se declaró el 12 de junio de 1898, la Constitución en septiembre del mismo año, y la primera República se inauguró en enero de 1899.

Una vez firmado el Tratado de París, en diciembre de 1898, entre los Estados Unidos y España, entonces sí, el presidente William McKinley expresamente manifestó las intenciones de los Estados Unidos de quedarse en las Filipinas y ejercer su soberanía por medio de la política designada como *Asimilación Benevolente*. Esto lo hizo no sin antes realizar un "examen de conciencia", pues los objetivos imperialistas del *Destino Manifesto* no conciliaban formalmente con el espíritu libertario de los padres de la independencia norteamericana. Por ello declaró:

¹⁴ José Rizal, "Filipinas dentro de cien años", en *Escritos políticos e históricos*, Manila, Comisión Nacional del Centenario de José Rizal, 1961, p. 56.

Una noche me hice estas reflexiones respecto a la anexión de Filipinas; primera, que no podíamos traspasarlas a Francia o Alemania, nuestros rivales comerciales en Oriente, lo cual constituiría un descrédito y un mal negocio; segunda, que no podíamos devolverlas a España pues esto sería cobarde y deshonesto; tercera, que no podíamos abandonarlas a sí mismas, ya que no estaban preparadas para gobernarse y pronto caerían en la anarquía y el desorden, en peores condiciones que bajo la dominación española; y cuarta, que no había más remedio que tomarlas y educar a los filipinos y cristianizarlos... ¡No se les podía abandonar a un destino incierto!¹⁵

De esa manera la moral pública norteamericana justificó, una vez más, su afán de dominio. La Doctrina Monroe en América Latina y la Asimilación Benevolente en Filipinas, justificaron la intervención y ocupación, respectivamente.

LAS ÉLITES FILIPINAS BAJO EL NUEVO RÉGIMEN

La resistencia filipina ante un nuevo colonialismo se dejó sentir de inmediato. Por más de siete años se libró una guerrilla que le costó la vida a cientos de miles. Sin embargo, la resistencia fue minimizada, se denigró a los líderes defensores calificándolos como bandidos y ladrones. Por otra parte, el nacionalismo, que había emergido entre la élite económica durante su lucha revolucionaria anti-española, fue apagado por los incentivos que los Estados Unidos le otorgó, convirtiéndola en su colaboradora. Al respecto el historiador filipino Constantino afirma:

Estos filipinos de hecho le dieron la bienvenida al régimen americano. La designación de estos colaboradores ilustrados en los altos puestos del gobierno civil, demostró la aceptación filipina de su condición colonial, fueron los promotores del altruismo americano y de la promesa de la eventual independencia después de un periodo de tutela en el arte de la democracia y el autogobierno.¹⁶

Teodoro Agoncillo, considerado historiador nacional, también reconoce el beneficio que gozó ese sector social durante el régimen norteamericano:

Los que representan a los filipinos en los varios niveles de la burocracia, involucran sólo aquellos que pertenecen a la élite nacional y local. Sin excep-

¹⁵ Samuel E. Morison y Henry S. Commanger, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, México, FCE, 1951, p. 232.

¹⁶ Renato Constantino, *op. cit.*, p. 294.

ción, los miembros de la comisión Filipina son de las familias hacendadas... aun en los niveles municipales están manejados por la élite local.¹⁷

Asimismo, los justificó al comprender que la nueva estructura colonial salvaguardaba las prerrogativas de la élite económica, y al compararla con el régimen español, la considera más estimulante para ese sector social.¹⁸

El sector intelectual de la élite logró mantener por varias décadas una resistencia pasiva, reivindicando la identidad cultural del pueblo, e incluso reconociendo *lo hispano* como importante elemento del alma filipina.¹⁹ Sin embargo, el regreso de MacArthur en 1944, fue visto por los filipinos como el de un libertador, aceptando *de facto* las bondades del sistema norteamericano antes rechazado.

No se trata de realizar desgastantes juicios sobre el papel que jugaron las élites durante los regímenes coloniales, sino de entender como fueron incorporados de manera vital a dicho sistema, al grado de moldearles hasta la visión de su pueblo y de su propia identidad. Cabe mencionar que los colonialismos hispano y norteamericano no se construyeron sólo con armas, sino también con una transformación de las estructuras culturales. El sentido mesiánico de los colonialistas los llevó a justificar la *salvación* de los pueblos sometidos, lo que se efectuó por medio un proceso de aculturación; la cristianización y la "americanización" que experimentaron los filipinos y en forma muy particular sus élites, les hizo perder prácticamente su identidad.

De hecho la nueva administración norteamericana apoyó las mismas formas de explotación española aunque de manera más eficaz y racional, pues emplearon una retórica muy alentadora, "Filipinas para los filipinos", lo que se tradujo en una participación democrática en la que los filipinos jugaron, en principio, un papel subalterno aunque poco a poco fueron alcanzando puestos de importancia. No obstante, el Ministerio de Educación se mantuvo en manos de los norteamericanos, quienes apoyaron de manera especial la educación pública, sobre todo la enseñanza y difusión del inglés. Incluso a un número considerable de filipinos se les envió como becarios o pensionados a la metrópoli, para regresar a ocupar puestos burocráti-

¹⁷ Teodoro Agoncillo, *History of the Filipino people*, 8a. ed., Quezon City, University of the Philippines Press, 1980, p. 309.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 301-302.

¹⁹ Claro M. Recto, "El castellano como factor de nuestra nacionalidad", en *For Philippine Survival, Nationalist Essays*, Quezon City, The Foundation for Nationalist Studies, 1939, p. 40.

cos, convencidos de los beneficios del sistema norteamericano. Asimismo, su historia fue traducida al inglés de manera que ya no se consideraba necesario mantener el español.²⁰

Por otra parte, el régimen de tenencia de la tierra ayudó a mantener los privilegios de la élite, quien incrementó sus propiedades y recibió incentivos fiscales; sus productos fueron exportados a los Estados Unidos libres de impuestos. Por cierto, esto permitió que los ciudadanos y empresas norteamericanas pudieran poseer y explotar recursos filipinos en condiciones igualitarias. Así, las tierras expropiadas a la iglesia pasaron a manos de particulares.

LAS ESTRUCTURAS DEL NEOCOLONIALISMO

A pesar de que desde 1919 los filipinos comenzaron a solicitar su independencia, —supuestamente ya alcanzada en 1898—, ésta no fue considerada por las autoridades de Washington sino hasta el periodo de la Gran Depresión. Sus productos agrícolas que entraban libres de impuestos, así como la inmensa mano de obra que inmigraba legalmente a los Estados Unidos, se convirtieron en una seria amenaza. Entonces sí, se consideró que los filipinos ya estaban preparados para el autogobierno, “ya habían aprendido el arte de la democracia”. Al margen, se puede decir que el sistema norteamericano no logró del todo alcanzar sus objetivos misioneros, pues se pretendía hacer de Filipinas una base de operaciones del protestantismo. En efecto, la fe católica es aún la mayoritaria, aunque existen otras confesiones. De hecho, el General Fidel Ramos, de convicción protestante, no tuvo obstáculos para llegar a la presidencia, aunque fue el primer presidente no católico.

En noviembre de 1935 se estableció el Commonwealth en Filipinas, con él, en diez años, se aseguraba su independencia. *De facto* la administración política del gobierno pasó a manos de nacionales, que encabezó Ma-

²⁰ Una amplia documentación del periodo español fue traducida durante los primeros años del colonialismo norteamericano. En dicha obra se puede observar que gran parte de los documentos están incompletos y sobre todo que en su mayoría las traducciones, fueron hechas literalmente, perdiéndose el sentido y significado del documento. Emma H. Blair y James A. Robertson, *The Philippine Islands, 1493-1898*, Cleveland, The Arthur H. Clark Co., 1903-09, 55 vols. A pesar de que el español dejó de ser un instrumento de trabajo, los filipinos mantuvieron su aprendizaje ya que se consideraba que primero debía estar traducida su historia; sin embargo, en 1986 esta lengua perdió su carácter oficial y se retiró del *currículum* obligatorio universitario. Ma, Cristina Batión Soto, *A comparative study of the spanish language in the Philippines and Mexico during the colonial period*, Manila, University of the Philippines, 1980.

nuel Quezón, como presidente, y Sergio Osmeña como vicepresidente. La Defensa Nacional y el Ministerio de Asuntos Exteriores, por supuesto, permanecieron en manos de los Estados Unidos. Asimismo, se decretó el Acta Tydings-McDuffie, por la cual durante los años de transición se irían incrementando los impuestos a las exportaciones filipinas hasta completar, en 1946, la tarifa de veinticinco por ciento, sin que ello significara la aplicación de los mismos aranceles a los productos norteamericanos que entraban al archipiélago.

Frente a la devastadora ocupación japonesa, los Estados Unidos apoyaron a Filipinas mediante el Acta de Rehabilitación, por la cual se les otorgó poco más de mil millones de dólares. Con el Acta Bell y la Parity Amendment, se restableció el comercio libre por ocho años más. Sin embargo, se confirió el término de igualdad para la explotación de recursos naturales por parte de los ciudadanos norteamericanos hasta 1974. Estos vínculos económicos fueron reforzados con lazos militares. En 1943 se firmó el Acuerdo sobre las Bases, que permitía durante noventa y nueve años la instalación de una serie de enclaves militares en las islas. Bajo estas condiciones les fue transferida su soberanía el 4 de julio de 1946. Todos esos acuerdos sentaron las bases del neocolonialismo norteamericano en Filipinas.

CINCUENTA AÑOS DE VIDA INDEPENDIENTE

En la década de los cincuenta Filipinas era considerada como una especie de *vitrina* de la democracia, modelo de desarrollo democrático para Asia. No obstante, durante el medio siglo de independencia formal, las instituciones sociales se han mantenido al servicio de las élites, y la burocracia sigue inmersa en un sistema de padrinazgo, a pesar de que, desde fines de los años sesenta, se dio una rápida expansión de una clase media profesional que demanda participación política.

En 1971 la Asamblea Constituyente rechazó las estructuras neocoloniales perpetuadas por los Estados Unidos en Filipinas, cuyos núcleos más visibles eran los tratados militares, el Parity Amendment, el Acta Bell, y otros: incluso proponía la nacionalización de las industrias consideradas estratégicas. Sin embargo, estas tendencias democráticas fueron

obstaculizadas por la Declaración de la Ley Marcial de 1972. Tal imposición fue justificada entonces con la retórica anticomunista, pues la insurgencia de signo marxista-leninista, que sostenía el nuevo impulso autonomista a partir de la lucha guerrillera anti japonesa, surgió desde la Guerra del Pacífico, era conocida como los *Huks*, había comenzado a ganar mucho terreno después de que se estableció el Nuevo Partido Comunista en 1968, con su brazo armado el *Nuevo Ejército Popular*, fundado en 1969.

Con todo, hacia fines del régimen conocido como "autoritarismo constitucional", de Ferdinand Marcos, las antiguas élites que estuvieron al margen de su gobierno recuperaron fuerzas, pues los grupos en los que el dictador había apoyado su régimen, habían caído en una grave corrupción, haciendo insostenible su gobierno. Por otra parte, el sector de militares jóvenes dejó de apoyar al presidente en el momento en que no estuvieron de acuerdo con sus constantes abusos. Así cayó Marcos.

En el nuevo y "democrático" contexto político las expresiones anticomunistas se volvieron a manifestar con gran vigor. Esto provocó que la presidente Corazón Aquino recurriera al apoyo militar, esta vez en la persona del general Fidel Ramos, jefe del Estado Mayor en tiempos de Marcos, Ministro de Defensa en ese entonces y luego presidente. De tal suerte que el *statu quo* político no ha experimentado cambios significativos desde su formal independencia reconocida por Estados Unidos luego de la Guerra del Pacífico.

La política exterior filipina se ha mantenido en manos de una élite burocrática, que, salvo en ciertos aspectos, ha compartido la visión norteamericana del mundo, en concreto de Asia. Así se explica que Filipinas se haya comprometido por años con la incesante lucha contra el comunismo en aquella región, hasta llegar a servir de principal apoyo a la SEATO.²¹

Por otra parte, la presencia militar norteamericana dio lugar a otra forma de subordinación, es decir, generó una dependencia económica debido a la derrama de millones de dólares que se gastaban en la manutención de las bases militares. Esta situación se agudizó con la revisión del Acuerdo de 1975,²² el cual acentuó la dependencia debido al ingreso considerable que

²¹ SEATO, South East Asia Treaty Organization, organismo creado por medio del Pacto de Manila en septiembre de 1954, para contener la extensión de la influencia comunista en la región.

²² Durante la presidencia de Ferdinand Marcos se llevó a cabo la revisión del Acuerdo sobre las Bases Militares, esta revisión convino en dos puntos importantes, el pago de una renta aproximada de quinientos millones de dólares y su eventual retiro en veinticinco años o sea para el año de 1991.

por renta anual de territorio para las bases se recibía, el cual frizaba los quinientos millones de dólares anuales. La pérdida de ese sustancial ingreso tuvo que ser considerado por el gobierno filipino cuando inició las negociaciones para la confirmación del retiro norteamericano. La presencia de las bases militares fue quizá la forma más significativa para mantener el orden neo-colonial de Filipinas.

Pese a todo, las perspectivas de Filipinas hoy son más alentadoras que en 1946, y tal vez mejores que las de muchos de los países de América Latina. En primer lugar, se ha puesto fin a su condición neocolonial estricta. Lo más importante ha sido el retiro, en 1991, de las bases militares. Esto ha permitido que Filipinas cuente con una mejor imagen ante sus vecinos y por tanto mayor acercamiento. En segundo lugar, en el ámbito económico, además de incrementar las actividades con sus vecinos de la ASEAN, también lo está haciendo con Japón. Filipinas se encuentra en la zona de coprosperidad concebida por Japón en los años cuarenta, cuyo proyecto regional es el desarrollo integral, a diferencia del proyecto excluyente norteamericano que tanto tiempo mantuvo en ese país y permanece sobre América Latina.

En tercer lugar, en relación a las cuestiones culturales, Filipinas debe hacer importantes cambios, por ejemplo en el idioma. El inglés llegó a convertirse en el medio de comunicación en los ámbitos oficiales, económicos e intelectuales. Sin embargo, los actuales filipinos conservan en la memoria su pasado precolonial, siguen manejando sus lenguas vernáculas como el tagalo, ilocano, cebuano, etc., que se mantienen vivas. El tagalo no sólo logró sobrevivir sino que ha ido desplazando al inglés en el ámbito de gobierno, así como en la instrucción y la enseñanza, inclusive en niveles superiores y de postgrado. Ahora el filipino piensa y se expresa en su propio idioma, ya no como extranjero y en un idioma extranjero. El medio de la aculturación colonial comienza a romperse.²³ El marco del centenario de su movimiento de independencia puede ser el ámbito adecuado para replantear la identidad filipina. Si hace cien años perdieron la independencia y la república anhelada, hoy es el momento de construir las instituciones que sustenten el Estado filipino independiente.

²³ Cabe destacar que el actual presidente Estrada, fue el primero que dio su discurso inaugural en filipino y no en inglés.

CONCLUSIÓN

Una vez independizados, los países de América Latina y las Filipinas no lograron un proyecto propio. Las guerras de independencia no propiciaron realizar un cambio profundo; éste fue marginal. Las élites nunca pudieron formar una sociedad autónoma. Por el contrario, fueron la capa gerencial, con sus propios intereses, que se encargó de custodiar y legitimar el sistema neocolonial. La infraestructura económica y la política de esos países no han operado como factor de unificación; sus élites no han logrado concebir y poner en marcha modelos sociales alternativos, inclusivos y realmente independientes. En fin, se puede decir que desde el punto de vista de su proyecto nacional, aunque está lejos de América Latina, Filipinas tiene que transitar por senderos semejantes a los países del subcontinente. Esto constata, una vez más, que el archipiélago puede ser considerado como otro país latinoamericano, sólo que ubicado en el Pacífico asiático.

Fronteras nuevas y fronteras viejas en la historiografía colonial

Brian F. Connaughton

RESUMEN

El artículo se ocupa de algunas de las corrientes historiográficas que han transformado nuestra comprensión de la época colonial, sugiriendo que pueden considerarse virtuales fronteras heurísticas. Enfatiza avances en la historia social que parten de la noción de una hegemonía disputada para realizar sus abordajes. Luego extiende su visión hacia la historia económica y política, así como tareas pendientes.

DE LA HISTORIA INSTITUCIONAL A LA HISTORIA SOCIAL

Hace treinta años la historiografía no había acabado de hacer la transición de sus bases más apreciables en los análisis de las instituciones coloniales de origen hispánico, a un franco abordaje de una plástica historia social. La noción de "cultura colonial" aún se refería mayormente a las normas culturales traídas de ultramar.¹ La reconstrucción de las glorias de las culturas y civilizaciones prehispánicas se detenía respetuosa y ominosamente a fines del siglo xv o principios del xvi, anticipando —quizá en actitud de luto— la debacle por venir. Apenas salían de la imprenta los primeros libros de Charles Gibson y Miguel León-Portilla que, mientras aparentaban confirmar los motivos para la consternación que se sentía sobre la época colonial, alteraban matizadamente nuestras expectativas e introducían variables que

¹ Mariano Picón-Salas, *De la conquista a la independencia*, México, FCE, 1969.

estaban destinadas a cambiar radicalmente la visión de lo que fue la experiencia colonial en América Latina.²

Desde luego, había precursores de muchas nacionalidades. Silvio Zavala estiraba la historia institucional en la dirección que ha culminado con sus diestros manejos de la situación laboral indígena durante el periodo.³ Richard Konezke nos insistía en la riqueza de documentación asequible para historiar casi cualquier aspecto de subordinación de indígenas y castas en la época.⁴ Historiadores como Mario Góngora, Richard Morse, y John Leddy Phelan encontraron que los estudios institucionales los obligaban a un esfuerzo de re-conceptualización de todo el periodo bajo estudio. En la historiografía de la institución de la esclavitud, se pasó de manera casi natural de los análisis normativos de un Frank Tannenbaum, hacia el estudio de la práctica real, y por ende la historiografía social, en manos de Herbert Klein, Rolando Mellafe, y Frederick Bowser.⁵ Pero la aportación dominante de los años sesenta y principios de los setenta fue sobre todo la historiografía económica.

De las instituciones jurídico-administrativas se pasó a las instituciones del dominio económico. Nadie dudaba todavía de que la conquista española hubiese logrado sus propósitos; fue sólo que la causalidad histórica de orden extra-económico estaba siendo sometida a un serio cuestionamiento. Nuevamente, con dignos precedentes en la obra de François Chevalier, Konezke, Haring, Ots Capdequí, Lohmann Villena y otros, los historiadores de los sesenta y setenta abordaron la vida de la hacienda, plantaciones y ranchos, de las minas, de los gremios y obrajes, del comercio y de los diver-

² Charles Gibson, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, New Haven, Connecticut, 1952; y *Los aztecos bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI, 1967 (publicado originalmente en 1961); Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 1959.

³ Silvio Zavala, *La encomienda indiana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935; *De encomienda y propiedad territorial en algunas regiones de la América española*, México, 1940; *Estudios Indianos*, México, El Colegio Nacional, 1948; *El servicio personal de los indios en la Nueva España*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1984-1989, 5 tomos; Silvio Zavala y María Castedo, *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, México, FCE, 1939-1946, 8 tomos; Silvio Zavala y José Miranda, "Instituciones indígenas en la colonia", en Alfonso Caso, et al., *La política indigenista en México, métodos y resultados*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1981, tomo 1, pp. 45-206.

⁴ Richard Konezke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica 1493-1810*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, 3 vols.; "La ordenanza de gremios como documentos para la historia social de Hispanoamérica durante la época colonial", *Revista Internacional de Sociología*, núm. 18, 1947, pp. 421-449.

⁵ Frederick P. Bowser, "The African in Colonial Spanish América: Reflections on Research Achievements and Priorities", *LARR*, vol. VII, núm. 1, Albuquerque, University of New Mexico, 1972, pp. 77-94.

esos sistemas de encuadramiento de productores y consumidores de la América colonial para cumplir con la expectativa de sus mandones.⁶ Los logros fueron impresionantes, al grado de hacernos soñar con una visión definitiva de la maquinaria de explotación que produjo la obra de Iberia en el Nuevo Mundo. Cuando se publicó en México *El sistema de economía colonial, el mercado interior, regiones y espacio económico* (México, Editorial Nueva Imagen, 1983), de Carlos Sempat Assadourian, diez años después de *Historia del capitalismo en México. Los orígenes 1521-1763* (México, Era, 1973), de Enrique Semo, parecía por un momento que se llegaba a una magna síntesis sobre la operación del aparato de dominio.⁷

LA HISTORIA SOCIAL EN CIRCUNSTANCIAS DE HEGEMONÍA INCOMPLETA

Pero ya, desde los años setenta particularmente, hacía su eclosión una historiografía que desmontaba más que nunca el carácter monolítico de los ibéricos conquistadores y colonizadores. Cuando James Lockhart publicaba su "The Social History of Colonial Latin America: Evolution and Potential" (*Latin American Historical Review*, 7, 6-46) en 1972, tenía todavía tintes de una voz disidente y propositiva dentro de una historiografía de ascendiente económico. Además, su propio trabajo y los de otros historiadores sociales recaía primordialmente en los españoles en América, cuyo

⁶ François Chevalier, *La formación de los latifundios en México*, México, FCE, 1976 (originalmente publicado en francés en 1953); J. M. Ols Capdequí, *España en América. El régimen de tierras en la época colonial*, México, FCE, 1959; C. H. Haring, *Trade and Navigation between Spain and the Indies in the Time of the Hapsburgs*, Cambridge, Mass., 1918; y "American Gold and Silver Production in the First Half of the Sixteenth Century", *Quarterly Journal of Economics*, vol. xxix, pp. 433-474; Guillermo Lohmann Villena, *Los minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII*, Sevilla, 1949; Luis Chávez Orozco, *El obraje, embrión de la fábrica*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1936; Manuel Carrera Stampa, "The Evolution of Weights and Measures in New Spain", *Hispanic American Historical Review*, vol. xxix, núm. 1, febrero, 1949, pp. 2-24; "Las ferias novohispanas", *Historia Mexicana*, III, enero-marzo, 1953; *Los gremios mexicanos. La organización gremial en Nueva España 1521-1861*, México, Ibero Americana de Publicaciones, 1954; y "El obraje novohispano", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xx, abril-junio 1961, pp. 148-171.

⁷ Desde luego había tensiones importantes en ambas obras. Mientras Semo condenaba duramente el período pero rescataba sus aspectos de superación tecnológica y productiva, Assadourian recalcaba la parte constructiva de un espacio mercantil interno en los Andes, con sus fuertes características transformacionales. Paralelamente, no quedaba muy claro, en la obra de Assadourian, hasta donde llegaban las fuerzas de mercado que el veía accionando al conjunto económico alrededor de la minería. Piénsese también en otras obras que hacían autojar una pronta síntesis, como Enrique Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, Simposio de Roma, organizado por CLACSO, México, Siglo XXI, 1980; y Elsa Cecilia Frost, et al. (comps.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, México, El Colegio de México/University of Arizona Press, 1979.

comportamiento pretendían desmitificar y explicar.⁸ Luego, poco a poco, empezaron a precisarse los puntos en que el dominio ibérico hallaba sus fronteras en las supervivencias indígenas, así como en la sorprendente y compleja afirmación de negros, mulatos y mestizos.⁹

De este modo la lucha, más bien sorda que cruenta, constante a través de un largo tiempo, más allá de batallas de conquista o colonizaciones triunfantes, se enraizaba en la literatura historiográfica sobre la colonia. De allí la difícil y azarosa, pero finalmente exitosa, aparición de una historiografía sobre la vivencia de grandes conjuntos de población no española, y de su reproducción física, social, económica y cultural. Así, resultó una nueva frontera de la historia colonial que puede denominarse en sentido lato "etnohistoria". Esta vertiente, en sus aportes propios y su enriquecimiento de otras vertientes de la historiografía colonial, que se siguen cultivando, promete ofrecernos una visión más completa que jamás antes, de la vivencia y el carácter fundacional que tuvo el estira y afloja de la colonia para la experiencia postcolonial.

Las fronteras internas al dominio colonial, se han vuelto a su vez la frontera para acoplar el análisis histórico de la colonia a la gran variedad de vivencias postcoloniales. En vez de simple lastre con el cual carga la vida republicana, la colonia se vuelve un trasfondo y semillero de modalidades de supervivencia y de hegemonías incompletas que se proyectan con fuerza y vitalidad, no menos que con variables grados de legitimidad. La cultura de América Latina, entendida en un sentido enriquecido por la antropología, adquiere dimensiones de larga duración que influyen los análisis de lo económico, lo religioso, lo social, lo político. Por ello, la Independencia, en vez de verse como un momento de apoteosis, se concibe cada vez más en términos de una significativa coyuntura de inflexión, que no erradica una vivencia variada y plástica que se había formado a lo largo de trescientos años.¹⁰

⁸ James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560*, Madison, Wis., 1968; y *The Men of Cuzamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*, Austin, Texas, 1972. Es interesante notar que cuando se editó en México bajo la coordinación de Enrique Florescano una obra de bibliografía histórica, las obras de historia social se asumieron como obras de historia económica. Mismo autor, *La historia económica en América Latina*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 2 vols. (Septententis 37 y 47).

⁹ Sería importante recalcar aquí que el trabajo de Lockhart, que inició con sus estudios sobre los españoles en América, continuó con una profundización creciente sobre los nahuas en México.

¹⁰ Brian R. Hammett, *Roots of the Insurgency in México, Historia regional 1750-1824*, México, FCE, 1990.

UNA NUEVA HISTORIA URBANA

Cabe contemplar en este sentido la evolución del estudio de las ciudades de la América colonial, mismas que alguna vez se concibieron como las máximas sedes de los logros y el poder en la América española.¹¹ Partiendo de una vida que se antoja híbrida, entre historia institucional e historia social, se realizó un intento serio y sostenido por ampliar sus horizontes, no sólo en la pormenorización de la dinámica al interior de determinados grupos ciudadanos, sino en el detalle de la interacción de éstos entre sí y con sectores socio-económicos más allá de sus marcos institucionales o sus confines inmediatos. De esta manera, el análisis de la historia urbana en la época colonial se flexibilizó en su conceptualización de la naturaleza, la cotidianeidad y la proyección de la vida citadina, y la ha hecho más susceptible de abordarse desde otros ángulos de la práctica historiográfica.¹² El intento de conceptualizar la vida urbana de manera más plástica, en términos de sus redes económicas, sus expresiones étnicas, sus vínculos familiares, las prácticas culturales y el esfuerzo de control social, dio lugar a una importante publicación colectiva reciente, emanada de la *VII Reunión de Historiadores Mexicanos Norteamericanos*.¹³

FAMILIA Y SEXUALIDAD

La búsqueda de un espacio de interacción social más cálido para el análisis de las orientaciones y contradicciones de una sociedad compleja, ha dado lugar a un fomento notable: la historia sobre la familia y la sexualidad. Como lugar donde confluían las pretensiones del Estado, la Iglesia, los grupos y los individuos, el nexo sexual y eventualmente familiar, se presta para una profundización en los mecanismos consuetudinarios y los letargos, así como las movibilidades de la sociedad colonial. Igual que la historia urbana —y de manera quizá más íntima— permite hurgar en las articulaciones mismas que unían y desunían las partes de un todo.¹⁴

¹¹ Fred Bronner, "Urban Society in Colonial Spanish America: Research Trends", *IARR*, vol. xxi, núm. 1, Albuquerque, New Mexico, 1986, pp. 7-71.

¹² Louise S. Hoberman y Susan M. Socolow (comps.), *Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial*, México, FCB, 1993.

¹³ *La ciudad y el campo en la historia de México*, en Memoria de la VII Reunión de Historiadores Mexicanos Norteamericanos, México, UNAM, 1992, 2 vols.

¹⁴ Asunción Lavrín (coord.), *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica, siglos XVI-XVII*, México,

PERSONAJES Y TEMAS DE NUEVO PERFIL

Sin duda, los grandes personajes nuevos de la historiografía colonial son los que habían sido relegados hasta no hace mucho tiempo. Esto es cierto para los promotores de la ciencia y la tecnología, y las mujeres, pero lo es más para los grandes sectores subordinados de una sociedad multiétnica.¹⁵ Las utopías populares empiezan a configurar un género prometedor. En el Perú, particularmente, ha habido un adelanto importante en la delineación de la utopía incaica como vehículo de expresión de las angustias y los anhelos de la población objeto de la conquista y colonización. El fuerte elemento etnográfico en este esfuerzo, hace que los autores pasen con gran agilidad entre el lejano pasado de la colonia y las vivencias actuales, con especial referencia a las fiestas y el arte popular.¹⁶

También ha iniciado un cambio en la gran temática del mestizaje. No hace muchos años que Magnus Mörner ofrecía la óptica más rica sobre el mestizaje. Si bien demostraba una preocupación quizá excesiva con los aspectos raciales del proceso, pudo llevar su análisis a una ubicación convincente dentro de las grandes mudanzas socio-económicas del siglo xvii. Así distinguía plausiblemente entre una etapa cuantitativamente limitada de mestizaje, si bien cualitativamente significativa, y una etapa posterior de masificación del fenómeno como parte de dichos cambios.¹⁷ A sus estudios

CONACA/Grijalho, 1991; "Familia, matrimonio y sexualidad en Nueva España", en *Familia y sexualidad en Nueva España. Memoria del Primer Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, Secretaría de Educación Pública/FCF, 1982 (SEP 80: 41); Patricia Scott, *Amar, honrar y obedecer en el México colonial. Conflictos en torno a la elección matrimonial, 1571-1871*, México, CONACA/Alianza Editorial, 1991 (Los Noventa); *Familia y poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1991.

¹⁵ El gran promotor del estudio de la ciencia y la tecnología en la época colonial, ha sido Elías Trabulse, en obras como: "Un científico mexicano del siglo xvii: fray Diego de Rodríguez y su obra", *Historia Mexicana*, vol. xvi, julio-septiembre, 1974; *Ciencia y religión en el siglo xvii*, México, El Colegio de México, 1974; e *Historia de la ciencia en México*, México, CONACYT/PCE, 1983, 6 vols. Sobre la historia de la mujer en la época colonial: K. Lynn Stoner, "Directions in Latin American Women's History, 1977-1984", *LARR*, vol. xxii, núm. 2, Albuquerque, University of New Mexico, 1987, pp. 101-134; y June Nash, "A Decade of Research of Women in Latin America", en June Nash and Helen Safa (eds.), *Women and Change in Latin America*, South Hadley, MA, Bergin and Garvey, 1986, pp. 3-21.

¹⁶ Manuel Burga, *Nacimiento de una utopía: muerte y resurrección de los incas*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1988; Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, Lima, 1988 (La Habana, 1986); Luis Millones, *Actores de altura. Ensayos sobre el teatro popular andino*, Lima, Editorial Horizonte, 1992; (comp.), *El retorno de las huacas*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1990; e *Historia y poder en los Andes Centrales (desde los orígenes al siglo xvii)*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

¹⁷ Magnus Mörner, *Estados, razas y cambio social en la Hispanoamérica colonial*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (Septentinas; 128); (comp.), *El mestizaje en la historia de Iberoamérica*, México, 1961; *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston Little, Brown and Co., 1967.

siguieron otros de demografía histórica que mostraban fehacientemente los avances y limitaciones de este fenómeno a partir de los registros parroquiales.¹⁸ Ahora el mestizo empieza a ser objeto de análisis de historia social que lo revelan como intermediario complejo entre la sociedad española y las poblaciones indígenas. En vez de ser enfocado a partir de su composición racial o sus números relativos únicamente, el mestizo comienza a ser visto en función de su intermediación entre dos sociedades. Como sujeto histórico en su propio derecho, y bregando por salir adelante con base en un astuto manejo de los recursos de todo tipo que ofrecen las sociedades matrices de españoles e indígenas, el mestizo sirve a la vez que se sirve de las sociedades que le dan origen.¹⁹

En forma similar, el mulato y el negro han comenzado a ser comprendidos como pobladores de una frontera inédita, en donde su acción más eficaz para adelantar sus propias opciones sociales correspondían sobre todo a las áreas limítrofes o contradictorias de la sociedad española dominante. Los mulatos y negros libres lucen de especial importancia por su gama más amplia de opciones históricas, pero no faltan los análisis de sujetos esclavos de índole similar, y a veces no menos arrojado.²⁰ De este modo, el mestizaje se incorpora a una nueva etnohistoria donde las luchas de posición, el poder y la cultura —en un sentido antropológico— figuran de manera importante.

UN ABORDAJE INNOVADOR SOBRE EL INDÍGENA

Un renglón aparte merecen los estudios que ha realizado o auspiciado James Lockhart, ya que siguen sacudiendo nuestra comprensión de las sociedades indígenas en el periodo colonial. Lockhart ha introducido un cierto purismo al insistir en historiar a dichas sociedades con base en la documentación que ha sobrevivido en sus propias lenguas, y de acuerdo con las cate-

¹⁸ Elsa Mavido y Miguel Ángel Cucunya (comps.), *Demografía histórica de México: siglos XVI-XIX*, México, Instituto Mora/UAM, 1993.

¹⁹ Luis Miguel Glave y María Isabel Remy, *Estructura agraria y vida rural en una región andina: Ollantaytambo entre los siglos XVI-XIX*, Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", 1983, pp. 1-180; y Manuel Burga, *op. cit.*, pp. 232-400, quien hace un análisis mucho más cultural del proceso, como fenómeno visto desde adentro de las comunidades indígenas.

²⁰ David G. Sweet y Gary B. Nash (comps.), *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, México, FCE, 1987; y Brígida von Mentz, *Pueblos de indios, mulatos y mestizos, 1770-1870*, México, Ediciones de la Casa Chata/CIESAS, 1988.

gorías de valores prevalecientes en estas sociedades.²¹ Mientras esta orientación parecería, de entrada, capaz de llevarnos a una vivencia histórica radicalmente separada de las experiencias de los demás grupos coloniales, los hallazgos hasta la fecha indican una situación compleja, mas no de diferencias ontológicas insalvables.

Lockhart argumenta la necesidad de tomar en serio las muchas similitudes entre la cultura náhuatl y la cultura española. Ambas culturas, es cierto, hicieron su mejor esfuerzo por mantener su entereza propia, empezando con su férreo apego a la lengua y extendiéndose a un conjunto de valores importantes. Sin embargo, al tocarla en múltiples puntos a través de la interacción social, la cultura indígena se modifica "desde adentro", reconstituyéndose —para perpetuarse— cada vez con más elementos allegados que proceden del bagaje cultural, tecnológico y lingüístico que halla en su derredor. Como lo demuestran otros autores, esta dinámica afecta al conjunto de la sociedad, y patrones indígenas de comportamiento se proyectan sobre los no-indígenas, a la vez que la sociedad criolla se revitaliza, en el caso mexicano, mediante la promoción de un culto guadalupano que muda el simbolismo del mundo hispánico.²² En múltiples puntos la obra impulsada por Lockhart toca bases comunes con los estudiosos de la "utopía andina", y será importante hacer una comparación detallada.

EL ESPACIO COMPARTIDO Y LA APROPIACIÓN DE VALORES

Dentro de toda esta dinámica, se ha hecho énfasis en las matizaciones y transformaciones de los valores impuestos, que, nadie duda, jugaban un papel relevante. Las luchas en torno a las autonomías relativas mantenidas por las comunidades indígenas y otros grupos e individuos subalternos su

²¹ James Lockhart, "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México colonial", *Historias*, núm. 20, México, INAH, abril-septiembre, 1988, pp. 25-47; "Los nahuas después de la conquista", *Historias*, núm. 28, México, INAH, abril-septiembre, 1992, pp. 29-46; *Nahuas and Spaniards, Postconquest Central Mexican History and Philology*, Stanford, Stanford University Press, 1991; *The Nahuas after the conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

²² James Lockhart, "Españoles entre indios: Toluca a fines del siglo XVI", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1916*, México, CONACA, 1991, pp. 52-116; Stephanie Wood, "La evolución de la corporación indígena en la región del valle de Toluca, 1550-1810", en *Ibid.*, pp. 117-142; Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, FCE, 1977; David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973 (Sepsetentas); mismo autor, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1991.

control de recursos, su manejo subjetivo de las medidas impuestas por la sociedad dominante, su apropiación a los valores mismos de la sociedad "dominante" para sus propios fines, representan algunos de los elementos más destacados. Aunque sigue presente una preocupación notable en algunos historiadores por la bastardización o disolución de modalidades de vida y valores sociales de origen prehispánico, hay una nueva sensibilidad a la adaptabilidad, historicidad y tenacidad de las sociedades indígenas, así como de otros grupos étnicos supeditados.²³

Es claro que en vez de ver a un indígena borrado de la faz de la historia, o sustituido en sentido cuasi-teleológico por mestizos y otros no-indígenas, hay una concepción más compleja de lo que ha significado ser indígena históricamente, y una disposición a abordar la occidentalización del indígena, e incluso contemplar la indigenización de lo occidental.²⁴ Por otra parte, es cada vez más evidente que la experiencia histórica indígena es netamente plural en su vivencia, no sólo en sus vertientes étnicas particulares, sino por comunidades, por oficios, por estrato social, por factores de mono o bilingüismo, etc.²⁵ Esta misma dinámica se ha subrayado para mestizos, mulatos y negros.²⁶

Es cada vez más marcada la tendencia a rehuir una concepción monolítica de la sociedad colonial en prácticamente todas sus expresiones. Es particularmente importante, en este contexto, señalar la disociación que

²³ Es interesante en este sentido comparar la obra de Karen Spalding, *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974, con la obra ya citada de Manuel Burga. También Solange Alberro, "Imperativo centralista y contingencias locales: el caso del Santo Oficio de la Inquisición, 1571-1700", en *La ciudad y el campo en la historia de México. Memoria de la VII Reunión...*, op. cit., pp. 135-143; e *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, México, FCE, 1988; Jonathan I. Israel, *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial (1610-1670)*, México, FCE, 1980.

²⁴ Es interesante, en este contexto, la tensión que se nota a lo largo de la obra de Serge Gruzinski, "La memoria mutilada: construcción del pasado y mecanismo de la memoria en un grupo otomí de la mitad del siglo XVII", en *La memoria y el olvido. Segundo Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1985, pp. 33-46; *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XVIII*, México, FCE, 1991; y *La guerra de los indígenas. De Cristóbal Colón a 'Blade Runner' (1492-2019)*, México, FCE, 1994.

²⁵ Sobre la creciente variedad de la experiencia indígena, es de interés el artículo de William B. Taylor, "Amigos de sombreros: patrones de homicidio en el centro rural de Jalisco, 1784-1820", en Antonio Escobar O. (coord.), *Indio, nación, y comunidad en el México del siglo XIX*, México, CEMCA/CIESAS, 1993, pp. 63-103. También son revelaciones los artículos de Eric Van Young, "Los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres: salarios reales y estándares populares de vida a fines de la colonia en México"; y "Conflicto y solidaridad en la vida de los pueblos indios: la región de Guadalajara a fines del período colonial", en *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza, 1992, pp. 51-123 y 273-302.

²⁶ Jonathan I. Israel, op. cit.

se ha realizado entre la suerte de imperios o cacicazgos de diversas proporciones, y las poblaciones indígenas de América. Al deshacerse aquella visión en que la derrota de un "estado" podía tomarse como símbolo incluso de la descomposición de sus partes constitutivas, surgió un modelo de análisis que quizá podría llamarse "celular". En este sentido, los señoríos menores de un imperio, o incluso las partes constitutivas de dichas unidades, y así también los cacicazgos pre-imperiales o sus diversos pueblos, tendrían los elementos básicos para reconstituir dinámicas fundamentales de los patrones socio-culturales, políticos, religiosos, y económicos de una manera más o menos autónoma. Se da prioridad así, no sólo a la raigambre milenaria y por ende profundísima de las culturas y civilizaciones de América, sino a las fuentes históricas locales que ofrecen una óptica sobre su pervivencia y cotidianidad durante todo el periodo colonial. Más allá de eso, se está reconociendo como nunca antes la capacidad de los indígenas, fragmentados en realidad entre numerosas etnias, de reconstituirse como una unidad caracterizada por su común oposición al español, aún con recurso a los poderosos resortes del imaginario popular.²⁷

¿PACTO COLONIAL O CONFRONTACIÓN?

Sigue la disputa historiográfica sobre las rebeliones indígenas durante la colonia. Mientras era frecuente, durante mucho tiempo, hacer una contabilidad magnificada de las muchas rebeliones indígenas, y muchas veces sugerir su aparición casi indiscriminada a través de largos tiempos y espacios, ahora ha llamado más la atención la relativa tranquilidad de la época colonial y la virtual inexistencia de un ejército formal en la América ibérica. Pero sigue habiendo una notable diferenciación entre México y el Perú.

Para México, en el centro del territorio, funciona de un modo convincente la idea de un virtual "pacto" colonial desarrollado a través del tiempo. En esta visión, las presiones mutuas de conquistadores y conquistados, administradores y administrados, dieron lugar a un delicado equilibrio en que las pretensiones de gobernantes, cobradores del tributo, comerciantes, agricultores y otros españoles en las comunidades indígenas estaban regu-

²⁷ Aparte de las obras citadas en la nota 8, véase el estudio de Serge Gruzinski, "La memoria mutilada...", *op. cit.* También es de interés consultar el artículo ya citado de Lockhart, "Charles Gibson y la etnohistoria...".

ladas por la costumbre y por las expectativas cultivadas por los indígenas de lo que era un trato aceptable, si bien no ideal. Así, la defensa indígena de derechos tenía su mejor aliado en el *modus vivendi* heredado del pasado, al cual se podía apelar mediante el discurso, la ley, o incluso la fuerza. Las comunidades se ven como relativamente bien cohesionadas alrededor de un sistema de reproducción de vínculos de identidad, cuyo eje más notable eran las fiestas de los santos patronos. Para el Perú, por contraste, parece que hubo una marcada tendencia para que equilibrios de ese tipo se descompusieran y se reabriera un ciclo de violencia y búsqueda milenaria de la identidad, con un retorno a los buenos tiempos de antaño.²⁸

LA HISTORIA ECONÓMICA Y LOS RETOS PARA SU PERIODIZACIÓN

Mientras que los propósitos políticos, económicos y evangélicos de la conquista y la colonización habían favorecido una periodización que enfatizaba el papel del Estado, la economía y la Iglesia-institución, la tendencia actual es notablemente otra. El análisis histórico basado en las acciones de los dominadores, fuesen burócratas u hombres de fe, tendía indudablemente a confundir la intencionalidad política con una realidad más amplia. Sin embargo, leyes, escritos de religiosos, y cuentas fiscales reflejan no tanto la economía en su conjunto y su organización interna sino aquella parte de las actividades económicas que se prestaban al escrutinio de la burocracia o clero. Había, además claras rivalidades de intenciones, de grupos dominados e individuos que competían con lo que perseguían el Estado o la Iglesia. Había numerosas circunstancias imprevistas, desde desplomes demográficos indígenas hasta crisis económicas.²⁹ En muchos campos, la hegemonía deseada, no fue la hegemonía lograda.

²⁸ William Taylor presenta una interpretación sobresaliente en este sentido en *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, FCE, 1987; Steve Stern (comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos xviii al xx*, Lima, IEP, 1987, pp. 13-199. Para México, por otra parte, habría que contrastar el planteamiento de Taylor con los de Farriss y otros para Yucatán y el norte del territorio novohispano. Nancy M. Farriss, *La sociedad maya bajo el dominio colonial. La empresa colectiva de la supervivencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1992; Alicia M. Barabas, *Utopías indias. Movimientos socioecológicos en México*, México, Grijalbo, 1989.

²⁹ Ha habido un avance importante en la historia demográfica de la época, cuyo impulso inicial se asocia con los nombres de Woodrow Borah y David Cook. Véase Noble David Cook, *Demographic Collapse: Indian Peru, 1520-1620*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; Linda Newson, "Indian Population Patterns in Colonial Spanish America", *LARR*, vol. xx, núm. 3, Albuquerque, University of New Mexico, 1985, pp. 41-74; David J. Robinson, *Studies in Spanish American Population History* (1981); Nicolás Sánchez-Albornoz, *The Population*

No debe sorprender que gran parte de la historia económica actual de América Latina colonial tiene que ver con medir los resultados frente a los propósitos. Esto ha requerido sopesar las legislaciones fallidas, medir las tendencias generales objetivas de la economía, establecer el contexto mayor de los intentos de reforma, y seguir con cuidado procesos hasta hace poco descuidados, como el endeudamiento agravado de los erarios de España y América.³⁰ Actualmente, hay un serio intento de re-periodización de la economía mexicana del siglo xviii a partir de tales indicadores.³¹ Mas un aspecto no menos significativo es el esfuerzo por introducir a los análisis de historia económica los sectores que podrían llamarse "informales", por motivo de hallarse fuera del marco de las instituciones económicas largamente estudiadas. Reaparecen aquí, en distinto contexto, indígenas, mestizos, mulatos y negros que tanto han interesado a la historia social.³²

LA DIMENSIÓN POLÍTICA

No habría que terminar este pequeño esbozo de corrientes historiográficas, sin hacer mención de una discrepancia que se nota entre los que ven en el

of Latin America: A History, Berkeley, 1974; Carlos Sempat Assadourian, "El derrumbe de la población indígena y la formación del sistema de la economía colonial (examen de un modelo)", México, El Colegio de México/MS, 1981.

³⁰ Nils Jacobsen and Hans-Jürgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810*, Berlin, Colloquium Verlag, 1986. (Bibliotheca Ibero Americana, 34); Mannel Miño, "La política textil en México y Perú en la época colonial. Nuevas consideraciones", *Historia Mexicana*, vol. xxxviii, núm. 2, octubre-diciembre, 1988, pp. 283-323; María Guadalupe Ordóñez y Chávez, "Lineamientos generales del trabajo libre asalariado de los indios en la Nueva España", en José Luis Soheranes Fernández (coord.), *Memoria del II Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, México, UNAM, 1981, pp. 309-335. Véanse además, los estudios sobre endeudamiento del Estado español en Indias, en la Memoria del *Colequio Internacional Iglesia, Estado y Economía, siglos XVI-XIX*, realizado en el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, los días 29, 30 de junio y 1 de julio, 1994.

³¹ John J. Tepaske y Herbert S. Klein, *The Royal Treasuries of the Spanish Empire in America*, Durham, N.C., Duke University Press, 1982; John Coatsworth, *Los orígenes del atraso, nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, México, Alianza, 1990; Nils Jacobsen y Hans-Jørgen Puhle (comps.), *op. cit.*, Pedro Pérez Herrero, "El crecimiento económico novohispano durante el siglo xviii: una revisión", *Revista de Historia Económica*, vol. 7, núm. 1, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, pp. 69-110; y su *Plata y libranzas, la articulación comercial del México borbónico*, México, El Colegio de México, 1988. Sobre el Perú, también los estudios de John Fisher, *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1977; "Royalism, Regionalism and Rebellion in Colonial Peru, 1808-1815", *Hispanic American Historical Review*, vol. LV, núm. 1, 1975. Para nuevos planteamientos sobre el comercio entre España y sus colonias, John Fisher, *Relaciones Económicas entre España y América hasta la Independencia*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

³² Mannel Miño Grijalva, "Capital comercial y trabajo textil: tendencias generales de la protoindustria colonial latinoamericana", *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, núm. 9, pp. 59-79; "Proto-

siglo XVIII principalmente una política metropolitana que pretende reconquistar sus colonias en América, y los que contemplan al Siglo de las Luces en la óptica de una refundación de lo americano sobre las bases de una nueva cultura cívica. Si bien sigue habiendo mucho espacio para la discusión del grado de concreción de la nueva política y su correspondiente ética gubernamental, que debía unir a gobernantes y gobernados en una tarea común de reforma y crecimiento, vale la pena mencionar esta nueva tendencia.³³ Un libro reciente de William Taylor ofrece una visión única sobre esta dinámica, no sólo en cuanto a los propósitos del Estado español, sino en cuanto a su transmisión y su recepción al interior de las comunidades indígenas.³⁴ La importancia de este libro puede destacarse por su colocación de las comunidades indígenas en un mapa de acciones políticas donde lo que transcurre en la alta política imperial y entre sus representantes regionales en América, entra en contacto con la dinámica de las comunidades. La obra de David Brading también hace aportaciones dentro de esta óptica atinente a los cambios en la cultura cívica.³⁵

FRONTERAS EN MOVIMIENTO: OBSERVACIONES FINALES

Las fronteras verdaderas, casi siempre tienen prominentes antecedentes, y una de sus mayores riquezas es obligar a una nueva lectura —a muchos niveles— de los que nos han antecedido en el perenne reencuentro humano con su pretérito. En historia económica de la época colonial hace tiempo el paso a los análisis regionales y sectoriales auguraba ya la necesidad de

industria colonial?", *Historia Mexicana*, vol. XXXVIII, núm. 4, abril-junio, 1989, pp. 793-818; *La protoindustria colonial hispanoamericana*, México, FCE/El Colegio de México, 1993; *Obrajes y tejedores de Nueva España, 1750-1810*, Madrid, 1980, pp. 19-99. De manera menos dramática, también tiene reflexiones que incide sobre esta dinámica Richard Salvucci, *Textiles y capitalismo en México. Una historia económica de los obrajes, 1539-1840*, México, Alianza, 1992. Además puede consultarse la obra de von Mentz, ya citada.

³³ Compárense David Brading, "El mercantilismo ibérico y el crecimiento económico en América Latina del siglo XVII", en Enrique Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y de América Latina (1500-1975)*, México, FCE, 1979; Mark A. Burkholder y D. S. Chandler, *De la impotencia a la autoridad, la corona española en América 1687-1808*, México, FCE, 1984; Horst Pietschmann, "Consideraciones en torno al protoliberalismo, reformas borbónicas y revolución. La Nueva España en el último tercio del siglo XVII", *Historia Mexicana*, vol. XLII, octubre-diciembre, 1991, núm. 2 (162), pp. 167-205.

³⁴ William B. Taylor, *Magistrates of the Sacred: Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996.

³⁵ David A. Brading, *Orbe indiano. De la... op. cit.; Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, México, FCE, 1994.

traspasar el nivel de las unidades productivas.³⁶ Asimismo, el debate sobre la naturaleza de la economía del siglo xvii, implicó el cuestionamiento de las estrecheces del análisis histórico-económico que se había efectuado hasta entonces, y llevó a la exigencia de una periodización económica atenta a las grandes transformaciones del conjunto.³⁷ Así se encaminaban los estudios económicos desde mediados de los setenta a espacios mayores, articulaciones más finas, y tendencias a más largo plazo, por encima del nivel individuo, la unidad productiva o la localidad, pero sin la pretensión de una tipificación única.

Haría falta agregar que la región y el siglo, o medio siglo, se han introducido como las modalidades de análisis razonablemente manejables. Toda la historiografía más reciente apunta en la misma dirección. Además, tanto la periodización económica como la no-económica se concibe en función de sus ciclos propios internos, y no sólo desde la perspectiva de directrices o cambios fijados en las metrópolis. A escala de América Latina, se asoma la necesidad de una tipificación de las diversas modalidades de colonia y colonización en los inmensos territorios dominados por los ibéricos en América.³⁸ La historiografía política ha continuado muy escasa mientras la historiografía cultural e intelectual, que ha sufrido diversos avatares, aún requiere de una reconceptualización plena de su tarea histórica ante el advenimiento de la historia de las mentalidades.³⁹ Si como hemos visto ésta se ha fincado en los grandes grupos de población así como en general hacia el comportamiento más "cálido" y menos racionalizado de los miembros de la sociedad, no cabe duda que la historia cultural e intelectual como se entendían antes, deben estar más atentas en adelante a la lucha entre lo formal y lo informal, la consiguiente transformación de las pautas de lega-

³⁶ Eric Van Young, *Hacienda and Market in Eighteenth-Century Mexico: The Rural Economy of the Guadalajara Region, 1675-1820*, Berkeley, University of California Press, 1981; y "Urban Markets and Hinterland: Guadalajara and Its Region in the Eighteenth Century", *Hispanic American Historical Review*, vol. lix, núm. 4, noviembre de 1979; Ramón María Serrera Contreras, "La región de Guadalajara en el Virreinato de la Nueva España (1760-1805): estudio de la actividad ganadera", tesis Doctoral, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1975.

³⁷ Compárense las obras de Woodrow Borah, *El siglo de la depresión en Nueva España*, México, Era, 1982, con las de Kenneth J. Andrien, *Crisis and Decline. The Viceroyalty of Peru in the Seventeenth Century*, Albuquerque, University of New Mexico, 1985; Peter Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, FCE, 1976; y John J. Tepaske y Herbert S. Klein, "The Seventeenth-Century crisis in New Spain: myth or reality?", *Past and Present*, núm. 90, 1981.

³⁸ Un intento importante se da en James Lockhart and Stuart B. Schwartz, *Early Latin America. A History of colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

³⁹ Una digna excepción es el estudio de Jonathan I. Israel, *op. cit.*

lidad y conducta aceptable, al igual que a la conceptualización del pasado, presente y futuro entre las capas "dominantes" del periodo colonial.

Para terminar, es imprescindible que se haga un cotejo de las historiografías en diferentes latitudes de América Latina, precisando matices en temáticas e interpretaciones. Hace falta mucho trabajo en materia de periodización, para reflejar las grandes aportaciones de las últimas décadas. Parece necesario pensar en una periodización plural, con sus contradicciones y características tanto micro como macroanalíticas, con diferenciaciones sutiles por países o tipos de país o región. Ya Taylor ha insistido en lo indispensable de una mayor correlación entre temas, sugiriendo que es posible interrelacionar incluso los cambios a nivel imperial con la vivencia a nivel aldeano.⁴⁰ Indudablemente esto debe aumentar nuestra disposición de manejar la ambivalencia o las multivalencias en la comprensión de los procesos estudiados. Hemos de abordar sujetos históricos complejos, compuestos de múltiples niveles en su vivencia histórica. Los grandes procesos analizados deben nutrirse de, y no oscurecer, el nivel de lo individual, lo cotidiano, lo cálido, lo informal y lo supeditado. Éstos deben definir las fronteras y matizar el sentido de lo general, de lo dominante, y del delicado equilibrio entre lo continuo y lo discontinuo en la historia del periodo.

⁴⁰ William B. Taylor, "Between Global Process and Local Knowledge: An Inquiry into Early Latin American Social History, 1500-1900", en Olivier Zunz (ed.), *Reliving the Past: The Worlds of Social History*. Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 1985. pp. 115-190.

Reflexiones sobre el concepto de América Latina

Carlos Marichal

RESUMEN

El presente ensayo intenta explorar la filiación histórica del término América Latina. Demostrar cómo nació el concepto a mediados del siglo XIX a partir de su doble génesis por parte de escritores franceses y de un grupo de intelectuales latinoamericanos exiliados en Francia. Por otra parte señala que intelectuales como Rodó, Bulnes, García Calderón y Encinas, quienes reformularon el término América Latina y alentaron su adopción para identificar a los países del subcontinente.

El estudio histórico de las relaciones internacionales de México y de los demás países de Latinoamérica constituye un gran reto para las nuevas generaciones de historiadores inmersos en una época —como es la nuestra— dominada por los llamados procesos de “globalización” y por la crisis de las soberanías. Explorar cuáles son los orígenes y cuál ha sido la naturaleza de los vínculos externos entre las propias naciones y sociedades americanas, ofrece un campo especialmente fértil de indagación. Entender las relaciones entre las naciones latinoamericanas y otras zonas del mundo —en particular Europa y Norteamérica— constituye una tarea prioritaria.

Durante largo tiempo, un considerable número de historiadores han contribuido al *atraso relativo* que caracteriza a las ciencias históricas en Latinoamérica al avalar una historiografía con fuertes prejuicios nacionalistas. Desde el siglo XIX el concepto de nación se convirtió no sólo en un referente ideal sino además, y paradójicamente, en una especie de caja ce-

rrada que ahuyentaba la reflexión sossegada sobre las relaciones entre la sociedad propia y las de otras naciones y pueblos, aun cuando fueran muy cercanas en términos geográficos y/o culturales. Tal explica que aún hoy sea infrecuente encontrar cursos sobre la historia de otros países de la región en las escuelas universitarias de cualquier país latinoamericano. Por ejemplo, en las universidades mexicanas suele ser excepcional la impartición de algún curso sobre la historia de Guatemala, Colombia o Venezuela, para citar algunos casos notorios.¹ Estas lagunas quizá pueden resolverse con el seguimiento de algunos cursos de sociología histórica y política sobre el conjunto de *Latinoamérica*, pero aun así los alumnos universitarios de la carrera de historia suelen terminar haciendo investigaciones y tesis sobre su propio país; hacer historia comparada sobre un territorio tan vasto como el latinoamericano es tarea poco usual.

Este, que es un problema que se experimenta a diario en la enseñanza universitaria, tiene algunas posibles soluciones que pueden contribuir a romper el *provincialismo* del nacionalismo (!), y facilitar un proceso de aprendizaje más profundo sobre pueblos cercanos. Una de estas soluciones consiste en impulsar estudios sobre la historia de las relaciones internacionales, pues ello tiene la ventaja de obligar al investigador a conocer aspectos centrales de la historia de otras naciones. Además, este tipo de investigación ofrece la posibilidad de utilizar fuentes del propio país —especialmente las diplomáticas y las de la prensa— para analizar las vinculaciones con otras sociedades. En otras palabras, no siempre es necesario viajar al extranjero para consultar fuentes ya que de alguna manera existen en el país de origen. Ello lo ilustra, en el caso de México, el magnífico Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores que alberga una abundante correspondencia diplomática con otros países latinoamericanos, desde principios del siglo XIX hasta nuestros días.² Lo mismo puede decirse de archivos similares en otras naciones de Latinoamérica.

Pero debe tenerse en cuenta que la historia de las relaciones internacionales no es un campo que debe concebirse como autónomo o simplemente como historia diplomática, ése debe ser vinculado con la historia compara-

¹ Lo mismo puede decirse de la falta de cursos universitarios sobre la historia de otras naciones como Brasil, Argentina y Chile; no conocemos ninguna encuesta o estudio específico orientado a evaluar este problema detalladamente.

² Remitimos, a los interesados una larga serie de libros y monografías publicadas por el propio Archivo Histórico Diplomático Mexicano de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

da y/o con la historia *macro-regional*, es decir, grandes regiones como el Caribe, el área andina o la mesoamericana, la amazónica, la cuenca del Río de la Plata, o la *norteamericana*, en la medida que ésta también incluye la historia de México.³ Sin embargo, la multiplicidad de perspectivas posibles y complementarias requiere ahondar en primer lugar en la definición de algunos de aquellos conceptos básicos que trascienden la historia nacional y nos adentran en el terreno de lo que podríamos denominar *historia internacional*. Por ello, el tema específico de este ensayo consiste en sugerir la conveniencia de una reflexión sobre los orígenes y cambios en el término y concepto de *Latinoamérica* —o, alternativamente, *América Latina*—, contrastándolo con otros conceptos que también tienen, o han tenido, el objetivo de describir la misma gran zona geográfica.

EL CONCEPTO HISTÓRICO DE AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XIX

Cuando hablamos de *América Latina* es normal que prestemos poca atención al término en sí mismo, pues se ha hecho tan común como *Europa* u otras denominaciones de la geografía humana. Sin embargo, ello puede hacernos olvidar que el término y concepto han evolucionado a lo largo de siglo y medio. Ni en la época colonial ni en la primera mitad del siglo XIX se utilizaban. Después, comenzó a usarse y luego fue matizándose. Hoy es tan común su uso que no resulta sorprendente que se pase por alto un análisis y debate pormenorizado de qué es lo que entendemos por “América Latina”. Es esencial que los historiadores contemporáneos dediquen mayor atención al problema de definir con precisión los “conceptos matrices” que manejamos habitualmente, los cuales se han difundido sin que se cuente con una reflexión profunda sobre su cambiante significado; enfatizamos que es *siempre cambiante*.

Como es sabido, el concepto de “América Latina” es un invento de mediados del siglo XIX. Fue un pequeño grupo de exiliados y emigrados intelectuales latinoamericanos en París —entre ellos varios colombianos—, quienes comenzaron a manejar el concepto en diversos escritos y en una

³ Los que han tomado la delantera en este terreno han sido los científicos sociales en las universidades de los Estados Unidos, quienes han creado revistas y asociaciones dedicadas a estudiar algunas de estas “macro-regiones”. La revista, *Latin American Research Review*, proporciona la mejor guía de los avances alcanzados en el conjunto de estos campos a lo largo de los últimos 25 años.

revista efímera durante el decenio de 1850. Pero el término y concepto no llegaron a difundirse con gran amplitud hasta fechas posteriores. De hecho, a mediados de siglo, autores tan ilustres como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, José Victorino Lastarria o Francisco Bilbao, usaban de común el término "América" para referirse a la América española y portuguesa, aunque con menos éxito que los escritores e historiadores de los Estados Unidos, los cuales acabaron apropiándose de la palabra.⁴

Fue en el decenio de 1860 con la intensificación del interés político y cultural que tomaron los europeos en Latinoamérica —y especialmente con la intervención en México, 1863-67— que comenzó a hacerse frecuente el uso del término *América Latina*, para enfatizar ciertas diferencias con el uso y concepto de la *América anglosajona*.⁵ Ello reflejaba, por otra parte, el esfuerzo impulsado por el régimen de Napoleón III de crear una conciencia de la *Europa latina* en contraposición a la Europa del norte, la cual también se hacía extensiva a los países americanos.⁶

Pero la difusión del término "América Latina" no sólo reflejaba los objetivos propagandísticos de la política imperial francesa de la época. También era consecuencia de la creciente influencia cultural francesa en numerosos países de la región. Por ejemplo, entre los economistas más leídos en México, Argentina, Chile y Brasil, hacia mediados del siglo pasado, se encontraban más franceses que ingleses: Adam Smith, McCulloch y David Ricardo eran conocidos, pero en estas tierras se conocía mucho mejor a las obras de Say, Chevalier, Blanqui y Courcelle-Seneuille,⁷ los cuales se leían en francés o en traducciones realizadas (básicamente) en España. De manera similar, podemos reconocer la mayor influencia francesa en el mundo de las letras: como es sabido, la lectura de la literatura contemporánea francesa, Chateaubriand, Hugo, Balzac, etc., era la más influyente entre las clases medias latinoamericanas, como también lo fue el de las revistas,

⁴ En ello tuvieron el apoyo de ciertos autores europeos como Alexis de Tocqueville, quien contribuyó a ello en su famosa obra sobre la democracia en América, solamente se refería a los Estados Unidos.

⁵ Dos obras importantes de fuentes sobre la intervención son Lilia Díaz López (ed.), *Versión francesa de México: informes económicos y políticos, 1861-67*, México, SRE, 1974, 2 vols.; y Gloria Grajales (ed.), *México y la Gran Bretaña durante la intervención, 1861-67*, México, SRE, 1962.

⁶ La influencia del concepto de la "Europa Latina" fue notoria en la formación de la unión monetaria en estos años, realizada por Francia, Bélgica e Italia, alrededor de un patrón plata común. Sin embargo, hacia 1870 este proyecto se derrumbó rápidamente.

⁷ Referencias a las múltiples obras de estos economistas pueden encontrarse en J. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, México, FCE, 1985.

entre ellas la *Revue de Deux Mondes*, publicada desde 1835 y siendo quizá la más antigua revista del mundo con un fuerte componente "americanista".

No obstante, las élites latinoamericanas no se limitaban a asimilar y consumir los productos culturales de la Europa latina —en especial la francesa—, sino también una amplia gama de bienes materiales. Los gustos en el vestir, comer y decorar —desde mediados de siglo— fueron hartamente influenciados por la industria y la moda de París, y en menor grado por las de otras ciudades de la Europa latina. Poco a poco, las élites económicas de Argentina, Brasil y México —entre otros países— fueron adoptando cada vez más pautas de consumo francés, que les permitiría llevar a cabo un *estilo de vida* que tenía puntos en común con aquella característica de la alta burguesía o aristocracia parisina. Familias acaudaladas en Buenos Aires y Río de Janeiro, por ejemplo, comenzaron a contratar institutrices que procedían de Francia para educar a sus hijos, cocineros y costureras para atender sus mansiones, al tiempo que viajaban a París para conseguir los objetos de lujo que requerían para decorar y amueblar sus palacios americanos o los palacetes que llegaron a adquirir en la propia capital francesa.

A su vez, el contacto con Francia tuvo un importante impacto sobre el diseño urbanístico de las ciudades latinoamericanas desde el decenio de 1870. Después de las grandes reformas urbanas del Barón Haussman, en los años de 1860, París se había convertido en el claro modelo para las reformas urbanas emprendidas en las capitales latinoamericanas.⁸ Y puede agregarse que esta fuerte y amplia influencia cultural francesa también se hacía notar en la modernización de la administración de los gobiernos nacionales, adoptándose un considerable número de tipos de instituciones e instrumentos administrativos que caracterizaban al Estado francés.

Así, la difusión del término "América Latina" (o "Latinoamérica") partió de una coyuntura contradictoria. Por una parte se vinculaba con una serie de operaciones militares efectuadas en el decenio de 1860 en la región, todas con fuerte impronta colonialista, como fue la invasión e intervención en México o las acciones navales españolas en Santo Domingo y el Perú, realizadas en esos mismos años; ambas acciones eran la expresión de una alianza implícita entre Francia y España en materia de políticas colonialistas. Pero, por otra parte, también se relacionaba con un comercio cada vez

⁸ Una obra que echa luz sobre el modelo urbanístico francés de la época, es David Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, Princeton, University Press, 1958.

más intenso de mercancías, modas, ideas y modelos culturales que las élites latinoamericanas importaban de los países de la Europa latina. No obstante, el término de *América Latina* todavía no ganaba la batalla, pues en otros ámbitos, se hacían esfuerzos importantes para ofrecer alternativas lingüísticas y conceptuales para identificar los elementos comunes de las diversas sociedades y países de la región. Fue el caso de la terminología que utilizaban en esta época los españoles para tratar al subcontinente.

LA RELACIÓN CON ESPAÑA Y EL TÉRMINO HISPANOAMÉRICA

Aunque la España del gobierno de los moderados (1844-54) y de la Unión Liberal (1856-68) coincidió con Francia en varios puntos en materia colonialista —especialmente bajo el gobierno de Luis Napoleón (1850-70)—, también existían rivalidades. De allí que, tanto los políticos como los intelectuales españoles se negaban a usar el término de *América Latina*, utilizando más bien los tradicionales: América española y portuguesa o el de Hispanoamérica. Por otra parte, como en el caso francés, se observa una contradicción en la relación entre España y los países de América española, ya que desde mediados del siglo la vieja potencia imperial intentaba fortalecer sus lazos comerciales y culturales con los países de la región, al mismo tiempo que sostenía su política colonial y represiva en Cuba y Puerto Rico. No debe olvidarse, en este sentido, que tanto la guerra de los diez años (1868-78) como la guerra de 1895-98 en Cuba, fueron de los conflictos más prolongados y sangrientos en toda la historia latinoamericana.

Cierto es, también, que entre los círculos liberales y entre los grupos exportadores españoles se observaban importantes actitudes de acercamiento. Ello era reflejado, por ejemplo, en la prensa y las revistas, especialmente desde el decenio de 1850. Uno de los primeros periódicos que se editó en la España del siglo XIX, dedicado específicamente a temas americanos, fue la *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855), que aspiraba imitar a su homónimo francés. Poco después nacía *La América*, (1857-1886), revista fundada en Madrid por intelectuales vinculados al partido demócrata que contaban con el apoyo de ciertos círculos de la burguesía mercantil gaditana y madrileña. Luego, en los años de 1880, debe subrayarse la contribución de aquella gran revista *La Ilustración Americana y Española*, que era un

vínculo importante de conciencia internacionalista.⁹ A su vez, podemos observar la importancia de la conmemoración del cuarto centenario del “descubrimiento”, en 1892, celebrado en Sevilla, pero difundido con bombos y platillos por la comunidad intelectual española. De manera creciente, en la segunda mitad del siglo XIX los espacios y puntos de encuentros culturales entre España y América se multiplicaban.

No obstante, debe tenerse en cuenta que los autores latinoamericanos difícilmente podían adoptar el uso generalizado del término/concepto *Hispanoamérica* en materia política o histórica, ya que se estaba gestando una conciencia nacional de manera cada vez más acusada en cada país, vinculada a la percepción de la importancia del proceso histórico de rompimiento con España a principios del siglo XIX. No en vano todas las grandes historias nacionales que comenzaron a publicarse desde fines del decenio de 1840, en diferentes países de la región, comenzaban y en verdad se centraban en el recuento de la épica de las guerras de independencia. Recordemos, por ejemplo, las obras históricas fundacionales de tan connotadas figuras como Lucas Alamán, en el caso de México, o Bartolomé Mitre en el caso argentino. Ni para ellos ni para los demás escritores latinoamericanos de mediados del siglo, podía resultar digerible el uso de un término —como el de *Hispanoamérica*— que recordaba la impronta colonial como la herencia característica de un vasto subcontinente en donde la mayoría de los países eran independientes y contaban con instituciones propias, donde influían sólo —y frecuentemente de manera indirecta— algunos aspectos de la legislación española.

Desde mediados del siglo XIX, el intento por imponer el término *Hispanoamérica* a América Latina, se vería coronado con éxito sólo en el terreno literario, ya que en ese ámbito cultural las divergencias políticas y nacionalistas no despertaban diferendos tan marcados. En cambio, en España seguiría utilizándose el término sin una conciencia clara de los litigios intelectual/ideológicos que podía propiciar al otro lado del Atlántico. Se trataba en efecto de un diálogo de sordos, que estaba destinado a continuar —con variable y diferente grado de mutua incompreensión— hasta fechas muy recientes.

⁹ Sobre las primeras revistas españolas dedicadas a América, véase Lenocia López Ocon, *Biografía de la América: una crónica hispanoamericana del liberalismo democrático español, 1857-1886*, Madrid, CSIC, 1987. Una aproximación global a esta problemática se encuentra en Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina: siglo XIX*, México, FCE, 1982.

EL PANAMERICANISMO Y LA VISIÓN NORTEAMERICANA DEL SUR

Si bien encontramos contradicciones genéricas en los orígenes de los términos/conceptos *América Latina* e *Hispanoamérica*, no menos contradictorias fueron las actividades y políticas de los Estados Unidos con respecto a sus vecinos del sur, y no menos ambivalente el término/concepto de *Panamérica* —o más exactamente del adjetivo *panamericano*— que comenzó a popularizarse desde fines del siglo pasado, aunque después de 1920 decaería su uso en los Estados Unidos.

Pero antes de considerar los motivos de la difusión de estos términos, conviene tener en cuenta algunos rasgos generales y contradictorios de las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos, que habrían de influir en la rivalidad que se desató sobre el uso del término y concepto de *América*, terminando con una clara victoria de los estadounidenses, nada extraña en vista de su creciente poder económico, político y militar.

En los primeros decenios después de la independencia de los países latinoamericanos, la política norteamericana con respecto a esta "macro-región" consistió en un esfuerzo maniqueo de acercamiento mercantil y, a la vez, de expansionismo territorial, concretado sobre todo en la invasión y ocupación de México en 1846-47, así como en varias incursiones militares y navales en Centroamérica en el decenio de 1850. Durante ese tiempo era común que los escritores estadounidenses se refiriesen a *Spanish America*, aunque también era frecuente utilizar más las expresiones de filiación geográfica, usando la terminología favorecida por los ingleses, de *Central America* y *South America*. En cualquier caso, lo que sí se observa es un proceso rápido y masivo para apropiarse del vocablo *América* para referirse a los Estados Unidos de América, tanto a nivel escolar, periodístico y político.¹⁰ Por otra parte —y especialmente a partir de la guerra con México— comenzó a difundirse en la prensa norteamericana una imagen cada vez más peyorativa de las sociedades y culturas de los países al sur del Río Bravo, lo cual reflejaba las tendencias *imperiales* de importantes sectores de la sociedad norteamericana con respecto a sus vecinos del sur, aunque

¹⁰ Es importante poner este esfuerzo en un contexto historiográfico amplio, como lo ilustra la obra de David Brading, *The First America* (1992); la traducción ha sido realizada por PCB en 1994, con el título de *Orbe Indiano*.

no volverían a concretarse hasta la guerra de 1898.¹¹ Pero no era ésta la única tendencia en los Estados Unidos, también se fue generalizando la difusión de un nuevo concepto complementario de las relaciones que determinados grupos de las élites dirigentes norteamericanas deseaban promover con la mayoría de las naciones latinoamericanas, que quedó plasmado en el adjetivo *panamericano*, aplicado a una ambiciosa política internacional lanzada desde Washington hacia fines del siglo.

Fue con la celebración del primer Congreso Panamericano de 1889, impulsado por el secretario de Estado, James Blaine, que se puede percibir con mayor claridad la formulación explícita de esta política de acercamiento a los países latinoamericanos, éste cuajaría en la celebración de varias reuniones interamericanas durante medio siglo y la creación de una serie de acuerdos continentales, sobre todo en materia de comunicaciones. En la Primera conferencia panamericana, celebrada en Washington, se hizo ostentación de las buenas intenciones de la élite política y económica norteamericana con respecto a proyectos que intentaban lograr una integración comercial continental, tema que nos recuerda poderosamente la coyuntura contemporánea.¹²

Detrás de las nuevas políticas expansionistas estadounidenses había un fuerte impulso mercantil, similar a las políticas de los países europeos lanzadas desde el decenio de 1850. Pero en el caso de las relaciones con los Estados Unidos debe tenerse en cuenta que durante varios decenios la relación comercial y financiera más importante fue sin lugar a dudas aquella que se realizaba con México. Acaso, el más prolífico y activo abogado de la intensificación de las relaciones comerciales entre México y los Estados Unidos en el último tercio del siglo pasado, fue Matías Romero, político,

¹¹ De este período puede fecharse con claridad la evolución de la política dual de los Estados Unidos con respecto a los países latinoamericanos, alternando desde entonces entre la conciliación y la amenaza (o la intervención), dualidad que reflejaba las prioridades diferentes de distintas instancias de poder en Washington, que siguen manifestando similares tendencias hasta nuestros días: la política de acercamiento la encabeza el Departamento de Comercio mientras que la política agresiva-colonialista es impulsada por el Departamento de Guerra —hay Departamento de Defensa—, y en especial desde 1914 por los oficiales vinculados a ese grupo militar conocido como los *Marines*, encargados de las principales intervenciones militares en el hemisferio.

¹² De allí que la revisión de las discusiones sobre esta problemática tiene una considerable utilidad y es, sin duda, sugestiva. Por otra parte, debe señalarse que esta temática puede estudiarse en detalle a partir de los riquísimos fondos que alberga el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, como lo demuestra el reciente estudio voluminoso de Salvador Morales sobre la primera conferencia panamericana. Salvador E. Morales, *Primera conferencia panamericana: raíces del modelo hegemónico de integración*, México, Centro de Investigaciones J. L. Tamayo, 1995.

diplomático, empresario y escritor. En sus escritos existen amplios y variados testimonios de la contribución de los latinoamericanos a la formulación inicial del concepto *panamericano* en los años de 1870 y 1880, lo que nos habla de la necesidad de revisar las ópticas a veces unilaterales acerca de como se fue elaborando la política internacional en Latinoamérica.¹³

En todo caso, hacia fines de siglo el ideal (aunque no la realidad) de unión americana —al menos en términos del comercio— había cobrado considerable fuerza y se estaba en proceso de formular proyectos de unificación de líneas de transporte, comunicaciones, correos e inclusive algunos proyectos de unificación monetaria. Ello nos habla de la “larga historia” de los proyectos de integración económica que tanta importancia parecen cobrar en nuestros días. Pero aun así, es menester reconocer que apenas un pequeño número de los proyectos comunes discutidos en los diversos congresos panamericanos, a partir de 1889, fueron instrumentados. Y el propio adjetivo *panamericano* fue cayendo en desuso, excepto para referirse a estas reuniones y al instituto que los promovía. Para los años de 1920, la mayoría de los economistas y científicos sociales que escribían en los Estados Unidos sobre la región tendían a utilizar preferentemente el término *Latin America*, aunque muchos historiadores y literatos siguieron prefiriendo *Spanish America*.

CAMBIO DE VIENTOS: CONSTRUYENDO LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA DESPUÉS DE 1898

La guerra de 1895-98 en Cuba, rompió el espejismo que se había venido larvando desde los decenios de 1870-80, de una relación más cordial en todos los planos, tanto con España como con los Estados Unidos. Primero, el largo y cruento enfrentamiento militar con España y, luego los conflictos provocados por el claro imperialismo de los Estados Unidos modificaron el concepto que había comenzado a gestarse en Cuba y otros países del hemisferio, es decir, el de la conveniencia de alcanzar una mayor solidaridad con las naciones industriales. Estas siguieron viéndose como modelos del

¹³ Una biografía que es de cierta utilidad es la de Harry Bernstein, *Matías Romero, 1837-1898*, México, FCE, 1973. No obstante, los papeles de Romero que son albergados por la biblioteca/archivo del Banco de México, ofrecen muchísimo material inexplorado, al igual que la correspondencia diplomática del mismo que está en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

progreso económico pero cada vez más criticables por sus ambiciones imperiales.

Por consiguiente, no es extraño que pueda observarse el surgimiento, desde principios de siglo, de una serie de planteamientos más críticos sobre la situación de los países latinoamericanos y su cultura, frente a las potencias extranjeras; esto de parte de una nueva generación de intelectuales de distintos países. También se observa un intento por redefinir la propia identidad de los habitantes de la región con base en una serie de conceptos que iban más allá de lo nacional, lo que propició una nueva visión e interpretación de la cultura y la política en función de lo *latinoamericano*, como algo propio, claramente diferenciable y no sujeto a una dependencia cultural con Europa. Esto se observa en las obras de autores como el nacionalista cubano José Martí quien antes había sido un preclaro internacionalista.¹⁴ También es claro en *Ariel*, obra de José Enrique Rodó, ensayista uruguayo que cuestionaba los méritos de la cultura angloamericana, publicado en 1900. Algo similar ocurrió con el ensayista económico y político chileno, Francisco de Encina, quien planteó la necesidad de explorar las raíces del atraso económico en su libro *Nuestra inferioridad económica*, publicada en Santiago de Chile en 1902. Lo mismo sucedió con el peruano Francisco García Calderón, que planteaba los dilemas de la modernización política de la región en su libro *Las democracias en América Latina*.¹⁵ En fin, en este grupo debe incluirse al mexicano Francisco Bulnes, quien en diversas obras efectuó ácidas críticas del imperialismo de los Estados Unidos.¹⁶

Comenzaban así a elaborarse formas nuevas de interpretar la experiencia común de los países de América Latina, no viéndola simplemente como la unión de la cultura europea con la realidad latinoamericana, ni de la unidad entre los países de la América del Norte con los del Sur, sino en función de una identidad propia ya bastante madura. De tal suerte que, a lo largo del siglo xx, lo que entendemos como "América Latina" es producto de una evolución y diversificada.

¹⁴ El ensayo más famoso de Martí es, sin duda, *Nuestra América*, publicado en el periódico mexicano *El Partido Liberal*, el 30 de enero de 1891.

¹⁵ La primera edición de esta obra se publicó en francés en París en 1907; véase la traducción y excelente edición de la editorial Ayacucho, Caracas, 1978.

¹⁶ Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, 1899.

En este sentido, no cabe duda que en la actualidad el concepto América Latina tiene una importancia crucial en función de la creciente globalización y de la formación de bloques supranacionales. Por ello, para poder profundizar en la historia latinoamericana es necesario analizar con mayor espíritu crítico los orígenes y la evolución de los marcos de referencia nacionales a los que estamos acostumbrados, para contribuir a un debate presente y necesario sobre los enfoques comparativos e internacionales, facilitando con ello la comprensión de lo nacional dentro de contextos más amplios, como pueden ser los acuerdos multilaterales y los acuerdos regionales de integración, tan en boga en la época contemporánea.

La 'guerra chica' en el Sotavento durante la intervención francesa

Norma Zubirán

RESUMEN

Se realiza un breve recuento de las operaciones militares en la región de Sotavento durante la intervención francesa y la resistencia local. Asimismo, se destaca el papel de la población, la audacia de las tropas republicanas y el valor estratégico de mantener en entredicho el control francés en esa región de México.

INTRODUCCIÓN

Cada lugar tiene su historia en el mosaico territorial que es México. Sin embargo, en la mayoría de los casos ella se mantiene latente y apartada; ya por falta de interés, ya por las pocas posibilidades para realizar investigaciones historiográficas. Por ello, en este ensayo me propongo rescatar, describir y reconstruir un acontecimiento histórico principal, acaecido en la zona de la costa del Golfo de México conocida como Sotavento, me refiero a la intervención francesa. Sobre todo, trataré de advertir, a través de algunos testimonios de testigos presenciales, el sentimiento de la población frente a ese hecho. Tal puede servir para reflexionar sobre la historia de la región.

Por otro lado, de cara al argumento que señala que la caída del imperio del archiduque Maximiliano de Habsburgo y el triunfo de los liberales tuvo como base el retiro de las tropas de Napoleón III —requeridas en Europa para hacer frente a la “amenaza prusiana” y para menguar la presión que los Estados Unidos ejercían sobre el emperador de Francia—, señalaré que la resistencia contra la intervención jugó un papel significativo en aquel

retiro, como lo muestran algunos testimonios que rescato, al menos en la región a que se acota este estudio.

Apoyo este ensayo en investigaciones recientes que aportan nuevas interpretaciones para la comprensión del triunfo liberal; me refiero a las de Peter Guardino y Guy Thomson.¹ El primero resalta la importancia de las alianzas entre diferentes grupos de la sociedad, poniendo de relieve la resistencia nacionalista a la intervención francesa y al Segundo Imperio, que fueron episodios cruciales en la formación del Estado-nación mexicano. Por su parte, el segundo autor destaca la importancia de las formas de reclutamiento voluntario que sustentaron el apoyo liberal y mantuvieron la lucha, inclusive ante la superioridad bélica francesa.

EL ESCENARIO GEOGRÁFICO

La región de Sotavento se ubica en la franja costera del Golfo de México, al sur del puerto de Veracruz. Es una zona tropical regada por el río Papaloapan y sus numerosos afluentes. Es también una planicie costera surcada por la Cordillera Neovolcánica. Al este, la región encuentra al mar; y hacia el interior se despliegan las llanuras costeras que se localizan al abrigo y protección de los duros vientos del Golfo, gracias a una sucesión de pequeñas lomas y cañadas que casi siempre siguen la misma dirección que los numerosos arroyos y ríos, que en su conjunto constituyen el desagüe natural de la Sierra Madre Oriental. Entre ellos el río Papaloapan es el más notable: nace en la Sierra de Juárez, en Oaxaca, y desemboca en la Laguna de Alvarado. Aunque desciende rápido de las sierras oaxaqueñas, se desliza suavemente al llegar a las llanuras costeras, lo que, aunado a su volumen de agua y profundidad, permite su navegación en un tramo de 110 kilómetros. Esta peculiaridad lo distingue de la mayoría de los ríos mexicanos². La zona es baja, húmeda, pantanosa y sumamente insalubre, a decir de los militares que operaron en esa zona.³

¹ Peter Guardino, *Peasant, Politics, and the orientation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857*, Stanford, California, S.U.P., 1996, 319 p.; Guy Thomson, "Los indios y el servicio militar en el México decimonónico ¿leva o ciudadanía?", en *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, México, CEMCA/ CIESAS, 1993, pp. 207-231.

² Veracruz, *Pródiga naturaleza de cara al mar*, Monografía estatal, México, SEP, 1990, pp. 40-41.

³ Jesús de León Toral, *Historia militar de la intervención francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962, pp. 34-37.



LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN VERACRUZ

Al conocer la reacción europea a causa de la suspensión del pago de la deuda externa, decretada por el presidente Benito Juárez, y desde luego tener noticias de la realización de la Convención de Londres, cuyos acuerdos possibilitaban hacer a México las reclamaciones pertinentes, el gobierno mexicano comenzó los preparativos para hacer frente —por medios no bélicos— a ese grave asunto. Sin embargo, Francia, uno de los países que pactaron aquella convención, desconoció los acuerdos el 16 de abril de 1862, declaró unilateralmente la guerra a México e invadió el país.⁴

⁴ Iniciándose así la invasión a nuestro territorio por los franceses que, junto con los planes de los conservadores, trataron de imponer el llamado Segundo Imperio, con Maximiliano a la cabeza. A partir de entonces y en términos militares se conformó el "Teatro de la guerra de Intervención francesa", que abarcarían los lugares donde se desarrollarían las actividades militares que a su vez se subdividían en zonas geográficas. A cada una de las fases de la lucha se denomina "Teatro de Operaciones", donde se realizan campañas que pueden estar desligadas de las restantes o poseer características propias, pero siempre conservan la existencia de un centro principal. J. de León T., *op. cit.*, p. 34.

Por esas fechas el poder civil y el militar del Estado republicano residían en Jalapa por su cercanía a la costa del Golfo, aunque en la zona se organizaba también el gobierno conservador de Juan Nepomuceno Almonte, quien fue proclamado por sus correligionarios Jefe Supremo de la Nación.⁵

Tras su derrota del 5 de mayo las tropas francesas se replegaron a Orizaba, pero fueron rápidamente reforzadas por la vía marítima, con lo que comenzó su desplazamiento hacia el sur del puerto de Veracruz. En junio las tropas mexicanas fueron derrotadas en Barranca Seca y en el Cerro del Borrego, puntos cercanos a Orizaba, por lo que esa importante población quedó en manos del enemigo. La reacción a esas derrotas fue la generalización de la lucha en todo el estado, en buena medida por medios guerrilleros. Para hacer frente a tal situación, los franceses organizaron la lucha contraguerrillera, que rápidamente se distinguió por su crueldad.⁶

En la zona que nos ocupa, durante el mes de julio de 1863, la villa de Alvarado fue designada cuartel general de las tropas republicanas, pues su ubicación, a orillas del río Papaloapan, la hacía punto estratégico. Con todo, el jefe de la línea militar, teniente coronel Larragoiti, decidió cambiarla por razones tácticas. Trasladó su puesto de mando al pueblo de Medellín, ubicado en la orilla del río Jamapa, más cercano al puerto y a poca distancia de Boca del Río.⁷

En el territorio de Veracruz la organización militar no había sido fácil, como tampoco había sido el nombramiento del mando militar y político en esos años de 1862 y 1863.⁸ En octubre de 1862 se logró realizar el nombramiento provisional del coronel Manuel Díaz Mirón como gobernador militar del Estado de Veracruz, cargo que sólo mantuvo hasta febrero del año siguiente. Durante ese lapso Díaz Mirón expidió en Tuxpan, el 24 de noviembre de 1862, un decreto por medio del cual se reorganizaba la división política de la entidad para facilitar su organización militar. Veracruz quedó

⁵ Sebastián I. Campos, *Recuerdos históricos de la ciudad de Veracruz y Costa de Sonavento*, México, Editorial Citaltépetl, 1961, t. I, p. 153 (Suma Veracruzana: serie Historiográfica).

⁶ En septiembre y octubre desembarcaban más tropas francesas en Veracruz, bajo las órdenes de los generales Federico Forey y Aquiles Bazaine.

⁷ S. I. Campos, *op. cit.*, t. I, pp. 149-152.

⁸ Para un mayor conocimiento de este proceso se puede consultar "De nuevo los franceses" y "El imperio en tierras veracruzanas", en la obra realizada por una de las personas que más ha investigado sobre el estado veracruzano: Carmen Blázquez Domínguez, *Veracruz: Una historia compartida*, México, Gobierno del Estado de Veracruz/Instituto Veracruzano de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. J. M. L. Mora, 1988, 369 p. La obra, además, se acompaña de 2 tomos de *Textos de su historia*, compilados por la misma autora.

dividido en tres grandes cantones militares, y en cada uno de ellos fue designado un comandante que dependía directamente del jefe militar del estado. Éstos residirían en el punto que creyeran más conveniente, y nombrarían jefes bajo sus órdenes en las poblaciones más importantes. Cada uno de los cantones contribuiría con un contingente de dos mil hombres para coadyuvar a la defensa de la independencia nacional. Luego, en marzo de 1863, el territorio veracruzano fue dividido en tres líneas militares: Sotavento, Centro y Barlovento.⁹ Al frente de la línea de Sotavento estaba el coronel Mariano Lazcano. Esa línea iba desde la derecha del camino nacional de Orizaba a Veracruz hasta el límite sur del estado,¹⁰ que de acuerdo a la división territorial de 1857, llegaba, como en la actualidad, hasta el límite con el Estado de Tabasco, y abarcaba la región de los Tuxtlas y la zona del Istmo.

Con esa división se pensaba contener al invasor, pero la caída de Puebla en mayo de 1863, luego de dos meses de sitio, hizo capitular al Ejército Republicano de Oriente, lo que presagiaba el control de la situación por parte de los franceses. Sin embargo, la actitud de no colaboración de la élite militar republicana que había sido apresada luego de la rendición de la plaza poblana, así como la posterior fuga de varios oficiales de alto rango, entre ellos Porfirio Díaz, resultaron a la postre actos de gran trascendencia para la causa liberal y la defensa de la soberanía. En buena medida gracias a ello, los republicanos pudieron continuar la lucha contra la intervención.

Luego de que las tropas francesas se hicieran la capital de la república en junio de 1863, su alto mando desplegó la ocupación del territorio mexicano. Enfocaron su atención sobre la costa del Golfo de México para privar a los republicanos de los recursos que pudieran obtener por mar, estableciendo guarniciones en Tampico y Minatitlán.¹¹

La caída de la ciudad de Puebla entrañó la destrucción del Ejército de Oriente, principal unidad republicana. Con ello, los republicanos quedaron

⁹ Miguel Domínguez Loyo, *La intervención y el Imperio en Veracruz*, Xalapa, Gobierno de Veracruz/Universidad Veracruzana/Fonapas, 1982, pp. 78-89.

¹⁰ Alejandro García, *Reseña de los sucesos ocurridos en la Costa de Sotavento de Veracruz, desde 1863 hasta 1867, presentada a los veracruzanos por el C. General de División Alejandro García*, Veracruz, Tipografía de J. M. Blanco, 1867, p. 1.

¹¹ Roberto Salguero Acosta, "La intervención francesa armada: Maximiliano en Veracruz", tesis de licenciatura en historia, México, UNAM/FFyL, 1969, p. 36; y Oficina Coordinadora de las Juntas de Mejoramiento Moral, Cívico y Material, *El combate de Cosoleacaque durante la intervención francesa*, Jalapa, Gobierno del Estado de Veracruz/Llave, 1963, p. 12.

prácticamente desprovistos de un ejército en el sentido estricto del término, y la presencia liberal se redujo al norte del país donde residían el propio Juárez y su presidencia. Había también otras zonas del país donde se resistía de alguna manera a los conservadores. Una de ellas era Oaxaca, de donde era originario el general Porfirio Díaz, quien organizó el nuevo cuerpo del Ejército de Oriente, con sede en Oaxaca mismo. Desde entonces, la vecina región de Sotavento se convirtió en importante escenario para la defensa de la causa republicana. Ahí, la táctica militar llamada “guerra chica”, resultó ser la más viable alternativa para continuar la lucha contra los invasores. Además, la resistencia cambió el teatro de operaciones: ya no se concentró sólo en el oriente, sino que se extendió al centro, occidente y norte de la república.

Cabe hacer notar que la guerra de independencia no tuvo mucho impacto en la región de Sotavento, lo que favoreció que muchas familias españolas se refugiaran y establecieran en esa zona. De igual forma, ni la invasión norteamericana, ni la Guerra de Reforma la afectaron directamente, pero en el periodo de la intervención francesa la región fue directa y profundamente trastornada. De hecho, la mayor parte de los sotaventinos se habían adherido a los ideales republicanos, por lo que Tlacotalpan, centro de la zona, figuraría como botín irreducible, acosado siempre por las temibles fragatas de las fuerzas invasoras.

PRIMERA “FUNCIÓN DE ARMAS” EN LA COSTA DE SOTAVENTO

Para 1860 ya existía la “Brigada de operación de Sotavento”, con base en Alvarado,¹² y al final de ese mismo año se abrió en Tlacotalpan el reclutamiento para la Guardia Nacional, a solicitud expresa de la propia comandancia de Alvarado; de suerte que para 1862, aquella villa ya contaba con una comandancia militar,¹³ lo que permitiría hacer frente a las eventualidades, como el arribo, desde Alvarado, del vapor Constitución en mayo de ese año, al mando del coronel conservador Sánchez Facio.

El objetivo de aquel militar era tomar la plaza en medio de un ambiente hostil de parte de los habitantes. De hecho, al desembarcar un piquete de

¹² Archivo Municipal de Tlacotalpan (AMT), año de 1860, núm. 15, letra L., expediente “con motivo de la remisión de cuatro hombres procedentes de San Andrés Tuxtla a la Brigada de operaciones de Sotavento”.

¹³ *Ibid.*, año 1862, núm. 50, letra P.

tropa, el capitán republicano Francisco Medina increpó la actitud de los conservadores, con lo que, súbitamente, Nicolás Montalvo, un lugareño, disparó su fusil contra la tropa intervencionista. Aparentemente, este solo acto hizo que se desbandaran los invasores, quienes fueron perseguidos por la muchedumbre hasta que lograron reembarcarse. De inmediato llevaron anclas en dirección de Veracruz, mientras la multitud les propinaba una sonora rechifla.¹⁴ Esta curiosa "acción de guerra" fue el toque de alerta para la población que procedió a su defensa.

El 8 de noviembre de 1862 los republicanos tuvieron noticia de que los franceses proyectaban una expedición por mar y tierra sobre la costa; de hecho, el 18 del mismo mes llegaron a Mandinga.¹⁵ Al mes siguiente, en la costa de Sotavento se dieron los primeros enfrentamientos entre las tropas francesas y republicanas bajo las órdenes del coronel Mariano Lazcano, que había sido nombrado jefe de la línea de Sotavento en el mes de septiembre anterior.¹⁶ Lazcano llamó a esas acciones "primera función de armas",¹⁷ quedando iniciada la llamada campaña de Sotavento.

Los invasores llegaron por primera vez a la región el 7 de diciembre, comandados por un mercenario suizo temible, de apellido Stoeklin,¹⁸ quien se encargó de dirigir la contraguerrilla en el área. Anocheceía aquel día cuando arribaron precipitadamente unos jinetes que anunciaban que los franceses habían ocupado Tlacotalpan. Al percatarse los habitantes de la villa que la cañonera francesa *Tempette* navegaba por el Papaloapan,

[s]alieron a las puertas de sus casas, sobrecogidos de terror, pues era la primera vez que el invasor iba a profanar con su planta aquella parte del territorio nacional... Ante la alarma que cundió rápidamente entre todos los habitantes, la mayoría optaron por abandonar sus hogares y ocultarse en los montes y las fincas de fuera de la población.¹⁹

La infantería de marina francesa desembarcó y tres horas más tarde arribó Stoeklin con su caballería, todos provenientes de su cuartel en

¹⁴ Humberto Aguirre Tinoco, borrador de relato mecanografiado; también reseñado en S. I. Campos, *op. cit.*, t. I, p. 153.

¹⁵ *Ibid.*, p. 188.

¹⁶ *Ibid.*, p. 179.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ La ortografía del nombre del suizo varía en los diferentes documentos: el general García en su *Reseña* lo escribe: Stoeklin; Campos en su obra lo escribe: Staiklen, Staicklin, Jean Avenel, en su obra *La Campagne du Mexique (1862-1867)*, París, 1996, escribe: M. Stoecklin; el conde Emile de Keratry, quien formó parte del ejército francés escribe: Stoeklin, en su artículo sobre la contraguerrilla. Aquí usaremos esta última forma.

¹⁹ S. I. Campos, *op. cit.*, t. I, pp. 226-233.

Alvarado.²⁰ Por su parte, las fuerzas republicanas al mando de Juan de la Luz Enríquez, comandante militar de Tlacotalpan, unidas con las de la Guardia Nacional, se apresuraron a cubrir una de las riberas del río. Por otro lado, desde Cosamaloapan Lazcano organizó las fuerzas disponibles en su jurisdicción.

Previendo la llegada de los invasores, los republicanos habían puesto en vigor la *Ley Llave*, que imponía la pena de muerte a los ladrones. En ese contexto, un individuo conocido con el nombre de Guatemala robó alguna casa de las que habían sido abandonadas por sus habitantes debido a la presencia de los invasores. Éstos —se sabía— creían que los mexicanos eran, en su mayor parte, ladrones. Aquel sujeto fue arrestado y después de un juicio militar su sentencia de muerte quedó resuelta. Después de ejecutado, durante la noche, el comandante Enríquez, en acto valeroso, condujo el cadáver de aquel infeliz al lugar ocupado por el enemigo y lo colocó en la esquina de la plaza para que los franceses vieran lo que los partidarios de la república hacían con los malhechores. Del cuello de Guatemala colgaba un letrero donde se leía: “fusilado por ladrón”.

A cuatro días de su llegada a Tlacotalpan, parte de las tropas francesas regresaron a Alvarado, y con la unión de más fuerzas provenientes de Medellín, resolvieron la ocupación del Paso del Mediadero para el 12 de diciembre. Este era un punto intermedio entre la costa y Tlacotalpan, desde donde se emprendería la campaña por tierra hasta Cosamaloapan, para luego seguir al Cantón de los Tuxtles y de ahí hacía el rumbo de Minatitlán.²¹

Para hacer frente a ese despliegue los republicanos resolvieron un exitoso plan de ataque, por medio del cual lograron desorientar al adversario. Colocaron una bandera del lado contrario de su posición real, con lo que los franceses se encaminaron hacia esa dirección, mientras que los republicanos, desde su ubicación, se enfrentaron a las fuerzas contrarias, entonces apoyadas por las cañoneras *Foudré* y *Tonnere*, así como con la caballería del suizo Stoeklin. Empero, las cañoneras que protegían a su ejército no podían hacer fuego a los contrarios porque primero estaban sus propios soldados. Así, los resultados fueron favorables para las tropas de Lazcano,

²⁰ Aquí Campos comenta del suizo “antiguo servidor de la República, que por un puñado de oro se vendió al ejército francés, después de haber sido rechazadas sus ofertas por el General D. Juan Prim, jefe superior de las fuerzas intervencionistas” y añade que su caballería estaba formada de bandidos reclutados en las cárceles de la Habana, Nueva Orleans y Veracruz. *Ibid.*, p. 225.

²¹ *Ibid.*, pp. 235-236.

quien también logró la desocupación de la plaza de Tlacotalpan y el repliegue del enemigo a Alvarado.²²

El resultado de las acciones de esta primera "función de armas" librada en territorio de Sotavento, sería de gran trascendencia para el futuro de la causa liberal en el área. Aunque de escasa importancia bélica y poca significación material, no lo fue desde la perspectiva de la moral, pues exaltó el entusiasmo patriótico de los costeños y resolvió para la causa republicana el porvenir de la Costa. Al respecto el coronel Campos señalaba en su parte militar que

el espíritu público se reanimó bajo la influencia del entusiasmo patriótico que despertara la pequeña victoria obtenida, los patriotas se exaltaron más; los tímidos cobraron ánimo; los indiferentes dieron señales de vida.²³

El 6 de enero de 1863, el gobernador veraacruzano envió al jefe del Ejército de Oriente un comunicado en el que le participaba la derrotada de los invasores por medio de un comunicado harto patriótico, donde decía que los invasores habían huido "cobardemente a refugiarse a bordo de un vapor que los protegía con sus fuegos [y que] en aquellos pueblos [los dignos hijos de la Patria defendían con esmero] la Independencia de la Nación."²⁴

En Sotavento se sabía que al enemigo le interesaba ocupar las principales poblaciones de la costa, lo que parecía tarea fácil dado que el ejército republicano carecía de fuerzas marítimas para resistir. Para enfrentar tal eventualidad, el coronel Lazcano pensó en montar tres campamentos militares en la región, pero debido a la carencia de elementos y recursos, se concretó a organizar sólo uno, pero importante, que impidiera al enemigo el paso por el río, de Alvarado hacia el interior. De tal suerte que, aprovechando el ánimo de la población, la invitó a que contribuyera a la construcción de un campamento en lo alto de una colina, cerca de la Laguna de Conejo, a poca distancia de la villa.

La población participó con entusiasmo en la construcción de la fortificación republicana. Así, por ejemplo, un francés naturalizado mexicano y herrero de oficio, recompuso en su taller el armamento inútil que llegaba de

²² *Ibid.*, pp. 248-253.

²³ *Ibid.*, p. 254.

²⁴ Manuel Santibáñez, *Reseña histórica del cuerpo del ejército de Oriente*, México, Oficina Impresora del Timbre, 1892, t. 1, p. 216.

todos lados; por su parte, las damas de San Andrés Tuxtla y Catemaco abrieron suscripciones para recolectar fondos con el fin de equipar a los defensores de la patria; en tanto que las de Tlacotalpan se ofrecieron a recolectar fondos para una compañía de infantería y para los artilleros que aún no existían. Además, en todas las poblaciones las guardias nacionales tuvieron altas de consideración en muy poco tiempo. Hubo un constante tráfico de bejuco y palma para las construcciones, que se realizó por tierra, a lomo de asnos y caballos, y por agua, sobre canoas.

En el cantón de los Tuxtlas y en Cosamaloapan se crearon "compañías de zapadores" indígenas bajo las órdenes de oficiales indígenas, las cuales estaban armadas con instrumentos de labranza. Fueron ellos quienes construyeron el campamento. Por otra parte, se decretó la contribución de raciones en especie que nadie se excusó de pagar, y se establecieron provedurías a fin de que los soldados encontraran alimentos por donde pasaran. Los trabajos de fortificación se iniciaron el 31 de diciembre, después de rozar y quemar el campo. Al mes quedaron concluidos e instaladas todas las fuerzas en sus puestos; estaban listas para el 3 de febrero de 1863, día de la Candelaria.²⁵

Durante los primeros meses de ese año el enemigo ocupó las poblaciones principales del Estado de Veracruz, entre el puerto y Orizaba, casi todo el cantón de Songolica y los puertos de Alvarado y Minatitlán, donde establecieron su cuartel general, apoyado por varias cañoneras y vapores de guerra, desde donde mantenían vigilada la costa para evitar el tráfico y para apoyar a sus guarniciones en tierra.²⁶ A mediados de 1863, el comandante de la línea de la costa de Sotavento, general García, se estableció con sus fuerzas en Tlacotalpan, haciendo de este lugar su centro de operaciones. Su primer cuidado consistió en procurarse recursos de todas clases que en general no existían y para ello recurrió a la población.

[T]uve la fortuna de encontrar a la generalidad de aquellos habitantes llenos del más puro patriotismo, que no desmintieron nunca en la dilatada campaña que acaba de pasar... ya entonces se había hecho de nombre aquel punto, por la circunstancia de haber sido derrotadas en él la fuerzas intervencionistas al mando del suizo Stoeklin, en su primera invasión a Tlacotalpan, por los buenos patriotas que se reunieron para su defensa.²⁷

²⁵ S. I. Campos, *op. cit.*, pp. 254-278.

²⁶ A. García, *op. cit.*, p. 1.

²⁷ *Ibid.*, p. 2.

A poco de la llegada de García, en agosto del mismo año, una escuadrilla naval francesa ocupó el río de Minatitlán. Esta fue apoyada por un contingente de caballería al mando del mercenario Stoeklin, quien avanzó hasta Acayucan, "causando la alarma y el espanto que él y los suyos infundían".²⁸ Sin embargo, cuando entraron en combate con las fuerzas republicanas, el encuentro favoreció a éstas, lo que obligó a los intervencionistas a retroceder hasta Minatitlán a todo escape.²⁹

Stocklin, el jefe de la fuerza expedicionaria murió en la acción.³⁰ Los restos de la fuerza invasora y sus aliados fueron conducidos a Veracruz. Sólo la infantería de marina perteneciente a las dos cañoneras francesas se quedó en el puerto de Minatitlán, esperando refuerzos y cometiendo atrocidades contra la población que no los apoyó. En aquella población se reencontraron los franceses y prepararon una nueva incursión al mando del comandante Dubosc. Por su parte los republicanos dejaron una guarnición y una pequeña fortificación en Cosoleacaque para contener el avance enemigo, mientras que el general García volvió a su cuartel general en Tlacotalpan. A partir de entonces esa población fue declarada residencia oficial del gobierno político y militar de la costa de Sotavento.³¹

Precarias fueron las condiciones de posesión y suministro de armamento de la guarnición republicana, lo que se complicaba con la ocupación del camino nacional de Veracruz a Orizaba por parte del enemigo, que impedía la comunicación entre la línea de Sotavento y el gobierno del estado residente en Jalapa. Esto indujo al general García a recurrir a las autoridades del gobierno del Estado de Oaxaca para conseguir unas cuantas cajas de parque.³²

Mientras tanto, las tropas republicanas acantonadas en Cosoleacaque recibieron la orden de retirarse a Acayucan para observar los movimientos del enemigo. Por otra parte, a ese lugar se dispuso el envío de dos compañías del batallón de Tlacotalpan, pero antes de iniciar su movimiento fueron informados de que a la vista estaban las tropas contrarias; en lugar de retroceder, una pequeña columna avanzó y se guarneció hasta divisar al enemigo. En esos momentos se presentó un anciano ante el coronel Carrión,

²⁸ S. I. Campos, *op. cit.*, t. II, p. 99.

²⁹ A. García, *op. cit.*, p. 2.

³⁰ S. I. Campos, *op. cit.*, t. II, pp. 100-107; y A. García, *op. cit.*, p. 2.

³¹ *Ibid.*, p. 107; A. García, *op. cit.*

³² A. García, *op. cit.*, p. 2.

jefe de las tropas, con unos cincuenta indígenas, ofreciendo sus servicios y manifestando que tras ellos venían otros más con el mismo objetivo. El responsable de la tropa no quiso contar con ellos pues por armas portaban instrumentos de labranza y algunos fusiles maltratados, además de que carecían de experiencia y entrenamiento. Se limitó a decirles que se mantuvieran ocultos, prometiéndoles que si los necesitaba los llamaría.³³

Los invasores abrieron fuego con metralla, acto que contestaron los republicanos causando las primeras bajas. Estos últimos se apoderaron de un cañón del enemigo que sirvió para imponerse y causar el pánico y la fuga de los atacantes. Fue en ese momento que Carrión lanzó sobre los prófugos a la improvisada reserva de indios de Cosoleacaque. La matanza que ocasionaron los indígenas entre los invasores fue terrible, sólo por la fuerza se les logró contener.³⁴ En la refriega murió el mismo comandante Dubosc y los invasores sobrevivientes huyeron a su refugio en Minatitlán.³⁵ Derrotado, el enemigo tuvo que abandonar las posiciones que había logrado mantener en las cercanías de Minatitlán y Acayucan, aunque estos lugares no fueron completamente recuperados por los republicanos sino hasta el final de las hostilidades.

La importancia de aquellas batallas no sólo consistió en el hecho de favorecer a los republicanos, obligando con ello a las fuerzas francesas a replegarse y finalmente a abandonar sus posiciones en la región, sino que en ambas murieron los jefes expedicionarios que comandaban los ejércitos invasores: el temido jefe suizo Stoeklin y el comandante Dubosc. Además, el ánimo público se acrecentó en toda la costa; incluso algunas gentes sencillas de aquellas llanuras se persuadieron de que no podían ser vencidos por los invasores.³⁶

Al iniciarse 1864 las acciones francesas en el sur de Veracruz eran inevitables pero no contundentes. Sin embargo, en el resto del estado el dominio extranjero era total, a tal grado que el gobierno estatal, residente en Jalapa, terminó disolviéndose. Ante tal situación el general García tuvo que pedir ayuda al general Porfirio Díaz, recién llegado a Oaxaca con el cargo

³³ S. J. Campos, *op. cit.*, t. 1, p. 117.

³⁴ *Ibid.*, p. 119.

³⁵ Obiena..., *op. cit.*, pp. 18-22; M. Sanabáñez, *op. cit.*, t. 2, p. 135; S. J. Campos, *op. cit.*, pp. 99-106; A. García, *op. cit.*, p. 3.

³⁶ A. García, *op. cit.*

de jefe de la Línea de Oriente y con facultades amplísimas otorgadas por el Supremo Gobierno de la República para reorganizar y defender aquella zona, incluía la Costa de Sotavento. Así, además de las actividades militares propiamente dichas, en García procedió a la reorganización administrativa, hacendaria y judicial, en Tlacotalpan.

El 15 de mayo de 1864 se conoció en Veracruz la noticia de que Maximiliano aceptaba el trono de México, llegando a Veracruz el 28 del mismo mes, pero ahí se sabe que no tuvo gran recepción. Días después de la llegada del austriaco, los ciudadanos de la villa de Tlacotalpan firmaron una protesta contra "el usurpador", al tiempo que protestaron "sostener la Independencia y la autonomía nacional... lo mismo que sacrificar sus vidas y sus intereses, si fuese necesario en defensa de la patria".³⁷ Más tarde se unieron a la protesta los habitantes de la villa de San Andrés, cabecera del cantón de los Tuxtlas, Jáltipan, la villa de Acayucan y Amatlán.³⁸

Mientras tanto, en la región de Sotavento los combates continuaban, lo mismo que los triunfos sobre las fuerzas intervencionistas, de tal suerte que, con raras y cortas interrupciones, los republicanos lograron mantener en esa región el poder del gobierno legal. Esto llamó la atención del gobierno imperialista, por lo que en julio de 1864 el comandante en jefe de las tropas francesas en Veracruz, coronel Maréchal, preparó una expedición formal contra la Costa de Sotavento que debía comenzar con la destrucción de la fortificación de Conejo y la toma de Tlacotalpan.

Iniciadas las acciones bélicas, la desproporción numérica favoreció a los franceses, éstos se hicieron de la victoria abriéndose paso por el río Papalopan, hacia Tlacotalpan, y de ahí a toda la costa.³⁹ Por su parte, el general García, quien permanecía en Tlacotalpan sin elementos de defensa, frente al movimiento de vapores franceses, cercano a esa villa, ordenó la desocupación de la plaza. La población se conmovió con la noticia. Muchos se marcharon a las rancherías vecinas y hacia el rumbo de la hacienda

³⁷ M. Santibáñez, *op. cit.*, t. II, p. 42; firmaban: Alejandro García, Mariano Lazcano, José Felipe Oropeza, José R. Terán y más de trescientos ciudadanos (Doc. Justificativos).

³⁸ *Ibid.*, pp. 47-53.

³⁹ A. García, *op. cit.*, p. 6; S. I. Campos, *op. cit.*, p. 142; y R. "Apuntes para la historia de la civilización francesa. Dedicados a la Brigada de Sotavento del Estado de Veracruz", en Humberto Aguirre Tinoco (comp.), *Tlacotalpan en el siglo XIX (Descripción y documentos históricos)*, Tlacotalpan, Ver., Museo "Salvador Fernández", 1975, pp. 62-65. Impreso en Oaxaca por Manuel Rincón, 1864. El autor de estos "Apuntes...", firma el documento con una R.; suponemos que se trata del capitán José R., ayudante del general Alejandro García, nombrado así en la *Reseña...*, *op. cit.*

de San Gerónimo, situada algunas millas tierra adentro, sobre la misma orilla izquierda del Papaloapan, donde el mando militar intentó reunir algunas fuerzas para organizar la resistencia.

Al hacerse de Tlacotalpan, las tropas francesas saquearon y destruyeron las casas de quienes habían abandonado la población; incluso la escuela de primeras letras de la villa fue destruida y convertida en pocilga. Luego de esa acción, Maréchal regresó a Veracruz dejando en el mando al comandante Kachaux, el cual, se decía, era “un hombre decente y [un] militar pundonoroso, pero bien pocos males pudo evitar en el corto tiempo de su dominación [ya que tenía que cumplir las órdenes de su jefe y le era imposible contener a los traidores, a los martinicos y a los egipcios] ante quienes son humanos y honrados los hombres más perversos del mundo”.⁴⁰

Mientras tanto las fuerzas mexicanas practicaban la resistencia que podían, sabiendo que no estaban en condiciones de librar combates francos. Sin embargo, la primera oportunidad de combate formal se presentó en Tlacotalpan el 24 de julio; las fuerzas locales emboscaron al enemigo en el recién construido Puente de García.⁴¹ Ahí se libró un serio combate contra el destacamento francés quedando herido en la cabeza su comandante, Lachaux. Una hora después de iniciada la escaramuza las tropas francesas se retiraron. El campo quedó para los republicanos, pero al final los invasores ocuparon la plaza y obligaron a la población a firmar una acta de adhesión al Imperio, bajo “la presión de las bayonetas extranjeras que amenazaban nuestras vidas y el bienestar de nuestras afligidas familias como es público y notorio...”.⁴² Con la ocupación se incrementaron las crueldades de los extranjeros contra las personas y sus pertenencias, ahora bajo las órdenes del nuevo comandante, capitán A. Combe. Por su parte el general García se vio precisado a acampar en lugares próximos a la villa, pero fuera del alcance de la artillería francesa

Siguieron nuestros encuentros parciales hasta donde lo permitía la desigualdad

⁴⁰ R. “Apuntes...”, *op. cit.*, pp. 70 y 81. Los traidores eran los mexicanos que luchaban del lado del gobierno imperial; los martinicos y los egipcios eran soldados que habían llegado como parte de las tropas francesas de las regiones por ellos colonizadas.

⁴¹ El general Alejandro García auspició la edificación de este puente, construido en el río chiquito del Cabezón, a orillas de la población, como una obra pública para la entonces Villa de Tlacotalpan, según consta en un acuerdo del Ayuntamiento fechado el 29 de abril de 1864, quien decide conservarlo como prenda de ornato y comodidad, AMT, *op. cit.*, documento núm. 34.

⁴² B. Juárez, *Documento, discurso y correspondencia*, selección y notas de Jorge L. Tamayo, México, Ed. Libros de México, 1972, vol. 9, p. 395.

de nuestros fusiles con sus buques de guerra bien artillados, sin que la superioridad de sus armas les diera ninguna ventaja; hasta que, desprecchado aquel jefe francés al ver tanto valor, arrojo y tenacidad en nuestros soldados, proyectó el bárbaro recurso de quitarnos nuestros campamentos y refugios de la orilla del río, con el auxilio del fuego.⁴²

El 28 de julio salió de Tlacotalpan el vapor de guerra *Tempette* rumbo a San Nicolás, río arriba, pero varó en un bajo. Al conocer la noticia las fuerzas republicanas planearon tomar la plaza al día siguiente. Se acercaron hasta la hacienda de San Gerónimo pero se retiraron al pueblo de Acula cuando supieron que otro vapor enemigo, el *Santa Bárbara*, remontaba el río. En el otro bando, al mando de Maréchal, los franceses anclaron frente a San Gerónimo y apuntaron sus cañones hacia la hacienda. Luego desembarcaron soldados, empero, lejos de procurar el combate, saquearon completamente la finca y después le prendieron fuego. Un testigo narró la desoladora escena, que incluye la actitud que percibía del titulado comandante superior francés, quien junto con su esposa e hija gozaba mirando "aquel acto brutal de vandalismo".⁴⁴

Por si lo anterior fuera poco, los soldados egipcios, tea en mano, recorrieron toda la orilla izquierda del río, incendiando los plantíos de caña de azúcar hasta llegar al ingenio de los Silvas, donde repitieron la acción de destrucción, custodiados siempre por el vapor a cuyo comando se encontraba Maréchal. Luego regresaron, robando cuanto había en las valiosas fincas del Progreso, San Antonio y demás casas del lugar, reduciéndolas a cenizas en medio del más impune y vandálico regocijo "a la sombra de la bandera francesa, que en mejores tiempos fue el símbolo de la libertad universal".⁴⁵

De aquel acto decía el general García en su informe:

Todas las fincas de azúcar y de aguardiente, todos los cañaverales y habitaciones de que estaba cubierta la orilla del río en más de una legua de extensión, fueron consumidas por las llamas y sus dueños, hombres pacíficos y laboriosos, que habían logrado a fuerza del trabajo de muchos años proporcionar un adelanto a la industria del país y una decente comodidad a sus familias, quedaron reducidos en instante a la miseria y a alojarse momentáneamente debajo de los árboles, merced a la barbarie franco-traidora...⁴⁶

⁴² A. García, *op. cit.*, p. 6.

⁴³ R. "Apuntes...", *op. cit.*, p. 75.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 76; B. Juárez, *op. cit.*, vol. 9, pp. 261-262; Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veraacruz*, México, Imprenta de Ignacio Complido, 1869, 5 vols.

⁴⁵ B. Juárez, *op. cit.*; M. Rivera C., *op. cit.*

nio de las comunicaciones y el aprovisionamiento militar entre el exterior y la zona central de México.

Es probable que para los franceses la amenaza latente a sus comunicaciones y el fortalecimiento del Ejército Republicano en la zona costera resultaran a la postre elementos que influyeron en la decisión de no permanecer más tiempo en territorio mexicano. También es posible que sus descabros en la zona contribuyeran, de alguna manera, a acelerar su salida, con lo que se consolidó el poder republicano a escala local, hecho que debió haber influido también en las relaciones políticas y militares que ocurrían en el resto del país entre liberales y conservadores.

Documentos/Semblanza

Una larga trayectoria para una fructífera labor académica

Daniel Toledo Beltrán

INTRODUCCIÓN

“Vivir y confrontar coyunturas y condiciones extremas, no sólo temple el carácter del ser humano sino que también potencia su sensibilidad para apreciar y definirse ante los procesos históricos controvertidos”, ha dicho en innumerables ocasiones el profesor Lothar Knauth a sus estudiantes, quizá convencido porque esa ha sido su propia circunstancia vital.

Persuadido de la lógica de aquel principio confuciano de que “el hombre no nace, se hace” —como resultado del conocimiento y experiencia acumulada— ha invertido su esfuerzo, su conocimiento, y ha puesto toda su confianza en el papel movilizador y transformador de la educación. La educación la ha entendido no sólo como el vehículo privilegiado para su propio autoperfeccionamiento, sino como fórmula mediante la cual ha reclutado a sus estudiantes para la indagación científica, incitándolos a aceptar retos, que convertidos en estímulos para la acción transformadora, crean oportunidades, tanto personales como colectivas, para trascender la propia realidad.

A este respecto, y parafraseando de nueva cuenta a Confucio, infinidad de veces le hemos escuchado decir al profesor Lothar Knauth “para qué voy a preocuparme de la muerte, si todavía no entiendo la vida”. Esta expresión no sólo hace referencia al mundo fenomenal propio de la matriz cultural china, sino que es también una manera de situarnos en la realidad universal; es decir, en esa necesidad de tomar en cuenta las variadas experiencias del hombre en su faena por movilizar recursos y ejercitar su espíritu innovador, detectando nuevas oportunidades de transformación en cual-

quier entorno que el tiempo y el espacio puedan definir, por distantes y diferentes que éstos sean.

La resolución de esta tarea es la que, probablemente, explica el periplo académico de Lothar Knauth en sus viajes de ida y regreso por Europa-Estados Unidos, Estados Unidos-México, México-América Latina, México-Océano Pacífico-Asia oriental, tanto en su dimensión japonesa como china, etc.; periplo que inspira también su transitar por la "Historia Mundial", en tanto que metabolismo de las historias nacionales, regionales e individuales, como le gusta definir dicho concepto. En el derrotero de Lothar también existe el espacio para lo anecdótico. Pero, ¡cuidado, no confundir! Aunque no siempre su español nos resulta totalmente comprensible y evidente, no quiere decir que no haya claridad de ideas y propósitos. Para quienes nos hemos servido de sus conocimientos y experiencias, no hay dudas al respecto. La validez de sus moralejas es difícil de refutar.

He aquí un ejemplo directo de sus enseñanzas en el aula, en donde nos insta a enfatizar que:

"pensar es también actuar, se debe actuar sobre la base de conocimientos; el conocimiento es experiencia procesada. Todo acto humano quedaría trunco si no conlleva a una elección, que determine el subsecuente actuar. La existencia de esta elección, producto de una valentía que nace del saber, tiene mucho que ver con la posibilidad de emprender innovaciones que ¡por fin! incidan en los propios entornos de la acción humana."

He aquí otra irrefutable recomendación: es necesario reconocer que sin análisis de la realidad no hay estrategias válidas para diseñar dichas estrategias; no sólo debemos disponer y entrenarnos con instrumentos de comunicación y análisis, como son los idiomas de "los otros" —que nos permiten, sin mayores distorsiones, acceder y enriquecer nuestro caudal de conocimientos—, sino que también, y por la vía de este mismo conocimiento, debemos despojarnos de prejuicios y corregir nuestros enfoques, productos, a su vez, si no de una ignorancia virginal, de colonialismos, racismos y tabúes ideologizantes, y por qué no decirlo, producto a veces de una franca mala voluntad.

Parte de la profesionalización del historiador, nos dice Lothar Knauth, debe consistir en salir del parroquialismo monolingüe para incrementar la capacidad de aprovechar la documentación y, si fuera posible, utilizar la experiencia de la vivencia directa de los diferentes ámbitos culturales de

las sociedades humanas, estén éstas en Europa, América, Asia, o en cualquier otro lugar del planeta.

Prevenidos y advertidos de estas ideas centrales, intentaré reconstruir el periplo académico del Dr. Lothar Knauth, enfatizando tanto las circunstancias que le han rodeado, como las decisiones que ha tenido que tomar y las tareas que ha debido cumplir en cada uno de los escenarios que le ha tocado vivir, en esta ya denominada larga trayectoria para una fructífera labor académica.

LAS RAÍCES EUROPEAS

Su nacimiento, ocurrido el 16 de mayo de 1931 en Zeitz, una ciudad mediana en el centro de Alemania, le planteó de inmediato, aunque independientemente de su voluntad, situaciones desafiantes y definitorias. Eran los tiempos del orgullo de la tecnología alemana, pero sobre todo eran los años del ascenso del nacionalsocialismo y de los triunfos electorales del partido Nazi. En este contexto, tres o cuatro circunstancias, dentro de otras, resultarían definitorias para el infante Knauth.

La primera, ser el último hijo —una suerte de “santanaso” o *xocoyote* diríamos por acá—, es decir, nacido a considerable distancia generacional de sus padres y hermanas mayores, en un hogar que podría ser tipificado como de clase media, donde convergieron el pensamiento socialdemócrata por parte del padre veterano de la Primera Guerra Mundial, de oficio constructor de pianos, y el de su madre, luterano-nacional. La brecha generacional y el contexto familiar no sólo alimentaron la inquietud, curiosidad y precoz rebeldía del niño Lothar, sino que también facilitaron la temprana salida del hogar del adolescente.

La segunda circunstancia es su encuentro con la enseñanza oficial. Por una parte, una educación culta pero autoritaria, de formación práctica, industrial y tecnológicamente operativa, que viene de una de las más largas y mejores tradiciones alemanas; y por otra, una enseñanza exaltadora de ciertos “valores nacionales”, algunos de los cuales serán llevados al límite del paroxismo durante la guerra, como el heroísmo, la fidelidad hasta el autosacrificio, el buen comportamiento, el apego a las reglas de los buenos procedimientos, el logro de la respetabilidad, la exaltación del Estado, la

Nación y el Pueblo alemán, y aun el racismo antisemítico, a los cuales era imposible sustraerse, pues aquello era “una fragua de sentimientos nacionales patrióticos como el mundo jamás había visto”, según lo refiere Parker.

La tercer circunstancia fue la más capital: la experiencia vivida durante la Segunda Guerra Mundial, pero más concretamente el tránsito desde la extrema euforia de los “triumfos” hasta 1942, y luego el shock de la derrota total en mayo de 1945. Pocas situaciones más extremas que la guerra para el ser humano, y pocas ocasiones menos dramáticas que la derrota para una juventud, que ha sido educada y movilizada en la infalibilidad de un régimen, de un hombre y en la seguridad del triunfo.

Todavía más, el 12 de abril de 1945, el día de la muerte del presidente Roosevelt, el ejército norteamericano llegó a Zeitz, lo que confrontó al joven Knauth con otra experiencia decisiva: la derrota no sólo eran los bombardeos, la destrucción y la indefensión, sino que tenía un rostro, el de un teniente norteamericano, a quien acompañaba no sólo la imagen del triunfo, sino las del horror debidas a las atrocidades nazis en uno de los campos de concentración y exterminio, las cuales estaban documentadas en las páginas de la revista *Life*, que llegó a sus manos por la vía de aquel soldado norteamericano. Las impactantes imágenes corroboraban los casos de maltrato que había presenciado con anterioridad en el ámbito local, pero sobre todo confirmaban los rumores respecto de los excesos en Buchenwald, un campo de concentración cercano a Zeitz. Así, las dudas y los rumores se fueron tornando en certezas en la conciencia del joven Knauth, no se quedaron sólo en el sentimiento de culpa, como fue el caso de muchos otros alemanes, sino que dieron lugar y alimentaron una de las más amargas convicciones que han caracterizado pensamiento y acción del profesor Knauth, es decir su rotundo rechazo a todo pensamiento racista y militarista.

DE ZEITZ A BERLÍN, DE BERLÍN A LA UNIÓN AMERICANA: VIAJES Y TORNAVIAJES

Los avatares de la inmediata postguerra y los vaivenes de la Guerra Fría condujeron, al joven Lothar Knauth a los 17 años, a escapar a la bloqueada Berlín Occidental (1948), para realizar estudios preuniversitarios. Y he aquí otra circunstancia definitoria: como activista de la Liga Democrática de la

Juventud (DJV), resultó elegido, en el marco de un programa que invitaba a jóvenes de Alemania a terminar sus estudios preuniversitarios en Estados Unidos. Tal resultó en su estancia de un año en la *Wyandotte High School* de Kansas City. Dicho programa era auspiciado por la Iglesia de los Hermanos, fundada a principios del siglo xviii en Alemania, cuyos miembros emigraron de inmediato a las colonias norteamericanas. Esta institución tenía una reconocida tradición antimilitarista y pacifista.

Si bien durante su estancia en Kansas rompió tabúes, llenó de nuevos contenidos su rebeldía adolescente y vivió el Jazz —del cual había sido aficionado desde los últimos años de guerra— también fue testigo de la segregación de los negros y, aunque en menor grado, la de los latinos, que creía superada en las tierras del “baluarte del mundo libre”. Desacralizó tradiciones, al incluir en sus pláticas sobre la Europa de la Postguerra, estudiantes negros de una *Hig School* local todavía segregada.

Su vuelta de Kansas a Alemania, en el otoño de 1950, y estancias en Frankfurt y Berlín, entre 1951 y 1952, le ayudaron, entre otras cosas, a definir su vocación. Su actividad como autor y editor de libros de texto escolares (a los 21 años) para la recientemente fundada editorial Cornelsen, lo interesaron por primera vez en el proceso de enseñanza-aprendizaje y resultaron en títulos como *Peter Pim in the U.S.A.*, para la enseñanza del inglés, así como, *Erdol und Erdgas*, *Luftverkehr* y *Ernahrung*, textos de Ciencias Sociales también para la secundaria.

No obstante, era la época de la Guerra de Corea y del macartismo, y una membresía de la Juventud Libre de Alemania (FDJ), antes de haberse vuelto órgano oficial del Estado de la RDA, retardaron sus trámites migratorios a los Estados Unidos. De regreso al medioeste, pudo, por fin, disfrutar de una beca de la Universidad de Kansas City, ganada al terminar el *High School*, para continuar y concluir su formación profesional cursando una licenciatura en letras inglesas y otra en historia y ciencias políticas, grados que consigue entre 1953 y 1959. Al definir mejor sus preferencias académicas, se interesó en la historia judía. Y para introducirse a la cultura rusa, estudió con el que había sido secretario de Kerenski. Al mismo tiempo, se convirtió en discípulo de Edgar Rosen, uno de los primeros profesores a quien reconoce positiva influencia, norteamericano de familia alemana, nacido en Texas y educado en Berlín, quien había sido el último doctoran-

do judío al titularse, con una disertación sobre el fascismo italiano en la Universidad de Leipzig.

Las becas terminan, y la de la Universidad de Kansas City no fue la excepción. Había que sobrevivir y para esto nada mejor que dedicarse a la publicidad y a las publicaciones, pues ya existía cierta experiencia e inclinación. Crisis existencial y la necesidad de salir del ambiente ostensiblemente racista en Kansas como el del ser norteamericano antes de las grandes movilizaciones por los derechos civiles, lo llevaron a dejar Kansas City, y viajar hacia México. Pero, ¿por qué México?

MÉXICO: BASE Y PUENTE

El primer contacto con México fue, obviamente, indirecto. Llegó a través de la lectura, de "El tesoro de la sierra madre". Esta lectura generó una serie de impresiones e imágenes problemáticas respecto de México al joven Knauth. Fue la literatura, particularmente la novela histórica hispana y la búsqueda de soluciones vitales para su proyecto de vida, lo que lo impulsaron a la aventura mexicana. Cuando llegó a la Ciudad de México, a fines de 1959, venía con la idea de continuar sus estudios universitarios, pero no estaba del todo seguro de querer seguir una carrera académica para el resto de su vida, aún más, no tenía la certeza de permanecer definitivamente en México. Sin embargo, su contacto directo con los elementos hispánicos y prehispánicos, tan vitales y presentes en México, así como la efervescencia y el entusiasmo que había generado la toma del poder por los revolucionarios cubanos quienes, despertaban una serie de expectativas para los procesos históricos de síntesis cultural mestiza, le decidieron a optar por compromisos académicos más serios.

MÉXICO FUE DESTINO Y LA HISTORIA SE VOLVIÓ SU VOCACIÓN

La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM fue otro entorno que le ofreció la oportunidad de indagar sobre lo desconocido: primero, la historia del nuevo mundo hispano, a la cual fue introducido por Carlos Bosch, Edmundo O'Gorman y Juan A. Ortega y Medina; segundo, los estudios de los procesos mesoamericanos que le fueron revelados y analizados en los seminarios de Paul Kirchhoff, Miguel León Portilla y Alberto Ruz Lhuillier.

Malinalco también fue destino, que persiste hasta hoy. Allí el ancla no sólo ha sido la singular presencia prehispánica, hispánica colonial y mestiza actual, sino también las redes familiares tejidas entre montañas, valles y cañadas espectaculares. Malinalco ha sido, sin duda, un lugar de “encuentros” fructíferos para Lothar Knauth.

En el proceso de definición por la historia, el arraigo mexicano ha representado la cobertura de dos importantes etapas de lo que hemos llamado el periplo académico del profesor Knauth; la primera, representada por los estudios iniciales de historia en la Universidad de Kansas City —primordialmente de la historia moderna y contemporánea europea, y específicamente del fascismo italiano— que no sólo lo han llevado a interesarse por el estudio de los conflictos entre valores sociales y políticos, sino por la detección y el seguimiento de una de las constantes históricas de más larga duración: la violencia. En este sentido —nos dice Knauth— la violencia no es algo nuevo, ha existido desde el inicio del proceso histórico humano. En éste el incremento en la capacidad de racionalización y tecnificación resulta tanto de la capacidad de producir excedentes para el bienestar, como de producir mejores y más eficaces medios para su ejercicio, tanto para someter y controlar, como para —en última instancia— exterminar enemigos. Su existencia genera una de las más grandes contradicciones de la naturaleza humana en todos los tiempos.

Sus estudios de historia, con especialización en historia prehispánica, realizados en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, fueron la catapulta que lo impulsó, en el otoño de 1961, a proseguir sus estudios de postgrado en la Universidad de Harvard. Así la segunda etapa la dedica al estudio y ponderación de los contactos y conflictos derivados de la expansión y conquista hispana hacia occidente, por el Atlántico y por el Pacífico glacial al puente mexicano. Su oficio como historiador se estaba definiendo: indagar sobre el contacto y conflicto entre las culturas del Este de Asia con la variante hispánica de la expansión europea primero y americana después.

LA PROYECCIÓN TRANSPACÍFICA

Su estancia en Harvard fue provechosa. Entre 1961 y 1964 obtuvo la maestría en Estudios del Este de Asia y realizó estudios de doctorado en Histo-

ria, obteniendo el grado en junio de 1970. El ciclo formativo sistemático había terminado, el historiador estaba definido y la temática central seleccionada. Empezaba ahora, de manera regular, la actividad y productividad académica específica en el campo de las relaciones transpacíficas y de las culturas del Este de Asia.

Comenzó su actividad proveído del aprendizaje del japonés y del chino, aparte de pleno dominio del alemán, inglés y español, y con grandes conocimientos del francés, portugués, holandés, indonesio y náhuatl. También contaba con los instrumentos teórico-metodológicos cada vez más holísticos del análisis histórico. A lo que se agregaron las experiencias derivadas de su primera vuelta al mundo, que entrañó la visita de sitios, archivos y acervos del Japón, Taiwán, Hong-Kong, Filipinas, Tailandia, India, Alemania, Holanda, España, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, a los cuales se agregó posteriormente la República Popular China. Todo esto en una sólida base de conocimientos que no sólo se reflejaron en las investigaciones y publicaciones de Lothar Knauth, sino que también respaldaron y reforzaron la idea de introducir, de manera sistemática, los estudios históricos de Asia en planes y programas de estudio de nuestras universidades, área de estudios hasta entonces ignorada por la llamada historia universal impartida en nuestros medios académicos. En este sentido, la labor del profesor Lothar Knauth fue pionera.

Los resultados no tardaron en llegar. De regreso en México, a principios de 1966, Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, fundó el Centro de Estudios Orientales y nombró como su primer director a Lothar Knauth, además de ser profesor de carrera de dicha facultad. Los objetivos de dicho centro eran precisos: ampliar "el campo de las investigaciones" y cubrir "áreas de conocimiento que antes no explorábamos", como puntualizara el Rector Barros Sierra en su discurso de inauguración del referido centro. Así, se innovó la enseñanza de idiomas y se adquirió una bibliografía actualizada; se experimentaron avances, aunque no tanto en la eliminación completa de estereotipos y generalizaciones acerca de las culturas y procesos históricos de Asia; pero la fundación del centro era un hito muy importante.

Lothar Knauth ha cumplido más de tres décadas de labor en el medio académico mexicano, teniendo como centro de operaciones las facultades

ría, obteniendo el grado en junio de 1970. El ciclo formativo sistemático había terminado, el historiador estaba definido y *la* temática central seleccionada. Empezaba ahora, de manera regular, la actividad y productividad académica específica en el campo de las relaciones transpacíficas y de las culturas del Este de Asia.

Comenzó su actividad proveído del aprendizaje del japonés y del chino, aparte de pleno dominio del alemán, inglés y español, y con grandes conocimientos del francés, portugués, holandés, indonesio y náhuatl. También contaba con los instrumentos teórico-metodológicos cada vez más holísticos del análisis histórico. A lo que se agregaron las experiencias derivadas de su primera vuelta al mundo, que entrañó la visita de sitios, archivos y acervos del Japón, Taiwán, Hong-Kong, Filipinas, Tailandia, India, Alemania, Holanda, España, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, a los cuales se agregó posteriormente la República Popular China. Todo esto en una sólida base de conocimientos que no sólo se reflejaron en las investigaciones y publicaciones de Lothar Knauth, sino que también respaldaron y reforzaron la idea de introducir, de manera sistemática, los estudios históricos de Asia en planes y programas de estudio de nuestras universidades, área de estudios hasta entonces ignorada por la llamada historia universal impartida en nuestros medios académicos. En este sentido, la labor del profesor Lothar Knauth fue pionera.

Los resultados no tardaron en llegar. De regreso en México, a principios de 1966, Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, fundó el Centro de Estudios Orientales y nombró como su primer director a Lothar Knauth, además de ser profesor de carrera de dicha facultad. Los objetivos de dicho centro eran precisos: ampliar "el campo de las investigaciones" y cubrir "áreas de conocimiento que antes no explorábamos", como puntualizara el Rector Barros Sierra en su discurso de inauguración del referido centro. Así, se innovó la enseñanza de idiomas y se adquirió una bibliografía actualizada; se experimentaron avances, aunque no tanto en la eliminación completa de estereotipos y generalizaciones acerca de las culturas y procesos históricos de Asia; pero la fundación del centro era un hito muy importante.

Lothar Knauth ha cumplido más de tres décadas de labor en el medio académico mexicano, teniendo como centro de operaciones las facultades

de Filosofía y Letras y Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, ha desplegado también su actividad de investigación y docencia en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Iztapalapa, El Colegio de México, la Universidad Veracruzana, la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, la Universidad de Guadalajara, el Colegio de Bachilleres, El Colegio de la Defensa Nacional y El Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, entre otros. No obstante, han sido, sin duda alguna, la UNAM y la UAM las más beneficiadas con su docencia y producción bibliográfica. En ambas instituciones, y también en otras, ha sido activo participante en la revisión y formulación de planes y programas de estudio a nivel de licenciatura, maestría y doctorado, algunos de los cuales siguen vigentes.

Durante su fructífera trayectoria académica ha publicado más de 20 textos y antologías universitarias; ha producido una media docena de obras de gran profundidad, alcance y significación en el campo de la investigación y difusión de la historia, y ha publicado una veintena de artículos y ensayos en distintos anuarios, revistas y órganos de difusión de la Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Colegio de México, la Universidad de Sofía del Japón, en el *Asian Studies*, en la revista de Relaciones Internacionales de México, etc. Aparte de su propia labor de investigación, el profesor Knauth ha contribuido activamente a las tareas de investigación en nuestro medio académico, en donde ha dirigido más de 30 tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Actualmente dirige alrededor de 10 tesis, y ha sido sinodal de otros tantos trabajos terminales en distintas universidades.

A lo largo de su carrera no solo ha acreditado una vasta experiencia en el campo de la historia, una sólida y amplísima cultura universal, misma que ha desplegado y entregado generosamente en las aulas, espacios académicos y foros culturales, mexicanos y extranjeros, sino que ha sido distinguido con el otorgamiento de numerosas becas de prestigiadas instituciones nacionales y extranjeras. Asimismo, es miembro de connotadas asociaciones académicas y profesionales; es miembro del Sistema Nacional de Investigadores; ha participado y presentado trabajos especializados en numerosos congresos y eventos académicos, tanto nacionales como internacionales, y ha impartido numerosas conferencias en medios académicos del país y del extranjero.

En marzo de 1995 con motivo de los 20 años de la Universidad Autónoma Metropolitana, recibió el Doctorado *Honoris causa* por su significativa contribución a las tareas académicas en esa casa de estudios.

Los logros y contribuciones que hasta ahora ha hecho el profesor Knauth a nuestro medio académico se pueden resumir en tres grandes líneas:

1.-Haber creado en el ámbito universitario una elevada conciencia acerca de los procesos históricos que vinculan a México con el Este de Asia y los demás países de la llamada Cuenca del Pacífico.

2.-Haber formado cuadros académicos capaces de llevar a cabo investigaciones en el área de los estudios asiáticos y producir, por medio de ellas, nuevos conocimientos significativos.

3. Haber integrado a la investigación sobre Asia esquemas teórico-metodológicos que propician el surgimiento de modernos conceptos de "Historia Mundial" que, al insistir en la comparación, facilitan la comprensión de nuestros propios procesos históricos, vistos tanto en sus aspectos endógenos, como exógenos.

Pero eso no es todo —como lo sostiene el propio Lothar Knauth—, hoy en día está por resolverse la transformación de la enseñanza de la historia, tradicionalmente eurocéntrica, a través de enfoques mucho más integrales y balanceados, que tomen en cuenta lo universal de la experiencia humana y no privilegien la visión de una sola región, por significativa que sea. Asimismo, se debe establecer también un universo de investigación cuyas posibilidades de análisis, fincado en una adecuada comprensión del propio pasado, hagan potencialmente comprensible cualquier proceso histórico de la humanidad. Por último, agrega Knauth, sigue en pie la exigencia de incorporar técnicas y métodos innovadores en el campo de la historia, lo cual podría realizarse a través de la colaboración, en un esfuerzo inter y multidisciplinario, entre instituciones académicas, nacionales y extranjeras.

Lothar Knauth: presencia historiográfica

Vera Valdés Lakowsky

Cuántas veces se escucha que a “las palabras se las lleva el viento”; cuán difícil hallar las apropiadas para un justo reconocimiento como el que la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa efectúa y que, dicho sea de paso, ha concedido a Lothar Knauth, el Doctorado *Honoris causa*. Qué mejor entonces, que recurrir a la palabra del propio homenajado, aquella presente en su obra escrita¹ y que por virtud de la magia del papel y la pluma, materializa la potencialidad de trocar la percepción temporal en acontecer explicable, hoy y siempre. Y es precisamente, en la búsqueda de ese acontecer explicable que Lothar Knauth, ha tenido una trayectoria académica fructífera que enlaza a la sazón, inquietud intelectual, experiencia vital y rigor metodológico.

Ya desde lo que puede definirse como una primera etapa de labor, correspondiente a la década de los años cincuenta, en su natal Zeitz-Sachsen-Anhalt, Alemania, muestra una participación militante, preocupada por la justicia, la equidad y la proyección organizativa del Estado-nacional. Su preocupación se tradujo en la necesidad del conocimiento de los idiomas y su adecuada enseñanza, cristalizando en un texto para la escuela secundaria intitulado *Peter Plin in the USA* [1952], así como varios libros de Ciencias Sociales, también destinados al mismo nivel escolar.

Más tarde realizó estudios de literatura en Kansas, prosiguiendo con su labor editorial, donde al parecer, luego de entrevistar a William Faulkner [1897-1962], quien fuera Premio Nobel de Literatura en 1949 por sus trabajos sobre la problemática del sur de la Unión Americana,² fue profunda-

¹ La subsecuente información está basada en los trabajos elaborados para celebrar, también con justo reconocimiento, el vigésimo quinto año de labor docente de Lothar Knauth en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en 1991. Vera Valdés Lakowsky, “Tiempo, historia y enseñanza: sobre el quehacer del historiador Lothar Knauth”, en *Entre teoría y concreción. Acercamiento a la metodología del historiador y al estudio del Este de Asia. Homenaje a Lothar Knauth*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, en vías de edición.

² Lothar Knauth, “Meeting in Oxford”, *Number One*, vol. X, núm. 1, Kansas City, University of Kansas City, 1956, pp. 7-9.

mente influenciado por la convicción de éste, de ser, más que el literato galardonado, un “hombre sencillo del campo”. Esta frase que emplea a menudo, y constatable cuando se le visita en su casi segunda patria: Malinalco, Estado de México, ha impactado por el doble papel de intelectual reflexivo y de “hombre sencillo del campo”, campo que es a la vez retorno a la naturaleza en sí misma, afirmación existencial y posiblemente refugio, cuando los embates de la discusión académica son parcamente favorables.

En 1959, cuando recién llegado a México, da comienzo una segunda etapa en la trayectoria del doctor Knauth; sobre todo cuando durante sus estudios de historia en la Universidad Nacional Autónoma de México, asistió a las cátedras de ilustres maestros, como Juan A. Ortega y Medina y Edmundo O’Gorman, cuya simiente, aunada a las inquietudes personales, fructificaría en una visión universal de la historia. Dicha visión, le permitiría, luego de haber optado por el estudio de las culturas prehispánicas en las cátedras de Miguel León-Portilla y Alberto Ruz Lhuillier, trasladarse a la Universidad de Harvard, en 1961, para estudiar el doctorado en Estudios Orientales. Ahí recibió la influencia de Albert Craig, John K. Fairbank y muy especialmente Benjamin Schwartz. Como es de advertirse, dio con ello un giro de casi ciento ochenta grados en cuanto al área de interés espacio-temporal, cuya razón última se encuentra en la necesidad de escapar de la prisión cultural a la que todo individuo está sujeto. Textualmente lo expresó como sigue:

“Todos somos víctimas de nuestras deformaciones culturales y una de las más fue nacer y educarme en un ambiente que consideraba legítima sólo una parte de la tradición occidental cristiana”.³ Sin duda se trata de una preocupación existencial profunda que permite vislumbrar al hombre enfrentado a los límites de su localidad, de su tiempo; aunque, coincidiendo en la distancia con la aguda advertencia filosófica: “el hombre que se ha perdido, no debe preguntar ¿dónde estoy?, sino ¿dónde están los demás?, para encontrar el camino”.⁴ Esto es, la toma de conciencia de la universal-

³ Lothar Knauth, *Confrontación transpaciífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico, 1542-1639*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, p. 9 (Serie Historia General: 8).

⁴ Alfred North Whitehead, *Process and Reality*, citado por Joseph R. Levenson, *Confucio China and its modern fate. A trilogy*, University of California Press, 1958, 1964 y 1965.

dad de la experiencia humana. De ahí también la preocupación por adquirir el conocimiento conversacional del japonés y la comprensión de lectura del chino.

Volviendo a sus incursiones en la historia prehispánica, se encuentran varios trabajos, en los que apunta sus primeros enfoques conceptuales, concordando con Karl Jaspers (1883-1969) en la percepción existencialista de la historia, a esta la define como "el pasado claro para los hombres en cada caso, es el ámbito de aproximación del pasado, es conciencia del futuro";⁵ con lo que sugiere partir de los hechos concretos, el manejo de todo material, para llegar a conclusiones, evitando los prejuicios teórico-maniqueístas. Descubre así las fuerzas "catalíticas" que "dan ímpetu al ocurrir histórico", teniendo el historiador que aportar una "sensibilidad realista que no se sorprenda ni permanezca indiferente ante ninguna forma de manifestación humana". Después de todo expresa, junto con Ortega y Gasset (1881-1955): "el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia", siendo por tanto imprescindible el establecimiento de matrices situacionales, lo que expresa como sigue:

El existencialismo acentúa la singularidad de cada experiencia y la singularidad del acontecimiento. Esto conduce a la extrema importancia del aquí y del ahora, el cual es el único auténtico, sin el cual no habría ni pasado ni futuro, ya que el pasado no puede ser sino por nuestra conciencia de él a expensas del presente.

De ahí que entonces sugiera que:

Lo que se hace necesario es una revisión completa de todos los valores existenciales ante nuestro conocimiento de la complejidad física y psíquica humana y de una nueva conciencia de las limitaciones del hombre, pero considerando también sus posibilidades. Y se necesita verdadero valor para tratar con realidades y no con abstracciones.

En efecto, ese valor localizable en su obra escrita procede de la toma de conciencia de lo que el quehacer del historiador significa y que procede tanto del conocimiento libresco como de sus experiencias. Después de todo, nos dice, le parece más acertada la definición de historia como fenómeno que se crea cuando el hombre proyecta su subjetivismo contrapunteado sobre el material natural de la realidad.⁶

⁵ Lothar Knauth, "El problema de una nueva visión histórica", en *Anuario de Historia* 1, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1961, pp. 261-273.

⁶ Lothar Knauth, "Introducción al estudio de una Conquista", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXIV, núm. 11, México, UNAM, julio de 1970, pp. 11-16.

Se trata de un empeño vital, del compromiso entre el hombre y el profesional. Tal y como Jaspers lo expresara: "En esta perspectiva, la cuestión para cada cual es, dónde quiere estar, para qué quiere actuar". Ser y estar, esencia y presencia... La palabra que hace presente al historiador, y que ciertamente también le permitió superar obstáculos, como cuando habiendo sido precursor de un primer Centro de Estudios Orientales en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el azar lo llevó a su cierre pocos años después; y sin embargo, el historiador preservó su presencia de ánimo y persistió en su tarea, adelantándose a su tiempo.

Ese adelanto a su tiempo, corresponde tanto a la preocupación por dar a conocer las culturas asiáticas en México, como al antecedente del estudio de las relaciones transpacíficas de México, que por cierto, iniciara con su tesis doctoral, publicada en 1972 por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, como *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico 1542~1639*,⁷ con lo que se definiría una tercera etapa en la vida de Lothar Knauth, ahora ya como historiador.

Como parte de la actitud previsor, a través de la institucionalización del mencionado Centro y el establecimiento de la Maestría en Estudios Orientales, se generó investigación sobre la dinámica de dichas culturas y más tarde se continuó con la enseñanza de una Maestría en Estudios del este de Asia (China y Japón), que contemplaba entre sus cursos monográficos la materia: "La Cuenca del Pacífico: problemas económicos, políticos y sociales", justo varios años antes de que al Pacífico, entendido como escenario socio-económico, le fuera otorgado la importancia regional contemporánea en el ámbito de las relaciones globales.⁸

De sus trabajos sobre el este de Asia se desprende una profunda preocupación por trascender el eurocentrismo histórico, y un afán de desmitificar los estereotipos que se han aplicado a las sociedades asiáticas, procurando analizarlas desde su interior, aunque sin descuidar su interacción con el mundo euroamericano. En la obra, mencionada líneas arriba, aún a la concreción circunstancial, el enfoque que cuestiona la tradición y la modernidad, para llegar al trazado de la dimensión de la Nueva España como punto de enlace transpacífico, para de ahí poner al descubierto la

⁷ Lothar Knauth, *Confrontación...*, op. cit.

⁸ "Documentos para la constitución del Centro de Estudios Orientales y del Centro de Estudios Afroasiáticos", México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1966-1975.

naturaleza de las medidas administrativas, como las del shūfūndo (certificados del sello rojo), que controlaban el tránsito de las embarcaciones marítimas, lo mismo que las de la Casa de Contratación de Sevilla, para luego descubrir el juego de intereses comerciales y evangelizadores, que contienen con la institucionalización del budismo zen. Con el afán de hacer inteligible lo que por lo común se considera impenetrable o exótico, analiza desde las posiciones historiográficas hasta las peculiaridades de la ceremonia del té. Esta última así tratada, deja de ser curiosidad o delicadeza en el comportamiento, para revelar, según la frase de su autor, su carácter de “norma institucional para una nueva forma de intercambio entre hombres que de otra manera no habrían podido reunirse”.

En *La Modernidad del Japón*, obra que viera la luz en 1980, y compuesta por nueve ensayos, parte de la relación transpacífica del siglo xvi hasta el siglo xix, abunda sobre los procesos de modernización que hicieron posible el surgimiento del Japón como nación industrializada y poderosa, y concluye que constituyen “algo propio de su tiempo, que tiene carácter de una respuesta eficaz a problemas, retos y necesidades; que requieren solución”,⁹ y que esta nación aplicó, durante la etapa de interacción con la expansión euroamericana, para fortalecer al estado y generar sus propios movimientos expansivos.

Sin embargo, los elementos de comprensión de la historia japonesa van más allá. Otro de los artículos intitulado “Entre acción social y evasión estética. Las ideas en Japón 1808-1945”,¹⁰ penetra en la “mística de lo insignificante” —estimación desorbitada por las piezas pequeñas— y la “mística de lo grandioso”, veneración hacia conceptos simples sobre el misterio del universo, en tanto que tendencias extremas que permitieron, sobre todo la última a finales del siglo xix y principios del xx, la incorporación del positivismo, el darwinismo, la filosofía hegeliana y el marxismo, como corrientes explicatorias de los procesos de confrontación con el exterior, no obstante, al tratarse de esquemas importados resultaron inoperantes para comprender la enajenación sufrida por la sociedad japonesa. De manera

⁹ Lothar Knauth, *La modernidad del Japón*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, 1980 (Opúsculos: Serie Investigación).

¹⁰ Lothar Knauth, “Entre acción social y evasión estética: las ideas en el Japón, 1868-1945”, en *Conciencia y Autenticidad Históricas. Homenaje a Edmondo O’Gorman*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1968.

que Lothar Knauth, agudo en la observación anota: "Para la verdadera comunicación intercultural, los esquemas de explicación universal son nada más que patrones que brillan por su atracción estética y su plausibilidad aparente. Queda la acción social como otra salida de la frustración existencial...", lo cual no es óbice para que dichos procesos lleven al Japón a tomar una auténtica postura "... que permita reconocer que los problemas propios se resuelven difícilmente recurriendo a soluciones elaboradas en circunstancias ajenas; porque la excesiva atracción por los sistemas filosóficos ajenos es otra manera o especie de evasión estética".

Como es de advertirse, Knauth lleva así sus premisas conceptuales a la práctica: analiza a la sociedad japonesa desde dentro, desglosa, en este caso, los patrones literarios adoptados, aprehende el entorno estético, transcribe los vocablos japoneses, escribe sobre ello en español y lo da a conocer a los hispanoparlantes. Y a propósito de elementos estéticos, éstos se volvieron a hacer patentes cuando tradujo y asesoró la puesta en escena de *El trovador Yabujara* de Inoue Jisashi (n. 1934); ahí expresa como objetivo, más que la "fidelidad literal, la transmisión de lo más significativo de la obra: el gozo de lo teatral y de lo absurdo, un gozo que es elemento constitutivo de la cultura histriónica del Japón".¹¹ Nuevamente se colige aquí la presencia de la palabra del historiador...

Otro tanto ocurre con la obra que fuera resultado de un viaje de estudio: *China ¿enigma o ignorancia?*,¹² en la que sostiene que más que un ente enigmático, la realidad cultural china cuenta con racionalidad propia, "y que lo exótico del proceso se deriva en primer lugar, de una ignorancia del trasfondo histórico". Así, con el valor que le es característico, el autor desbroza elementos historiográficos sobre el Reino de en Medio, y analiza los procesos acaecidos luego del fallecimiento del Gran Timonel y las posibilidades de una desmaoización, expresando que "China no está a punto de convertirse en un país capitalista", debido a que "no lo permitirían ni las exigencias de una administración eficaz de recursos, ni los de la industrialización acelerada", y sostiene la pervivencia del socialismo democrático "con menos socialismo y más democracia". La anterior prognosis fue ela-

¹¹ Inoue Jisashi, *El trovador Yabujara*, trad. y pres. Lothar Knauth, prolog. Oscar Zorrilla, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Letras, 1985, p. 13. La obra se estrenó en Tokio en 1973.

¹² Lothar Knauth, *China ¿Enigma o ignorancia?*, México, Editorial Oasis, 1982 (Biblioteca de las Decisiones; 2).

borada al inicio de la década de los años 80, precisamente cuando iniciaron los procesos de reforma y modernización chinos. La realidad actual parece confirmarla, subrayando la presencia del historiador. Después de todo, a pesar de que en sus inicios muchas de las aspiraciones de Lothar Knauth fueron consideradas como “aventuradas”, hoy pueden advertirse como producto de una personalidad visionaria.

En los párrafos anteriores se mencionó cómo el maestro se adelantó a su tiempo inaugurando una cátedra sobre la Cuenca del Pacífico. Pues bien, del mismo modo, al realizar el análisis de los textos de Marx-Engels, que por cierto, quedaron reunidos en la antología *China ¿fósil viviente o transmisor revolucionario?*,¹³ encontró el pronóstico de que la región llegaría a ser “El Mediterráneo del futuro”. Como corolario, y ante la creciente importancia del que fuera *Mar del Sur Hispanis Mare Pacificum*, después de ardua investigación, no exenta de vicisitudes, se publicó la obra *Los mares nos unen. México y la Cuenca del Pacífico*.¹⁴

Como puede observarse la palabra del historiador es vasta, multidireccional: cuán presto se refiere a las necesidades de la enseñanza secundaria, o incluso primaria, como lo manifiestan sus colaboraciones en diversas ediciones de los textos de ciencias sociales mexicanos; cuán presto a las culturas prehispánicas; y pareciendo no bastarle, se dirige al este de Asia y algo más. Para 1976-77, cuando ingresó a su cátedra Introducción a las Culturas del Este de Asia, la tendencia a la universalidad del maestro se había actualizado. En las sesiones de clase explicaba la importancia de la Historia Universal y las premisas que debieran apuntalar su estudio y su ejercicio docente. Las premisas quedaban agrupadas como sigue:

- El proceso histórico no es un relato más, sino un cambio permanente que lleva al futuro y que implica la comprensión de las crisis.
- La historia universal es una experiencia colectiva del hombre.
- La clave para entender es comprender el cambio en todas las esferas (política, económica y social).
- El historiador es quien efectúa las relaciones entre aquéllas.
- La historia universal es una tarea académica creadora que exige esfuerzo de análisis y síntesis.

¹³ Lothar Knauth, *China ¿fósil viviente o transmisor revolucionario?*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1975 (Estudios: 44).

¹⁴ Lothar Knauth, *Los mares nos unen. México y la Cuenca del Pacífico*, México, Banca Serffin, S.N.C., 1989.

De éstas se derivan varias necesidades:

- Evitar la enseñanza verbalista, proporcionar los instrumentos de análisis para reconocer los patrones, analizar sistemas y buscar significados. No a la memorización.

- Investigar con la conciencia de que la indagación histórica es interdisciplinaria y utiliza métodos y datos de otras disciplinas y documentos.

Como es un análisis, la historia tiene alternativas de interpretación, sin embargo, esto no significa prescindir de la cientificidad para interpretar. Las leyes tienen una posibilidad de generalización, pero también están sujetas al cambio. La historia tiene la posibilidad de analizar los procesos a través del tiempo. El material didáctico debe ser multicausal. El lenguaje claro. Esto implica que debe haber métodos y elementos formativos para que el educando aprenda a analizar con un esfuerzo no menor al de las ciencias naturales.

Por otra parte sugiere dividir en módulos: historia, historiografía, historia tradicional. El objetivo de todo esto, nos decía:

es desarrollar una mayor conciencia, nuevos modos de estudio y crítica sobre la relación entre hombre y sociedad, entre las sociedades y la producción del pasado y las posibilidades de predictibilidad. En última instancia, se trata de una formación académica como base para solucionar los problemas, aun los extraescolares. Una relación recíproca y dialéctica entre educación y objetivos de aprendizaje, sin perder de vista la correlación entre libro-maestro y alumno; entre el observador y el objeto de observación.¹³

Ante los azorados ojos de sus alumnos, los conceptos anteriores nos dieron la clave para continuar acudiendo no sólo a sus materias, sino para solicitarle que dirigiera nuestros trabajos de tesis. Su palabra se hacía presente, sencillamente, como una guía para el quehacer histórico, tanto para dirigirnos por el sendero de la historia universal, como para vincularla con la tarea docente y si esa sencillez era capaz de transmitir conceptos de alta abstracción, todo estaba dicho, al menos para quienes teníamos la sensibilidad de captarlo.

Muchas de estas ideas quedaron resumidas en sus participaciones en la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Enseñanza Superior (ANUIES) al formular los Módulos para la Enseñanza de la Historia Uni-

¹³ Vera Valdés Lukowsky, Apuntes del Curso: "Introducción a las Culturas del Este de Asia 1976-1977".

versal, y más tarde en los libros intitulados *La formación del mundo moderno y su correspondiente Antología* y en los textos más recientes sobre el tema, destinados a la enseñanza de la historia en la licenciatura y el bachillerato. En todos ellos destaca también la preocupación por la historia, proceso en la que las mutaciones y la permanencia de los principios eternos de vida se conjugan dramáticamente en el espacio y en el tiempo, susceptible de trascender a la historia suceso.

Y a propósito del tiempo y ante la imposibilidad de contener en este solo instante la complejidad de su obra, hasta aquí, este esbozo sobre el quehacer del historiador Lothar Knauth. Por lo demás, hay que decir que sus colaboraciones en trabajos enciclopédicos y sus libros se encuentran registrados como fuente básica, en alguna ocasión seguidos de comentario elogioso en la bibliografía de investigaciones recientes. Tal vez el diálogo generacional que la palabra escrita hace factible, está posibilitando que la esencia del pensamiento universal de Lothar Knauth, trasponga el umbral del tiempo, constituyéndose en presencia historiográfica.

PRINCIPALES OBRAS DE LOTHAR KNAUTH

- 1952 *Peter Pim in the USA*. Texto de enseñanza del inglés para la Secundaria. Berlín.
- 1952 *Erdol und Erdgas*. Texto de Ciencias Sociales para la Secundaria. Berlín.
- 1953 *Luftverkehr*. Texto de Ciencias Sociales para la Secundaria. Berlín.
- 1953 *Ernährung*. Texto de Ciencias Sociales para la Secundaria. Berlín.
- 1956 "Meeting in Oxford". *Numer One*, v. X, núm. 1. University of Kansas City.
- 1961 "El problema de una nueva visión histórica". *Anuario de Historia I*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 261-273.
- 1961 "El juego de pelota y el rito de decapitación". *Estudios de Cultura Maya*, vol. I. México, UNAM, pp. 103-198.
- 1962 "The teonanacatí —in pre-Conquest Accounts and Today—". *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. III. UNAM, pp. 263-275.
- 1968 "Entre acción social y evasión estética: las ideas en el Japón 1868-1845", en *Conciencia y Autenticidad Históricas. Homenaje a Edmundo O'Gorman*. UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.

- 1968 "Gu dying hsing dyih tu. El primer mapa histórico chino transmitido al mundo europeo". *Asia*, vol. 1. UNAM, Centro de Estudios Orientales, pp.99-155.
- 1969 "Hsi-fang jan-hsúeh dyih fa-duan". Principios de los estudios sobre China en Occidente, en *Summaries of the papers for the 1969 International Sinological Research Seminar*. Taipei.
- 1969 "Un marxismo más dinámico. Consideraciones acerca de la Revolución Cultural". *Asia*, vol. II. UNAM, Centro de Estudios Orientales, pp. 69-82.
- 1970 "El inicio de la sinología occidental". *Estudios Orientales*, vol. 12. El Colegio de México, pp. 1-21.
- 1970 "An end to Heroics: The military Class in Saikaku's Budo denraikj". Inédito.
- 1970 "The role of the wako in the emergency of a concept of the territorial sovereignty in East Asia". Inédito.
- 1970 "Buddhism: Tool of statecraft or core belief?". En *Actas de la Conferencia Internacional acerca de los Estudios del Japón*.
- 1970 "Introducción al estudio de una Conquista". *Revista de la Universidad de México*, vol. XXIIV, núm. 11, julio. UNAM.
- 1972 *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico, 1542-1539*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 426 p. (Serie Historia General ; 8).
- 1972 *Ciencias Sociales*. Texto de Primer Año de Primaria. México.
- 1972 *Ciencias Sociales*. Texto de Segundo Año de Primaria. México.
- 1973 *Ciencias Sociales*. Texto de Tercer Año de Primaria. México.
- 1973 *Ciencias Sociales*. Texto de Quinto Año de Primaria. México.
- 1975 Marx-Engels. *China ¿Fósil viviente o transmisor revolucionario?* México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 216 p. (Estudios; 44).
- 1976 *Programa de Historia Universal Moderna y Contemporánea*. Programa de Desarrollo del Ciclo Superior de la Enseñanza Media, Semestre 1. México.
- 1977 En coautoría. *La formación del mundo moderno*. Texto de Historia Universal. México, Centro para el Estudio de Medios y Procedimientos Avanzados de la Educación, 2 v.

- 1978 *La formación del mundo moderno. Antología de Historia Universal*. México, Centro para el Estudio de Medios y Procedimientos Avanzados de la Educación, 1 v.
- 1978 "Asia", en *La Historia*, México, Dirección General de Difusión Cultural/UNAM, pp. 34-66. (Las Humanidades en el siglo xx, núm. 9).
- 1980 *La modernidad del Japón*, México, Facultad de Filosofía y Letras/ Colegio de Historia/UNAM, 224 p. (Opúsculos/Serie Investigación).
- 1982 *China ¿Enigma o Ignorancia?*, México, Editorial Oasis, 146 p. (col. Biblioteca de las Decisiones).
- 1983 Colaboración: "The relations between Mexico and Japan", en *Kodusha, Encyclopedia of Japan*, Tokyo, 1983.
- 1985 Inoue Jisashi. *El trovador Yabu jara*. Presentación y traducción de L. Knauth, prolog. Oscar Zorrilla, México, Facultad de Filosofía y Letras/ Colegio de Letras/UNAM, 188 p. (Opúsculos).
- 1986 *Ciencias Sociales*. Primer Curso. Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social del Gobierno del Estado de México, Toluca.
- 1986 *Ciencias Sociales*. Segundo Curso. Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social del Gobierno del Estado de México, Toluca.
- 1988 En coautoría. *Política y pensamiento político en Japón, 1926-1982, II*, México, El Colegio de México, 506 p.
- 1988 *Sheng Cheng, Mi madre y mi madre y yo*. Presentación, epílogo histórico y notas de L. Knauth, México, Editorial EDSA.
- 1989 *Los mares nos unen. México y la Cuenca del Pacífico*, México, Banca Serfín/SNC, 206 p., ils.
- 1990 *Antología para Historia Mundial Económica y Social I*. Formación Básica Común. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/UNAM.
- 1990 *Antología para Historia Mundial Económica y Social III*. Formación Básica Común. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/UNAM.
- 1992 "La nueva ruta de los evangelios", en *El Galeón del Pacífico, 1565-1815*. México, Espejo de Obsidiana, pp. 102-135. (Colección Biblioteca del SUA).
- 1992 En coautoría. *Política y pensamiento político en Japón, 1826-1925, I*, México, El Colegio de México, 409 p.
- 1994 *Historia Universal*. Segundo Grado. Educación Básica Secundaria. Apoyo Didáctico. Toluca, Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social, 438 p.

Dos vetas señaladas por Lothar Knauth

Erasmio Sáenz Carrete

Los estudios históricos emprendidos por Lothar Knauth han abierto varias alternativas en el discurso y quehacer históricos. Sus estudios sobre Japón¹ y China, en el contexto de la consolidación y posterior declive del imperio español, aportan luces nuevas para entender mejor las aplicaciones que ello tuvo en una parte de la historia de América bajo influencia hispana. En este sentido, la tarea del historiador en el continente americano ha encontrado nuevos retos, opciones y planteamientos.

El enfoque de Knauth se inscribe en una nueva manera de emprender el quehacer del historiador y el estudio histórico sobre los conflictos de poder. En efecto, su actividad se ubica en varios escenarios. Desde luego, su punto de partida es el Viejo Mundo y los "nuevos mundos", americano y asiático.

En tierras americanas y específicamente mexicanas, Lothar emprende en el ámbito personal —y después por medio de sus discípulos— varias tareas en el área de la investigación histórica. De ellas destacan el estudio de la congregación jesuita y las tramas de los poderes institucionales, donde sobresalen la Iglesia y el Estado. Esas son dos vetas abiertas por Knauth, las cuales, además, son de primera importancia para reflexionar sobre la historia inmediata de América Latina.

En su *Confrontación...*, subraya el papel de la Compañía de Jesús en las relaciones con Japón durante la segunda mitad del siglo xvi e inicios del xvii. Como se sabe, la influencia que tuvo esa congregación en la América española y lusitana fue decisiva en varios de los virreinos, así como en nuevos territorios descubiertos, totalmente administrados por ella, como fueron las Alta y Baja Californias y el actual Paraguay, sin dejar de mencionar la influencia relevante que los jesuitas tuvieron en el Brasil colonial. No es casual que las reformas borbónicas hayan tenido en sus designios la expulsión de los jesuitas de todas las intendencias del imperio español en

¹ Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico, 1542-1639*, México, UNAM, 1972, 426 p.

América. En cierto sentido, esta situación es similar con lo sucedido en el naciente imperio japonés, cuando Toyotomi Jideyoshi, uno de los autores de la unificación japonesa, promulgó el primer Edicto de Expulsión de los jesuitas en julio de 1587,² casi dos siglos antes que el rey Carlos III hiciera lo propio con ellos en sus dominios de América.

Este examen de Knauth propició escenarios de estudio, tanto para el historiador como para el estudioso de lo social. Así, los conflictos Iglesia-Estado, el nuevo papel que ha asumido la iglesia católica como organismo internacional en varios países, particularmente en México, y el estudio de los grupos de poder próximos a la Iglesia —jesuitas, dominicos, *Opus Dei* o Legionarios de Cristo—, ofrecen una veta de estudio para entender a los actores que se ubican en distintos espacios de la realidad social. Estudios recientes, como el de Camp,³ pueden situarse en derroteros semejantes, ya que se realizan desde una perspectiva sociológico-histórica. Desde luego, surgen cada vez más estudios que elucidan en el tiempo los conflictos Iglesia-Estado en periodos neurálgicos, como el que analiza Mario Ramírez Rancaño,⁴ durante la última etapa de la Revolución Mexicana, y la obra de Jean Meyer sobre los cristeros.⁵

LOS JESUITAS

No es fácil entender el devenir histórico de América Latina sin referirse, por supuesto, al papel que ha jugado y juega esa orden religiosa en la formación de las élites y en la avanzada misionera que tuvieron en varias regiones de América del Norte, Nueva Vizcaya, toda la Nueva España, Brasil y Paraguay.

Al respecto, Knauth examina con cuidado su intervención temprana en el Japón. Su desempeño, como se vé, deja mucho que desear:

Hacia 1645, los intereses jesuitas se habían dirigido a otras regiones más prometedoras. La orden que había obtenido su utopía de la selva en Paraguay, casi controlaba la política del gobernador de Filipinas, y en Europa trataba de salvaguardar la causa del Imperio Germánico cuya corte manipulaba.⁶

² *Ibid.*, pp. 166 ss.

³ Roderic Ai Camp, *Cruce de espadas. Política y religión en México*, México, Siglo XXI Editores, 1998.

⁴ Mario Ramírez Rancaño, "El destierro de la cúpula eclesial durante la Revolución", *Perspectivas históricas*, núm. 3, México, julio-diciembre de 1998, pp. 11-43.

⁵ Jean Meyer, *La guerra de los cristeros*, México, Siglo XXI Editores, 1994, 3 t.

⁶ L. Knauth, *op. cit.*, p. 358.

La originalidad y profundidad del estudio de Knauth sobre la Compañía de Jesús, reside en el examen de sus relaciones internacionales y su perspectiva como una orden internacional. De otro modo no se entiende su fracaso en el Japón, los signos de vitalidad y acción diferente en Paraguay, así como el viraje de su obra misionera en la Nueva Vizcaya y las Californias. Debido a sus intereses internacionales, la presencia de la Compañía en Japón no fue favorable, pues su estrategia de apertura impidió que Japón se abriera a Occidente en el siglo xvii. Por el contrario, esa misma causa aceleró el proceso de unificación nacional y de fortalecimiento de las relaciones internacionales autónomas de aquel naciente Estado-nación en la segunda mitad del siglo xix.

Lo que queda claro en el análisis de Knauth, es la falta de sensibilidad de los jesuitas en el Japón, al que querían cristianizar desde el siglo xvi, a partir de su relación con las élites. No en balde el autor hace un juicio muy severo sobre esta falta de visión de los jesuitas de entonces.

En Brasil los jesuitas tuvieron mayor presencia que en Hispanoamérica, formando, en los inicios del siglo xvii, “la conciencia de la Iglesia en el Brasil colonial”.⁷ Por otra parte, no se ha analizado con propiedad la influencia que tuvieron los jesuitas en la conformación de la conciencia indígena continental a raíz de su implantación en regiones de frontera de los territorios colonizados, y luego en la conformación de los Estados nacionales. Por ello, es conveniente un estudio retrospectivo que dé cuenta del impacto que tuvo la expulsión de los jesuitas de la América hispana y lusitana. Para el caso de México, su ausencia en los territorios de las Californias y Nuevo México, aceleró el proceso de su anexión a Estados Unidos.

Queda por estudiarse la influencia jesuítica en el siglo xx, sobre todo en relación con la nueva postura ética —“opción por los pobres”— que toma impulso luego de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en 1968, así como en la conformación del movimiento llamado Teología de la Liberación. Es destacable la actuación de las universidades jesuitas en América Central y en algunos países del Cono Sur. En este sentido, no es casual que uno de los impulsores de la tercera ola de la Teología de la Liberación fuera el jesuita Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador; y que Gustavo Gutiérrez, también jesuita y

⁷ Enrique Dusell, *Teología de la Liberación*, México, Potrerillos Editores, 1995, p. 50.

profesor de la Universidad Católica de Lima, haya irradiado su pensamiento desde ella. A lo anterior se suman varias publicaciones con el sello de la Compañía de Jesús, que jugaron un papel preponderante en la difusión de la Teología de la Liberación y del compromiso con los pobres y los indígenas. Así, la aparición en México de la revista *Christus* causó gran impacto, como lo hizo *Diálogo Social* en Panamá. Desde tal perspectiva no sorprende que en los últimos años los jesuitas hayan tenido una prelatura en la Tarahumara mexicana, ni sorprende su presencia en el estado de Chiapas y en zonas deprimidas del México contemporáneo, donde tiene gran trascendencia política. Esto, desde luego, ha sido causa de fuertes conflictos con el Estado y grupos sociales opuestos a cambios en favor de las poblaciones oprimidas.

Knauth dedicó una buena parte de su investigación sobre Japón al estudio de la Compañía de Jesús y su papel en relación con los pobres. Ese antecedente aclara cómo en este siglo surgió un movimiento en América Latina que se sitúa principalmente al lado de los pobres. Veamos al respecto qué dice uno de sus creadores:

La teología de la liberación surge... no por un prurito academicista de originalidad, o por el placer a la criticidad, ni por una intención de negación de la Iglesia en su jerarquía, en su institucionalidad, etcétera; surge, muy por el contrario, para llenar la necesidad de suplir 'esquemas teológicos' insuficientes, no adecuados para acompañar u hacer crecer la 'fe' del cristiano en una época de crisis, de profundos conflictos, y hasta en situaciones revolucionarias frecuentemente.⁸

En otras palabras, es acompañar a los cristianos latinoamericanos, desde una perspectiva nueva, para que analicen la fe cristiana a partir del paradigma del Éxodo. El método y discurso de la liberación no busca otra cosa que estar cerca de los oprimidos y los pobres de esta región. Desde luego, llegar a esta postura ha representado un conflicto en el seno de las iglesias latinoamericanas, quizás el más notorio se ha dado en la Iglesia Católica.

LOS DERECHOS DE LOS PUEBLOS

Otro tema pautado por la obra de Lothar Knauth es el del derecho de los pueblos que buscan su autodeterminación. En efecto, la presencia extranje-

⁸ *Ibid.*, p. 119.

ra en Japón —portugueses y españoles— sirvió para que sus autoridades buscaran relaciones externas con sus competidores ingleses y holandeses a partir de reglas propias. Con ello, la incipiente nación reunificada comenzaría muy pronto sus relaciones internacionales sobre la base de su soberanía:

En Japón, modernidad significaba el ejercicio de la jurisdicción como prerrogativa nacional, el control positivo del acceso a las costas y la reglamentación de importaciones... Las dos lecciones que se aprendieron fueron que una nación cualquiera sin importar su herencia cultural, podía resistir la agresión euroamericana siempre que mantuviera la señoría de su casa; y que las tradiciones autóctonas no debían abandonarse sólo porque existían alternativas extranjeras... Su temprano sentido de soberanía y carácter nacional le sirvió también en el segundo turno [durante la apertura de finales del siglo XIX].⁹

Para tal propósito los japoneses buscaron justificaciones en las fuentes budista y confucionista. Es más, el budismo se convirtió en el aliado natural del Estado y de su idiosincrasia. De ahí que en el proceso de unificación nacional

[se utilizaron] ideologías tradicionales propias para afirmar la soberanía del país, especialmente después de haber fracasado el intento de imbuir al cristianismo dentro del contexto japonés. Como carecía de una amplia base popular, la ofensiva intelectual cristiana se frustró.¹⁰

Los jesuitas no lograron llegar al fondo de las creencias populares, lo mismo que ocurrió con los franciscanos, aunque hicieron serios intentos. Las llamadas órdenes mendicantes se opusieron a un enfoque acomodaticio basado en la aceptación de las élites. A pesar de todo

el ideario del Estado neoconfucionista exigía la unidad ideológica y las frecuentes persecuciones de los cristianos comprobaron que cualquier reto a la hegemonía de la ortodoxia neoconfucionista no sería tolerado. Los jesuitas trataron de conservar su influencia a través de una política de acomodamiento, explicando a Roma que después de todo, el confucianismo se parecía mucho a la fe cristiana. Por eso provocaron la ira de sus comisioneros de las órdenes mendicantes que insistían predicar un Dios, crucificado y misericordioso. El desenlace fue la 'Controversia de los Ritos' la que tampoco benefició la tarea misionera.¹¹

⁹ L. Knauth, *La modernidad del Japón*, México, UNAM, 1980, p. 360.

¹⁰ *Ibid.*, p. 42.

¹¹ L. Knauth, *China: ¿enigma o ignorancia?*, México, Oasis, 1982, p. 34.

Al respecto conviene referirse a la controversia que suscitaría Bartolomé de las Casas y que sería retomada por gran parte de los dominicos, lo que, con Vitoria, sería el sustento del derecho de los pueblos a determinar su destino. Por ello, resulta oportuno apuntar aquí las razones por las que Las Casas consideraba a los distintos pueblos de las Indias como seres libres, aptos para decidir por sí mismos, incluida su forma de gobierno.

Manifiesto es que estas gentes, en todas estas Indias, las hallámoslas en pueblos y grandes pueblos poblados, que es señal y argumento grande de razón; hallámoslas con señores poderosos que las regían y gobernaban; hallámoslas pacíficas y en sus repúblicas ordenadas y que cada uno de los vecinos tenía y gozaba de su hacienda, casa y estado... tienen orden de república, tienen prudencia gubernativa y electiva, porque eligen los reyes que los rijan; tienen leyes por que se rigen, a que obedecen y temen y a quien los corrija y castigue; tienen gran cuidado de la vida social; luego no son siervos por natura.¹²

Con la Revolución Francesa y bajo la inspiración del Siglo de las Luces, se irá conformando el concepto de la soberanía del pueblo, como principio y fin de los Estados. Estos postulados tendrán su influjo en la mayor parte de las guerras independentistas y posteriormente en las constituciones de los países latinoamericanos.

En una perspectiva similar, en el siglo XIX Japón tuvo su "revolución cultural" y experimentó influencias de los autores del Siglo de las Luces, así como de John Stuart Mill, Charles Darwin, y aún Herbert Spencer. Estas influencias determinaron su estructura política, en particular la formación de una monarquía parlamentaria, donde el emperador tuvo desde entonces un papel simbólico y protocolario, sin poder real:

A pesar de que el movimiento por los derechos populares (*minkenundo*) se encontró con el pensamiento francés, en general el mundo intelectual de vanguardia pasó por una especie de Ilustración, que tenía fuertes elementos que correspondían a las ideas usuales del mundo anglosajón.¹³

En fin, la obra de Lothar Knauth ha abierto nuevos horizontes en el estudio de las relaciones de Japón y China con España y América Latina, y los actores que intervinieron en esta mediación, especialmente los jesuitas. Los temas y planteamientos de este autor suscitan nuevos enfoques: la influencia de los jesuitas en otras regiones del mundo, los derechos de los

¹² Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, México, FCE, 1981, t. III, pp. 348-349.

¹³ L. Knauth, *La modernidad...*, op. cit., p. 106.

pueblos y los conflictos de poder, entre otros. Todos ellos formando una plataforma analítica que permite entender mejor la historia inmediata, especialmente en América Latina.

RESEÑAS

Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico 1512-1639*

Lothar Knauth

Inscrito en una larga tradición historiográfica varias veces secular, el libro de Lothar Knauth viene a llenar, por medio de una magistral síntesis, una laguna en la historia de la expansión imperial hispánica del siglo xvi. Este proceso, del que muchos especialistas han hablado sin conocerlo, se ha presentado a menudo a los ojos de los "diletantes" de la historia como un capítulo exótico de la historia europea; ecos de la historiografía ilustrada, cuya frivolidad —quien lo dijera— tiene preclaros representantes en la actualidad.

Árdua era la tarea por la abundancia de fuentes impresas, no sólo contemporáneas sino también de los siglos xvi, xvii y xviii, amén de la copiosa documentación inédita que se encuentra en los archivos de México y España. La recopilación de este material representaba una labor gigantesca, de tal forma que no nos debe extrañar la ausencia de algunas fuentes que hubiesen venido a corroborar las tesis de Knauth. Omisión excusable en algunos casos y sobre todo en el que aquí analizamos, ya que el autor quiso enfocar el proceso expansionista hispánico usando primordialmente fuentes japonesas que permitiesen una visión desde el "otro lado", colocando como en un mural la ingente masa de material disperso y que resultaba a los ojos de muchos como incoherente y difuso.



* Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico. 1512-1639*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972, 423 p., Ilus., mapas (Serie de historia general; 8). Hemos creído conveniente reproducir esta reseña, a 25 años de aparecida en *Historia Mexicana*, vol. XXIV, núm. 2, octubre-diciembre, 1974, pp. 308-315, para mostrar la pertinencia y vigencia de uno de los mejores trabajos de Lothar Knauth.

Si siguiendo las pautas marcadas por textos ya clásicos sobre la expansión europea, como los de J.H. Parry, Knauth empieza por darnos una visión de conjunto de los protagonistas de lo que él llama —con un término poco afortunado— “confrontación”: la España y el Japón de los siglos xv y xvi. Este enfoque introductorio resulta valioso ya que permite al autor y al lector, correr con desembarazo en los capítulos subsecuentes.

Las etapas de la expansión hispánica (1521-1565) son narrados en forma sumaria hasta llegar al famoso tornaviaje de Urdaneta (1565), hecho que destacó la importancia de Acapulco en particular y de la Nueva España en general, en el proceso imperialista transpacífico. Juntamente a esta descripción de tan interesante y a menudo injustamente olvidada trayectoria de la tentativa hispánica, Knauth pone de relieve la importancia de la maquinaria burocrática española tendiente a concertar y armonizar los movimientos de sus vastos dominios. Esto permite al lector captar los alcances de la colonización filipina y la instauración y progresos de la administración eclesiástica y secular ahí instalada (1583-84). El contacto con Cipango y China no tendría significado sin la pormenorizada descripción lograda por Knauth. Asimismo, es digno de mención el hecho —en torno al cual el autor hace girar buena parte de la dinámica de su espléndido trabajo— de la unificación de las coronas hispánica y portuguesa (1580). Esta circunstancia, (olvidada o tratada sólo de paso por algunos autores, llegará a ser en ciertos pasajes el *leitmotiv*, de lo que Knauth llama acertadamente la expansión por “rutas alternas” hacia el Oriente, sea por el Cabo de Buena Esperanza o bien por el Estrecho de Magallanes. La unión hispano-lusitana jugará un papel preponderante en el “fracaso” de la expansión hispánica transpacífica. Sin esta premisa resultaría inexplicable mucho del juego político que el autor quiso sacar a luz, sobre todo en lo referente al papel desarrollado por la Compañía de Jesús en Asia en la segunda mitad del siglo xvi.

En este punto detiene Knauth su descripción para enfocar la lente en sentido contrario. En buena medida este juego de “ir y venir” le permite configurar un proceso casi dialéctico que a la par de darle agilidad a la narración, permite captar los entretelones de lo que hasta ahora sólo había sido esbozado superficialmente: el fracaso de la idea imperialista hispánica —tal como Oviedo o Gómara la concibieron— ante una estructura de poder alejada totalmente de los patrones europeos de política internacional.

La importancia del shogunado se perfila después de las pugnas feudales entre lo que el autor llama “clanes seculares”. Esa “dictadura militar”, *avant la lettre*, es descrita con pormenores verdaderamente chinoscos, de tal forma que los que estamos acostumbrados a la lectura de textos europeos referentes al Japón y a China, se nos ocultaba en buena medida la íntima naturaleza de esa “institución” político-militar. Knauth muestra la consolidación del shogunado desde la época de Minamoto Yoritomo en el siglo xii, pudiendo con ello explicarnos muchas de las incógnitas de la evolución política, económica y social del Japón entre dicho siglo y el xvi. Las pugnas y rivalidades —abiertas o solapadas— entre las diferentes y poderosas casas van delineando el proceso de unificación nacional japonés, por un aparentemente sencillo proceso de eliminación, de tal forma que cuando llegamos al siglo xvi, sólo un análisis verdaderamente serio del material disponible y un profundo conocimiento del espíritu japonés hubiese permitido lograr una narración que no cayese en el caos.

Knauth alcanza aquí una de sus mejores síntesis. Pese a la gran cantidad de datos, podemos asir con facilidad los hilos de la narración, en la que el autor va destacando, en una especie de narrativa pluridimensional, el papel de las fuerzas políticas, sociales y religiosas, de tal forma que cuando aparece la figura a la vez trágica y vigorosa de Oda Nobunaga (1560), el autor bien pudo descansar y recapitular. Cuando Knauth introduce la personalidad del "heredero" de Nobunaga, Toyotomi Jideyoshi, el planteamiento de la "confrontación" está ya dado, pero el autor —quien insiste en no dejar cabos sueltos— pone de relieve la "afluencia" de la nueva aristocracia militar japonesa, proveniente de capas sociales bajas, que se pone en situación de igualdad con la vieja aristocracia hereditaria. Este hecho será un factor determinante del desplazamiento —si bien transitorio— de lo que el autor llama "valores tradicionales" y en un momento en el que el neoconfucianismo aún no se manifestaba abiertamente. Esta coyuntura favoreció sin duda el éxito de los primeros contactos hispano-japoneses, y muestra que lo que después sería ya una "empresa fracasada" no era tal en la penúltima década del siglo xvi. La actitud de Jideyoshi hacia los cristianos en este primer momento resultaba muy sugestiva y revela una faceta poco conocida de la política japonesa.

El capítulo a la vez central y más interesante a nuestro modo de ver, es el referente a la Compañía de Jesús y su labor misionera en el Japón. Esta "guardia pretoriana de la Contrarreforma" emplea una novedosa táctica evangelizadora. A pesar de la erudita investigación hecha por Knauth en torno a la labor jesuítica en Asia, nos parecen un poco tajantes ciertas afirmaciones suyas en lo referente al espíritu de la orden y a su sujeción "sin remedio" al curso de la Contrarreforma (p. 94). No coincidimos con el autor en su idea que sostiene que para el año de 1574 la orden de Loyola se había "separado por completo de los intereses nacionales de España", afirmación que requeriría calar más hondo en los textos a efecto de apoyar un poco mejor tan discutible afirmación. Si coincidimos, empero, con el autor en su censura de la historiografía anglosajona y, añadimos nosotros, de sus epígonos españoles o hispanoamericanos, quienes al afirmar que España ha perdido dos veces la batalla y al comunicar su "desprecio por la experiencia ibérica" ante las generaciones de estudiosos de los siglos xix y xx, no hacen sino revivir aspectos de la peor "leyenda negra", declamatoria y ditirámica. La seriedad de dichas afirmaciones deja mucho que desear en cuanto al conocimiento que se declara tener de la historia de Europa.

Desde el primer contacto jesuita con Japón (1549) en el que aparecen personajes de relieve tales como Cosme de Torres y Francisco Javier, ya presentimos el fiasco de la labor jesuítica. La imposibilidad de manipular a las élites japonesas fue un hecho conocido por la Compañía desde esos primeros años. La terquedad jesuítica y la pugna luso-española harán el resto y aunque la labor diplomática del padre Valignano "gran defensor del monopolio misionero jesuita" (p. 184), se anota un triunfo, la empresa ya había fracasado de hecho para 1580. La nueva política de consolidación nacional emprendida por Jideyoshi (pp. 111 y ss.) marca el punto de inflexión de las relaciones hispano-japonesas. El proceso en los años siguientes será en muchos aspectos irreversible. Así, la expulsión de los jesuitas en 1587 no es más que la patente manifestación de esta ruptura: "el plan jesuita de controlar los territorios locales y manipular a los señores regionales, sin considerar para nada los intereses japoneses, había fracasado por completo" (p. 117).

Knauth llama atinadamente a lo que sigue “uno de los capítulos más sombríos” del galimatías luso-español al que había de sumarse el de franciscanos y jesuitas. La pugna tetragonal acabó con lo poco que quedaba por salvarse. La muerte de los veintiún franciscanos españoles es una de las peores y más detestables páginas de la historia de la Compañía de Jesús cuya nefasta e hipócrita política es exhibida por Knauth con claridad e imparcialidad notables. La actividad del obispo jesuita Martínez y su tortuosa diplomacia pro lusitana no se detuvo ni en el sacrificio de los mendicantes, si con ello lograba apuntar un triunfo a la política antiespañola de Portugal que, por otra parte, no era tan *sotto voce* como Knauth a veces insinúa.

Un primer epílogo, aventura el autor, al final de esta sección y a un poco menos de la mitad de su obra (pp. 140-143). Embarcado en el clásico estilo de las “vidas paralelas” Jideyoshi-Felipe II, pronto desiste afortunadamente de su iniciativa y se concreta a recapitular. Aunque el paralelismo resultaba ilustrativo, la intención de Knauth, veinte siglos después de Plutarco, aunque de buena fe, era totalmente obsoleta. Pero los devancos geométricos de Knauth revelan de nueva cuenta a la historiografía tradicional y puramente descriptiva, lo no evidente: los componentes religiosos y políticos de la unificación japonesa y española: “una ideología unificada y un marco religioso común”. El paralelismo no lleva sino a contrastar el fracaso en Japón de los métodos utilizados por los jesuitas en Europa. Lo que en el Viejo Mundo fue el apoyo al poder central, en el Japón, la “caballería ligera del Papa”, o sea los ignacianos, fracasarían, no por otra causa sino por que los reactivos no se catalizaban con la misma diplomacia y el poder central resultaba ser aquí el obstáculo. La paradoja resultaba muy sugestiva.

Desde 1598 la política de Felipe II no hace sino estrellarse impotente —y excluyente— frente a un nuevo juego de poderes que hacen cada vez más compleja la situación, pese a que en los primeros años de la siguiente centuria el papel de la Nueva España — con sus mercados, minerales y situación geográfica— allanaba el camino a una nueva tentativa de acercamiento transpacífico. La ofensiva diplomática española nuevamente inadaptada, se enfrenta con las mismas armas a un Japón unificado y fortalecido ideológicamente bajo los Tokugawa.

La penetración de holandeses e ingleses, quienes, aprovecharan, entre otras cosas, la lentitud de la pesada burocracia española para filtrarse con habilidad en el prometedor imperio hispánico de ultramar, logra sus primeros triunfos. Las guerras sostenidas con los protestantes, donde quizás España se vio en muchos casos arrastrada como campeón pánico de la contrarreforma católica, y la separación de Portugal, liquidaría muchas de las ilusiones españolas.

En un proceso de contracción y consolidación, el gigantesco imperio hispánico de ultramar sólo conservaría para sí las Filipinas, y abandonaría a otros países de Europa, —menos preocupados por la conquista espiritual que por la apertura de mercados— a la China y el Japón. Este repliegue lo atribuye Knauth, y con razón, a esa nociva obstinación de inspiración contrarreformista, que, cerrada y confiada, llevó a España a exaltar y aceptar solamente sus propios valores. Esto le impidió “molestarse en investigar otras formas de conducta socio-religiosa” (pp. 261-62). La labor de franciscanos y dominicos

resultaba extemporánea. Sus querellas con los jesuitas no hicieron sino fortalecer la tendencia unificadora japonesa, además de que, como dice el autor, "el desprecio a la tradición japonesa fue sin duda la raíz de todos los males". Esta actitud excluirá en un primer momento al cristianismo hispánico y cuando los intereses protestantes aprovechan la coyuntura y hacen el juego a los dirigentes japoneses, excluirán también a los mercaderes ibéricos. Con una nueva mentalidad mercantil y con un concepto bien definido del poderío político basado en el económico, Holanda e Inglaterra se disputarán el botín asiático en detrimento de España y por tanto también de la Nueva España, cuyos mercados y puertos se cerraron (p. 289). El hábil juego de los Tokugawa favoreció esta situación. Respetando al poder central aunque sólo fuera en apariencia, y aceptando tener sólo intereses económicos y no proselitistas o doctrinarios, aquellas dos naciones protestantes lograron captar la simpatía del shogunado con la consiguiente —y esperada— apertura de sus mercados.

Aquí termina Knauth su "confrontación" que lo es tal en la medida en la que opone dos visiones europeas totalmente diferentes frente a un objetivo común: la imperial y ecuménica hispánica (la *Hispania Victrix* de Gómara, que resultaba inoperante en el siglo xvii al lograr España su máxima capacidad de expansión), y por otro lado la más moderna concepción nacional y, particularmente capitalista y protestante, tal y como Max Weber la definió, de Holanda e Inglaterra.

Sí hay "confrontación" pero no entre España y Japón, sino entre las potencias europeas y esta última no sólo fue "transpacífica". El título de la obra es pues engañoso y sólo parcialmente exacto. Por ello Knauth, con un simplismo poco congruente con lo que ha expuesto en su obra, concluye diciendo que la "confrontación" entre Japón y España "terminó en empate". Conclusión ligera y difícilmente aceptable y que abre una incógnita a la interpretación de los sucesos euro-asiáticos de los siglos xvi y xvii.

Muy pocas apostillas se le pueden poner sin embargo a tan vasta e interesante obra tomada en su conjunto. La erudición desplegada por el autor, tan befada últimamente por la lírica intelectual contemporánea, hubiese llegado a abrumar de no ser por el toque literario, ágil y versátil, de su colaboradora Amida de la Vara. El lector lejos de sentirse "atrapado" es consciente de que lo ahí expuesto tiene un sólido basamento doxográfico. La bibliografía muestra que la investigación no recurrió a artificios que pudiesen ocultar lagunas por falta de documentación. Un trabajo de esta índole no podía menos de apoyarse en una amplia investigación donde la erudición —y aquí más que en otras investigaciones— debió jugar importante papel.

No obstante lo anterior, percibimos dos omisiones bibliográficas a nuestro parecer capitales. Primeramente la *Historiae Societatis Iesu* de Nicolao Orlandino (Roma, 1615), que comprende la historia de la Compañía de Jesús en los primeros años y que creemos hubiese sido de gran utilidad para la comprensión de la diplomacia jesuítica. En segundo lugar notamos la ausencia de una obra básica para la historia del período investigado por Knauth. Se trata de la *Historia y relación de lo sucedido en los reinos de Japón y China*, del jesuita Pedro Morejón (Lisboa, 1621) y aunque este sacerdote es citado por el autor todo parece indicar que no tuvo acceso a tan importante crónica.

Es indudable que una crítica interna de la obra nos revela asimismo la objetividad con que el autor trabajó sus materiales. (Recientemente un inteligente escritor se ha referido a

esta labor del historiador con términos poco usuales. La ha llamado: "la supuesta objetividad de la ciencia histórica". Esta crítica, que se nos antoja improvisada, nos llevaría a abundar aquí sobre un tema tan antiguo como inútil e insoluble. No es éste el lugar para volver sobre el asunto; bástenos decir que es inaceptable de todo punto esa teoría trasnochada y anacrónica, propia de filósofos improvisados, que "objetivamente" pretenden criticar la objetividad del conocimiento histórico).

El libro de Knauth, por su mismo carácter erudito y de disertación a alto nivel académico, va dirigido a los estudiosos verdaderamente serios de estos temas, de ahí que no pueda pretender conquistar "mercados de consumo". Peculiar noción la de aquéllos que piensan que la labor intelectual y en particular la histórica es mercancía regida por leyes de oferta y demanda. Mucho se desconoce la labor del historiador cuando se la critica en términos mercantiles de fisiócrata dieciochesco.

Knauth nos ha dado pues una obra digna de encomio en muchos aspectos, el mayor de los cuales es ciertamente el haber ayudado a restituir en su justo punto el papel de España en el Pacífico en el siglo hispánico por excelencia. Obras como ésta y en ediciones tan cuidadas (baste sólo pensar en el glosario que figura al final de la obra), indudablemente representan un logro, tanto intelectual del autor como editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México del que nuestro país puede sentirse orgulloso.

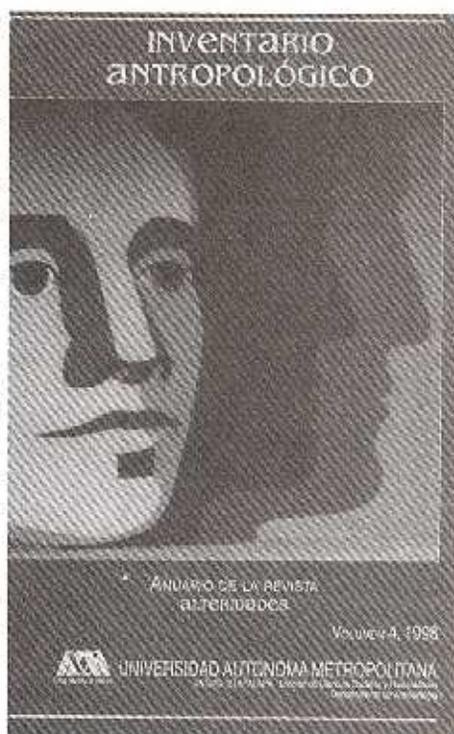
Reseña de Elías Trabulse

El inventario antropológico*

Desde 1995, el grupo que edita la Revista *Alteridades* ha desplegado un audaz y fructífero esfuerzo, al editar desde entonces un *Inventario Antropológico*. En ese esfuerzo concurren, además de los antropólogos de la Universidad Autónoma Metropolitana –casa que auspicia la edición *Alteridades*–, muchos otros antropólogos y demás científicos sociales pertenecientes a diversas instituciones de educación superior, que informan sobre las actividades antropológicas en el país.

Los editores del *Inventario Antropológico* se propusieron como objetivo establecer mecanismos de información y comunicación útiles para los miembros de la comunidad antropológica mexicana e internacional, interesados en las actividades antropológicas que se realizan en México. En términos generales, el objetivo está siendo bien logrado, hecho que se mira en la propia evolución y mejoramiento del *Inventario Antropológico*. Éste se constituye de los siguientes apartados: artículos de revisión; reseñas de diversos tipos de trabajos publicados recientemente; eventos ocurridos durante el año de referencia; aspectos de la formación antropológica (nuevos planes de estudio y/o reestructuración de los ya existentes); grados académicos obtenidos; fichas bibliográficas; directorio de instituciones y anexos útiles.

En el número cuatro, que ahora se presenta, y el cual cuenta con 543 páginas, se publicaron tres artículos de revisión. El primero versa sobre la religión entre los zoques; el segundo aborda de manera panorámica los estudios antropológicos y los movimientos indígenas en México; y el tercero presenta y comenta una extensa bibliografía sobre aspectos antropológicos de la Sierra de Zongolica, Veracruz. Esos tres textos estuvieron a cargo de Miguel Lisbona Guillén, Laura R. Valladares de la Cruz y María Teresa Rodríguez,



*Esteban Krotz (dir.), *Inventario Antropológico. Anuario de la Revista Alteridades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Editorial Ducere, 1998, volumen 4, 543 p.

respectivamente. Esos trabajos muestra también, entre otras cosas, que la veta etnográfica para estudiar a los zoques es aún grande; que los movimientos indígenas siguen estando en el centro de la agenda y debate nacionales; y que la riqueza antropológica de la sierra de Zongolica continua siendo objeto de múltiples estudios.

Como en los tres anteriores, en este número del *Inventario Antropológico* la temática de las reseñas es variada, como lo es la de las reuniones, eventos, seminarios y proyectos de corte antropológico o social en general, que tuvieron lugar durante el periodo reseñado. Así, por ejemplo, se presentan 16 reseñas, entre las que se pueden mencionar: *Aquellos que vuelan: los totonacos en el siglo XIX*, de Victoria Chenaut; *Etnia, estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*, de Enrique Florescano; *La cocina mexicana a través de los siglos: época prehispánica*, de Fernán González de la Vara; *El náhuatl de Tehuacán-Zongolica*, de Andrés Hasler Hangert; *Introducción al sistema de cargos* (antología), de Leif Korbaseck; *El ropaje de la tierra: naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*, coordinado por Luisa Paré y Martha Judith Sánchez; *El Museo Nacional de Historia en voz de sus directores*, de Carlos Vázquez Olvera.

En cuanto a las reuniones, eventos o seminarios, este volumen reporta 15, entre los cuales vale mencionar los siguientes: el "Homenaje a Alfonso Villa Rojas", en la Universidad de Quintana Roo; el encuentro sobre "La construcción social del género: objeto, sujeto y jerarquía de valores"; la exposición itinerante originada en el Museo de las Culturas, bajo el título "La cultura de la caza-recolección hacia el tercer milenio"; el coloquio sobre "Indigenismo, globalización y nuevos procesos identitarios", en el CIESAS-Golfo; el diplomado en "Costumbre, justicia y desarrollo en la Tarahumara; el coloquio "Mesoamérica: una polémica científica, un dilema histórico"; así como la "Novena Feria del Libro de Antropología e Historia".

En la sección de seminarios, programas, proyectos e instituciones, se documentan dos eventos antropológicos interesantes: primero, los "Quince años de investigación antropológica en la Universidad Autónoma de Querétaro"; el segundo, "El Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana".

La sección de noticias sobre programas de estudios comprende cinco de ellos: El Posgrado en Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras/Instituto de Investigaciones Antropológicas), donde concurre lo más granado de los cuadros antropológicos del país; la Cuarta generación de la Maestría en Lingüística Indoeuropea (CIESAS-INT); la Revisión de la enseñanza de la museología y la museografía en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía "Manuel del Castillo Negrete"; el Nuevo Plan de Estudios de la Maestría en Antropología Social del CIESAS-D.F.; y el Programa de Becarios del CIESAS en 1997.

En la sección de grados académicos otorgados y tesis presentadas durante 1997, se reportan 185 tesis en el nivel de licenciatura, 40 en el de maestría, y 31 en el de doctorado. Estas tesis se inscribieron en 30 diferentes especialidades que se ofrecen en 13 instituciones nacionales que cuentan con estudios antropológicos. En este sentido, si se miran con atención estas cifras, el número de graduados y postgraduados no es insignificante: se trata de 256 diplomas obtenidos durante 1997. Desde cierta perspectiva pueden parecer

poco numerosos, dada la población del país. Pero desde otro punto de vista, su número no es insignificante, corresponden aproximadamente a unos doscientos individuos que potencialmente se integran al mercado de trabajo, muchos de ellos en el propio ámbito antropológico. Sin embargo, uno se pregunta, ¿dónde van a trabajar esas personas si la oferta especializada del mercado laboral es sumamente restringida? Quizá valdría la pena hacer un estudio sobre las tendencias del mercado de trabajo en relación con los antropólogos.

De la sección titulada "Publicaciones periódicas", es importante hacer notar algunas cifras. Según el *Inventario Antropológico*, se publican en México 22 revistas especializadas, que durante 1997 reportaron —en algunos casos con bastante retraso— números o volúmenes conteniendo cerca 750 artículos. Además, se informa de 12 boletines en 53 números, propios de instituciones con intereses antropológicos, así como de 2 revistas estudiantiles en 6 volúmenes. Por otra parte, ese anuario incluye títulos de más de 500 artículos, donde están involucrados aproximadamente 360 autores. Esto representa una producción considerable, sin contar que la totalidad de los escritos publicados por muchos otros investigadores y profesores no se han comprendido en las páginas del *Inventario Antropológico*. Con todo, lo que reporta ese anuario en el ámbito de las publicaciones, da una buena idea de lo que se produce en el país en relación con las actividades antropológicas.

Por último, el *Inventario* incluye dos anexos de abreviaturas utilizadas, y un directorio de instituciones y publicaciones antropológicas, lo que facilita el manejo de la información en él contenida, así como una convocatoria para colaboraciones.

El *Inventario Antropológico*, producto de un gran esfuerzo colectivo, a cuya cabeza se encuentra Esteban Krötz, resulta un excelente instrumento de trabajo, pues la información que contiene es en sí misma muy valiosa. No es sólo el mejor anuario antropológico del país, sino el único, que sepamos; difunde las diversas actividades antropológicas y hace converger, de múltiples maneras, a los interesados en ellas, y ese es quizá su mejor logro.

Por lo demás, ese anuario da cuenta de la existencia de una actividad antropológica en México muy rica y diversa. Pero precisamente en este aspecto cabe preguntarse si todo el contenido del *Inventario Antropológico*, ya sean los artículos de revisión, las reseñas, los eventos, los grados obtenidos o las exposiciones, es en estricto sentido de índole antropológica. En efecto, varios de los temas tratados en las diferentes secciones de ese anuario no sólo frisarían otras disciplinas, sino que, al menos formalmente, se inscriben cabalmente en ellas. Un par de botones muestra: el tema de una tesis doctoral presentada en el CESAS-Occidente, bajo el título *La distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica*, de Fernando Cortés Cáceres (p. 429); y la presentación de los índices de los números 34, 35 y 36 de la Revista *Historias*, de la Dirección de Investigaciones Históricas del INAH (p. 463).

Esta situación plantea otra pregunta: ¿cuál es la especificidad de las múltiples actividades que se reportan en el *Inventario Antropológico*? Por supuesto, la cuestión no se ciñe a la forma sino al fondo, lo cual puede ser expresado con otra pregunta: ¿Deben los practicantes de las disciplinas antropológicas reconsiderar su especificidad, o pueden dejarla

en su actual hiperespecialización y aun fragmentación? La pregunta pudiera parecer ociosa pero no lo es. Si se continúa profundizando el relativismo cognoscitivo de esa disciplina, como de otras más, quizás el diálogo transdisciplinario se torne cada día más difícil, lo que pulverizaría aún más la *Nueva Polinesia* científica en la que ya vivimos: tal vez ese hecho esté poniendo aún más en entredicho la utilidad del conocimiento que se abriga en ese polisémico término que es *antropología*. Pero, obviamente, ese no es un problema causado por los editores del *Inventario Antropológico*. Al contrario, su publicación estaría ayudando a poner la cuestión en el centro del debate. Por lo pronto, la principal virtud de esa publicación es su calidad de herramienta de gran utilidad para antropólogos y demás científicos sociales, tanto en México como allende sus fronteras.

Esperamos, pues, larga vida para el *Inventario Antropológico*.

Reseña de **Ricardo Ávila**

EXORDIO

Una ruptura epistemológica que no acaba de cuajar: 'Ensayos sobre saber, conocimiento y verdad'

Fernando Leal Carretero



Muchos lectores del número ocho que bajo el título 'Ensayos sobre saber, conocimiento y verdad' publica la revista *Estudios del Hombre*, estarán de acuerdo con el editor de la revista y coordinador del número en que los autores que participan en ella no aceptaron en realidad el reto que les hizo Ricardo Ávila, a saber, el reto de 'abordar de manera conjunta los tres conceptos' contenidos en el título (p. 185). Este reto estaba explícito en la 'convocatoria pública', la cual, según nos explica Ricardo, pedía que 'los interesados elaboraran ensayos sobre tres conceptos estrechamente relacionados: *saber, conocimiento, verdad*' (p. 9).

Ciertamente el lector que soy yo está de acuerdo con ese juicio de Ricardo, aunque con una pequeña excepción parcial, como veremos en su momento. Por ello pienso que la mejor manera de presentar este número de la revista es tratando de indagar por qué los autores no hicieron lo que la

convocatoria pedía. Y para que no se piense que en lo que sigue voy a hablar desde una postura superior —no pienso que lo que pasó con este número es ni bueno ni malo, sino simplemente un hecho que amerita reflexión—, me permito observar que yo fui uno de los invitados a parti-

cipar en éste, hace más o menos un año, y la idea para un artículo que tuve cuando acepté escribirlo —y me parece que hubicra ejecutado esa idea de no haber sido apremiado por otras obligaciones— hubiese sido semejante a las ideas de los que sí contribuyeron al menos en un punto, a saber, que yo tampoco habría abordado de manera conjunta los tres conceptos. En ese sentido la reflexión que voy a hacer a continuación se podría haber aplicado a mi participación en caso de haber existido ésta. No me excluyo, pues, sino que me incluyo en el diagnóstico que sigue. De paso me permitiré incluir alguna de las cosas que hubiese di-

cho en el artículo que a final de cuentas no escribí, lo cual no deja de tener un cierto aire de paradoja, puesto que digo que mi diagnóstico se hubiese aplicado a mi artículo. Pero estamos en una cantina, y una cantina es un buen lugar para airear paradojas.

Pues bien: creo que la razón por la que era muy difícil, y resultó imposible, que se discutieran los tres conceptos de manera conjunta es una razón profunda. Se trata ni más ni menos de que tal discusión requiere hoy día, o así me parece, una revisión radical de la epistemología tradicional; una revisión, por cierto, que ha comenzado, pero dista aún mucho de cristalizar y consolidarse. Pero este es un tema muy sabroso como para soltarlo de golpe, de manera que me iré acreando poco a poco.

Me gustaría comenzar por analizar el problema distinguiendo dos partes. La primera parte del problema la podemos identificar cuando observamos que a un lector, digamos, desprevenido del número ocho de *Estudios del Hombre* podría, al leer el título, ocurrírsele la pregunta de si las dos primeras palabras del título ('saber' y 'conocimiento') designan, denotan o significan lo mismo o más bien cosas diferentes, o al menos conceptos diferentes. Por supuesto que esta pregunta no es lexicográfica, o por lo menos no lo es de entrada. Desde un punto de vista lexicográfico está claro que 'saber' y 'conocimiento' son dos palabras distintas, que tienen por lo tanto usos distintos, los cuales podríamos listar, ejemplificar y comparar si fuéramos lexicógrafos, que no somos. Para no mencionar sino una diferencia relativamente fácil de ver, se puede decir en español 'conozco al editor de la revista *Estudios del Hombre*', y también se puede decir en español 'sé que Ricardo

Ávila es el editor de la revista *Estudios del Hombre*', pero curiosamente no puedo intercambiar los verbos en estas oraciones. Es curioso porque en inglés —y ahora tomo una perspectiva de lexicografía comparada— diría en ambos casos 'I know', de manera que si esta revista que hoy nos ocupa se publicase en inglés es al menos pensable que su título fuera 'Essays on Knowledge and Truth', o sea que contendría no tres, sino dos conceptos o al menos dos palabras. Lo que no se ve claramente es cuál podría ser la importancia de esos dos hechos lexicográficos: uno monolingüe, otro bilingüe. Los defensores del español, gente muy aguerrida por cierto, quizá dirían que hay dos cosas distintas —o al menos dos conceptos distintos— que el inglés confunde y el español discrimina. Y el lector desprevenido podría pensar que esa es la intención de los coordinadores, y en esa medida tituladores, del número en cuestión. La 'Presentación' de los coordinadores pareciera confirmar esa sospecha del lector desprevenido: 'a diferencia del mero hecho de saber, que es ante todo un conocimiento empírico, el concepto conocimiento responde, en primera instancia, a la razón natural, a la inteligencia humana, que es capaz de elaborar, gracias a la acción de la abstracción, nociones y conceptos precisos por medio de los cuales es posible intelecgr la realidad, de manera clara, compleja, profunda' (p. 9). Este comienzo de distinción, empero, no satisface la curiosidad del lector desprevenido, o al menos no la de este particular lector desprevenido que soy, o que fui, yo. Pero menos la satisfacen los autores invitados a escribir para el número ocho, como el propio Ricardo expresa en su 'Exroducción' cuando dice que todos los autores 'abordaron el concepto de conoci-

miento pero no el de saber' (p. 185). Debo decir que, si bien estoy de acuerdo con Ricardo en que ninguno de los autores abordó los tres conceptos de manera conjunta, no es verdad que ninguno abordó la posible distinción entre saber y conocer. Me parece que al menos uno de los artículos constituye una excepción parcial; por cierto el artículo cuya lectura yo personalmente disfruté más, por varias razones: "Historias de un conocimiento musical imaginario", de Hilda Morán; y por cierto también la única mujer que participó en el número especial — ¿quizá por coincidencia? — Creo, en efecto, que Hilda sí trata en alguna medida de la posible distinción entre saber y conocimiento; volveré sobre ello más adelante.

Suponiendo por ahora que no nos preocupa la cuestión de si los conceptos de saber o conocimiento son o no equivalentes, podemos pasar a la segunda parte del problema, y es que un lector desprevenido se preguntaría también por la relación que guarda el concepto de verdad con el o los conceptos de saber o de conocimiento. Sabemos hoy día que el concepto de verdad se puede definir matemáticamente sin necesidad de ponerlo en relación con los conceptos de saber o de conocimiento (lo hizo Tarski en 1933). Y definir un concepto matemáticamente es sin duda la cosa mejor que podemos hacer cuando de definir se trata, ya que es solamente en matemáticas donde es posible demostrar cosas, y la definición nació como parte del esfuerzo de demostrar cosas. (De hecho, entre los teoremas más profundos de las matemáticas del siglo xx se encuentran aquellos que se refieren a la relación entre demostrabilidad y definibilidad). Los filósofos, o al menos los filósofos de persuasión analítica, piensan que pueden utilizar el concepto de verdad

que los matemáticos han definido para, a su vez, decir cosas interesantes sobre el concepto de saber o el de conocimiento. Incluso sugieren que es posible definir el concepto de saber o de conocimiento utilizando para ello el concepto de verdad que los matemáticos han definido. Yo tengo dudas muy serias sobre esta empresa, debidas sobre todo al hecho de que los filósofos nunca hemos demostrado nada ni podemos demostrar nada. Sencillamente, como dicen los anglosajones, 'no estamos en ese negocio'. Y eso ha quedado muy claro al menos desde Spinoza, que en ese punto tenía ideas menos claras y distintas — y por lo tanto, en sus propios términos, afectos y emociones más fuertes — de lo que él mismo hubiese reconocido o querido reconocer. Comoquiera que ello sea, no existe una definición matemática de saber o de conocimiento; las definiciones matemáticas que sí existen son distintas, y se refieren a conceptos como los de demostrabilidad, computabilidad e información; y curiosamente esas definiciones no dependen, o al menos no necesitan depender, del concepto de verdad. En cambio, y aquí es donde las cosas comienzan a ponerse verdaderamente interesantes, me parece que no hay discusión filosófica sobre la verdad que no contenga, más tarde o más temprano, una discusión sobre el saber o el conocimiento, ni tampoco hay discusión filosófica sobre el saber o el conocimiento que no contenga, más tarde o más temprano, una discusión sobre la verdad. Esto es así sea que el filósofo en cuestión sea analítico o no, pretenda 'desinflar' el concepto de verdad o no, aspire a altas heterodoxias y valientes iconoclastias o no. Esto es así se trate de Quine o de Wittgenstein o de Carnap o de Heidegger o de Foucault o de Derrida. En

esto se distinguen en general de los científicos sociales y cognitivos, que son los otros académicos —aparte de los matemáticos y los filósofos— que también, y a su manera, se ocupan de estas cosas: aquí lo que podemos observar es que, cuando hay interés, el interés se dirige más bien al concepto de saber o al de conocimiento y no, justamente, al concepto de verdad. Esto es lo que distingue, por ejemplo, a un autor como Foucault de un autor como Mannheim o de un autor como Neisser, o como Maturana. Resumo, pues, estas interesantes asimetrías: los matemáticos se ocupan de la verdad sin ocuparse del saber o del conocimiento, los científicos sociales y cognitivos se ocupan del saber o del conocimiento sin ocuparse de la verdad, y sólo los filósofos se enteran en ocuparse de ambos y en creer que no hay manera de ocuparse de uno solo. Lo que nos encontramos en este número 8 no es una excepción a tal regla: los autores se ocupan todos del concepto de conocimiento —ya dije antes que no del concepto de saber— dejando de lado el concepto de verdad. Con ello no quiero decir que la palabra 'verdad' esté totalmente ausente de los textos entregados a la redacción de la revista y efectivamente publicados, pero ciertamente no hay un intento de abordar la relación de este concepto con el concepto de conocimiento, y menos con el concepto de saber.

Con todo ello me parece que puedo decir, sin demasiado temor a equivocarme, que el título de este volumen podría ser, simplemente, 'Ensayos sobre el conocimiento', puesto que ni el saber ni la verdad —sean ellos lo que fueren— se vuelve tema de reflexión aquí, con la pequeña excepción antes mencionada. Sin embargo, me parece excelente que los coordinadores hayan dejado el título original tal cual, aunque no

fuera más que para obligarnos a reflexionar sobre el hecho de que hay ciertas cosas sobre las que tendemos, justamente, a no reflexionar.

Vale la pena añadir otra cosa. Dije antes que la pregunta por la posible diferencia, conceptual o real, entre 'saber' y 'conocimiento' no era una pregunta lexicográfica, por lo menos no para un lector desprevenido. Con esta expresión de 'lector desprevenido' quiero decir no algo jocoso ni algo impreciso. Mi intención es muy específica: me refiero a lectores desprevenidos con respecto al lenguaje. Y este tipo de lectores somos la mayoría, a menos que nos dediquemos de tiempo completo a pensar sobre el lenguaje, cosa que es muy rara no aquí ni allá, sino en todas partes, y ello por razones muy profundas, a las que no entro por falta de espacio. Así por ejemplo, yo, que me dedico al lenguaje, pero no de tiempo completo, soy, o mejor dicho, fui un lector desprevenido, hasta que, en parte por la invitación a presentar este número especial, me previne un poco más. Y es que para un lector prevenido la pregunta por la diferencia, conceptual o real, entre 'saber' y 'conocimiento' —e incluso la pregunta por la relación entre esas palabras y la palabra 'verdad'— sí es una pregunta lexicográfica, si bien no solamente una pregunta lexicográfica. Es una pregunta semántica, es decir que involucra el aparato completo de consideraciones que se agrupan bajo el rubro general de 'lingüística teórica'. Es, para decirlo de una vez, una pregunta ardua. Sobre esa pregunta se ha vertido poca tinta; y de hecho es en torno a esa pregunta que ha habido lo más parecido a una colaboración entre matemáticas, filosofía y lingüística en este siglo que ya va terminando. Una vez más el diagnóstico es el mis-

mo: era difícil que la convocatoria hubiese tenido éxito. Lo cual no está ni mal ni bien, sino que invita a reflexionar sobre las causas.

Y con esto quisiera ahora hablar un poco *pro domo mea*, como decían los antiguos. Resulta que, cuando recibí la invitación de participar en este número, hace más o menos un año, decidí que escribiría sobre la relación entre saber y conocimiento, pero no tocaría el problema de la verdad. La razón de ello era bastante profunda, y espero que no me tomen a mal que entre ahora en una breve reflexión autobiográfica. El único interés que me guía para hacerlo es entender un poco mejor las circunstancias en las cuales la convocatoria de la revista *Estudios del Hombre* no concluyó con el éxito al que su editor seguramente aspiraba. Pues bien: hace muchos años, 17 para ser exactos, terminé de escribir mi tesis doctoral sobre 'El concepto aristotélico de verdad y la tarea de la semántica'. El propósito de aquella tesis era justamente aplicar los resultados de la colaboración entre matemáticos, filósofos y lingüistas para tratar de entender una cuestión que ya de estudiante me había llamado la atención muchas veces: que a pesar de la enorme diferencia en las formulaciones de la definición llamada 'clásica' del concepto de verdad, se pudiese justamente hablar de la existencia de una definición 'clásica', a veces implicando y a veces aseverando que dichas formulaciones —desde Platón y Aristóteles hasta Tarski y Carnap, pasando por Isaac Israeli y Tomás de Aquino— eran equivalentes. Al joven impetuoso que era yo entonces —y atraído igualmente por la complejidad de la historia de la filosofía, la exactitud de la lógica matemática y la profundidad del análisis sintáctico y semántico— esas implicaciones

y aseveraciones le parecían harto dudosas, y en todo caso menesterosas de un examen cuidadoso e interdisciplinario. Me dí entonces a la tarea de estudiar por lo menos las partes más jugosas de ese capítulo en la historia del pensamiento que contiene las vicisitudes de la definición del concepto de verdad desde sus inicios en la filosofía griega, hasta la demostración de los profundos teoremas metamatemáticos que son una de las glorias del pensamiento del siglo xx. Me divertí muchísimo y aprendí todavía más de lo que me divertí. Y aunque he seguido pensando en el asunto de vez en cuando, mi opinión es que lo que se ha escrito desde entonces con respecto a la definición del concepto de verdad no constituye ningún avance importante con respecto a lo que se sabía en 1982. De lo que también me dí cuenta es de que hay otras cosas que decir sobre el concepto de verdad que van más allá de la definición, y sobre esas sí que valdría la pena escribir. De hecho, a veces sueño con escribir un libro bajo el título *Historias de la verdad* en que se compare la historia de la definición del concepto de verdad con otras historias igualmente importantes, aunque algo más difíciles de contar.

Debo advertir que la historia de la verdad que cuento en mi tesis doctoral no se ocupa directamente de conceptos como los de saber o conocimiento, dado que, como dije antes, partía de la colaboración de la filosofía y la lingüística con las matemáticas y resulta que las matemáticas no se han ocupado propiamente de los conceptos de saber o conocimiento. Luego no hubiera podido abordar la relación de los tres conceptos de manera conjunta, como solicitaba Ricardo, al menos no a partir de una reflexión madura sobre la definición del concepto. Por otra parte, dado que mi reflexión

sobre las otras historias que habría que contar sobre la verdad, aparte de la historia de su definición, no están suficientemente maduras, no me quedaba más remedio, para el artículo que planeaba presentar a la redacción de la revista, que adoptar la postura menos mala en esas circunstancias, que era la de discutir al menos la relación entre los dos conceptos de saber y conocimiento, dejando el concepto de verdad para otro momento. Me proponía hacer esto, además, desde la perspectiva de las ciencias sociales y cognitivas, con lo cual de entrada resultaba imposible, o prácticamente imposible, introducir el concepto de verdad, por las razones que aduje anteriormente, a saber, que las ciencias sociales y cognitivas no se encuentran a gusto con el concepto de verdad. En una palabra, si finalmente hubiera escrito el artículo vislumbrado, yo también le hubiera quedado mal a Ricardo, y más o menos por las mismas razones que los demás autores le quedaron mal.

Pero veamos un poco qué es lo que yo planeaba hacer, si bien nadie sabe qué es lo que hubiera hecho si efectivamente hubiera escrito el artículo. '¿Cómo quiere usted que sepa lo que pensó antes de oír lo que digo (o leer lo que escribo)?', de acuerdo con el famoso dicho apócrifo; digo 'apócrifo' porque todo mundo parece atribuirlo a un autor diferente. Hechas estas reservas, mi intención hace un año era tratar de mostrar que el concepto de saber o de conocimiento está, desde hace más de dos milenios, 'contaminado' —aunque creo que no en el sentido que le da Vevia a esa palabra (pp. 167-183)— por una serie de prejuicios o sesgos que nos han impedido, sobre todo a los filósofos, pero no solamente a los filósofos, ver la verdadera riqueza y complejidad de los fenómenos. Mi propósito era

mostrar que esos prejuicios o sesgos están siendo transformados ante nuestros propios ojos por la investigación en las ciencias sociales y cognitivas; esta investigación que se inicia a finales del siglo xviii, origina nuevas y reitera antiguas y tremendas discusiones en lo que se llama a veces el largo siglo xix —digamos de 1830 a 1950—, para venir a dar frutos cada vez más hermosos en esta segunda mitad del siglo xx. Nos estamos dando cuenta, pero no ya por mera especulación filosófica, sino sobre la base de evidencia empírica sólida que la mayor parte de nuestros conocimientos son inconscientes, que no son susceptibles de reporte verbal, que no son separables de las emociones, que se manifiestan menos en teorías que en acciones y prácticas, que no son propiedad del individuo sino del grupo y ello de maneras muy complejas, que no se contienen solamente en el cerebro sino en todo el cuerpo, e incluso que van más allá del cuerpo para solidificarse y materializarse en objetos de todos los niveles ontológicos. (Para que no se crea que exagero, repito que lo anterior se refiere no a todo el conocimiento humano, sino solamente a su mayor parte). Muchas de estas cosas ya habían sido avistadas o vislumbradas con mayor o menor claridad por pensadores anteriores, como dije antes, pero nunca antes como ahora contamos con la evidencia sociológica, antropológica, económica, psicológica, lingüística, neurofisiológica, computacional, biológica, matemática y lógica para sustentar esos avistamientos y vislumbres. Y a la luz de ellos podemos, entre otras cosas, entender mejor por qué una lengua como el español tiene dos palabras como 'saber' y 'conocer', otras lenguas tienen más de dos palabras, y aún otras que sólo tienen una, como el inglés, cuentan con recursos

sintácticos y morfológicos para expresar la variedad de los fenómenos que interesan en este terreno: entendemos también por qué se inventan otras palabras y giros para expresar estas cosas todo el tiempo (p. ej. la palabra 'cognición'). En cambio, lo que resulta curioso es que la 'teoría del conocimiento', también llamada 'epistemología' o a veces 'gnoseología', esa disciplina que inventó el siglo XIX para la exploración filosófica de las preguntas que la filosofía moderna se había planteado frente a la llamada 'revolución científica' —un fenómeno, dicho sea de paso, que seguimos sin entender bien a bien, tan extraño y multiforme es—, siga todavía en gran medida sin hacerse cargo de esa evidencia y continúe en gran medida trabajando con el modelo tradicional de un conocimiento exclusivamente teórico, exclusivamente consciente, exclusivamente verbal —o 'simbólico'—, exclusivamente intelectual, exclusivamente individual, exclusivamente mental. Esto hubiese sido, creía entonces y sigo creyendo ahora, la mejor manera en que yo hubiese podido contribuir a echar alguna luz sobre la relación entre los conceptos de saber y conocimiento, aunque me hubiera tenido que excusar de tocar el concepto de verdad por las razones que dí antes: si bien creo que es posible hablar también de verdad con ayuda de algunas de esas investigaciones, todavía no estaba seguro entonces, ni lo estoy ahora, de poder hacerlo con suficiente claridad y sutura. Por ello es que yo también le hubiera quedado mal a Ricardo. Darse cuenta de esto es muy instructivo para mí, pues hace un año no había pensado para nada en todo esto que les estoy diciendo. Tenía cola que me pisaran, y he tratado de pisármela yo mismo, aunque sea un año después. Por eso le agradezco mucho a Ri-

cardo que me haya invitado a presentar este número de la revista, que si bien no fue sobre saber, conocimiento y verdad, me ha hecho pensar mucho sobre la relación entre esos tres conceptos.

Debo terminar esta ya un poco larga presentación. Dije antes que la razón por la que los autores convocados —salva la pequeña excepción indicada antes— no discuten los tres conceptos de manera conjunta es profunda. Se trata, dije también, de que ello requiere una revisión muy radical de la epistemología tradicional. Si revisamos la revista artículo por artículo nos encontramos con que ocho de los nueve autores invitados discuten solamente el concepto de conocimiento, dejando de lado el de saber y el de verdad, y sólo uno, o más bien una, aborda juntos los de saber y conocimiento. ¿Qué es lo que hace Hilda que los demás no hacen? Compara el conocimiento impartido en las aulas sobre música —digamos, la 'teoría musical'— con el saber hacer música, mostrando con gran tino cómo aquél puede ser un obstáculo para éste, y cómo éste es la única base sólida para construir aquél. Aparte de que el texto de Hilda es muy fresco y aún divertido —yo solté varias careajadas al leerlo—, la lección es tan simple como profunda. Y es una lección que armoniza perfectamente con las lecciones de las ciencias sociales y cognitivas, así como con una larga, aunque especulativa tradición, en filosofía, dentro de la que encajan personajes tan diversos como Sócrates, Bacon, Vico, Heidegger, Dewey, Wittgenstein y Ryle. Por eso me gustó tanto. Por cierto, una de las cosas más especialmente divertidas es la manera, delicada y cortés, en que Hilda muestra que el 'conocimiento' puede ser deficiente e incluso muy deficiente —la confusión en teoría

musical es grande en todo el mundo, pero parece que en Guadalajara ha logrado alcanzar proporciones grotescas— sin dejar de ser 'conocimiento', mientras que el 'saber', si es deficiente, sencillamente no es 'saber'. En este punto me permito discrepar de manera importante con el juicio de Ricardo, quien en su 'Exroducción' dice que 'a diferencia del saber, que es considerado conocimiento práctico y de tipo tradicional, en estricto sentido el conocimiento puede ser definido como el proceso cuyo objetivo último tendría que ser el acceso a la verdad' (p. 186); y también que 'siendo el conocimiento una experiencia cognoscitiva más intrincada y profunda que el saber, su sistematización y codificación son también más complejas' (p. 187). Aquí hay mucho de discutible; y no precisamente porque sea yo un denostador de la ciencia. Antes al contrario, la ciencia es una de las cosas que más admiro en este mundo. Justo por ello los juicios de Alfredo de la Lama sobre ella (pp. 16-29) me parecen insuficientemente elaborados. Pero, a pesar de mi admiración por la ciencia, creo que ha llegado el tiempo de invertir el énfasis y mostrar que el saber ordinario es más sólido que el conocimiento teórico, y le sirve a éste de sustento.

Todo ello me lleva a los demás autores. Es curioso observar que los ocho autores que se contentaron con discutir el concepto de conocimiento, dejando de lado el concepto de saber y apenas tocando el concepto de verdad, son enormemente parecidos entre sí. El punto en común es, o bien que adoptan una actitud relativista —eso hacen la mayoría, siete de ocho: Alfredo de la Lama, Armando Zacarías, Raúl Páramo, Rodolfo Morán, Sergio Sandoval, Luis Vázquez y Rodolfo Fernández—, o bien dedican su esfuerzo a atacar esa posición,

es en esencia lo que hace Fernando Vevia. La etiqueta general de 'relativismo' me sirve aquí para referirme a posiciones que acentúan la influencia de la historia, del medio ambiente, de la educación, de la sociedad, de la cultura, de las pasiones, etc., sobre el 'conocimiento', de tal manera que éste se vuelve dudoso, falible, deficiente, circunstancial, contextualizado, manipulable, etcétera.

Esta situación de siete contra uno puede parecer algo desbalanceada, pero la verdad es que esto no me preocupa tanto como el hecho de que los ocho autores en cuestión comparten todos la misma idea de conocimiento, de manera que la pregunta es si podemos ir más allá del debate sobre el 'relativismo' si nos atrevemos a poner en duda el supuesto que comparten. Sostengo que ese supuesto compartido, ese concepto de conocimiento, es la base justamente de toda la epistemología tradicional, su objeto único y precioso. Es cuando combinamos dicho supuesto con ideas como las de cambio histórico, condiciones sociales, influencias políticas, contexto social, dimensión cultural, etc., que vamos a acabar pensando —como los siete autores mencionados— que ese conocimiento es 'relativo'. Si en cambio partimos de la idea de que ese conocimiento no es relativo, que es lo que en resumidas cuentas hace Vevia desde una postura puramente filosófica, entonces tendremos que acabar pensando que ninguna de esas cosas —historia, política, sociedad, etc.— es un verdadero predicado del conocimiento, que todas son meras 'contaminaciones'. Lo que yo propongo es que justo que la premisa que comparten —el concepto tradicional de conocimiento— es incorrecta, que el conocimiento humano va mucho más allá de lo que la epistemología

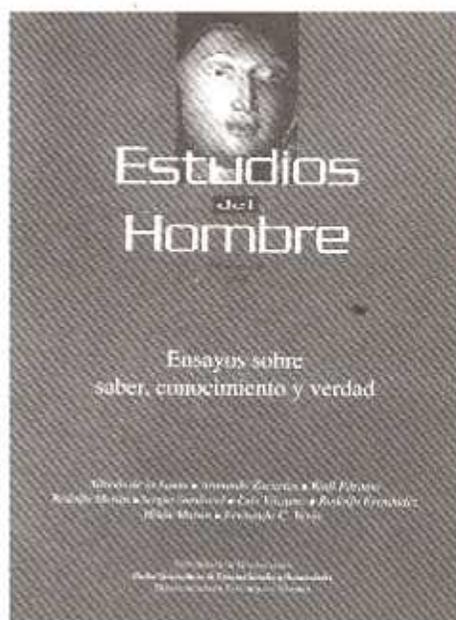
nos dice, mientras que las premisas que los dividen son en cada caso correctas. Con otras palabras, el conocimiento humano, tal como se concibe tradicionalmente, está afectado por todas esas circunstancias, pero si suponemos que todo conocimiento es relativo, el suelo se vuelve movedizo y el aire irrespirable. Puesto en solfa semisilogística:

- Los siete autores 'relativistas' razonan que si todo conocimiento es teórico, individual, etc., y si el conocimiento así entendido es circunstancial y relativo, entonces todo conocimiento es circunstancial y relativo. Lo cual está bien razonado, si bien la conclusión es falsa.
- El autor 'antirrelativista' razona que si todo conocimiento es teórico, individual, etc. — premisa compartida con los 'relativistas' —, y si ningún conocimiento es circunstancial y relativo, entonces el conocimiento así entendido no es circunstancial y relativo. Lo cual está bien razonado, si bien la conclusión es falsa.

La conclusión es en ambos casos falsa por la premisa falsa que comparten; y de allí surge la contradicción, y el debate interminable. En mi opinión el razonamiento debería ser más bien así:

- El conocimiento teórico, individual, etc. es circunstancial y relativo. Es así que ningún conocimiento —o al menos no todo conocimiento, p. ej. no el 'saber'— es circunstancial y relativo. Luego, no todo conocimiento es teórico, individual, etcétera.

Ahora bien: todo esto es puro argumento filosófico, y como tal no puede ser sino el inicio de una discusión propiamente científica. No tiene caso quedarse en el mero nivel analítico de conceptos, sino que hay que buscar corroborarlo, apoyarlo, enriquecerlo, iluminarlo, con la investigación empírica. Cierto es que los siete trabajos 'relativistas' hacen alusión a investigaciones empíricas de una manera u otra, lo cual está bien; pero no hacen alusión a investigaciones empíricas del tipo correcto: las que mostrarían que hay conocimiento que no es circunstancial y relativo. Tal es el tipo de investigación que se da actualmente en las ciencias cognitivas, y en una parte de las ciencias sociales. Tal es el tipo de investigación que yo hubiese querido presentar en el artículo que no escribí. Tal es el tipo de investigación que habría que hacer a la luz de la "historia de un conocimiento mu-



sical imaginario' de Hilda Morán. Por su parte, el trabajo 'antirrelativista' de Vevia parte de una tesis filosófica, analítica, que es también correcta, creo, si bien no sirve para gran cosa, dado que las investigaciones empíricas a que se refieren los siete autores 'relativistas' son válidas. El problema no es que no lo sean, sino que no calan suficientemente hondo. Lo que debe desecharse es más bien el supuesto tradi-

cional de la epistemología, pero eso sólo puede hacerse mostrando de cuán otra naturaleza es, o puede ser, el conocimiento. Y en ese contexto la distinción, aunque provisional e insuficiente, entre saber y conocimiento sí que tiene su utilidad. Y si sabemos aprovechar esas oportunidades, entonces sí que podremos algún día discutir los conceptos de saber y conocimiento conjuntamente con el concepto de verdad.

Autores e instituciones

Ricardo Ávila

Universidad de Guadalajara, México

Ma. Cristina Barrón

Universidad Iberoamericana, México

Brian F. Connaughton

Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), México

Lothar Knauth

Universidad Nacional Autónoma, México

Alfredo de la Lama

Investigador independiente

Carlos Marichal

El Colegio de México A. C., México

Martha Ortega

Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), México

Jan Patula†

Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), México

Erasmus Sáenz

Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), México

Daniel J. Toledo

Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), México

Vera Valdés

Universidad Nacional Autónoma, México

Norma Zubirán

Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), México

Guía para colaboradores

1. Artículos, ensayos y reseñas se enviarán impresos a doble espacio en cuartillas tamaño carta (28 líneas escritas y 65 golpes por línea). Si envía disquete, utilice programas Wordperfect 5.1, Wordperfect 6.0 para MS-DOS o Word 6.0, Word 7.0 para Windows'95 o 3.1.
Si el autor opta por enviar su colaboración por correo electrónico, el *attach* que envíe debe tener extensión .doc; utilizar este medio no le exime de enviar su impreso con el disquete.
2. La extensión mínima para artículos y ensayos es de 25 cuartillas y la máxima de 35; para reseñas la extensión máxima es de diez cuartillas y la mínima de cinco. Asimismo, el autor debe incluir el resumen de su ensayo de 60 palabras; de lo contrario, el editor tendrá el derecho a reducirlo.
3. Para artículos y ensayos, las notas bibliográficas y al texto se enumeran a pie de página, y no con el sistema de paréntesis intertexto. Sólo en casos particulares podrá incluirse una selección bibliográfica al final del escrito.
4. Para **reseñas**, las referencias que tengan que ver con el texto reseñado se citarán intertexto y entre paréntesis; por ejemplo: "el poder o intensidad con que se siente algo, es una guía para saber si es verdad" (p. 45). Y las notas explicativas y otras que no se relacionen con la misma obra, figurarán a pie de página. El nombre del reseñador aparecerá al final del escrito. En el índice se consignará sólo el título de la obra descrita y su autor.
5. Dependiendo de la importancia y extensión de los textos propuestos para la sección de "Documentos, entrevistas, propuestas y reportes" de esta revista, el consejo editorial se pronunciará sobre su edición.
6. Las citas textuales aparecerán entrecomilladas si no exceden de cuatro líneas, y con sangrado en banda sin comillas si rebasan dicha extensión. De incluirse a pie de página, se entrecomillarán. Si las citas superan las 12 líneas, habrán de ser fragmentadas o enviadas al final, en apéndice.
7. Los datos de las referencias bibliográficas habrán de ser detallados y completos, de la manera que sigue:

- a) Para **libros** de uno a tres autores: nombre completo del autor (s), separados por una "y" cuando se trate de dos autores, y si son tres se separan por comas, título y subtítulos en letra cursiva (cuando ambos aparezcan), número de la edición (posterior a la primera, más no de la impresión o reimpresión), lugar donde se editó, casa editorial, año y páginas inclusivas.

Ejemplo:

- Fernand Braudel, y George Duby (comps.), *El mediterráneo. Los hombres y su herencia*, trad. de Francisco González A., México, FCE, 1989, p.45 (Colec. Popular; 426).
- María A. Carbia, *México en la cocina de Marichu*, 3ª. ed., México, Época, 1969, pp. 72-75.

- b) Para **obras con más de tres autores**, cítese únicamente al primero y seguido por una coma registre la locución *et al.*

Ejemplo:

- Felipe Garrido, *et al.*, *Celebración de José Luis Martínez en sus setenta años*, Guadalajara, México, U de G, 1990, pp.45, 72.

- c) Para **artículos incluidos en libros**: nombre completo del autor, título del artículo entrecomillado, la palabra "en" (normal y seguido), nombre del compilador o responsable de la obra donde aparece el artículo, título en letra cursiva, lugar donde se editó, casa editorial, año, y páginas inclusivas.

Ejemplo:

- Thomas Calvo, "El zodiaco de la nueva Eva: el culto mariano en la América septentrional hacia 1700", en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Conducmex/INAH/Universidad Iberoamericana, 1994, pp. 65-66.

- d) Para **artículos de publicaciones periódicas** (revistas): nombre completo del autor, título del artículo entrecomillado, nombre de la revista en letra cursiva, año (cuando aparezca), volumen, número, fecha de publicación, lugar donde se editó, casa editorial, y páginas inclusivas.

Ejemplo:

- Alfonso Caso, "Los chichimecas", *Historia Mexicana*, año II, vol. 5, núm. 3 febrero-marzo de 1999, México, UNAM, pp. 50-62.

- f) Para **artículos de periódicos**: nombre del responsable del artículo o nota (cuando aparezca), título entrecomillado, nombre del periódico y sección en letra cursiva, lugar, fecha de la publicación entre paréntesis, y de modo optativo las páginas inclusivas.

Ejemplo:

- Hugo B. Arreola Sánchez y Sergio Velázquez Rodríguez, “Energía solar. Una alternativa”, *El Informador. Presencia Universitaria* (Guadalajara, Jal., martes 10 de septiembre de 1996), pp. 6-7.

- g) **Artículos en simposio** (memorias de congresos): nombre completo del autor, título del artículo entrecomillado, la palabra “en” (normal), nombre del compilador o editor de la publicación, título, citado entre paréntesis ciudad y fecha en la que se llevó a cabo el evento, lugar donde se editó la memoria, casa editorial, año y páginas inclusivas.

Ejemplo:

- Pablo Monterrubio Morales, “Morbilidad social y medicina en el bajío zamorano”, en Jesús Tapia Santamaría (ed.), *Coloquio de Antropología e Historia Regionales* (Zamora, Mich., noviembre de 1989), Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993, pp. 381-398.

- h) Para **documentos de archivos**: ciudad donde se encuentra el repositorio, nombre, división o sección dentro del repositorio (de lo general a lo particular), datos de ubicación: libro o vol., expediente, foja o folio, etc., entrecomillado el nombre del documento, su autor, lugar donde fue escrito y la fecha.

Ejemplo:

- México, AGN, ramo Civil, vol. 516, exp. 5, ff.4r-4v, “Averiguación hecha a solicitud de Don Gabriel de Guzmán, cacique de Yanhuatlán, 1580”.

- i) Para **escritos o documentos no publicados** que tengan que ver con mecanoscritos, mimeografiados, tesis, etcétera, cítense los títulos entrecomillados y seguido de una coma mencione el tipo de escrito referido.

Ejemplo:

- Joseph B. Mountjoy, “Informe entregado al INAH sobre la sexta (1994) temporada del Proyecto arqueológico Valle de Banderas”, mecanoscrito, [Guadalajara, México], junio de 1995.

—Luis Vázquez León, "El Leviatán Arqueológico. Antropología de una tradición científica en México", tesis doctoral, Guadalajara, CIESAS/U de G, 1995.

h) Por lo menos la primera vez, se debe citar en forma completa las **siglas** y **abreviaturas** de nombres personales o corporativos, ya sea que se mencionen intertexto o en la bibliografía.

Ejemplo:

— Archivo General de la Nación

AGN

— Arnoldo Villaseñor Robles - A. Villaseñor Robles - o A. Villaseñor R.

8. Los cuadros, gráficas, fotografías e ilustraciones en general se presentarán en hojas aparte, intercaladas en el texto. En todos los casos serán originales perfectamente claros y precisos. El consejo editorial se arrogará el derecho de publicar los originales que no cumplan con estas características. Cuando sea posible deberán proporcionarse los negativos de las fotografías y transparencias.
9. Los títulos de los trabajos habrán de ser breves, y se aportarán igualmente breves datos curriculares de los autores.
10. De toda colaboración se entregará disquete e impreso en original y copia.
11. La publicación de las colaboraciones recibidas se supedita a la decisión final del consejo editorial. Los trabajos se someten a tres dictaminadores.
12. Los trabajos propuestos no deben presentarse a otro editor o revista simultáneamente para su publicación.
13. El consejo editorial considerará propuestas para editar números temáticos. Para ello se requiere una sucinta explicación del tema sugerido y un listado preliminar de autores y artículos.
14. No se devuelven originales.

Política editorial

Estudios del Hombre es una revista abierta a la colaboración de investigadores, tanto nacionales como extranjeros, en los distintos campos de las disciplinas sociales y humanísticas. Las opiniones expresadas en los artículos y ensayos son responsabilidad exclusiva de los autores.

Dirigir la correspondencia a:

Ricardo Ávila Palafox
Revista *Estudios del Hombre*
Departamento de Estudios del Hombre
Universidad de Guadalajara
Apartado postal 1-1814
Guadalajara 44101, Jalisco, México
Teléfono y fax: (3) 613-90-16
e-mail: riavila@cencar.udg.mx

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Víctor Manuel González Romero

Rector General

Misael Gradilla Damy

Vicerrector Ejecutivo

José Trinidad Padilla López

Secretario General

Roberto Castelán Rueda

Coordinador General de Extensión

Armando Zacarías Castillo

Coordinador Editorial

CUCSH

Carlos Fregoso Gennis

Rector

Cecilia Cervantes Barba

Directora de la División de Estudios de la Cultura

Ricardo Ávila Palafox

Jefe del Departamento de Estudios del Hombre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

José Luis Gázquez Mateos

Rector General

Edmundo Jacobo Molina

Secretario General

Gilberto Alvide

Jefe del Departamento Editorial

Estudios del Hombre 9

se terminó de imprimir y encuadernar en marzo de 2000
en los talleres de editorial Gráfica Nueva, Pipila 638,
sector Hidalgo, CP 44280, Guadalajara, Jalisco.

Tiro: 1000 ejemplares, más sobrantes para
reposición.

Coordinación técnica:

Ma. Teresa Ruiz

Altagracia Martínez Méndez

Guillermina Rivera Moreno

Diagramación: TONOCONTINERO/Francisco Castellón

Agradecemos a: Ma. del Refugio Plascencia, Ma. Alicia Velázquez y
Cristina Ramírez, el apoyo en la revisión de textos.

De erratis

Relación de erratas detectadas en *Estudios del Hombre*, número 9

| Pág. | Párrafo | Renglón | Dice | Debe decir |
|------|---------|---------|---------------------------|-------------------------|
| 15 | 1er. | 6º. | Si así fuera, | Si así fuera, |
| 41 | 3er. | 2º. | que existen ciertas | existen ciertas |
| 58 | 2º. | 13avo. | una caos | un caos |
| 92 | nota 10 | 2º. | Secretaria | Secretaría |
| 107 | 3ero. | 8avo. | en contado | en contacto |
| 118 | 3ero. | 8avo. | por medio un proceso | por medio de un proceso |
| 138 | nota 36 | 1º. | México | Mexico |
| 147 | nota 9 | 2º. | hispanoamericano | hispanoamericana |
| 151 | 2º. | último | evolución y diversificada | evolución diversificada |
| 161 | 3ero. | 2º. | derrutada | derrota |
| 165 | 1º. | 4to. | en Garcia | García |

Próximos números de
Estudios del Hombre

- * Historia y antropología del
occidente de México
- * Ensayos sobre milenarismo
- * La utilidad del examen *ex post facto*



Los homenajes *post mortem* siempre resultan extemporáneos y no dejan de tener algo de ilusivo; es mejor celebrar en vida a quien lo merece, pues no es posible saber si en "la otra..." el homenajeado se enterará de que se le ofrenda. Bajo esta consideración, amigos, alumnos y compañeros de Lothar Knauth decidieron reconocer públicamente su im-

portante labor académica y trayectoria intelectual por medio de un coloquio que tuvo lugar en el plantel Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana. Se escogió ese lugar no sólo porque aquél ejerció ahí como profesor, sino porque esa misma institución le concedió un merecido doctorado *honoris causa*.

Quiénes rinden homenaje al profesor Knauth, lo hacen convencidos de sus varias cualidades, entre las que destacan una sólida formación; rigor científico; perspectiva transcultural; enfoque holístico para indagar en el pasado, lo que le ha permitido captar la creciente complejidad de lo social; una visión global de la historia universal, rara en un ambiente historicista pleno de visiones de campanario; y amplias calidades pedagógicas. Además, Knauth ha demostrado en sus estudios una constante preocupación por extender al futuro sus reflexiones como historiador, considerando la enorme utilidad que para ello tienen las indagaciones y los razonamientos relativos al pasado.

Con los trabajos aquí reunidos bajo el título *Hacia una historia para el siglo XXI*, varios historiadores ofrecen sus reflexiones a Lothar Knauth. En ellos se abordan diversos tópicos del vasto campo histórico e historiográfico, cuyos temas oscilan entre la necesidad de replantear la formación de los futuros historiadores hasta los ensayos historiográficos micro y macro regionales, donde destacan Asia, el Pacífico, América Latina o el Sotavento mexicano, pasando por el carácter científico y filosófico de la disciplina histórica, los cruciales aspectos de la historia inmediata en Europa centro-oriental y los derroteros de la historiografía colonial mexicana.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de
Ciencias Sociales y Humanidades



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA IZTAPALAPA